

GERARD DELAISEMENT

MAUPASSANT

PERIODISTA
Y CRONISTA

EDITIONS ALBIN MICHEL
22, calle Hayghens. – Paris

Título original: *Maupassant Journaliste et Chroniqueur*
© 1956, Ediciones Albin Michel,
© 2006, Traducción José M. Ramos
para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

MAUPASSANT PERIODISTA Y CRONISTA

*Un escritor desco-
nocido...*

Generalmente se cree conocer bien a Guy de Maupassant. El importante número de estudios críticos suscitados por el escritor debía ser la prueba de tal conocimiento. De hecho, en esos estudios e investigaciones todavía permanecen amplias zonas de sombra. Es al narrador a quien han sido reservados los estudios más numerosos y más interesantes, aunque no todos sus cuentos hayan sido encontrados. El novelista acaba de beneficiarse del admirable estudio de André Vial, reciente trabajo de tesis expuesto ante la Facultad de París¹... Pero no se ha tenido en cuenta demasiado que en el contador y el novelista pugnan una importante proporción de elementos y motivos de inspiración debido al cronista vinculado a los grandes periódicos de su época.

Sin embargo F. Neubert, desde 1914, acometía la empresa de dar a conocer esta faceta del escritor, pero su doble estudio², muy meritorio, no fue exhumado antes de 1950.

¹ ANDRÉ VIAL: *Guy de Maupassant y el arte de la novela*. Paris (1954), ediciones Nizet [640 pág]

² *Die literarische Kritik Guy de Maupassant*, Supplementheft VIII der Zeitschrift für französische Sprache und Litteratur, 1914.

René Dumesnil publicaba en 1938, 34 crónicas en el Tomo XV de las *Obras completas* de la edición de la Librería de France y más recientemente E.D. Sullivan y F. Steegmuller censaban 177 artículos³. Otros textos fueron señalados por André Vial⁴ y nosotros añadimos una buena decena de artículos nuevos a esta lista...

Pero el rostro del cronista no queda sin embargo auténticamente precisado. Los textos de la mayoría de las crónicas – cerca de 190 todavía permanecen inéditas – jamás han sido publicadas en volumen, privando a la crítica⁵ de una base de trabajo infinitamente preciosa y el lector de un conjunto original y coherente. Todas las crónicas de Maupassant merecerían ser publicadas, sin tener en cuenta las diferencias relativas a su calidad o a su interés. Cada texto tiene su utilidad, aunque no fuese más que en función de un estudio de la génesis de su obra completa⁶. Los imperativos de la edición limitan por desgracia nuestro deseo y las crónicas que publicamos han sido elegidas tanto por la calidad litera-

Die kritischen Essays Guy de Maupassant mit Ausschluss der literarischen Kritik. Supplementheft IX der *Zeitschrift für französische Sprache und Litteratur*, 1919.

[F. NEUBERT ya utiliza unas 150 crónicas].

³ E.D. SULLIVAN y F. STEEFMULLER: *Suplemento a la Bibliografía de Maupassant en Revista de Historia Literaria de Francia* [nº 11, oct-dic. 1949].

⁴ Andre VIAL: *Puesta a punto en Boletín del Bibliófilo y del Bibliotecario* [nº 2 para 1950]

⁵ A excepción de A. Vial que utiliza ampliamente y racionalmente esos originales aportes.

⁶ Cf. al respecto: G. DELAISEMENT: *Génesis, originalidad y destino de Bel-Ami*: Tesis principal para el Doctorado de Estado [Lille 1954], ejemplar dactilografiado.

G. DELAISEMENT: *Maupassant cronista*: Tesis secundaria para el Doctorado de Estado [Lille 1954], ejemplar dactilografiado.

G. DELAISEMENT: *Bel Ami y los escritos anteriores de Maupassant*: Revista de Ciencias Humanas [nº de abril-junio 1956].

ria como por el interés histórico o la importancia del mensaje humano que éstas destilan. Este puñado de textos, tan diverso y tentador como parecen, no es exhaustivo. Únicamente puede inducir al lector y al crítico a leer y estudiar todos los artículos, midiendo en ello el interés en función de un género literario muy de moda en el transcurso de los años 1880-1890: la crónica de actualidad.

... *El cronista* «...No es de despreciar esta crónica de todos los días, hermana pequeñas de la historia, y que es a su hermana mayor lo que las conversaciones de pasillo a los discursos de la tribuna, algo menos explosivo sin duda, pero más curioso, más vivo, más mordiente, una historia que no tiene nada de oficial pero que sin embargo se inyecta de verdad, que sabe ampliamente, dice mucho y subsiste a veces como un perdurable testimonio cuando la voz de la majestuosa historia está desde tiempo olvidada y como apagada...». Así se expresaba Jules Claretie⁷ quien da excelentes definiciones de la crónica...

Al lado de los maestros del género, todos los escritores de la época han brillado en la crónica de actualidad: Flaubert, Zola, los Goncourt, Champfleury, Daudet, Anatole France, Villiers de l'Isle-Adam, E. Bourges, Octave Mirbeau, etc... Por gusto a la sátira política y social, por gusto a la crítica, pero también porque el periódico mima a aquellos que emplea con una desmesura de la que es imposible descubrir el equivalente en el pasado.

⁷ Jules CLARETIE: La vida en París (Paris, 1895). Tomo III. p. 67.

Maupassant no escapa al entusiasmo general y es uno de los primeros en firmar contratos con el *Gaulois* y el *Gil Blas*, luego con el *Figaro* y *L'Echo de Paris*⁸, no sin algunas vacilaciones cuyo eco se encuentra en una carta que escribía a su madre en 1878 «... He vuelto a ver a Tarbé que me ha pedido que le hiciera unas crónicas, pero no crónicas literarias. El pretendía que tomase cualquier hecho para publicar unas conclusiones, sean filosóficas o de otro tipo. Zola me insiste mucho en que acepte, diciéndome que ese es el único medio de introducirme en el negocio. Razones diversas me impiden decidirme: 1° No quisiera hacer crónicas con regularidad que acabarían siendo necesariamente mediocres, consentiría solamente en considerar de vez en cuando un suceso interesante y desarrollarlo con las reflexiones y las disertaciones al respecto. Voy a hacer de este modo alguna cosa sobre los suicidas por amor que se multiplican en este momento de un modo extraordinario, para llegar a unas conclusiones inesperadas. En fin, no quisiera hacer más que artículos a los que me atreviera a firmar y no pondría jamás mi nombre bajo una página escrita en menos de dos horas. 2° No quiero tener la impresión de estar vinculado de un modo regular a la Dirección del *Gaulois*, incluso aún sin hacer política (I).⁹

...*Un hombre dividido* ...

Uno de los méritos esenciales de esos escritos es revelar al hombre en el cronista. El género se presta

⁸ Al mismo tiempo sus cuentos o novelas son reproducidas paralelamente en las revistas y periódicos de la época.

⁹ El número romano envía a la crónica correspondiente publicada después de este prefacio.

maravillosamente a la confidencia, incluso al lirismo, sea bajo la forma de crítica acerba, de relación pesimista o de descripción personal. la crónica, es de entrada el cronista con sus cualidades y defectos, sus entusiasmos y sus desencantos, es en primer lugar el hombre tal como es. Tal es la ley del género, y Maupassant, aun tan impersonal como haya sido su estilo, no podía más que someterse a ella. A su pesar, tal vez, revela sus tendencias más profundas, sus gustos más personales, sus ideas más íntimas y, en el límite, se confía al lector...

Gracias a las crónicas es posible precisar el retrato del hombre. Anti-pueblo, deposita su fe en la aristocracia, es decir en «toda la parte auténticamente inteligente de la nación...» (II). Ese desdén por la masa aborregada e incapaz de desempeñar un papel político, no excluye una sincera piedad por los humildes dedicados a los duros trabajos de la mina (II) o a las degradantes labores de la administración. Maupassant nunca olvidará, en efecto, a sus hermanos de cadena, esos miserables empleados muertos de hambre y de mediocridad, vegetando en las células de un ministerio-prisión. Es con todo su corazón como rinde homenaje a su constancia, y su cólera vehemente y sincera estalla contra aquellos que desprecian «las grandes miserias de las pobres personas instruidas, capaces, que habrían podido ser alguien, y que jamás serán nada...» (III)

Esta sensibilidad discreta y profunda se despliega en numerosas crónicas dedicadas a la defensa de los humildes, de todos los humildes: de los animales de los que conoce los sufrimientos secretos (II), de los hombres de los que ha vivido su mudo calvario... y hasta del niño del que plantea incansablemente el problema. Denuncia con rigor todas las formas de la educación de entonces convirtiéndose en el apóstol clarividente del desarrollo armonioso de la personalidad del niño. Pedagogo avisado y generoso, su defensa de

los derechos del niño alcanza acentos de una profética modernidad. Exige que se proteja el espíritu de la joven inteligencia sin «detener la libre expansión de las fuerzas», sin «violentar la ley natural...» de manera que se logre «favorecer su crecimiento y vigor...». Denuncia entonces «el abominable método empleado», la excesiva dureza de los castigos, añadida a la indigesta forma de inculcarle los conocimientos. Se ceba en todos aquellos que son responsables del pequeño ser, en lo moral y en lo físico, condenando de paso al médico que «desempeña una función pública» sin asumir las responsabilidades que esta función lleva en sí (IV).

Las crónicas iluminan del mismo modo la idea que Maupassant se hace de la mujer, su papel en el amor o en la sociedad. Opiniones originales puestas en práctica en los cuentos y las novelas. Todo pasa en efecto como si las crónicas desempeñasen el rol de un esquema, de una preparación de cara a la enorme obra futura. No es que se reproduzcan, sino que constituyen una preparación en ayuda de maquetas cuidadosamente estudiadas y refundidas. De este modo la crónica «El arte de romper» (V) plantea ya, bajo una forma más o menos paradójica, los problemas que no han cesado de acosar al escritor y al hombre: el matrimonio, esa institución contra natura, la imposible fidelidad, las relaciones que se arrastran y terminan dramáticamente, temas inagotablemente retomados en otras crónicas, en los cuentos o en las novelas. (Ver el episodio amorosa de *Bel Ami* con la Sra. Walter). Maupassant reclama en efecto la posibilidad de romper como un favor para evitar la esclavitud familiar: rechazar la ruptura, es sancionar el adulterio, aceptarlo como una tara indispensable. Preocupado, obsesionado con la mujer, el hombre es un psicólogo avezado. Conviene obviar el aspecto picante y escandaloso con el que se recrea algún crítico y ver detrás del fauno, el ser en busca de lo ideal, aquél que persigue el descubrimiento de la mujer. Cada encuentro

nuevo no es, a priori, tan solo una búsqueda de placeres fáciles. Testimonio de este aspecto es una crónica que describe un tipo femenino de la época: la Política (VI). Tal retrato, lleno de matices y medias tintas, de una precisión psicológica consumada, nos devuelve el misterioso rostro de Léonie Léon, la Musa de Gambetta. Nuevo estudio, nuevo calco para futuros retratos.... el de la Sra. Forestier, por ejemplo.

... e inquieto...

Pero el escritor no sabrá conservar durante mucho tiempo una actitud tan aparentemente serena y objetiva. Las crónicas nos muestran un hombre que se debate en la búsqueda de las angustias, en la búsqueda de una felicidad imposible. Maupassant podía aplicar a su caso personal esa frase que él atribuye a Flaubert, terco buscador de ilusión. «Flaubert, en sus cartas, emite el gran grito continuo, el gran grito lamentable de la ilusión destruida...» (VII). Formado por el Maestro, lector asiduo de Schopenhauer, él ha sentido profundamente el mal de vivir y la desesperación que él confiesa en esas páginas toma todo el valor de una auténtica confesión. Nacido con la carencia de nuestros esfuerzos y con la pequeñez de nuestras alegrías, ese mal conduce a la nada del Todo. Vanas agitaciones entorno a lo común al uso: Dios, la moral, el amor, la fe en el progreso no son más que brillantes utopías destinadas, a lo sumo, a ocultar nuestra inmensa soledad. La Vida prolonga en vano en nosotros sus espejismos: «NO sabemos nada, no vemos nada, no podemos nada, no adivinamos nada, no imaginamos nada, estamos encerrados, prisioneros en nosotros mismos...» (VIII). ¿Entonces? Un largo camino que no es más que un calvario y luego... al final de la ruta: la Muerte, «la inevitable muerte» que «nos persigue sin cesar y nos degrada... aniquilándonos progresi-

vamente en cada instante... Respirar, dormir, beber y comer, caminar, ir a sus asuntos, todo lo que hacemos, vivir en definitiva, ¡es morir!...» (VII). Desesperación, soledad, sentimiento agudo de su debilidad, temor intenso y casi mórbido de la muerte, ese Maupassant desamparado es un hombre piadoso con los débiles, dividido por mil contradicciones y que deja de pronto descubrir la intimidad de una alma incapaz de situar sus esperanzas, de ordenarlas en función de una psicología coherente.

... Un observador imparcial y valiente de la sociedad...

El carácter del hombre y sus tendencias más profundas dan color a su visión del mundo. Reflexiones pesimistas sobre una sociedad mal organizada, unos gobernantes interesados, apetitos económicos que dictan una política colonialista y unas guerras tan locas como dispendiosas... Tal es al menos la opinión de un testigo sincero y que quiere ser imparcial y estar bien informado. Reportero activo, enviado especial curioso, el cronista no deja escapar nada de la actualidad. Hace su crítica a los «dos Jules» – Jules Ferry y Jules Grévy – al sistema representativo francés, a aquellos que hacen política y que viven de ella. Planteó, con una rara clarividencia, la influencia de los todopoderosos intereses económicos y bancarios que dictan la política interior y exterior, y denuncia algunos de los escándalos más célebres de la época. Es el crack de la Unión General que arruina de un solo golpe a millares de pequeños ahorradores sin que una sola responsabilidad haya podido ser claramente establecida. ¡Es la falta de Bontoux! ¡La de Lebaudy! ¡La de Gambetta! Pero de hecho: «¿De quién es la falta?». (IX) Es el escándalo de Túnez y el «columpio» colonialista (X).

Allí aún el cronista prepara la novela pues el asunto marroquí en «Bel Ami» toma sus principales características del asunto tunecino en la realidad. Misma colusión finanzas-prensa-política. Iguales procedimientos para emitir una opinión pública de una desarmante credulidad. Es así como ella se rebela ante esos «trapicheos tunecinos» (XI). Como si tales prácticas no fuesen moneda corriente en el mundo de la diplomacia y de la política. Y Maupassant abriendo los ojos a sus lectores y tronando contra aquellos que confunden su buena fe. Lo que él denuncia con violencia es la aventura colonialista y la falta de probidad de aquellos que deberían dar ejemplo, la explotación de los indígenas expropiados e incomprendidos. El dossier colonialista es el más rico y, sin duda, uno de los más interesantes. Además hoy toma un acento profético. Valientemente, el enviado especial a Argelia expone objetivamente a sus lectores la política de vejación empleada respecto al árabe... «Él se rebela, dice usted, ¿pero no es cierto que se le expropia y que se le pagan sus tierras a una centésima parte de lo que valen?... En este país se pierde la noción de derecho...» (XII). Los pone en guardia contra las campañas de prensa que exageran desmesuradamente las informaciones de ámbito militar y relata con una sonrisa inocente un episodio cómico de la campaña: la captura «del famoso marabout de Djebel ben Abdallah» que proporcionará al escritor la trama de uno de sus mejores cuentos: «La aventura de Walter Schnaffs». (X).

Es verdad que el anticolonialismo de Maupassant se matiza a menudo con moderación y de sagacidad. Lo que aborrece es la guerra colonialista con su cortejo de duelos y de injusticias, y sobre todo la guerra lejana: «... Una ciudad china nos hace falta: vamos a tomarla, masacrar a 50.000 chinos y hacer degollar a 10.000 franceses. Esta ciudad que no nos servirá para nada... » (XIII). Y es el proceso a la guerra en general que Maupassant desarrolla en términos de

una conmovedora vehemencia (XIII). Pero también qué alegría, qué entusiasmo a la menor exaltación de sentimientos pacíficos sinceros. Italia se agita, Francia permanece tranquila: «Y yo encuentro esto bueno, muy bueno... ¿Se habrá debilitado el ridículo chovinismo?... Nada de guerra, nada de guerra a menos que se nos ataque...» (XIV). Este mundo, esta sociedad que sanciona la guerra como un mal ineludible, está rehaciéndose. El cronista manifiesta su disgusto por las instituciones y los hombres que la conforman. «Este mundo donde uno se aburre» no es más que un inmenso campo cerrado donde se da rienda suelta a los apetitos más vulgares, donde estallan la venalidad, la improbidad y el escándalo. La vida mundana ha matado al «sweet home» y los salones se han convertido en lugares de esclerosis intelectual. Así se expresa un lamento muy intenso del siglo XVIII donde se cultivaba «el arte de ser un hombre o una mujer de mundo...», donde los «conversadores» no eran «monologadores.» (XV).

Hace falta pues mucho valor al cronista para denunciar ese mundo gozador y egoísta, esta sociedad de arribistas o neófitos que no deja ninguna esperanza al hombre de buena voluntad. Y ese no es el menor atractivo de los cronistas ofreciendo unos documentos objetivos, directamente utilizables por el crítico y el historiador, documentos de un hombre que ha participado en la vida de su época sin participar de su espíritu.

... Un viajero ávido de horizontes diferentes...

Decepcionado por la sociedad y la vida mundana, como madurado en una vida pensada según la Fatalidad, Maupassant busca un refugio en la naturaleza. El amor al suelo natal se plasma en

las crónicas como en toda la obra. Toda Normandía revive en sus páginas sensuales y estremecedoras, describiendo la íntima participación del ser en la vida misteriosa de la naturaleza.

Pero este amor no es exclusivo. Para aquél que ama el viaje, todos los horizontes tienen una fisonomía original que habla al corazón y apacigua el alma. Desde la severa Bretaña a las tranquilas montañas del Forez, desde la sonriente campiña de la Ile-de-France a las soledades del Sahara, desde los encantadores espectáculos de la Costa Azul a las visiones desérticas de Sicilia, Maupassant ha hecho provisión de fuerza y belleza. No se sabe lo que resulta más admirable en estas descripciones, si las del pintor incomparable, mágico en colores y formas (XVI), del artista vigoroso pero presionado, o las del hombre en la búsqueda de un descanso y de la imposible curación.

*...Un teórico ave-
zado...*

Las crónicas, cuya riqueza no cede en nada a la variedad, precisan aún las ideas literarias de un teórico que re-

cuerda al célebre prefacio de Pierre y Jean. Pero ese prefacio no es más que una síntesis, la síntesis de numerosos escritos aparecidos desde 1877 en la correspondencia y las crónicas.

La doctrina no ha variado nunca, a lo sumo se ha disciplinado y enriquecido, para llevar al naturalismo a su punto de perfección. Primacía de la observación objetiva, rechazando ese «terciopelo almidonado de las falacias de las novelas llamadas consoladoras», (XVII) (XVIII) descubrimiento de una verdad elegida por ser permanente, creación del mundo de la ilusión, esa alta virtud enseñada por Flaubert... Tales eran los imperativos del escritor al servicio de un auténtico estudio psicológico. Queda entonces saber crear

la atmósfera, en hacerse «ponedor en escena» definiendo los límites de los derechos del artista. Ni alegato, preocupado por la composición, liberado de un arte que será impersonal o no será pues «el artista tiene el derecho de ver todo, de anotar todo, de servirse de todo. Pero las máscaras que pone a sus personajes, es necesario que uno pueda levantarlas (XIX). Impersonalidad no es impassibilidad pues el verdadero artista deberá poseer ese «no sé qué...», «esa facultad de multiplicarse... por el poder evocador y generatriz de la idea...» (XX). En cuanto al estilo, debía tomar de la escuela de Flaubert, un estado definitivo, gracias a la dosificación perfecta de elementos clásicos, probidad y sobriedad, y de elementos simbolistas: conocimiento «íntimo» del valor y del juego de palabras. De ese modo podía aprehender lo Bello, objetivo último del arte.

Maupassant se encaminaba de golpe hacia la perfección de la doctrina naturalista. Era además imposible ir más allá sin riesgo de deformación o usura.

...Un crítico literario y original... Las crónicas permiten pues acercarnos antes al conocimiento de Maupassant, de apreciar la variedad de su talento y de sus gustos e incluso corregir algunos errores convertidos hoy en clásicos. Es de este modo como, después de Pol Neveux, se ha convenido en decir que Maupassant no leyó nada, y que sus conocimientos no superaban los de un «bachiller», recién salido del Instituto.

De hecho, el escritor leyó. Leyó aprisa, sin duda, y procedió a la manera del cronista acostumbrado a dar una idea aproximada y precipitada sobre las obras que ha recorrido. A falta de testimonios objetivos para persuadirnos de ello, tenemos la posibilidad de confiar en las crónicas. Las lecturas

del crítico son en primer lugar las del teórico: sus gustos y sus tendencias ordenan su elección. Le gusta la poesía del siglo XVI por el espíritu, la agudeza ingeniosa y el atrevimiento que allí se dan libremente, saluda en Malherbe a un gramático de primera línea... Pero sus preferencias se dirigen hacia la poesía simbolista, a Victor Hugo, «ese maestro de poetas», a Leconte de Lisle, a Sully Prudhomme, a Catulle Mendès (XXI), a todos aquellos que saben que «el arte en poesía como en prosa, es lo que permanece más oculto para el vulgo...», a aquellos que son sensibles a las «sutiles delicadezas de los ritmos, al ordenamiento eufónico de las palabras, a la concordancia de la armonía con la idea...»¹⁰. Es uno de los primeros de su tiempo en celebrar las cualidades de los poetas difíciles, Poe, Swinburne, Baudelaire y Rimbaud... Admira en ellos la magia de las correspondencias y ese esfuerzo en todo instante para trascender lo real convirtiéndose en dueños de un Ideal imposible.

En prosa, ama la fuerza y la enorme capacidad cómica de Rabelais, la estrategia y el buen humor de ese «reciente genio» que se llama Aretino (XXII), le gusta el «libre genio», poético de Régnier y de d'Aubigné. La cultura clásica, más fría y más ampulosa no parece haber producido en él la misma impresión favorable pero ha leído a Molière del que aprecia la «formidable alegría», «el gran Corneille», Madame de Sévigné que lo ha «enloquecido de entusiasmo...»

Con el siglo XVIII encuentra más libertad de fantasía, de espíritu, (XV) «el espíritu francés, ese gran soplado irónico o alegre arrojado sobre nuestro pueblo desde que piensa y habla; es la terrible elocuencia de Montaigne o de Rabelais,

¹⁰ Ver la crónica *Poetas* en el *Gil Blas* del 7 de septiembre de 1882.

el arma aguda de Voltaire y de Beaumarchais, la fusta de Saint-Simon »¹¹.

Pero mejor que la poesía, mejor que el teatro, la novela satisfacía a los «aficionados de la autentica verdad». De dónde, en Maupassant, este amor inmoderado por un género del que sigue con entusiasmo los progresos en un artículo demasiado poco conocido y sin embargo esencial para la comprensión de la estética del escritor. Ese artículo, «la evolución de la novela en el siglo XIX» apareció en la *Revue de l'Exposición Universelle* de 1889. Maupassant expone de entrada el proceso a los «divertidos»: Cherbuliez, Dumas..., y los novelistas-filósofos: Lesage, Rousseau, George Sand... La verdadera novela comienza en «Manon Lescaut» (XVII) y encuentra alcanza su forma suprema en Stendhal y Balzac (XXIII). El crítico ha comprendido muy bien el genio de Balzac, esa «energía fecundante, desbordante, inmoderada, estupefacta de un Dios, con los odios, las violencias, las imprudencias, las concepciones incompletas, las desproporciones de un creador que no tiene tiempo de detenerse para buscar la perfección...». Ha visto perfectamente que ese genio está hecho de la estrecha unión del observador y del visionario, unión que impone al héroe, haciéndolo más vivo que la propia realidad y confiriéndole al mismo tiempo la universalidad.

Pero es a Flaubert a quien van dirigidos los elogios más sinceros y entusiastas. Su vida fue un modelo «a enseñar en las aulas» y su obra un esfuerzo de titán para acercarse a la perfección. «Con un esfuerzo sobrehumano, debió esclavizar y humillar su gusto por la belleza plástica hasta expresar todos los detalles banales y cotidianos del mundo...» (XX). Las numerosas crónicas que Maupassant escribió sobre

¹¹ Ver la crónica *El espíritu en Francia* en *Le Gaulois* del 19 de junio de 1881.

Flaubert, reflejan todas ese inmenso respeto del alumno por el venerado maestro, conservando siempre una estricta objetividad y un valor crítico de primer orden. Se puede hablar aquí de estudio verdadero para este conjunto de textos de una gran riqueza, estudio que es necesario conocer para comprender al hombre y al escritor, para descubrir en el trabajo, al estilista concienzudo y original.

Las crónicas precisan aún la naturaleza de las relaciones que Maupassant mantenía con los Goncourt y la mitigada estima que el escritor apasionado de la perfección estilística tenía al creador de «la escritura artística», y por todos aquellos que contribuían a desviar la novela por los senderos de la sutileza¹². Las crónicas contienen algunos detalles sobre el proceder espiritual de Daudet, sobre la disputa con Loti (XVIII), estudios detallados sobre Zola y sobre Huysmans (XVII), sin contar algunos apuntes muy interesantes sobre escritores extranjeros con menciones especiales para Schopenhauer y Sepencer, Poe y Swinburne, y, sobre todo, para Tourguenief... (XXIV).

Este calidoscopio crítico, insuficiente sin duda, pero siempre interesante, está completado con textos descriptivos de alcance secundario, pero no obstante muy intensos. Una galería de retratos nos devuelve el rostro de los principales escritores de la época: Flaubert, Daudet, Taine, Bourget, Renan, Catulle Mendès, Paul Hervieu (XXI), sin embargo otros artículos estudian el problema de lo fantástico (XXIV) o el del desarrollo de la ciencia... a menos que no se extravíen en la crítica de arte.

...*El auténtico*
Maupassant...

Están en *LOS SUMOS* [Crónica datada el 3 de junio de 1884]

Esta rica cosecha de crónicas de las que hemos tratado de exponer la diversidad nos restituye al auténtico Maupassant. No al escritor cuyas maneras se espesan a fuerza de perfección, no al alegre remero «seductor de facilonas», sino a un hombre como los demás, enfrentado a las mismas incertidumbres, corroído con las mismas desesperaciones, un escritor directo, cuya salud y fuerza no sabrían ser cuestionadas. Hemos descubierto así el rostro múltiple del cronista: el observador atento y amargo de una sociedad en lenta descomposición, el fogoso panfletario al que no repugna el compromiso, al enviado especial clarividente y generoso, al viajero ebrio de los horizontes más diversos, al psicólogo apasionado de los problemas femeninos, al teórico objetivo, al crítico literario serio pero sin pretensión.

En un momento en el que la crítica le atribuye incansablemente los clichés de novelista impasible y sin originalidad, de escritor fácil y sin amplitud, es bueno restituir el verdadero retrato del hombre y del escritor a través de un género literario demasiado desconocido e injustamente despreciado.

CRÓNICAS

I

LOS CABALLEROS DE LA CRÓNICA

(*Gil Blas*: 11 de noviembre de 1884)

Todavía no finaliza la gran disputa entre novelistas y cronistas. Los cronistas reprochan a los novelistas el hacer crónicas mediocres y los novelistas reprochan a los cronistas el escribir malas novelas¹³.

Ambos tienen algo de razón.

Pero sería sorprendente oír a los pianistas reprochar a los flautistas que le faltan dedos y a los flautistas reprochar a los pianistas el tener el soplido demasiado corto. Ambos son músicos aunque el instrumento difiera. Ocurre lo mismo con los cronistas y los novelistas que son hombres de letras con diferentes temperamentos, yo diría incluso con temperamentos opuestos.

¹³ Esta crónica tiene el mérito de oponer con objetividad las cualidades del novelista a las del cronista. Maupassant estima que la novela es de un orden superior, en cuanto que permanece. Pero Henri Fouquier rechaza admitir «que el novelista y el cronista no tengan... el cráneo hecho de lo mismo...». En una respuesta publicada al día siguiente en el mismo periódico – *Gil Blas* del 12 de noviembre de 1884 – el periodista sostiene que «... Para escribir día a día sobre los hechos particulares que se presentan... las ideas generales son indispensables...».

¿Hay que ver ahí una pequeña venganza de Maupassant respecto de los cronistas en «el humor excitable»? Es más justo admitir que el escritor, consciente de las exigencias de su arte, entendía reservar sus derechos de escritor y destacar su posición de invitado en un género literario que no convenía rigurosamente a su temperamento. [Cf. G. DELAISEMENT: *Maupassant cronista*, op. cit., p. 12 y sigu.]

El novelista tiene necesidad de penetración, de ideas generales, de profunda y minuciosa observación de los hombres, y sobre todo una severa sucesión en el encadenamiento de pensamientos y sucesos de los que depende la composición de un libro.

La observación del cronista debe ejercerse más sobre los hechos que sobre los hombres, el hecho, siendo el propio alimento del periódico, debe rodearse de apreciación más que de observación. El cronista debe, además, poseer más destrezas que la de profundizar, más agudeza que descripción, más alegría que ideas generales.

Las cualidades maestras del novelista, que son el aliento, el cuidado literario, el arte del desarrollo metódico de las transiciones y de la puesta en escena, y sobre todo la difícil y delicada ciencia de crear la atmósfera en la que vivirán los personajes, se convierten en inútiles e incluso en ingenuas en la crónica que debe ser corta y concisa, fantástica, saltando de un tema a otro y de una idea a la siguiente sin la menor transición, sin esas minuciosas preparaciones, que resultan tan penosas a los escritores de libros.

He hablado de la atmósfera de un libro y ese es el punto capital, esencial.

Es la atmósfera de la tierra lo que ha determinado las razas, la estructura, los órganos, toda la manera de vivir de los seres nacidos y madurados sobre el globo, y que están sometidos a todas las fatalidades del lugar, del aire, del clima, y modificados incluso según los continentes.

Es la atmósfera de un libro quien hace vivos, auténticos y aceptables a los personajes y a los sucesos. Todo llega en la vida y todo puede llegar en la novela, pero es necesario que el escritor tenga la precaución y el talento de hacer parecer todo natural por el cuidado con el que crea el medio y prepara los sucesos en medio de circunstancias cercanas.

Así pues las cualidades maestras del novelista se vuelven estériles en el periódico y le dan incluso un aire de sueño y de pesadez. Mientras que las cualidades esenciales del cronista, el buen humor, la ligereza, la vivacidad, el espíritu, dan a las novelas de los periodistas un aire negligente, deshilvanado, poco profundo.

Si hubiese que profundizar más en este análisis destacaría aún que el cronista gusta sobre todo porque él da a las cosas que cuenta su toque de talante, la fluidez de su elocuencia, y las juzga siempre con el mismo método, aplicándoles el mismo procedimiento de pensamiento y de expresión al que el lector del periódico está acostumbrado.

Por el contrario, el novelista debe, aun dando a su obra la marca de su propia originalidad, crear tantos temperamentos como personajes tenga, debe apreciar con sus diversos juicios, ver la vida con sus ojos, describir los hechos y las cosas según todos esos espíritus contrarios, diferentemente organizados siguiendo su temperamento físico y los medios en los que ellos se desenvuelven. Jamás se ha encontrado un novelista que fuese un cronista, y un cronista que fuese un buen novelista.

Los auténticos cronistas son tan raros y tan preciosos como los verdaderos novelistas, y pocos resisten únicamente cuatro o cinco años en ese oficio terrible de escribir todos los días, de tener el espíritu dispuesto todos los días, de agradar todos los días al público.

El novelista puede afrontar la cólera de los juicios a los que se le somete, burlarse incluso y esperar la justicia en el futuro. Persigue su obra siguiendo el ideal que se ha creado, siguiendo sus creencias y su naturaleza.

El cronista, por el contrario, no existe más que por el inmediato favor del público. Es necesario que sea sin cesar el favorito de los lectores, que se esfuerce sin cesar en seducirlos o en convencerlos. Tiene necesidad para este constante

esfuerzo, de una increíble energía, de un infatigable temperamento, de un espíritu y de una presencia de ánimo sin límites. El sistemático desprecio de los novelistas para sus colegas del periodismo impedirá que le sea tan difícil al director de un gran periódico descubrir a un cronista, del mismo modo que resulta difícil a un editor meter la mano a un autor.

Quiero, en algunas líneas, hacer el retrato de los principales cronistas parisinos, maestros, de aquellos que, por la dureza de su tarea y de sus éxitos, han experimentado el valor persistente de su talento. Dejaré de lado a excelentes, que son más jóvenes, o menos experimentados. Y luego quiero sobre todo elegir a aquellos que son los paradigmas de la especie. No pensemos en clasificarlos. Los cronistas también son susceptibles. Se ha dicho de los poetas en ocasiones: *Irritabile genus*. Pude decírselo hoy de los periodistas. Del mismo modo que los novelistas tienen o aparentan indiferencia por los juicios que sobre ellos se emiten, también los cronistas tienen el humor excitable y poca paciencia. No les hace falta más que topar con unos guantes y con mil precauciones.

Aquellos de los que quiero hablar merecen esos respetos. Comenzaremos por la F, sexta letra del alfabeto, por

HENRY FOUQUIER

Un gran muchacho, buen muchacho, luciendo toda su barba, una larga y rubia barga galante y perfumada. La figura es dulce, fina y tranquila, muy tranquila. Tiene el gesto sobrio y la palabra moderada. Y las manifestaciones de su talento responden a las de su persona.

Es un cronista sabio y mordaz utilizando medios ocultos. Escritor cuidadoso, castigador, enamorado de su lengua y conociéndola a la perfección, la emplea con delicadas pre-

cauciones, con estrategias y perfidias inmersas en las palabras. En lugar de golpear directamente como Scholl, cuyos ataques semejan a golpes de espada, él aplica roces que quedan en la llaga, enganchados mediante intenciones solapadas semejantes a las barbas de los anzuelos.

Aunque trata cuestiones de actualidad, no es totalmente lo que se llama un cronista de actualidad, pues él ve, sobre todo, en los temas que elige, la moralidad que quiere predicar, y no una moralidad divertida o picante, sino una moralidad de filósofo.

Henry Fouquier es, en efecto, un filósofo, de una raza desaparecida hoy, un filósofo del siglo XVIII, benevolente, optimista, bastante indiferente, satisfecho de las personas, de las cosas y del mundo, irritado contra los desesperados, contra los pesimistas, contra los pensadores precisos y desolados de la escuela de Schopenhauer. Ama la vida y muestra, cuenta y lleva, en sus escritos, como en su persona, el reflejo de esta satisfacción. Su espíritu adornado y letrado se complace en la galante metafísica de los hombres del siglo pasado que el amor soñado u obtenido consolaba completamente; y parece ver la existencia, todas las cosas tristes, lamentables, terribles de la tierra, a través de un velo transparente donde estarían dibujadas unas imágenes y rostros de mujeres, de mujeres sonrientes, coquetas, enseñando la gracia de sus líneas, el encanto de su sonrisa, la llamada de sus ojos y de su boca.

No tiene por tanto el escepticismo de sus antepasados de los que ha heredado la moral graciosa: y las informaciones que aporta de las cosas cotidianas están a veces impregnadas de una cierta tontería, que yo lamento en lo que a mí concierne, pero que gusta mucho al público.

Es en definitiva, uno de los escritores más notables y más queridos de la prensa actual, uno de aquellos que hacen estimar y respetar el periodismo.

HENRI ROCHEFORT

Quién no conoce esta figura de payaso espiritual, nervioso y móvil, con el alto tupé blanco, la nariz chata, la mirada inquieta, la voz resquebrajada, y en todo su porte tal carácter cordial y franco, como Terrible, Sublevado y Demoleedor, que es amado por sus más furiosos adversarios que le tienden la mano con placer. Colega excelente y seguro, Henri Rochefort, el Demócrata, es, detalle extraño, un notable experto en figurillas de arte, en cuadros antiguos, en antigüedades de todo tipo, y un aficionado apasionado a todas estas cosas.

Para abatir a sus enemigos no procede por golpes dirigidos ni por golpes puntuales, sino mediante zancadillas diestramente puestas. Zancadillas al hombre; zancadillas al francés, zancadillas a la gramática, zancadilla incluso a la razón, y el conjunto está hecho.

El adversario derribado jamás se levantará.

Su talante, imprevisto, explosivo como un petardo, no toma nada de la tradición de nuestra raza, de la tradición de la finura y de los toques en los que se han ejercitado nuestros padres. Sin embargo procede de un modo indirecto, y por no ser totalmente legítimo no es menos francés.

Ese galante y encantador hombre de máscara de payaso ha inventado una payasada bizarra de la lengua, una manera de hacer saltar las palabras, de desarticularlas, de hacerles tomar actitudes y contorsiones imprevistas que hacen reír con una risa imperiosa, irresistible, inmoderada, como las auténticas payasadas de los verdaderos payasos de los circos. Genera, por relaciones entre sílabas, más o menos imprevistas, mediante cabriolas fantásticas, unos pensamientos sorprendentes y graciosos. Y de su talante, de su boca y de su pluma, salen sin cesar palabras inesperadas y singular-

mente cómicas, juicios de una verdad desternillante en una forma sobrecogedora de comicidad.

Y todo el mundo se divierte de esta incansable elocuencia parisina, desde las mujeres más finas hasta el golfo más iletrado, pareciendo que haya respirado ese aire de las aceras que mete en el cerebro ese algo desconocido que parece el alma de París.

Después de la R, pasemos a la siguiente letra, la S.

AURÉLIEN SCHOLL

El número de palabras que Scholl ha sembrado en el mundo es tan grande como el de las estrellas. Todos los cronistas actuales y los futuros beben y beberán en ese depósito del espíritu.

Tiene el trazo directo y seguro, golpeando como una bala y reventando a su hombre, el trazo siguiendo la buena tradición del siglo XVI, rejuvenecido por él, y que se convertirá, aún por él, en la tradición del siglo XIX

Leyendo una buena crónica de Aurélien Scholl, se creería sentir la médula de la alegría francesa manando de su fuente natural. Es, en el verdadero sentido de la palabra, el cronista espiritual, fantástico y divertido.

Gascón, alto, guapo, elegante y ligero, da perfectamente la idea de su talento, un poco rompedor de platos y fanfarrón. Ha hecho, desgraciadamente, muchos alumnos, que están muy lejos de alcanzarle, habiendo tomado sus formas sin tener su espíritu. En la cuarta antepenúltima letra del alfabeto encontramos a

ALBERT WOLFF

Totalmente distinto de los tres anteriores, éste procede con una perspicacia y una seguridad de sabueso para descu-

brir el hecho cotidiano, el hecho parisino, en definitiva el hecho que debe interesar, emocionar, apasionar lo más posible al público, a su público. No lo descubre solamente, sino que lo desmenuza, lo comenta y lo desarrolla, justo de la forma en que debe ser desmenuzado, comentado y desarrollado, para responder a las expectativas de todos los espíritus. Yo hablaba a todas horas de la atmósfera a crear alrededor de los personajes de un libro. Pues bien, el Sr. Albert Wolff describe la atmósfera del momento de tal modo que parece escribir a menudo lo que piensan y lo que han pensado todos sus lectores, tanto les hace el resumen de su opinión, formulada con su elocuencia a menuda puntiaguda y cáustica, siempre divertida, fina y muy literaria. Y sus seguidores, leyéndole, experimentan poco más o menos el sentimiento de un hombre a quién se serviría, cuando entra en un restaurante, el plato único que desearía comer ese día, y en el que tal vez no había pensado.

El Sr. Wolff está haciendo lo que deberían hacer todos los cronistas verdaderamente parisinos, que han vivido durante tiempo esta vida agitada, tan informada y tan especial de los periodistas: escribir sus memorias.

El primer volumen contiene recuerdos de los viajes más interesantes, el segundo, la Escoria de París, es de una fuerza curiosa, un penetrante y original estudio de los bajos fondos secretos de esta gran capital de capitales. Los golfos siniestros, los presidiarios famosos, los Monstruos, los Adúlteros sangrientos, el Crimen y la locura, son páginas profundas, terribles, y singularmente entrañables.

Todavía habría deseado hablar de otro, muerto recientemente, Léon Chapron, quién había puesto en la crónica contemporánea una nota muy particular, alerta y mordiente. Era además uno de los hombres más sinceros del actual perio-

dismo, de una sinceridad incluso brutal, pero de una lealtad a toda prueba.

Y si se me pidiese ahora citar un nombre entre los más jóvenes, entre aquellos de hoy que son los de mañana, yo lo elegiría en este periódico, y nombraría a Grosclaude.

II

A PROPÓSITO DEL PUEBLO¹⁴

(*Le Gaulois*: 19 de noviembre de 1883

Un escritor de gran talento, el Sr. Jules Vallès, me tomaba aparte el otro día, y,¹⁵ haciéndome el honor de nombrarme en medio de ilustres novelistas, nos reprochaba el no escribir para el pueblo, de no ocuparnos de sus necesidades, de despreciar la política, etc. En una palabra, no nos preocupamos en absoluto de la cuestión del pan; y es un crimen que bastaría para designarnos, en la próxima revolución, como rehenes.

¹⁴

La misma tesis es retomada en otras crónicas:

– Rodando: *Le Gaulois* del 14 de febrero de 1883: «... la igualdad no existe en ninguna parte...».

– La Aristocracia: *Figaro* del 21 de abril de 1884: «... No puede impedir usted que haya en el mundo castas privilegiadas...».

Este desdén por el pueblo y los instintos populares [cf. *Pupurrí: Le Gaulois* del 3 de enero de 1883. *En los baños de mar: Gil Blas* del 6 de septiembre de 1887] está atemperado por una piedad muy real hacia los obreros o los empleados oscuros [cf. la segunda parte de esta crónica].

¹⁵

Alusión a una crónica aparecida en *le Cri du Peuple* con fecha de 14 de noviembre de 1893 [Cf. *Al amigo Paul Alexis*] que condena a los naturalistas, culpables de apatía en la defensa de los intereses del pueblo. «... Él (Zola) alardeaba de su horror hacia la política – en buena compañía, además – en compañía de Goncourt, de Daudet y de Maupassant, que se reían como loquitas...».

Y J. VALLÈS de condenar los «documentos humanos» que se apartan «del terreno de maniobras y del campo de batalla...» y los escritores que «van a tumbarse en los sofás de la casa Magloire», donde, «en la sala bien cálida, ellos anotan los recuerdos de Angelina la Toquée... en lugar de escuchar el grito de desamparo de la República que no quiere prostituirse y hacerse la puta en las rodillas de los soldados...»

En el fondo, el Sr. Vallès, quien tiene por las barricadas un inmoderado amor, no admite que se ame otra cosa. Se sorprende de que uno pueda alojarse en otra parte que no sea en los paveses amontonados, que se puedan soñar otros placeres, interesarse por otras tareas. Yo respeto este ideal literario, reclamando por supuesto el derecho a conservar el mío, que es distinto. Desde luego la barricada es un buen tema para escribir. El Sr. Vallès lo ha demostrado con frecuencia; pero no creo que sea más útil a los problemas de los panaderos del pueblo que a los amores de Pablo y Virginia.

Théophile Gautier, al que le horrorizaba el pan, pretendía que esa masa sosa e insípida era una invención occidental tonta y peligrosa, imaginada por los burgueses avaros y que les había costado unas cuantas revoluciones.

No usaré este argumento, aunque me parece tanto más justo en relación con la cuestión, que la literatura con la miseria pública.

Desde luego, nosotros no alimentaremos al pueblo. Pero los escultores tampoco, ni los violinistas, ni los acuarelistas, ni los grabadores de camafeos, y en general todos aquellos que se dedican a las profesiones artísticas.

Nosotros no escribimos para el pueblo; nosotros nos preocupamos poco de lo que le interesa generalmente; es cierto, no somos del pueblo. El Arte, sea cual sea, no se dirige más que a la aristocracia intelectual de un país. Me sorprende que se puedan confundir.

Si una nación no se compusiese más que del pueblo, comprendería el reproche que nos dirige el Sr. Vallès. ¡Felizmente no es así!

Una nación se compone de capas muy diversas (para usar una expresión célebre), yendo de las más bajas a las más altas, de las más ignorantes a las más ilustradas.

El pueblo, la muchedumbre, pena, se agita, sufre, es cierto, por mil privaciones, justamente porque es el pueblo, es

decir la masa apenas civilizada, analfabeta, brutal. Pero una selección se va haciendo poco a poco en esta multitud. Se destacan unos hombres más inteligentes, formando otra capa intermedia, más cultivada, superior. Esta clase tiene ya unos gustos, unas necesidades, unas aspiraciones, en definitiva un ideal totalmente diferente del de aquellos de la capa inferior.

Y siempre se produce el mismo trabajo en la multitud. Siempre los seres de élite se emancipan, se separan del populacho original, formando unas clases de individuos cada vez más cultivados, cada vez más superiores.

La transformación completa, acabada, constituye la aristocracia. Por aristocracia no me refiero a la nobleza, sino a toda la parte verdaderamente inteligente de una nación. Pues el mismo fenómeno se produce en sentido inverso, y las razas que fueron superiores regresan a menudo al pueblo como consecuencia del debilitamiento cerebral de las generaciones.

Y bien, mi querido colega, es a esta élite, nada más que a esta élite, a quiénes nosotros nos dirigimos; no nos ocupamos más que de ella, no escribimos más que para ella, y además nuestro arte es más delicado y refinado, cuanto más se restringe nuestro público.

Esta aristocracia nos demuestra, comprando nuestros libros, que somos de su agrado, que respondemos a una necesidad de su espíritu. Nosotros alimentamos su inteligencia con un alimento que no es el pan del pueblo.

¿Reprocha usted al Sr. Broder el no fabricar ómnibus? ¿Es culpable porque no confecciona más que coches de lujo para los ricos?

Y aún así, esta comparación no es la más adecuada, pues el novelista podría ser útil al pueblo si el pueblo supiese comprenderlo e interpretarlo.

No se nos puede pedir más que una cosa: el talento. Si no lo tuviésemos, seríamos candidatos a ser fusilados; si lo

tenemos, es nuestro deber emplearlo únicamente para las personas más cultivadas, que son los únicos jueces de nuestros meritos, y no para aquellos mezquinos, para los que nuestro arte es desconocido.

Pero, si el pueblo fuese capaz de leer a los novelistas, a los auténticos novelistas, podría encontrar allí la más útil de las enseñanzas, la ciencia de la vida. Todo el esfuerzo literario de hoy tiende a penetrar en la naturaleza humana y en expresarla tal como es, en explicarla en los límites de la estricta verdad.

¿Qué mejor servicio se puede rendir a un país que enseñarle lo que son los hombres, a que clase pertenecen, enseñarle a conocerse a él mismo?

Esta es, convengo, la menor preocupación de los novelistas. Ellos se dirigen solamente a la cabeza de la nación; como los políticos se ocupan de los bajos.

Y esté seguro, mi querido colega, que, a pesar de todo su talento, el pueblo se burla bastante de sus libros, a los que no ha leído, y los que verdaderamente os aprecian son aquellos que incluso desprecian la política.

¡El pueblo! Desde luego merece interés, piedad, esfuerzos; pero pretenderlo todopoderoso, quererlo dirigente equivale a realizar el viejo dicho popular: poner el carro antes que los bueyes.

En razón directa, por desgracia, de su grosería, a medida que se afina, deja de padecer.

En el otoño quise ir a ver a esos miserables que trabajan en las minas, esos forzudos condenados a la noche eterna, a la húmeda noche de los profundos pozos.

Salía del Creusot, ese admirable encierro. Allí, los hombres, la élite de los obreros, viven apacibles en ese horno encendido día y noche, que ilumina su carne, sus ojos, su vida. Permanecer ocho días junto a esos horribles braseros

parecería un suplicio para las fuerzas humanas a cualquier habitante de una ciudad. Esos jóvenes pasan su existencia en ese fuego, y no se quejan nunca, únicamente porque trabajan., porque son inteligentes, instruidos, porque se esfuerzan, mediante el trabajo, en mejorar la suerte que les ha proporcionado la inconsciente naturaleza.

En Montceau es otra cosa. La masa de obreros pertenece a la última clase del pueblo. No son capaces, más que de desplazar la carretilla y de horadar las negras galerías de hulla. Aquellos no pueden dedicarse a ninguna tarea que demande un trabajo del espíritu. También tratan de matar a sus jefes, los ingenieros. Su suerte no es tan miserable como se cree; pero su salario es mínimo. ¿De quién es la culpa?

Es una extraña región esa región del carbón. A derecha, a izquierda, una llanura se extiende sobre la que planea una nube de humo. De lugar en lugar, en este campo desnudo, se perciben singulares construcciones que coronan altas chimeneas. Esos son los pozos.

La ciudad es oscura como frotada de carbón. Una polvareda negra flota por todas partes, y, cuando un rayo la atraviesa, brilla de pronto como cenizas de diamantes.

El lodo de las calles es como una pasta de carbón. Se sienten crujir bajo los dientes pequeños granos que se tragan y se aspiran con el aire.

A la derecha, inmensos edificios totalmente negros arrojan un vapor sofocante. Es allí donde se preparan los aglomerados.

El polvo de las minas, diluido en el agua, cae en unos moldes y sale bajo la forma de ladrillos en medio de toda una serie de ingeniosas operaciones que realizan unas máquinas movidas por el vapor.

Aquí hay una verdadera tropa de mujeres ocupadas en seleccionar el carbón. Parecen negras cuya piel, en algunos sitios, está salpicada de manchones pálidos; y miran con

ojos brillantes, descarados. Algunas, se dice, son bellas. ¿Cómo adivinarlo baja esa máscara negra?

Saliendo de esa sombría fábrica, se ve una mina a cielo abierto. La veta de hulla a flor de tierra desciende poco a poco, hundiéndose oblicuamente. Para alcanzarla habrá que profundizar hasta cuatrocientos metros.

Luego se atraviesa la llanura para llegar a una de esas construcciones de alta chimenea que indican la apertura de los pozos. En todo instante es necesario hay que atravesar vías; en todo momento, un tren de hulla llega yendo de las minas a las fábricas, de las fábricas a las minas. Todo el campo está surcado de locomotoras que humean, de vagones que descienden solo las pendientes. Es una increíble red de raíles extendidos como hilos negros sobre el suelo gris donde crece una hierba enferma.

Nos acercamos a los pozos Sainte-Marie.

A flor de tierra bajo una capa de arena, se percibe un gran cuadrado de pequeños sombreros de fundición que coronan unas válvulas. Y de todas esas tapaderas salen delgados chorros de vapor. Un calor terrible se desprende. Están encima de las calderas.

La máquina de al lado, instalada en un bonito edificio, marcha lentamente, haciendo girar un pesado volante de un modo pausado y regular.

Dos ruedas colosales desenrollan el cable de hilos metálicos que desciende y remonta los ascensores que sirven para descender a las entrañas de la tierra-

Se nos prestan dos cascos; se nos da a cada uno una pequeña lámpara rodeada de una tela metálica. Nos apretamos en la gran caja móvil que va a hundirse en el pozo negro. El ingeniero grita: «¡En marcha!». Un timbre indica que vamos a cuatrocientos metros. La máquina se mueve. Descendemos.

Se hace la noche, la noche fría, húmeda. Una abundante lluvia cae de las paredes de los pozos sobre nuestro extraño vehículo, cae sobre nuestras cabezas, discurre sobre nuestros hombros. A veces, una corriente de aire nos azota el rostro cuando pasamos ante una galería. Uno apenas se tiene de pie, en tanto es sacudido en esta máquina.

Pero unas voces, lejanas como en un sueño, salen del fondo de la tierra. Se habla, en bajo, allí abajo, bajo nosotros. Llegamos. El descenso ha durado cinco minutos.

Las galerías tienen pocos hombres. Los obreros van al trabajo a las cuatro de la mañana y suben al día a la una y media. Me gustaría más esto que los hornos de Creusot.

No se ve nada, más que charcos de agua, en un estrecho subterráneo. El agua chorrea por los muros, discurre en rápidos arroyos, deslizándose entre las piedras.

Otro ruido nos sorprende: ese ruido continuo y sordo de las máquinas de vapor. Es una máquina, en efecto, que bebe esta agua y la arroja afuera, a cuatro cientos metros por encima de nosotros. Y he aquí, siempre en la sombra, un amplio estanque donde deposita esa bomba, donde se aglutinan todos los flujos de la mina.

Por fin la vista se acostumbra a la sombra. Caminamos, apretados tras el ingeniero; pues, si se perdiese alguien en las galerías, ¿cómo y cuando podría salir?

Caminamos mucho tiempo. Unos mosquitos nos zumban en los oídos, viviendo no sé como en esas profundidades.

Nos aplastamos contra la muralla. Pasa una vagoneta de hulla. Es arrastrada por un caballo blanco que va a un paso lento y resignado. Pasa. Un calor de vida, un olor de estiércol nos golpea: es la cuadra. Quince animales están allí, condenados a esas tinieblas desde hace años, y que no volverán a ver más el día. Viven en ese agujero, hasta su muerte. ¿Tienen esas bestias el recuerdo de las llanuras, del sol y de las brisas? ¿Una imagen lejana se aparece en sus oscuras

inteligencias? ¿Sufren la vaga y constante añoranza del cielo claro?

A veces, cuando una de ellas cae enferma, se la sube una noche, pues la luz del día la volvería ciega. Se la sube y se la deja libre, sobre la tierra.

Asombrada, levanta la cabeza, aspira el aire fresco, se estremece, mueve el cuello como para asegurarse que nada la retiene; luego se lanza apasionadamente. Se lanza, pero una extraña fuerza la retiene, pues se pone a girar como en un circo, a dar vueltas en un estrecho círculo, a gran galope, como una loca. Es inútil atarla: no saldrá de esa pista, hasta el momento en el que caerá exhausta, borracha de aire.

Encontramos por fin las canteras. Dos murallas negras y brillantes, a la derecha, a la izquierda, unos agujeros se hunden dentro. Fuertes pértigas retienen el carbón sobre nuestras cabezas, todo un entramado complicado que es necesario cambiar cada vez que se ataca una nueva capa.

Helo aquí entonces ese tenebroso dominio de los mineros. Tenebroso, es cierto; pero los hombres, cada día, lo abandonan a una hora. ¿Están peor que los miserables empleados que ganan mil quinientos francos al año y que están encerrados de la mañana a la noche en unos despachos tan sombríos que el gas debe iluminarlos todo el día?

Yo no creo nada, y, si hubiese que elegir, me gustaría tal vez más ser minero.

III

LOS EMPLEADOS

(*Le Gaulois*: 4 de enero de 1882)

Como pasase en medio de esta compacta muchedumbre, de esa multitud entumecida, pesada, que circulaba lentamente el domingo, sobre el bulevar como una espesa papilla humana, varias veces me golpeaba en los oídos esta palabra: «La gratificación». En efecto, lo que se removía tan dificultosamente a lo largo de las aceras, era la población de empleados.

Toda clase de individuos, todos los tipos de trabajadores, todos los hombres que libran cotidianamente el duro combate por sobrevivir, los más susceptibles de compadecer, los más desheredados de la fortuna.

No se cree. No se sabe hasta que punto. Están imposibilitados para protestar; no pueden levantarse; permanecen atados, amordazados en su miseria, su miseria correcta, su miseria de bachiller.

Como me gusta esta dedicatoria de Jules Vallès: «¡A todos aquellos que, alimentados con griego y latín, han muerto de hambre!»

Se habla de aumentar la remuneración de los diputados, o más bien, los diputados hablan de aumentar sus ingresos. ¿Quién hablará de aumentar los de los empleados, que a mi fe rinden, tantos servicios discutibles como los charlatanes del palacio Borbón?

¿Se sabe lo que ganan esos bachilleres, esos licenciados en derecho, esos muchachos que la ignorancia de la vida, la culpable negligencia de los padres o la protección de un alto

funcionario los han hecho entrar, un día, como supernumerarios en un ministerio?

¡Quince o dieciocho cientos de francos al principio! Después, cada trienio, obtienen un aumento de trescientos francos, hasta un máximo de cuatro mil, a lo que llegan hacia los cincuenta o cincuenta y cinco años. No hablo aquí de los muy raros elegidos que llegan a jefe de oficina. Diré sobre esto algunas palabras más adelante.

¿Se sabe lo que gana hoy, en París, un buen albañil? Ochenta céntimos la hora. O sea, ocho francos diarios, doscientos ocho francos al mes, dos mil quinientos francos al año.

¿Un obrero de cualquier especialidad? Doce francos diarios. ¡Es decir tres mil setecientos francos anuales! Y no hablo de los hábiles.

Pues bien, señores gobernantes, ¿saben ustedes lo que vale el pan, y lo demás, puesto que ustedes se encuentran insuficientemente pagados? Admiten que los burócratas se casen como ustedes, tengan hijos como ustedes, se vistan al menos un poco, sin pieles, pero que vayan vestidos a su oficina. Y ustedes quieren que hoy, con dos mil quinientos francos como media de salario, un hombre tenga una esposa, al menos dos pilluelos (uno de cada sexo, para mantener el equilibrio de uniones futuras y la población de Francia, de la que ustedes se preocupan), y que este hombre compre pantalones para él y su hijo, faldas para su esposa y su hija. Calculemos: alquiler, quinientos; vestido y ropa blanca, seiscientos; otros gastos, quinientos. Le quedan novecientos francos justos, o sea dos francos cuarenta y cinco céntimos por día para alimentarse el padre, la madre y los dos niños. ¡Es odioso y repugnante!

¿Y por qué entonces, únicamente, los empleados permanecen en esta miseria, mientras que el obrero vive cómoda-

mente? ¿Por qué? Porque ellos no pueden ni reclamar, ni protestar, ni ponerse en huelga, ni cambiar de empleo, ni hacerse artesanos.

Ese hombre es instruido, respeta su educación y se respeta a si mismo. Sus diplomas le impiden colgar unas cortinas o colocar escayola, lo que sería mejor para él. ¿Qué haría si abandonase su función? ¿A dónde iría? No se cambia de administración como de taller. Están las formalidades. No puede protestar; se le perseguiría. Incluso no puede reclamar. He aquí un ejemplo: Hace algunos años, los funcionarios de la marina, hartos de morir de hambre, de ver las Exposiciones Universales y el aumento general del bienestar, hacer encarecerse todo, mientras que sus sueldos permanecían invariablemente irrisorios, dirigieron humildemente una petición al Sr. Gambetta, presidente de la Cámara. Hubo en las oficinas un suspiro de esperanza. Todo el mundo firmó. Unos diputados habían prometido intervenir. Ahora bien, la solicitud fue denunciada, rechazada, en nombre de la disciplina y con el desprecio por todo derecho. El almirante cualquiera, entonces ministro, fulminó con amenazas de despido para los firmantes, aterrorizando a toda la administración. ¿Qué se podía hacer? Callarse y continuar muriéndose de miseria.

¡Y pensar que esos pobres diablos de empleados encuentran alguna vez el medio, desde luego no sé bajo que insondables misterios económicos, de enviar a sus hijos al colegio, a fin de hacerles obtener, más tarde, ese ridículo e inútil diploma de bachillerato!

Es a ellos a quiénes se les puede aplicar la imagen audaz tan conocida, y decir: « Viven de privaciones ».

Hablemos de su existencia.

Sobre la puerta de los Ministerios, se debería escribir en letras negras la célebre frase de Dante: «Dejen toda esperanza, los que aquí entren».

Llegan hacia los veintidós años. Se quedan allí hasta los sesenta. Y durante ese largo periodo, nada pasa. Toda la existencia discurre en la pequeña oficina sombría, siempre la misma, tapizada de tapetes verdes. Se entra joven, cuando las esperanzas tienen vigor. Se sale viejo, próximo a morir. Toda esa cosecha de recuerdos que hacemos durante una vida, los acontecimientos imprevistos, los amores dulces o trágicos, los viajes de aventuras, todos los azares de una existencia libre, le resultan desconocidos a estos prisioneros.

Todos los días, las semanas, los meses, las estaciones, los años se parecen. A la misma hora se llega; a la misma hora se almuerza; a la misma hora se van; y así desde los veintidós a los sesenta años. Solo cuatro sucesos son excepcionales: el matrimonio, el nacimiento del primer hijo, la muerte del padre y de la madre. Nada más; perdón, y los adelantos. No se sabe nada de la vida ordinaria, nada incluso de París. Se ignoran hasta las alegres jornadas soleadas en las calles, y los vagabundeos por el campo: pues nunca pueden salir antes de la hora reglamentaria. Se convierten en prisioneros a las diez de la mañana; la prisión se abre a las cinco, hasta que llega la noche. Pero, en compensación, durante quince días al año tienen el derecho - derecho discutido, regateado y reprochado en ocasiones - de permanecer encerrados en su domicilio. ¿A dónde se podría ir pues sin dinero?

El carpintero trabaja de cara al cielo, el cochero rueda por las calles; el mecánico del ferrocarril atraviesa los bosques, las llanuras, las montañas, va sin cesar desde los muros de la ciudad al largo horizonte azul de los mares. El funcionario no abandona su oficina, ataúd de esa vida; y en el mismo pequeño espejo donde se ha mirado, joven, con su

bigote rubio, el día de su llegada, se contempla, calvo, con barba blanca, el día donde está a punto de jubilarse. Entonces, se acabó, la vida está cerrada, el futuro clausurado. ¿Cómo se permite que esto sea así? ¿Cómo se puede envejecer sin que ningún acontecimiento haya sido consumado, que ninguna sorpresa de la existencia le haya sacudido nunca? Esto es así sin embargo. ¡Plaza a los jóvenes, a los jóvenes empleados!

Entonces se van, más miserables todavía, con la ínfima pensión de jubilado. Se retiran a los alrededores de París, en un pueblo de vertederos, donde se mueren casi seguro como consecuencia de la brusca ruptura de este largo y encarnizado hábito de la oficina cotidiana, de los mismos movimientos, de las mismas acciones, de las mismas tareas a las mismas horas.

Hablemos ahora de los jefes.

Algunos desconocidos de anteaer, que ayer se han despertado ministros no han podido experimentar un violento golpe de orgullo como un viejo funcionario denominado jefe. Él, el oprimido, el humillado, el triste obediente, el ordenado, él tiene el derecho, - y se venga. Habla alto, duramente, insolentemente, y los subordinados se inclinan.

Es necesario exceptuar a ciertos ministerios como el de la instrucción pública¹⁶, donde antiguas tradiciones de benevolencia y de cortesía han sido conservados hasta el presente. Otros son las galeras. He citado el de la marina; vuelvo

¹⁶ Por haberse podrido en los ministerios, Maupassant conocía bien la miseria de los empleados:

Cf. también: - *Lo alto y lo bajo*: en *Le Gaulois* del 16 de marzo de 1883.

- *Opinión pública*: en *Le Gaulois* del 21 de marzo de 1881.

- *Los héroes modestos*: en *Le Gaulois* del 1 de marzo de 1882.

allí. Yo he estado allí, lo conozco. Allí dentro se mantiene el tono de las órdenes de los oficiales sobre el puente.

No es el único; además, nada iguala la altivez, la arrogancia, la insolencia de algunos peones reconvertidos, cuya antigüedad los ha hecho reyes de la oficina, en unos déspotas y chupatintas.

El obrero insultado por el capataz sube sus mangas y golpea con el puño. Luego recoge sus utensilios y busca otra cantera. Un funcionario con un poco de genio estaría sin pan al día siguiente, y durante mucho tiempo sino por siempre.

Últimamente, un ministro tomando posesión de su departamento, pronunciaba más o menos estas palabras ante los «altos funcionarios» de su administración, los jefes y los empleados: «Y no olviden, caballeros, que exijo su estima y su obediencia: su estima porque tengo derecho a ella; su obediencia, porque ustedes me la deben».

¿Se siente bastante a la nueva autoridad?

¡Y pensemos en lo que se convertirá semejante discurso pasando de boca en boca hasta llegar al subjefe arengando a sus expedicionarios!

¡Oh! hay unos corazones ofendidos en esas amplias fábricas en papel ennegrecido, y unos corazones tristes, y grandes miserias, y pobres personas instruidas, capaces, que habrían podido ser alguien, y que no serán nunca nada, y que casarán a sus hijas sin dote, a menos de hacerlas casar con un empleado como ellos.

IV

ALMA MATER¹⁷

(*Gil Blas*: 9 de junio de 1885.)

*¡ ...Tanto como poner, pardiez,
La mosca a pensión con una tarántula !*

Se conocen estos versos de Victor Hugo. Apuntan, es cierto, a los directores de los colegios religiosos, pero ¿acaso no se les puede aplicar hoy con justicia a esos establecimientos de tortura moral y de agotamiento físico que se llaman Institutos, colegios e instituciones?

Uno queda confuso ante la resolución del tribunal del Sena, que acaba de desestimar la demanda de indemnización interpuesta por el Sr. Lagrange de Langle contra el colegio de Sainte-Barbe, cuando ha sido reconocido exacta e indiscutiblemente que la muerte de su hijo fue debida a la negligencia de la administración.

Los hechos, totalmente claros, no necesitan comentarios.

Llegado a Carlsruhe con sus compañeros de Instituto, Jacques Lagrange de Langle fue presa de una violenta fie-

¹⁷ El cronista volverá sobre «los peligros del odioso sistema de educación seguido en Francia». Pedagogo moderno, partidario como Rousseau de la educación negativa, Maupassant denuncia la «empollada» de los candidatos a bachilleres que han «almacenado en diez años de estudios, menos conocimientos de los que puede adquirir en diez meses, un hombre hecho, dueño de su inteligencia».

Y el cronista alaba el sistema inglés con sus «colegios en plena campiña, donde se enseña la equitación, la natación y lo demás con tanto esmero como las lenguas, la historia o las matemáticas...» [Cf: *Los niños*: *Gil Blas*; 23 de junio de 1885]

bre. Llamado el médico, la juzga sin gravedad y se conduce al niño a las carreras. Una tormenta sobreviene y lo empapa. Regresa helado y el mal toma de repente proporciones inquietantes.

El maestro que acompañaba al grupo informa durante varias semanas al director de Sainte-Barbe del alarmante estado de este alumno.

Ahora bien, los padres no fueron avisados. Pero la familia a quien el joven Lagrange de Langle había sido confiado en Carlsruhe se atemoriza y el niño es enviado solo - usted lee bien, solo - en un vagón de segunda clase a París donde llega moribundo.

Los padres fueron advertidos por unos amigos. Se reúnen enseguida varios médicos en consulta. El mal fue diagnosticado sin remedio y la muerte inminente.

Ahora bien, el tribunal no *reconoce* que la responsabilidad del director se encuentre comprometida. Consta, es cierto, que el niño ha permanecido veinte días enfermo sin que se haya llamado o avisado a los padres; lamenta que, sin su autorización, se haya realizado ese viaje mortal; pero considera que la responsabilidad del director está cubierta por la del médico que no creía al niño en peligro.

Es a los padres, a un tribunal de padres de familia, a quien habría que plantear las siguientes cuestiones, y no a los primeros jueces recién llegados.

¿Puede un director, sin ser culpable ante la ley, culpable ante el Estado, culpable ante la familia, dejar a unos padres en la ignorancia, durante varios días e incluso varias semanas, de que su hijo está enfermo?

¿Con qué derecho actúa así? ¿Y no se considera responsable, absolutamente responsable ante la familia e incluso ante el Estado, cuando debe velar por la existencia de todos?

¿Basta la opinión de un médico, desconocido por la familia, un médico bueno o malo, preocupado o indiferente,

inteligente o mediocre, para decidir que la salud de un pobre pequeño, que sufre desde hace tiempo, no merece ninguna atención especial?

Y cuando el alumno de un instituto o de un pensionado cualquiera se encuentra bastante indispuerto para que se juzgue apropiado mandarlo de regreso a París, ¿no es odioso y criminal encerrarlo solo en un vagón, procedente del colegio sin que se haya llamado al menos a dos médicos para examinarlo?

¿Y si ese viaje se convierte en mortal para el pequeño enfermo, si una serie de negligencias y de torpezas lo ha colocado al borde de la tumba, quién es el responsable?

El director se lava las manos y responde: «Fue un error del médico».

¡Pues bien!, puesto que no os conviene condenar al director por razones que no logro adivinar o que no quiero adivinar, ¡condenad al médico!

El día en el que el primer doctor sea responsable de sus torpezas o de su ignorancia, se podrá atisbar por fin alguna seguridad en la vida.

¿No es, en efecto tan inverosímil como censurable, que un caballero, porque tenga en su armario un diploma certificando ciertos conocimientos elementales en una ciencia que no existe demasiado como tal, pero que pide ante todo conciencia y dones naturales de inteligencia y de observación, que un caballero, digo, porque pague una patente, tenga el derecho de martirizar, envenenar y matar con entera libertad a la gente?

Los médicos escépticos sonríen de sus torpezas y murmuran: «Uno más», los médicos indiferentes se conforman con hacer pagar la factura a la familia. Los médicos imbéciles no cuentan sus fallecimientos; pero los médicos curiosos, inteligentes y trabajadores, los más temibles de todos, pasan

su vida experimentando medicamentos en el vientre de sus enfermos que revientan en gran número por el bien de los siguientes.

Las almas sensibles se indignan de que los sabios platónicos como Claude Bernard o el Sr. Paul Bert busquen para curar a los hombres, los secretos del organismo en el cuerpo de pobres animales abiertos vivos, pero nadie se rebela contra cientos de médicos que practican a domicilio o en los hospitales el envenenamiento experimental.

¿Los hospitales? ¿Qué es eso, por favor, sino grandes establecimientos de vivisección humana? ¿Qué se hace allí dentro sino experimentar nuevos remedios, nuevos métodos y nuevos instrumentos sobre los miserables, sobre los pobres, sobre todos aquellos que van a morir en esas carnicerías públicas porque sus carteras están vacías?

¿No se hacen locos en ciertos lugares, del mismo modo que se hace pan en las panaderías?

A un amigo que le preguntaba si no había tenido nunca accidentes ensayando nuevos procedimientos quirúrgicos, un ilustre oculista, respondió riendo: «Se llenaría este salón con todos los ojos que he reventado»

¡Tengo la debilidad de desear que todos esos ojos reventados sean ojos de gatos o de perros más que de hombres! Pero si todo médico convencido de haber matado a un enfermo por una torpeza o una tontería flagrante, de haberlo dejado morir por negligencia o indiferencia, fuese condenado severamente con una multa o con la prisión, el número de fallecimientos prematuros disminuiría sensiblemente.

No es hoy el día en que un hecho de esta naturaleza no llega al conocimiento de uno o de otro, indiscutible, reconocido y afirmado por otros médicos dignos de fe.

¿Por qué el hombre nombrado por el Estado, que tiene una función pública, no es el responsable de la vida confiada a su saber certificado, a su inteligencia diplomada, a su ca-

pacidad garantizada, a su solicitud recomendada, con el mismo título que un capitán que toma el mando de un navío para emprender un viaje peligroso?

He calificado a los Institutos, colegios y pensionados, de establecimientos de tortura moral y de agotamiento físico.

Y si la raza humana es enclenque, débil, enferma; si todos nuestros órganos debilitados se ven afectados de diez mil tipos de lesiones que nos matan antes de los cuarenta años, se lo debemos al abominable sistema educativo adoptado sobre toda la tierra y que marchita el cuerpo agotando la inteligencia embrionaria de los niños.

Si la costumbre antigua, la tradición secular no nos cega-se, nos indignaríamos, nos rebelaríamos contra el abominable método empleado.

A la edad en la que el pensamiento aún no existe, en la que no está más que en estado latente en el cerebro humano, germen que va a crecer y que habría que dejarlo desarrollarse en paz, se lo fuerza a trabajar ya, a reflexionar, a retener, a comprender, se le usa antes de que esté formado. ¿A dónde conduce esto? A que los estudios elementales que el bachillerato finaliza, duran ocho o diez años, mientras que deberían durar dos años. ¿Es esto un adelanto?

Pero esto no es nada todavía.

Se toma al niño, al pequeño niño cuyo crecimiento comienza, y en el momento en el que tendría más necesidad de libertad, de aire libre, de movimiento, de ejercicios de todas clases, se le encierra entre cuatro paredes para que permanezca todo el día encorvado sobre unos libros que lo agotan moral y físicamente.

Se le permiten dos horas al día para jugar, en un patio, en medio de una ciudad, mientras que se debería hacerle correr en los campos y en los bosques, montar a caballo, nadar durante ocho o diez horas y no dejarle más que dos horas

para el estudio, hasta que su cuerpo y su espíritu se hayan vuelto robustos, capaces de soportar las abrumadoras fatigas del trabajo intelectual.

Es precisamente durante los años en los que se le debería únicamente ocupar del desarrollo del cuerpo a fin de justificar el viejo proverbio: « *Mens sana in corpore sano* », que se esfuerza en detenerle la libre expansión de sus fuerzas, de comprimir la savia humana, de violentar la ley natural que impone el movimiento y la libertad a todos los seres jóvenes, y que les ha dado el instinto del juego, con el objeto de que ellos ayuden a la expansión de toda su fuerza animal.

¿No es algo atroz y monstruoso, tan ilógico como repelente?

Es de diez a veinte años cuando el ser físico crece. Entonces se confina el cuerpo y se le priva de todo lo que podría favorecer su crecimiento y su vigor. Y se aprovecharán esos mismos años para acribillar, con un montón de conocimientos complicados, un espíritu que todavía no está formado, que se debería dejar afirmar y que no estará apto para recibir la ciencia, comprenderla, razonarla hasta después del desarrollo completo y perfecto del cuerpo y de todos los órganos que constituyen la inteligencia, de la que ella depende, gracias a los que ésta funciona, pues es tan insensato obligar al trabajo del espíritu a los niños como querer casar a esos mismos pilluelos antes de la edad en la que son núbiles.

V

EL ARTE DE ROMPER¹⁸

(*Le Gaulois*: 31 de enero de 1881)

La muy augusta Academia francesa acaba de nombrar a los comisarios que galardonarán las obras geniales, y otras, aparecidas en el año 1880.

En la lista de las obras propuestas a examen, he buscado en vano aquella que podría, en este momento, rendirle algún servicio a la humanidad.

Se encuentra, en esta relación, el fragmento más elocuente de la historia de Francia (¿Resulta útil la elocuencia en Historia?)

Luego una obra francesa con un carácter de elevación moral.- Pasemos.

Y, en medio de recompensas sabiamente motivadas, «un premio concedido a la mejor traducción en verso de una obra en griego, latín o lengua extranjera», luego todavía: «dos sumas, una de tres mil francos y la otra de cinco mil, destinadas a fomentar la literatura superior».

Pues bien, esta superior literatura no me dice nada acerca de quién vale: y creo que, en general, los muy honorables individuos que se dedican a este ejercicio académico son incapaces de hacer buena literatura, o sencillamente literatura.

¹⁸ Uno de los leitmotiv del pensamiento de Maupassant que ha retomado el tema de las relaciones que se eternizan:

– en otras crónicas: *Petición de un Vividor a su pesar*: *Gil Blas*, 12 de enero de 1882. *Vanos consejos*; *Gil Blas*, 26 de febrero de 1884.

– en un cuento: *Una Pasión*: *Gil Blas*; 22 de agosto de 1882.

– en una novela: [Cf: el episodio amoroso de la Sra. Walter-Bel Ami] en *Bel Ami* (1885).

Estoy persuadido de que a los ojos de los señores miembros de la inmortal asamblea, Balzac o Flaubert no han hecho nunca literatura superior.

Pues yo propongo añadir, a la lista de estos distribuidores de recompensas honestas, algunos miembros que examinen el punto de vista puramente práctico, y galardenen y den la suma de los cinco mil, antes mencionados, al mejor tratado sobre «el Arte de romper».

Un único premio no es suficiente, en efecto, para favorecer a los géneros que dejan también un poco de huella en la alta literatura y las traducciones en verso; y no debemos, sino al contrario, perseguir sin cesar un descubrimiento más útil a la humanidad que la destrucción de la filoxera, es decir la supresión del vitriolo.

Es el premio que obtendría casi infaliblemente aquel que nos ofreciera una serie de sencillos medios al alcance de todos, para abandonar razonablemente, convenientemente, educadamente, sin acritud, escena, o violencia, a una mujer que nos adora y que nos ha hartado.

El vitriolo se ha convertido en un peligro público.

Ayer, es cierto, era un vulgar bribón el que desfiguraba a su amante; pero, la víspera, una mujer celosa se vengaba de una muchacha, su rival; el día anterior otra mujer quemaba los ojos de su amante infiel; y al día siguiente la serie siniestra recomenzará sin duda.

Ninguno de nosotros puede considerarse protegido, pues ninguno de nosotros está exento de galanterías, y, como ninguno de nosotros creo que es partidario de las cadenas eternas, nuestros ojos, nuestra nariz y nuestra pechera pueden desaparecer desde el primer día bajo el temible líquido.

El vitriolo es la espada de Damocles de la infidelidad.

Sin embargo no podemos ser razonablemente fieles hasta la muerte (yo hablo por los solteros) a una única y misma mujer, tanto en cuanto las demás son encantadoras.

Las mujeres con frecuencia (las que valen la pena) son desesperadamente fieles o más bien (perdón por la palabra) desesperadamente lapas. Y no es nunca a su marido a quienes son fieles; ¡oh! de eso nada, sino al hombre, a quien no están unidas más que por el débil lazo del capricho !Que explique, quién pueda, esta anomalía!

Quien quiera que haya vivido historias de amor, quien quiera que haya pasado por la fatal serie de los periodos en los que se desarrolla una intriga del corazón, ha quedado aterrado en el momento de desatar ese grueso nudo que se llama relación; y, no pudiendo llegar a desligarse, a separarse hábilmente de todos los hijos, ha hecho como Alexandre, lo ha cortado. De ahí una serie de catástrofes que a veces tienen un colofón final: ¡el vitriolo!

Hagamos la historia banal y simple de todas las relaciones mundanas. La psicología es siempre la misma.

El corazón femenino difiere completamente del corazón del hombre. Nosotros, auténticos aficionados a la belleza, es a la mujer a la que adoramos; y cuando elegimos pasajera-mente a una mujer, es un homenaje que rendimos a todas las demás. ¿Es un borracho, un gourmet que bebe sempiternamente de un único vino? Le gusta el vino y no solo un vino; el burdeos, porque es el burdeos, el borgoña, porque es el borgoña. Nosotros idolatramos a las morenas, porque son morenas, y a las rubias porque son rubias; una, por sus ojos intensos que llegan al corazón, otra por su voz que hace vibrar nuestros nervios; aquella por sus labios rojos, aquella otra por el arqueado de sus caderas; y, como no podemos recoger todas esas flores al mismo tiempo, la naturaleza ha puesto en nosotros la chaladura, el capricho loco que nos las hace

desear por turno, aumentando de este modo el valor de cada una a la hora del pánico.

Ahora bien, el pánico no dura demasiado en el hombre; es el periodo de espera. El deseo satisfecho cambia el amor en educado reconocimiento. ¡Indignaos, idealistas!

Unos hacen este trayecto de una pasión a lo otro en ocho días, otros en un mes, otros en seis, otros en un año. Es cuestión de tiempo, de lentitud de corazón y de costumbres adquiridas.

Pero la mujer, ¡Ah! la mujer sigue un camino diametralmente opuesto. He aquí el peligro.

En el momento en que el enamorado comienza el asedio, cuando todos sus deseos despertados le hacen creer que ama con pasión, es elocuente, insistente, persuasivo. Promete todo lo que se quiere, se abandona a los sacrificios más sobrehumanos. La mujer está inquieta, turbada, radiante de que se ocupe de ella, pero no enamorada. Ella se dice: «Este pobre muchacho, me ama terriblemente desde luego»; y se enternece con ese amor por la bondad de corazón y por vanidad satisfecha. Sin embargo tiene dos temores, no quiere comprometerse demasiado, y habla de capricho, de capricho sin duración muy larga. Es tan encantador, ¡un capricho! Esto deja en el corazón un recuerdo dulce, en absoluto amar. Es la página suelta de la vida.

En cuanto a él, capricho u otra cosa, que más da, con tal del que el resultado sea el mismo. Y el resultado que el persigue es el mismo.

Entonces él triunfa. Asediándola se obtiene la plaza. Ahora bien, una vez amante, él se da cuenta poco a poco que esta conquista, que juzgaba incomparable desde la lejanía, no vale, en definitiva, ni más ni menos que las anteriores.

Pero la vencida comienza a amar a su vencedor, débilmente aún, es cierto, como un usurero puede amar al vividor a quién acaba de prestar quinientos luses. Ella ha hecho un adelanto de fondos e intenta recuperar sus gastos -¿Cómo? se preguntarán - Ella ha arriesgado su reputación, su tranquilidad, el orden de su vida. Y además toda mujer toma siempre en serio la famosa palabra: «capital» del Sr. Dumas. ¡Oh! ella pierde el sentido, por ejemplo, estimando inagotable ese capital que el Sr. Dumas juzga perdido tan a prisa.

Entonces comienza la cadena.

Él, día a día, mira cada vez más a las otras mujeres: día tras día, siente brotar en su corazón unos atisbos de deseos nuevos, de cosquilleos de pasión que nacen. Día a día comprende, cada vez con más intensidad, que el alma nunca esta satisfecha, que la belleza tiene manifestaciones innumerables, que el encanto de la vida está en el cambio y en la variedad.

Pero, ella, día a día se ata más, como una planta que crece en un suelo nuevo. Sus besos son unas raíces que se hunden cada vez más. ¡Ama! Se entrega totalmente, está encerrada, emparedada en su amor. Su existencia no tiene otro horizonte, ni su pensamiento otra inspiración, ¡su persona no tiene ninguna otra necesidad que ser amada!

Es la cadena, la servidumbre involuntaria que comienza. Es la letanía de las palabras tiernas, infantiles y ridículas: «Mi ratón, mi gatito, mi lobón, mi adorado.» - La persecución del cariño. Ella había hablado de capricho ¡Ah! ¡bien, sí!

Él quiere romper, intentándolo tímidamente. Pero vaya usted a romper con una mujer que lo adora, que lo martiriza con atenciones, que lo tortura con deferencias, una mujer cuya única preocupación es el placer de su amado. ¡Romper! La cadena es sólida; no se rompe, se arrastra. El afecto de ella aumentando siempre, y la de él disminuyendo sin cesar,

llegando a hacer como dos músicos tocando juntos, en el que uno acelerase poco a poco su movimiento, mientras que el otro ralentizase el suyo.

Dice un proverbio: «La mujer es como tu sombra; siguiéndola, te huye; huyéndola, te sigue.» Este proverbio es de una verdad eterna. Con su instinto de enamorada, advirtiéndole el abandono, se obstina, se aferra a uno.

Todos los días se producen las cuestiones lacerantes e intempestivas, a las que es imposible responder:

– ¿Me amas, verdad ?

– Claro.

– ¡Repítemelo, tengo necesidad de oírlo!

– ¡ Pero ya te lo he dicho !

– ¿Es cierto eso de que tu me amas todavía un poco, malísimo?

– Sí.

– ¿Me prometes que no me engañas?

– No.

– ¿No, qué?

– Yo no te engaño.

– ¿Me lo juras?

¡Eh! pardiez, sí, él lo jura. ¿Qué quiere usted que haga? Y las mujeres más inteligentes. en ese momento psicológico, repiten invariablemente esas series de interpelaciones tan inútiles como malintencionadas.

El grueso nudo está ahí, imposible de deshacer.

Dos soluciones se presentan, siempre las mismas:

O bien, de escena en escena, se llega al combate final, al verdadero combate; a las odiosas bofetadas, a los golpes deshonorosos para el hombre; pues aquél que levanta la mano sobre una mujer, no importa el motivo, en cualquier ocasión que sea, no es más que un cobarde, un patán y un bruto.

O bien, él desaparece, se eclipsa, se oculta. Pero entonces ella lo busca, encarnizada, exasperada, y cuando lo en-

cuentra adorando a otra en todo el fragor de un nuevo ardor, se embosca en la esquina de una calle con el frasco del vitriolo en la mano...

He aquí porque, en lugar de hacernos tratados de moral que no sirven a nadie, o de traducciones al francés de Horacio en verso, sería infinitamente más práctico que nos ofreciesen un manual razonado del arte de romper. Si es cierto (y es mi opinión) que la glotonería y el amor son los dos pasatiempos más deliciosos que nos ha dado la naturaleza, no veo porque un filósofo sutil no puede ofrecernos el tratado que solicito, del mismo modo que se nos presentan colecciones de sabios menús y de recetas de todo tipo para la satisfacción de nuestro paladar.

Apelo a todos aquellos que hacen del amor la mas dulce ocupación de su vida. ¿Acaso la separación no es el problema más temible propuesto a su inteligencia y, siempre, el de más difícil solución para un hombre galante?

Hasta aquí no entreveo más que una solución que indico con timidez, porque no está quizás al alcance de todo el mundo.

Cuando se harta uno de una mujer, pues bien...pues bien, se la conserva. «Se la conserva, dirá usted; pero ¿y la siguiente?» - Se las conserva a todas, señor.

VI

POLÍTICAS¹⁹

(Gil Blas: 10 de noviembre de 1881)

La política, pese a lo que piensan muchas personas, se adapta maravillosamente al espíritu ligero de las mujeres.

¹⁹ Maupassant frecuentó o conoció a numerosas «Políticas»: la Sra. Adam, la Princesa Mathilde, la Paiva, Mathilde Stevens que escribió bajo el nombre de Jeanne Thilda...

Es el retrato de Léonie Léon el que evoca. Musa de Gambetta, la fisionomía de esta mujer todavía permanece siendo un misterio. Pero la asimilación – a pesar de algunos errores de detalle más o menos voluntarios – es cierta.

Cf. Maurice Talmeyr: *Gambetta y las mujeres* en *Revista Semanal* [febrero de 1921] Criticando el libro de E. Laur: *El corazón de Gambetta* [París 1929], libro que presenta la asociación Gambetta-L. Léonie bajo un día idílico, el Sr. Talmeyr escribe: «La Sra. Leonie Léon parecía, como un ser de élite, una mujer superior, admirablemente dotada, como una «inspiradora», como una «patrona», como una «Minerva»...» Pero «¿no tenía ninguna ambición de ninguna clase? No tenía el derecho a tenerla... y no podía jugar de momento... el gran juego bien conocido y todo poderoso de la coquetería... » [Cf. p. 62 y sig.].

Maupassant no deja de insistir sobre este «singular emparejamiento de política y galantería mezcladas...»

– Cf. también: P.B. GHEUSI: *La novela de Gambetta* [Paris, 1938] «... La República permanecía con su principal preocupación. Se debatía, nacida a medias, entre las conjuras y las luchas electorales. Jefe del régimen en gestación, Gambetta parecía aportar, en la conducta de su defensa y de su propaganda, más de ponderación y como una preocupación más alta de idealismo. Se trataba de la obra latente, persuasiva y sabia de Léonie Léon... La joven desempeñaba un papel de eminencia gris ignorada por el público...» [pág 65]

Hay que alabar a Maupassant el haber sospechado esas cualidades instintivas, el haber sabido matizar un retrato tan complejo y misterioso. El novelista recordará este estudio cuando describa a la Sra. Forestier, «la política» de *Bel-Ami*.

Ellas han destacado con frecuencia en ese ámbito. Sus facultadas, esencialmente subjetivas, se adaptan mal a las artes llamadas liberales. Y que no se vaya a objetar la insuficiencia de su instrucción, pues ellas practican tanto como nosotros la pintura y la música; todas las hijas de nuestros porteros pasan por el Conservatorio; el Salón cada año está lleno de lienzos firmados con pequeños nombres femeninos; y si algunas artistas en faldas llegan a tener una habilidad notable de ejecución, ninguna, sin embargo, ha podido franquear jamás el difícil límite que separa al maestro del aficionado. Pero la política, ciencia de segundo orden, donde el olfato instintivo, la sagacidad natural, la seducción, la habilidad, los refinamientos y las sutilezas triunfan sin cesar sobre los más sanos razonamientos, se presta infinitamente al desarrollo completo de todas las cualidades innatas de la mujer. Débil, pero armada de estrategias para luchar contra nuestra fuerza, acorazada de encanto y de gracia para combatir nuestra cerrazón, insinuante para triunfar sobre nuestra lógica, sutil y práctica, poco influenciada por las grandes teorías filosóficas, humanitarias y rimbombantes, ella ha sabido ser con frecuencia la consejera oculta, útil y firme de los grandes hombres a los que conducía, en la sombra, con sus consejos.

Incluso se podría, creo, probar, con la historia en la mano, que muy pocos políticos han escapado a las influencias femeninas. En nuestra patria, principalmente, país de la ley sálica, han ejercido más que nadie, por todas partes, su poder dirigiendo a los jefes del Estado.

Quiero, discretamente, contar la historia vivida hace tiempo, joven muchacha y joven mujer, en una gran ciudad del centro de Francia. Su padre, viejo juez sabio, la atiborró

de historia y sobre todo de memorias. Ella conoció, casi niña aún, por Saint-Simon y todos los autores de documentos preciosos, las prácticas secretas de los gobiernos; y en lugar de soñar en los amores enmascarados que seducen a las señoritas con el claro de luna, imaginaba grandes complicaciones europeas, dificultades inexpugnables donde se confundían todos los ministros y que ella lograba desembrollar por el poderío y la sutilidad de sus consejos dados en secreto al hombre de Estado que tenía su distinción, y que, gracias a ella, se volvía providencial para su patria.

Leía cada mañana los periódicos, pensaba en Prusia como se piensa en un tenebroso enemigo, se preocupaba de Italia, vigilaba Inglaterra, tenía la mirada sobre España y contaba con Rusia.

Habiéndose casado, a la fuerza, con un funcionario de un espíritu débil y limitado, vivió correctamente a su lado sin que él sospechase nunca sus interiores.

Poco bonita, desapercibida, adquirió sin embargo una considerable influencia en su entorno, gracias a sus grandes cualidades de intriga disimulada, y de velada obstinación. Muerto su padre, supo hacer llamar a su esposo a París. Poco tiempo después, éste murió también.

Quedó sola con un hijo. No era rica, poco seductora, nada conocida. El camino sería largo y difícil para llegar a gobernar por los medios ordinarios. Sin embargo, se sentía fuerte. ¿Cómo demostrar su fuerza penetrante? ¿Cómo ejercer su penetración?

Ella se dejó ver por las sesiones de la Cámara, y, pacientemente, estudió a todos los políticos en los que Francia podía depositar sus esperanzas. Por fin eligió a uno. Era un muchacho ya célebre, lleno de un exuberante temperamento, de un incuestionable empuje, con un futuro asegurado. Ella le escribió una de esas cartas con triple fondo como solo las mujeres saben escribir. No ocultaba su sexo, segura de tur-

bar al hombre, comentando su admiración, luego, con prodigiosa habilidad, intrigaba a ese espíritu que ella había sabido adivinar, revelándole sus propios pensamientos, indicando sus tendencias, aclarando incluso con una penetración singular ciertos aspectos oscuros de él.

¿Cuál es el hombre un poco famoso que no ha recibido cartas de desconocidas, y que no ha sucumbido a su misterio? ¿Hay alguna mujer, leve y astuta, que no haya obtenido lo que quería por ese viejo medio siempre bueno? ¿No se podría incluso citar en París tres o cuatro hombres de talento en los que unas correspondencias misteriosas los han conducido hasta el matrimonio?

Él sucumbió como los demás y respondió. Entonces comenzó entre ellos una relación singular de política y de galanterías mezcladas. Las palabras de amor eran sustituidas por nombres de pueblos; y, de vez en cuando, ella dejaba caer hábilmente sobre sus consejos y razonamientos un ligero matiz de ternura.

Él, de naturaleza meridional, bastante propenso a la exaltación, poco acostumbrado hasta ese momento a los éxitos donde su físico desempeñaba un papel, fue emocionado, seducido poco a poco por este intercambio continuo de cartas con una mujer que él suponía naturalmente hermosa, que él veía excepcionalmente inteligente, que lo había conquistado de lejos por el único poder de su talento.

Él quiso verla; ella se negó. Esta resistencia exasperó su deseo. Ella le confesó que no era bonita, y no muy joven. A él le decepcionó esta confesión; sin embargo insistió y cada semana recibía una larga carta, semejante a un informe de embajador, con sabias reflexiones y apreciaciones muy sutiles sobre la situación de Europa.

En ocasiones, en sus discursos a la Cámara, en sus alocuciones en provincias, en sus brindis en banquetes públicos, él repetía textualmente páginas enteras de su correspon-

sal anónima; y se sorprendía con frecuencia del éxito que obtenía esa prosa elegante y clara.

Por aquellos días los periódicos proclamaban que él se había superado a si mismo. Con el corazón agradecido, el espíritu exaltado, la inteligencia seducida, declaró por fin a su desconocida que rompería toda relación si ella no consentía en convertirse en su amiga visible.

Ella lo sintió maduro para cogerlo. Consintió y le concedió una cita.

Desde hacía tiempo ya, ella había arreglado, amueblado, preparado el pequeño apartamento que debía servir a esas entrevistas.

Él fue, el corazón latiendo; y, cuando entró, un poco sin aliento, pues estaba bastante gordo, encontró ante él a una mujer de rasgos un poco duros, pero amable, de mirada amplia, vestida como una parisina que desea gustar, también emocionada con las dos manos abiertas, y que decía: «Ven-ga entonces, amigo mío, que por fin lo ame de cerca».

Y, de inmediato, se pusieron a hablar de política. No estaban de acuerdo sobre ciertos puntos, se explicaron, animándose, casi discutiendo, y uniéndose misteriosamente el uno al otro por mil lazos espirituales.

Se dejaron; se volvieron a ver; se amaron con una ternura hecha de razón, de equilibrio moral y europeo, de geografía y de concordancias intelectuales. Ella fue su amante sin embargo; ¡pero poco!

Y esto dura todavía. Y gracias a esta estrategia singular que tienen las mujeres, a ese genio del disimulo, el secreto de sus relaciones no ha sido completamente captado.

A veces, un periódico anuncia que se le ha reconocido, a él, al hombre de Estado, que no puede salir sin recibir en el

rostro todas las miradas de la multitud, que se le ha reconocido en la profunda oscuridad de un palco del teatro, y que una mujer lo acompañaba. ¿Pero qué mujer? Se busca; se cotillea, se nombran actrices; se sospecha de grandes damas; se señala incluso a bailarinas. No precisamente: es ella, la política madura, la amiga seria, la consejera de todos los días. Pues cada mañana ahora, él recibe una carta de ella, una carta donde son analizados, sopesados, calculados todos los acontecimientos cumplidos o posibles.

Para probar su poder, ella ha dado incluso un golpe maestro. Ella lo ha educado; lo ha educado como antaño los caballeros educaban en el convento a las jovencitas; y desaparecían, ocultos en alguna parte de esta Europa que ocupa todos sus pensamientos, que sustituye en ellos el amor. ¿Qué han hecho? ¿Dónde han estado? Nadie lo sabe con precisión. Los reporteros rendidos han regresado a sus redacciones sin noticias. Los hombres de Estado se han roto la cabeza. El misterio no ha sido desvelado.

¿A dónde van los enamorados que huyen? Siempre hacia la patria poética, la patria radiante de Romeo y Julieta. ¿A dónde podían ir sino?

¿A dónde podían ir? ¡No indudablemente hacia la nación brumosa y amenazante, hacia la tierra de los secretos políticos, de los eternos problemas, la tierra donde medita aquel que se llama el canciller de hierro!

VII

CHARLA TRISTE²⁰

(*Le Gaulois*: 25 de febrero de 1884)

Aquí llegan los días de carnaval, los días en los que el ganado humano se divierte en masa, en tropel, mostrando su brutal estupidez.

Paris no conoce el carnaval. Por aquí o por allá pasan algunas máscaras, rápidas, vergonzosas y despreciadas por la multitud que sale a la calle lenta y pesadamente porque tiene vacaciones.

¡Es en Niza donde es necesario ver esta fiesta del animal civilizado! Hombres y mujeres del pueblo y de la alta sociedad mezclados, con la cara cubierta con una máscara, encuentran un delirante placer en arrojarse yeso a los ojos. Una furiosa locura se apodera de estos seres que gesticulan, gritan, se desafían y se lanzan al rostro puñados de confeti, de polvo y de guijarros. Semejante estupidez desencadena en alguno de estos hombres al animal, a esa odiosa bestia humana que emerge, aúlla, se embriaga, pelea, golpea, asola o mata tan pronto como se la suelte y se la azuce, la horrible

²⁰ Un tema recurrente en Maupassant que retoma inagotablemente la imagen balzaciana de la «sociedad devoradora de hombres». Escasez de alegrías terrestres, mediocridad de la sociedad, universal soledad, obsesión por la muerte que se aferra a todas nuestras acciones, variaciones múltiples sobre el tema de la desesperación. Los títulos de numerosas crónicas son sugestivos:

– *A propósito de nada*: Gil Blas del 30 de marzo de 1886.

– *Más allá*: Gil Blas del 10 de junio de 1884. [siguiente crónica]

– *Los retrasados*: Gil Blas del 16 de septiembre de 1884.

– *Soledad*: Le Gaulois del 3 de marzo de 1884.

– *Miseria humana*: Gil Blas del 8 de junio de 1886, etc...

bestia que incendia, rapiña y masacra en los días de guerra, que guillotina en los días de revolución, y salta, sudando, en los días de alegría pública, inmersa en su alegría como en su ferocidad.

¿Qué dicha estúpida pueden encontrar esas personas en cegar a los paseantes con el yeso? ¿Qué alegría en dar codazos, en empujar a sus vecinos, en agitarse, en correr, en gritar de ese modo sin ningún resultado por esas fatigas, sin ninguna recompensa tras esos inútiles y violentos movimientos?

¿Qué placer experimentan en reunirse si es únicamente para arrojarse porquería a la cara? ¿Por qué esta muchedumbre está delirante de alegría, cuando ningún goce le espera?

¿Por qué se habla tanto, días antes de esta fecha, y se lamenta cuando ha pasado? ¡Únicamente porque ese día se desencadena la bestia! Se le da libertad como a un perro en el que la cadena de las costumbres, de la educación, de la civilización y de la ley, lo mantiene atado todo el año.

¡La bestia humana es libre! Ella se alivia y se divierte según su naturaleza brutal.

¡No hace falta ver a los hombres, sino a la misma raza!

¡He aquí el placer, he aquí por tanto la felicidad! Esas personas son felices durante algunos días. Sí, ¡eso es una alegría! No les hace falta mucho más.

Esta idea del placer y de la felicidad es, en nosotros, tenaz, vivo e indestructible a pesar de la lamentable realidad.

A los veinte años se es feliz porque la fuerza, el ardor de la sangre, la esperanza indecisa de acontecimientos deliciosos que parecen tan próximos pero que nunca se alcanzan, bastan para iluminar el alma, totalmente vibrante con la única alegría de vivir.

Pero más tarde, ¡cuando se ve, cuando se comprende, cuando se sabe! Cuando las canas aparecen y se pierde cada día, desde la treintena, un poco de vigor, un poco de confianza, un poco de salud, ¿cómo mantener la fe en una posible felicidad?

Como una vieja casa, en la que año tras año van cayendo las tejas y las piedras, como la grieta rasga la fachada y como el musgo va ajándola desde hace tiempo, la muerte, la inevitable muerte nos pisa los talones sin cesar y nos va degradando. Ella nos toma, de mes en mes, el frescor de la piel que ya no volverá, los dientes que ya no volverán a salir, los cabellos que no crecerán más; nos desfigura, hace de nosotros, en diez años, un ser nuevo, totalmente distinto, que incluso no puede reconocerse; y además cuanto más nos posee, nos debilita, nos trabaja y nos asola.

Nos desmigaja a cada instante. En cada día, en cada hora, en cada minuto, desde que ha comenzado esa lenta demolición de nuestro cuerpo, vamos muriendo un poco. ¡Respirar, dormir, beber y comer, caminar, dedicarse a sus asuntos, todo lo que hacemos, en definitiva vivir, es morir! Pero felizmente no pensamos en eso demasiado. Esperamos siempre una próxima alegría, y bailamos en el carnaval. ¡Pobres seres!

¿Cómo soñamos con esa felicidad, nosotros que sabemos soñar? ¿Qué esperamos sin cesar, que no sea esta muerte acudiendo hacia nosotros? ¿Qué pensamiento nos engaña de este modo, nos confunde así? ¡Pues la humanidad entera espera siempre algo bueno e indeterminado!

¡Para muchos es el amor! Algunos besos, algunas noches de exaltación, de largas miradas, luego llantos, un duro lamento, y el olvido, eso es todo! Después la muerte.

Para otros es la fortuna, el lujo de la existencia, las delicadezas de la vida, las finas comidas que satisfacen el gusto, las fiestas que estropean al hombre en algunos años, las riquezas del mobiliario y los respetos de los sirvientes; eso es correr hacia la muerte en lujoso carruaje en lugar de ir a pie.

Para otros es el poder, el orgullo de la dominación, el derecho de firmar unos papeles que cambien la existencia de los pueblos ¿Qué ganan éstos en lo personal? ¿de dulce? ¿de bueno? Para otros, la felicidad consiste en la vida sencilla, honrada, recta, sin acontecimientos, sin sacudidas, en medio de hijos; la vida plana como un gran camino, desnuda como el mar, monótona como el desierto. No esperar nada, no soñar nada imprevisto, no desear nada extraordinario, sorprendente, ¿es esto posible para cualquiera que tenga el espíritu vivo y palpitante? El miedo de la muerte y de lo desconocido que está detrás arrojan a otros a la penitencia en el fondo de los claustros. Renuncian a todo, a todo lo que la vida, nuestra pobre vida, puede darnos aún de agradable, por el temor de un castigo misterioso y la esperanza de una recompensa eterna.

¿Qué ganarán esos timoratos egoístas?

Sean cuales sen nuestras esperanzas, siempre nos engañan. ¡Solo la muerte es una certeza! ¡Creo en la muerte fatal y todopoderosa!

¡Pero la gente baila en el carnaval y se arrojan yeso en los ojos!

Luego, cuando la Tierra haya muerto también, ¡no quedará nada de nuestros sueños, de nuestras esperanzas, de nuestros trabajos, de nuestras locuras, de nuestras agitacione, de nuestros esfuerzos! ¡Nada, ni incluso un recuerdo!

Y tal vez algún poeta, habitando en Marte o Venus, dirá de nuestro globo destruido lo que el Sr. Edmond Haraucort dice de la Luna.

*Puis ce fut l'âge blond des
tiédeurs et des vents
La Lune se peupla de murmures
vivants ;
Elle eut des mers sans fond et des
fleuves sans nombre,
Des troupeaux, des cités, des
pleurs, des cris joyeux ;
Elle eut l'amour ; elle eut ses arts,
ses lois, ses Dieux...
Et lentement rentra dans l'ombre.*

*Depuis, rien ne sent plus son
baiser jeune et chaud ;
La Terre, qui vieillit, la cherche
encor là-haut ;
Tout est nu. Mais, le soir, passe
son globe éphémère,
Et l'on dirait, à voir sa forme
errer sans bruit,
L'âme d'un enfant mort qui re-
viendrait, la nuit,
Pour regarder dormir sa mère.*

*Luego llego la época dorada del
calor y de los vientos
La Luna se pobló de murmullos
vivos;
Tuvo mares sin fondo y rios sin
número,
Tuvo manadas, ciudades, llantos,
gritos alegres;
Tuvo el amor; tuvo sus artes, sus
leyes, sus Dioses...
Y lentamente entró en la sombra.*

*Despues, nada se volvió a sentir
de su beso joven y cálido;
La Tierra, que envejece, la busca
todavía más allá;
Todo está desnudo. Pero, la no-
che, pasa en su globo efímero,
Y se diría, viendo su forma errar
silenciosa,
El alma de un niño muerto que
regresaría, en la noche,
Para mirar dormir a su madre.*

¿Qué es entonces lo que sostiene al hombre? ¿Qué lo hace amar la vida, reír, divertirse, ser feliz? La ilusión. ¡Ella nos envuelve y nos mece, engañándonos y seduciéndonos siempre! Nos hace ver azul, nos hace ver rosa, cae sobre nosotros con los rayos del sol, flota a nuestro alrededor en la pálida claridad de la luna. Discurre ante nosotros con los encantadores ríos, se deposita en la hierba, florece con las

flores, fermenta en el vino, nos estremece, nos seduce, nos turba. Nos oculta nuestra terrible y eterna miseria, cambia las formas, ve la desgracia siempre presente y nos muestra la felicidad siempre huidiza.

¿Qué sería de nosotros sin ella? ¿En qué nos convertiríamos? Ella se llama la esperanza eterna, la eterna alegría, la eterna espera; ella se llama Poesía, se llama Fe, se llama Dios. Es gracias a ella que las madres se consuelan de sus hijos muertos. Es gracias a ella que los ancianos todavía pueden reír. No es extraño que uno ría con cabellos blancos, cuando ya no tendrá jamás cabellos negros.

Algunos pierden esta ilusión, la gran mentira. Y de pronto ven la vida, la auténtica vida, descolorida, desnuda. Estos son aquellos que se matan, que se arrojan de lo alto de los puentes a los ríos, que beben el fósforo de las cerillas o el polvo blanco del arsénico, que se meten en la boca el cañón de un revolver.

Basta que el velo del Engaño se levante un instante, basta un amor frustrado, una esperanza caída. Ellos han comprendido: prefieren acabar con todo enseguida.

Otros también sienten alejarse de ellos esta tranquila confianza en los felices días venideros. Pero la muerte los aterroriza y la duda los asusta. ¡Estos beben líquidos embriagantes y comen opio!

Hombres y mujeres, por millares, se pinchan el brazo cada día con una jeringuilla conteniendo algunas gotas de morfina, que los hace entrar un momento en esta ilusión consoladora y dormirse por algunos instantes, en el hermoso sueño universal del que se estaban despertando.

Unos hombres sin embargo la han perdido toda y no la pueden volver a encontrar jamás. Gustave Flaubert, en sus cartas, profiere el gran grito continuo, el gran grito lamentable de la ilusión destruida.

«No creo en la posible felicidad, sino más bien en la tranquilidad.» Todavía no es aún una negación. Pasemos las páginas:

«Desde que no tengo un libro o que no sueño en escribir uno, me embarga un aburrimiento que me produce ganas de gritar. La vida en definitiva no me parece tolerable excepto si se la escamotea.

« Me pierdo en mis recuerdos de infancia, como un anciano... No espero nada más de la vida que una serie de hojas de papel emborronadas de negro. Me parece que atravieso una soledad sin fin, para ir no sé a donde. Y soy yo quien soy todo a la vez: el desierto, el viajero y el camello. »

Y más adelante: - «¡No estoy organizado para la alegría como lo estoy para el dolor!»

Pero cuando aquellos que padecen en el mundo, los grandes tristes, arrojan a los hombres su lamento desesperado, los demás, la multitud, aquellos que bailan en el carnaval y que les gusta lanzarse el yeso a la cara, se vuelven, sorprendidos, turbados en su alegría; enfadados y furiosos con el miserable: - «¿Qué le pasa a este para desolarse así? ¿Nos va a dejar tranquilos?»

Y declaran: «¡Es un enfermo!»

VIII

MÁS ALLÁ²¹

(Gil Blas: 10 de junio de 1884)

Felices aquellos a los que la vida satisface, aquellos que se divierten, aquellos que están contentos.

Hay unas personas a las que todo les gusta, todo les encanta. Aman el sol y la lluvia, la nieve y la niebla, las fiestas y la tranquilidad de sus hogares, todo lo que ven, todo lo que hacen, todo lo que dicen, todo lo que oyen.

Aquí llevan una existencia dulce, tranquila y satisfecha en medio de hijos. Allí tienen una existencia plena de placeres y de distracciones.

No se aburren ni los unos ni los otros.

La vida, para ellos, es una especie de espectáculo divertido del que son los actores, algo bueno y cambiante que, sin sorprenderlos demasiado, les encanta.

Pero otros hombres, recorriendo con una chispa del pensamiento el círculo estrecho de las posibles satisfacciones, permanecen aterrados ante la fugacidad de la felicidad, la monotonía y la pobreza de las alegrías terrenas.

Desde el momento en que alcanzan los treinta años, todo ha acabado para ellos. ¿Qué esperan? Nada los distrae; ya han recorrido todos nuestros pobres placeres.

Felices aquellos que no conocen el abominable desánimo de las mismas acciones, siempre repetidas; felices aque-

²¹ Maupassant encuentra aquí todavía la ocasión de un juicio original. Cuando el conjunto de la crítica juzga severamente la obra de Huysmans, el escritor ha comprendido y sentido el auténtico alcance de un pensamiento hecho de rechazos e insatisfacciones. Maupassant además, no podía evitar asociarse íntimamente a «esta historia de una neurosis».

llos que tienen la fuerza de recomenzar cada día las mismas tareas, con los mismos gestos, ver los mismos muebles, el mismo horizonte, el mismo cielo, salir por las mismas calles donde encuentran a las mismas personas y a los mismos animales. Felices aquellos que no se dan cuenta del inmenso disgusto de que nada cambia, que nada pasa y que todo queda. Hace falta que tengamos el espíritu lento, cerrado, y poco exigente para contentarnos con lo que hay. ¿Cómo es posible que el público del mundo no haya gritado aún : «¡ Abajo el telón!», no haya solicitado el paso al acto siguiente con otros seres distintos al hombre, con otras formas, otras fiestas, otras plantas, otros astros, otros inventos, otras aventuras.

Verdaderamente nadie ha experimentado todavía el odio hacia el rostro humano siempre semejante, el odio al perro que deambula por las calles, el odio sobre todo al caballo, animal horrible colocado a cuatro patas y cuyos pies parecen unos champiñones.

Es de frente como hay que ver a un ser para juzgar su estética. ¡Mirad de frente un caballo, esa cabeza informe, esa cabeza de monstruo plantada sobre dos piernas delgadas, nudosas y grotescas! Y cuando esas horribles bestias arrastran unos coches amarillos, se convierten en visiones de pesadilla. ¿A dónde huir para no ver más esas cosas vivas o inmóviles, para no recomenzar siempre, siempre, todo lo que hacemos, para no hablar más, para no pensar más?

Verdaderamente nos contentamos con poco. ¿Cómo es posible que estemos alegres, saciados? ¿Cómo es posible que no nos sintamos sin cesar acosados por un torturante deseo de novedad, de lo desconocido?

¿Qué hacemos? ¿A qué se limitan nuestras satisfacciones? Miremos sobre todo a las mujeres. El mayor esfuerzo de su pensamiento consiste en combinar los colores y los

pliegues de sus telas con las que ocultarán su cuerpo, para hacerlo deseable. ¡Qué miseria !

Sueñan con el amor. Murmurar una palabra, siempre la misma, mirando al fondo de los ojos de un hombre. Eso es todo. ¡Qué miseria!

¿Y qué hacemos nosotros? ¿Cuáles son nuestros placeres?

¿Es delicioso, según dicen, mantenerse firme sobre el lomo de un caballo que trota, de hacerle saltar por encima de las barreras, saberle hacer ejecutar unos movimientos cualesquiera con presiones de rodilla?

¿Es, según dicen, delicioso recorrer los bosques y los campos con un fusil en las manos y matar a todos los animales que huyen ante nosotros, las perdices que caen del cielo sembrando una lluvia de sangre, los corzos de ojos tan dulces, a los que nos gustaría acariciar, y que lloran como niños? ¿Es, según parece, delicioso ganar o perder dinero intercambiando con otro hombre, pequeños cartones de color, siguiendo unas reglas aceptadas? ¡Transcurren noches en esos juegos, se los desea de un modo desordenado!

¿Es delicioso echarse cadenciosamente o dar vueltas con una mujer entre los brazos? ¿Es delicioso posar la boca sobre los cabellos de esta mujer, cuando se la ama, o incluso sobre el borde de sus vestidos?

¡He aquí nuestros grandes placeres! ¡Qué miseria!

¡Otros hombres aman las artes, el Pensamiento! ¿Cómo cambia el pensamiento humano?

La pintura consiste en reproducir con colores los monótonos paisajes sin que incluso se parezcan nunca a la naturaleza, en dibujar hombres, siempre hombres, esforzándose, sin nunca llegar a lograrlo, en darles el aspecto de vivos. Uno se esfuerza así, inútilmente, durante años, en imitar lo que hay; y apenas se llega, por esta copia inmóvil y muda de

los actos de la vida, a hacer comprender a los ojos ejercitados lo que se quiere intentar.

¿Por qué esos esfuerzos? ¿Por qué esa vana imitación?

¿Por qué esta banal reproducción de las cosas tan tristes por ellas mismas? ¡Misericordia!

¿Los poetas hacen con las palabras lo que los pintores intentan con los matices? ¿Siempre por qué?

Cuando se ha leído a los cuatro más hábiles, a los cuatro más ingeniosos, es inútil abrir otro. Y no se sabe nada más. ¡Ellos no pueden tampoco más que imitar al hombre! Se abandonan a una labor estéril. Pues el hombre no cambia, su arte inútil es inmutable. Desde que se agita nuestro corto pensamiento, el hombre siempre es el mismo; sus sentimientos, sus creencias, sus sensaciones son las mismas, no ha adelantado, no ha retrocedido. ¿De qué me sirve aprender lo que soy, de leer lo que pienso, de mirarme a mi mismo en las banales aventuras de una novela?

¡Ah! si los poetas pudiesen atravesar el espacio, explorar los astros, descubrir otros universos, otros seres, variar sin cesar para mi espíritu la naturaleza y la forma de las cosas, pasearme sin cesar en un desconocido cambiante y sorprendente, abrir unas puertas misteriosas sobre unos horizontes inesperados y maravillosos, yo los leería día y noche. Pero esos impotentes no pueden más que cambiar el lugar de una palabra, y mostrarme mi imagen como los pintores. ¿Para qué? Pues el pensamiento del hombre está inmóvil.

Los límites precisos, próximos, infranqueables, una vez alcanzados, se vuelven como un caballo en un circo, como una mosca en una botella cerrada, volando hasta las paredes donde siempre se golpea. Estamos prisioneros en nosotros mismos, sin conseguir salir de nosotros, condenados a arrastrar el grillete de nuestro sueño sin levantar el vuelo.

Todo el progreso de nuestro esfuerzo cerebral consiste en constatar hechos insignificantes en medio de instrumen-

tos ridículamente imperfectos que suplen sin embargo un poco la incapacidad de nuestros órganos. Cada veinte años, un pobre investigador que merece la pena, descubre que el aire contiene un gas todavía desconocido, que se desprende una fuerza imponderable, inexplicable e incalificable frotando la cera sobre un paño, que entre las innumerables estrellas desconocidas se encuentra una que todavía no se había catalogado en la vecindad de otra vista y bautizada desde hace tiempo. ¿Qué importa?

¿Nuestras enfermedades proceden de microbios? Muy bien. ¿Pero de dónde vienen los microbios? ¿y las enfermedades de esos seres invisibles? ¿Y de dónde vienen los soles?

No sabemos nada, no vemos nada, no podemos nada, no nos convertimos en nada, no nos imaginamos nada, estamos encerrados, prisioneros en nosotros. ¡Y pensar que hay quién se maravilla del genio humano!

Nuestra memoria no puede incluso contener la diezmilésima parte de las confusas y miserables observaciones hechas por nuestros sabios y registradas en los libros. No sabemos incluso reconocer nuestra debilidad y nuestra incapacidad; pues, no haciendo más que comparar al hombre con el hombre, medimos mal su impotencia general y definitiva.

No hay remedio. Unos viajan. No verán nunca otra cosa que hombres, árboles y animales.

Aun queriendo ir lejos se comprende muy bien como todo está próximo, corto y vacío. Es buscando lo desconocido cuando uno percibe como todo es mediocre y rápidamente se acaba. - Es recorriendo la tierra cuando se aprecia perfectamente lo pequeña y semejante que es.

Felices aquellos cuyos apetitos son proporcionales a sus medios, que viven satisfechos de su ignorancia y de sus placeres, aquellos que no tienen impulsos impetuosos y vanos

hacia el más allá, hacia otras cosas, hacia el inmenso misterio de lo inexplorado.

Felices aquellos que aún se interesan por la vida, que la pueden amar o soportar.

El escritor J. K. Huysmans, en su asombroso libro que tiene por título *A contracorriente*, acaba de analizar y de describir del modo más ingenioso, la más divertida e imprevista enfermedad de uno de esos infelices.

Su héroe, Jean des Esseintes, habiendo probado todos los placeres, todas las cosas consideradas encantadoras, todos los artes, todos los gustos, encontrando insípida la vida, odiosas las horas monótonas y semejantes, fabrica, a fuerza de imaginación y de fantasía, una existencia absolutamente ficticia, absolutamente graciosa, verdaderamente a contracorriente de todo lo que se hace de ordinario.

He aquí de entrada, para dar la idea del estado de espíritu de este singular personaje: -« Pensaba simplemente en construir, para su placer personal y no para el asombro de los demás, un interior confortable y sin embargo de un modo extraño, haciéndose una instalación curiosa y tranquila, apropiada a las necesidades de su futura soledad.

«...Cuando no le faltaba más que ultimar el orden de los muebles y del decorado, paso de nuevo revista a la serie de colores y matices.

«Lo que quería, eran unos colores cuya expresión diese luz ficticia a las lámparas...

«Lentamente descartó uno a uno, los tonos.

«...Una vez los colores descartados, tres permanecían solamente: el rojo, el naranja y el amarillo.

«De todos, prefería el naranja, confirmando así, con su propio ejemplo, la verdad de una teoría que él consideraba de una exactitud casi matemática: a saber, que una armonía existe entre la naturaleza sensual de un individuo auténtica-

mente artista, y el color que sus ojos ven de un modo más especial y más vivo.

«Ignorando en efecto al común de los hombres cuyas groseras retinas no perciben ni la cadencia propia a cada una de los colores, ni el encanto misterioso de sus degradaciones y de sus matices; ignorando también esos ojos burgueses, insensibles a la pompa y a la victoria de los tintes vibrantes y fuertes; no teniendo en cuenta más que a las personas con las pupilas refinadas, ejercidas por la literatura y por el arte, le parecía cierto que la vista está entre aquello que sueña con el ideal, que reclama ilusiones, es generalmente acariciada por el azul y sus derivados, tales como el malva, el lila, el gris perla, y no sobrepasen el lindero donde ellos alienan su personalidad y se transforman en puros violetas y francos grises.

« ...En fin, los ojos de personas débiles y nerviosas, cuyo apetito sensual busca unas carnes matizadas por humos y salmueras, los ojos de las personas sobreexcitadas y éticas, quieren, casi todos, este color irritante y enfermizo, a los esplendores ficticios, a las fiebres ácidas, el naranja.»

Entonces, por una serie de trasposiciones, de equivocaciones voluntarias de la vista, del olfato, del oído, del gusto, Jean des Esseintes se procuraba una serie de sensaciones fuera de lugar, a contracorriente, que tomaban para él un encanto sutil, refinado, perverso, en la misma desviación de los órganos confundidos y los instintos desviados. Así «el movimiento le parecía inútil (para viajar) y la imaginación le parecía poder suplir cómodamente a la vulgar realidad de los hechos».

En el momento en que los vinos hábilmente tratados vendidos en los restaurantes renombrados, confunden a los gourmets al punto que el placer se convierte para ellos en degustar esos brebajes alterados y ficticios, es absolutamente idéntico a aquello que ellos gustarían saboreando el vino

natural y puro, por qué no extrapolar esta capciosa desviación, esta diestra mentira, al mundo del intelecto? En absoluto dudo que no se pudiese, y tan fácilmente como en el mundo material, gozar de quiméricas delicias, parecidas en todos los aspectos a las auténticas, e incluso mucho más seductoras por un espíritu desengañado, por lo mismo que ellas son ficticias. Entonces, a su parecer, era posible contentar los deseos más difíciles de satisfacer en la vida normal, y eso por un ligero subterfugio, por una aproximativa sofisticación del objeto perseguido por esos mismos deseos.

Entonces comienza una serie de extrañas y simpáticas experiencias. - «Como él le decía, la naturaleza ha tenido ya su tiempo; ella ha colmado definitivamente, por el disgusto uniforme de sus paisajes y sus cielos, la paciencia de los refinados. En el fondo, aquella trivialidad de especialista confinado en su parte, cual pequeñez de cajita teniendo tal artículo a exclusión de tal otro, cual monótono almacén de pradera y de árboles, cual banal agencia de montaña y de mares! »

¿Qué hace él? Viaja, por ejemplo, en medio de los olores: «Actualmente, quiere vagabundear en un sorprendente y variable paisaje, y inicia por una frase sonora, amplia, abriendo todo de un golpe una escapada al campo inmenso. Con sus vaporizadores, inyecta en la habitación una esencia formada de ambrosía, de lavanda, de Mitcham, de guisantes de sendero, de bouquet, una esencia que, cuando es destilada por un artista, merece el nombre con el que se diferencia «extracto de prado florido»; luego, en ese prado, introduce una precisa infusión de plantas, flor de azahar y amanda, y enseguida nacieron lilas artificiales, mientras que unos tilos levantaron hacia el sol sus pálidas emanaciones que simulaba el extracto de tila de Londres... »

Con unos olores de productos químicos evoca una ciudad de fábricas, de puertos de mar con senderos marinos y

alquitranados; recuerda jardines en flor, cambios de latitud, hace nacer en su pensamiento « una naturaleza demente y subliminal, no auténtica y encantadora, totalmente paradójica, reuniendo las guindillas de los trópicos con los alientos sazonados del sándalo de China y la hediosmia de Jamaica con los olores franceses del jazmín, del pino y de la verbena, dejando a despecho de las estaciones y los climas, unos árboles de diversas esencias, flores de colores y fragancias de lo más opuesto, creando por la fusión y el choque de todos esos tonos, un perfume general, innombrable, extraño, en el cual reaparecía, como un obstinado refrán, la frase decorativa del principio, el olor del gran prado abanicado por las lilas y los tilos ».

No podría acometer el análisis completo del libro de Huysmans, de ese libro extravagante y desternillante, lleno de arte, de fantasía bizarra, de estilo penetrante y sutil, de ese libro que se podría llamar « historia de una neurosis ».

¿Pero por qué entonces ese neurótico me parecería como el único hombre inteligente, sabio, ingenioso, verdaderamente idealista y poeta del universo, si existiese?

IX

¿QUIÉN TIENE LA CULPA?

(*Le Gaulois*: 25 de enero de 1882)

Leamos esta admirable farsa de Rabelais : "De pronto, no sé cómo, se produjo el caso y no tuve la ociosidad de considerarlo. Panurge, sin mediar palabra, arrojó en medio del mar su carnero que gritaba y balaba. Los otros carneros, gritando y balando con la misma entonación, empezaron a tirarse y a saltar al mar detrás del primero, en fila. La muchedumbre es quién salta después de su compañero. No es posible impedirselo. Que bien sabéis ser como el carnero que siempre sigue al primero por instinto, vaya a donde vaya".

Siempre se podría decir, en esta última frase "Que bien sabéis ser como el francés que por instinto, etc".

Una innumerable manada de carneros de dos pies, llamados hombres de negocios, acaban de desaparecer en la ola de la especulación. Todos se han ahogado. El pastor (sea Bontoux o Dindenault) intentó detenerlos; ¡vano esfuerzo! Lo arrastraron al lago. Y ya no queda nada.

Solamente pertenece a Francia representar estas prodigiosas comedias.

El presente asunto es particularmente instructivo. En el nombre de una religión de la cual el "todo-Paris-especulador" se preocupa seguramente menos que "un pez de una manzana" - recurriendo a la imagen inexacta del gran poeta - se comenzó una supuesta guerra contra los judíos a propósito de un nuevo valor que llevaba una bandera de reunión.

Por medio de hábiles maniobras este valor subió cumbres fantásticas. Pues todos los que tenían títulos bursátiles

se volvieron inverosímilmente millonarios, compraron de nuevo más títulos con la ingenua idea de que esos trocitos de papel colorados seguirían aportando un fabuloso capital. Y de repente, no sé por qué, el pequeño papel perdió todo su valor. Y toda la gente se encontró arruinada, incluso los que no tenían nada - eso es.

Confieso que hay en estas palabras: asuntos de Bolsa, especulación, un misterio impenetrable para mi mente. Cuando uno compra acciones de ferrocarril o de la Renta, es sencillísimo. La prosperidad de la empresa o la de los asuntos públicos ajustan los beneficios. Nada menos complicado.

Pero uno se vuelve loco cuando quiere representarse como una empresa desconocida, que necesita el dinero del público para especulaciones inconfesables, disimuladas detrás de un pretexto honesto, una empresa que representa un capital conocido y limitado, beneficios problemáticos y peligros de pérdida incuestionables, puede, en un instante de locura de los accionistas, alcanzar índices fabulosos.

Las operaciones son ficticias, los beneficios son ficticios, el valor es ficticio, no es más que una convención; todo es ficticio, y uno cualquiera se encuentra ficticiamente rico de miles de millones para no tener realmente ni blanca algunos días después.

Sin embargo, el crac de estos últimos tiempos se preveía, se anunciaba desde varios meses, se la veía venir; se sentía que llegaba; era inevitable como el invierno después del verano. Esto no impidió que todos cayeran en la trampa. - ¡Carneros de Panurge!

Pero donde la broma se vuelve inenarrable graciosa es en cuanto al pago. Los enriquecidos de ayer que son los arruinados de hoy, siendo millonarios sólo ficticiamente, es decir gracias al papelito que tanto valía y que ya no vale nada, se encuentran también ficticiamente arruinados; es decir que no pueden pagar. ¡Qué cuadro mágico!: ¡El Reino de lo

ficticio! Se vería en ello la sombra de un accionista apartado de la Timbale entregar la sombra de mil millones a la sombra de un banquero israelita.

Y pronto oiremos conversaciones como ésta: "Acabo de ganar cuarenta millones en la bolsa; pues préstame cuarenta centavos para que vaya a cenar". O también esto: "¡Oh! Querido amigo, qué desastre; en dos horas acabo de perder ochocientos millones". Y el amigo confidente se derrumbará, sin pensar en que, a partir del momento en que no se paga, es absolutamente indiferente perder ochocientos millones o doscientos francos.

Lo que no entiendo en absoluto, por ejemplo, es el resultado de este deshielo para la prosperidad general. ¿Por qué se emplearon estas grandes palabras? Sin embargo ¿están aquí los millones perdidos, o están en otros bolsillos: ¿pues qué nos importa? Si eran ficticios ¿para qué estos gritos?

Y qué podemos decir en cuanto a esta invocación al gobierno llamado por los especuladores "papá" al sentarse en sus rodillas:

- Papá, paga mis deudas. No lo haré más: te lo prometo, te lo juro, paga mis deudas, seré muy bueno.

¿En qué concierne el gobierno la locura de la gente? Están arruinados, ¡peor para ellos! Vendrán otros en su sitio.

¡Oh carneros de Dindenault! Siempre lo fuimos y lo seremos por siempre! Antaño, cuando cualquier loco, al que hoy los guardias municipales detendrían, venía a predicar una cruzada, toda Francia se ponía en pie de guerra contra el

infiel, como fueron a la guerra los accionistas del Señor Bontoux.²²

Apenas en camino seguramente ya se lamentaban; pero entre nosotros, cuando un carnero ha saltado, todos saltan. Después, más tarde, los valerosos cruzados volvían derrenegados, reventados, derrotados, tan avergonzados como hoy lo son los accionistas del Señor Bontoux. La guerra contra los infieles, sin duda alguna, no nos da buena suerte.

¡Pobre señor Bontoux! Es el único digno de compasión en este asunto. Había lanzado su globo la Timbale, y, subido en la barquilla, hacía, ante la muchedumbre su pequeña ascensión cautiva. Pero la muchedumbre se pone a gritar: "¡Más alto!, ¡más alto todavía!, ¡Siempre más alto!" No

²² Al principio Director General de los ferrocarriles del Sur de Austria, Bontoux se lanzó a especulaciones al mismo tiempo que los Rotschild. No debía tardar en perder en sus aventuras bancarias una parte de su fortuna. Fue entonces cuando concibió la idea de la Unión General, gran banca católica que levantaría su pujanza en frente de los intereses judíos.

Nacida el 3 de junio de 1878, la Unión General debía prosperar rápidamente gracias a la habilidad de su Director. Los títulos – 125 francos de salida – van a subir a 500 francos en 1879, más de 1000 francos en 1880 y hasta 3200 francos antes del crack. Embriagado por el éxito, Bontoux vende los títulos en grandes cantidades, títulos sobre los que ningún adelanto había sido efectuado. Fue el momento que eligió la Banca judía para montar una formidable campaña de derribo que desembocó en el derrumbamiento, el crack que arruinó a millares de pequeños ahorradores.

El 28 de enero de 1882, se suspenden los pagos con un descuierito de 200 millones; el 2 de febrero, se produjo la quiebra... Bontoux es arrestado y condenado el 20 de diciembre a 5 años de prisión [pena reducida a 2 años el 19 de marzo de 1883].

– BONTOUX se justifica en una obra titulada: *La Unión General: Su vida, su muerte, su programa* [Paris 1888] Cf. también: *Cosas del día: Le Gaulois*; 28 de diciembre de 1881.– *El honor y el dinero: Le Gaulois*; 14 de febrero de 1882, y, tres años más tarde todavía, en *Bel Ami* [ed. A. Michel, p. 342]

quiere, protesta, intenta calmar a los espectadores. Pero lo sueltan todo, cortan las cuerdas; y el globo se echa a volar por las nubes, pincha, cae, aplastando a todo el mundo y echando en el pavimento al aeronauta con los riñones quebrados. Entonces ¡qué gritos, qué furor! "Es culpa de Bontoux! - ¡crápula! - ¡canalla! - ¡miserable!" En Francia, alguien siempre es el culpable.

Tiene también la culpa el Señor Lebaudy²³: con la prueba de que traicionó a su mejor amigo. El mejor amigo protesta que es falso. ¿Qué importa? ¡Es culpa de Lebaudy! ¡Anda pillo! Y todos los necios que se han dejado arruinar amenazan con el puño al financiero más astuto que ellos.

Antaño, en otras circunstancias, tuvo la culpa Capet. Así guillotinaron a Capet, y a la esposa de Capet e hicieron asesinar al hijo de Capet.

Y para cambiar, gritaron "¡Viva Napoleón!"

Y, ¿recuerdan la guerra, la triste guerra, la triste guerra de 1870?

²³ LEBAUDY, financiero judío, fue sin duda uno de los más encarnizados en precipitar la caída de Bontoux. Si se cree a A. CHIRAC [Cf. *Los Reyes de la República*. París, 1884] él «cogió, mediante el crack, sesenta millones...» (p. 32).

Don CAPRICE, cronista financiero del *Gil Blas* fue vivamente golpeado por la debacle de la Unión General. Él piensa en todos los crédulos de los que algunas economías han sido engullidas, aun cuando parecían solidamente avaladas y cubiertas por nombres conocidos y respetados.[Entre los administradores de la Unión General figuraban: Léon Riant, vicepresidente, antiguo diputado, antiguo director general de Correos; el Príncipe de Broglie, hijo del duque Albert de Broglie, senador; Vizconde H. de Mayol de Lupé, redactor jefe del periódico *la Unión*; Eugène Veuillot, director del periódico *l'Univers*...] Todos fueron llevados al correccional.

– Amplios detalles son dados por A. CHIRAC: *Los Reyes de la República*, op. cit. y *El pelotazo de 1870 a 1884* [1884], pág 103 y sigu.

¿Tenían bastante culpa los generales? ¿Y la culpa fue de los espías? ¿Se fusiló un número suficiente de ellos, de esos espías sin que lo supieran? Peor para ellos, ¡era culpa suya!

Esperen un poco. ¡Ahora van a ver cómo va a tener la culpa el Señor Gambetta! Todo, les digo, será culpa suya. Los diputados quieren una cosa hoy, mañana otra. Gambetta tiene la culpa. No están de acuerdo a propósito de nada. Gambetta tiene la culpa; nunca la tienen los diputados, porque "sabéis ser como el carnero por naturaleza, siempre seguir al primero, allí a donde vaya."

Y piensan que para cada nueva tontería seguiremos encontrando al culpable, sin reconocer nunca simplemente que la culpa la tiene todo el mundo.

X

BALANCINES

(*Le Gaulois*: 12 de mayo de 1881)

No quiero hablar exactamente de esos odiosos ingenios de placer, la alegría de las mujeres en el campo, instrumentos de jaquecas y de males del corazón, que, el domingo, colman los extrarradios parisinos con su regular movimiento, incesante, monótono, ensordecedor, incluso para los que pasan por los caminos.

Los balancines que yo detesto sobre todo son las cantinelas y las tonterías eternas en las que se mece el espíritu humano, los insípidos aluviones de ideas que regresan sin fin, apoderándose de la multitud de vez en cuando, provocando cada vez un torbellino de estupidez en todos los espíritus, todos los periódicos, todos los grandes o pequeños hombres.

Cada uno tiene el suyo y a él se aferra, lanzándolo adelante y atrás, exasperando a sus vecinos. Pero también hay balancines generales en los que se balancea todo un pueblo; en el que se está obligado a subir, so pena de ser considerado un ser subversivo, peligroso, pasar por un mal ciudadano.

Entre estos balancines nacionales, hay uno que funciona en este momento: la teoría de la amistad de pueblo a pueblo. Italia, en un acceso de chauvinismo exagerado, se ha creído amenazada en su dignidad, porque nosotros hemos enviado treinta mil hombres para apoderarse de un viejo kroumir escondido en una escarpada montaña. Los periódicos de allí han comenzado una guerra contra nosotros, los lectores han seguido esos periódicos, y se nos ha maltratado con fiereza en las conversaciones particulares. Es el balancín del chauvinismo que el cónsul Maccio ha puesto en movimiento.

Todo el pueblo ha subido encima; y pronto un formidable impulso lo ha lanzado en un furioso vaivén.

Nosotros hemos quedado estupefactos. Nuestros periódicos han exclamado: ¿Italia actúa así? ¿Qué habrá creído? ¿Italia que nos debe tanto? ¿Nuestra amiga natural? ¿Nuestra aliada? ¿Nuestra hermana? ¡Oh! ¡Ingrata!

Ahora bien, desde que el mundo existe, las cosas han sucedido siempre así. Cada uno de nosotros sabe, no podemos dudar, que cualquiera que obliga a alguien, conserva el reconocimiento a su obligado por haberle prestado un servicio, pero que el obligado considera el favor como una carga. Con mayor razón cuando se trata de un pueblo. Sabemos descontenta a Italia por haberle demostrado nuestra generosidad, eso es todo.

Y además, ¿qué quieren decir esas amistades de pueblo a pueblo, este antiguo chiste que siempre sirve a los gobiernos astutos?

En el momento que usted tiene un muro medianero que lo separe de su mejor amigo, ese hombre podrá mañana convertirse en su enemigo mortal si su criada arroja un tallo de col por encima de ese muro. La amistad no tiene más que eso. En el momento en que una frontera común existe entre dos pueblos, entre dos seres colectivos cuyos sentimientos son corrientes de opinión emitidas por jefes de fila, no hay amistad, ni reconocimiento, ni devoción, ni generosidad, ni nada de nada, lo que sucede, cuando el chauvinismo se pone en movimiento por cualquier intrigante. ¡Nosotros nos columpiamos, desde hace un mes, con esta amistad de los pueblos!²⁴

²⁴ Cf. Crónica siguiente: *Cosas del día: Le Gaulois*, 28 de diciembre de 1881.

Otro balancín cuyo movimiento se detiene, felizmente, es la campaña de los kroumirs. No se trata aquí ni de la comisión ni de los resultados políticos de esta expedición, sino de su repercusión en los espíritus.

¡Pardiez! ¿Hemos comenzado una guerra? Los periódicos, desde hace seis semanas, están llenos de comunicados heroicos; los mismos periodistas han sido enviados en campaña, la pluma en una mano, el revolver en otra. Se sabe el número de batallones tomados en todos los rincones de Francia, nombres de los oficiales, la edad de los coroneles y la amplitud de sus espolones. Se venden mapas de la región kroumir que nadie conocía; y, cada tarde, las últimas noticias nos informan de la marcha de las tropas, los peligros que corren, el estado sanitario, la situación del enemigo, el censo de sus fuerzas; quince mil, según unos; veinte mil, según otros.

Se alaba la prudencia de los generales que avanzan tan lentamente en ese país erizado de peligros desconocidos. Una ciudad temible abre sus puertas, ¡bravo! Pero, allá en lo alto, en la cima de las montañas, se miraba con unos catalejos la situación inexpugnable de Sidi-Abdallah. Por fin se decide intentar el asalto. Un general marcha en cabeza, buscando valientemente la gloria y el peligro. Sube, sube todavía, sube siempre: no más kroumirs que los dedos de una mano. He aquí el hecho. El general llega allí el primero, como un audaz soldado, y se encuentra cara a cara... un anciano estúpido de Kroumir que canturreaba con su barba blanca:

¡ Alá ! Tralalá !

Helos aquí,

¡ a los buenos franceses, oh la la !

¡¡¡Y la campaña se ha terminado!!! lo que no impide, eso sí, a los periódicos de la tarde anunciar pomposamente, en titulares: El asalto y captura del famoso chamán de Djebel-ben-Abdallah.

Veamos, ¿no valdría más callarse, dejar a los generales dar rienda suelta a su tarea, cumplir su misión, terminar tranquilamente esta pequeña campaña de verano, nada reprochable, sino indispensable, según se dice, políticamente hablando, sin hacer ese ridículo ruido alrededor de esta ínfima guerra? Pero es lo que hay: hemos puesto en movimiento el balancín de la guerra.²⁵

²⁵ La campaña contra los kroumirs hizo correr mucha tinta. Los periódicos supieron mantener «el gran miedo a los kroumirs» como sabrán mantener un poco más tarde «el gran miedo a Bou Amana» Los propios historiadores se dejarán engañar [Cf. A. Rambaud: *La política francesa en Tunicia* en *Revue Blue* del 1 de agosto de 1891]. Pero Maupassant vio claro y denunció con vigor los procedimientos de una prensa sensacionalista que se alimentaba de baladronadas, sino de mentiras. Más que los editoriales rimbombantes, Maupassant, que conocía las condiciones de la guerra y las fuerzas allí presentes, leyó los partes de los enviados especiales. Y he aquí lo que pudo leer en *Le Gaulois*:

– 19 de abril: La cuestión tunecina: La columna del general Vincendon ha comenzado ayer su marcha por el norte del país de los kroumirs... se continúan señalando idas y venidas en el terreno, de espías kroumirs que tratan de levantar a las poblaciones argelinas...

– 20 de abril: El general Ritter... se ha visto obligado a inspeccionar todas las rutas para evitar las emboscadas de los kroumirs que pasan la frontera y, ocultos en la maleza, tratan de averiguar el número de nuestras tropas...

– 21 de abril: Se confirma el rumor de que los kroumirs abandonan su montaña, lo que parece bastante improbable...

– 22 de abril: La entrada de la columna del general Vincendon en Tunicia es inminente...

– 25 de abril: A falta de noticias precisas y oficiales, la opinión pública, siempre fácil de inquietarse, está más dispuesta a aceptar las habladurías que, al cabo de un tiempo más o menos determinado son dispersadas en los círculos o en los bulevares. Es de este modo que ayer

noche se divulgaban, bajo manga, informaciones alarmantes relativas a la expedición de Túnez. Felizmente estamos en condiciones de declararlas muy exageradas, sino absolutamente falsas...

– *26 de abril*: El general Vincendon, el general Delebecque y el general Ritter deben, en este momento, haber penetrado en el territorio de los kroumirs... el primer combate importante se librará en esa región. Los kroumirs están agrupados en las alturas enfrente de Roum-el-Souk.

– *27 de abril*: Los kroumirs están muy inquietos; no se esperaban un ataque por el norte...

– *28 de abril*: Se escribe que los kroumirs parecen desmoralizados... Las tropas han abandonado sus posiciones anteayer, a las dos, y han escalado penosamente las alturas a través de los bosques sin ser hostigadas por el enemigo...

– *29 de abril*: Los kroumirs son huidizos...

– *30 de abril – 1 de mayo*: Lluve pero se supone que la campaña será muy dura... pero corta.

– *3 de mayo*: El general Vincendon registra el país, los kroumirs se mantienen a distancia.

– *5 de mayo*: ... ataque de las últimas posiciones ocupadas por los kroumirs...

– *7 de mayo*: El enemigo se encuentra enfrente de 27 batallones de infantería apoyados por 8 baterías de artillería que van a atacar, si no lo han hecho ya, el centro de resistencia de los kroumirs, el marabout de Sidi-Abdallah-ben-Djemet [sin contar los 12 escuadrones del General Gaumes y las tropas del general Bréant «que impedirán que los kroumirs se escapen hacia el Este»].

– *8 y 9 de mayo*: Lluve.

– *10 de mayo*: La división Delebecque, a pesar del terreno enfangado por las lluvias... ha ocupado el famoso marabout de Djebet-ben-Abdallah. Los kroumirs, contra todo pronóstico, no han opuesto ninguna resistencia... Sea como sea, la expedición parece terminada en cuanto a los kroumirs... vencidos y reducidos a la impotencia...

Tales informes no merecen más comentarios y justifican la ironía del cronista ante el «balancín guerrero».

La oposición además puede pasarlo en grande. Cuando la «*Republique Française*», periódico gubernamental, anunciaba cada «combate» y daba los detalles minuciosos de todos los preparativos, Henri Rochefort y Mauricen Talmey, en «*L'Intransigeant*» defendían a los kroumirs y contaban la historia «del anciano kroumir de barba blanca»

Otro balancín local, anual, y terriblemente fastidioso es el del Salón de pintura.

Son un montón de personas quiénes se autoerigen en críticos, y que, en nombre de los principios de las artes, las cuales ellos declaran infalibles, eternas e inmutables, escriben en este momento unos artículos tan aburridos como largos sobre un montón de otras personas que se consideran artistas-pintores, y reproducen con este título, desde tiempos indefinidos, todos los años, con los mismos colores, el mismo estilo y la misma mediocridad, los mismos cuadros que se cuelgan en el mismo edificio, y ante los que desfilan durante un mes el mismo público, que repite sin fin las mismas cosas con la misma suficiencia (o más bien insuficiencia).

Como toda regla tiene sus excepciones, es necesario exceptuar, claro está, a algunos críticos verdaderamente instruidos y a algunos pintores realmente buenos.

Pero lo del Salón es como la campaña de los kroumirs. Todo París se agita, discute, conferencia, escribe, visita, contempla esta armada de lienzos con el color encima y, a fin de cuentas, descubre dos o tres cuadros originales exac-

de Sidi-Abdallah-ben-Djemel capturado con 12 batallones, la artillería y el escuadrón mixto de los spahis... [12 de mayo de 1881] [Cf. todas las proféticas crónicas de Rochefort en *l'Intransigeant*: *Buscad al kroumir*, 21 de abril de 1881 – *Tuaregs y kroumirs*; 27 de abril de 1881 – *Los resultados*; 16 de mayo de 1881, etc].

– Maupassant retendrá durante tiempo aun la divertida aventura del marabout de Sidi-Abdallah: trasladada al universo del cuento, se convertirá en *la Aventura de Walter Schnaffs* [*Cuentos de la Becada*, ed. A. Michel, p. 267].

Una vez más el cronista venía en ayuda del contador, la ficción apoyaba la realidad.

tamente como el general ha descubierto a su anciano kroumir en la cima de su montaña.

Como todo el mundo, he visitado el Salón: pero convencido de que no haría allí ningún descubrimiento de valor, me he dedicado a contemplar las paredes; he mirado a los visitantes, y sobre todo a las visitantes. Son tan encantadoras, las parisinas, con su libreto en la mano, su aspecto grave, seriamente preocupado, sus caras observadoras, sus pequeñas muecas despreciativas y sus sonrisas de aprobación. ¡Oh! ¡ser pintor! ¡qué sueño! ¡pintor amigos de las damas! ¡hacer pintura elegante, divertida, a la moda! y ver sonreír ante mis lienzos, ¡oh parisinas!

He seguido a las más bellas de sala en sala, estudiando sus gustos, oyendo indiscretamente sus opiniones, sin participar en ellas nunca, es cierto, pero extasiado ante la gracia femenina.

Nada más divertido, por otra parte, que observar toda una tarde las fisonomías variopintas de los visitantes del Salón.

Se ven allí familias honestas y limitadas: el padre, la madre, una pariente y la hija, una señorita de dieciséis años que estudia dibujo desde hace tres meses, y, con ese merito, dirige el juicio de la compañía.

Se detienen ante las escenas conmovedoras y tontas; la jovencita explica, nombra al pintor. En cada retrato, la madre pregunta a la otra dama, una vecina: «¿No le encuentra usted cierta semejanza al Sr. Dumoulin ? - Sí, responde la otra, pero él tiene la nariz más grande ». Pronto es a la Sra. Picolon a quién recuerda el retrato, y luego al inquilino del quinto. El padre entorna los ojos ante los desnudos y golpea el codo de la vecina. No dice nada nunca. Sin embargo, frente a una tela desmesurada, donde se ve una locomotora llegando a todo vapor sobre una pobre desesperada tumbada sobre la vía, suelta finalmente esta juiciosa reflexión: - «Si

el mecánico tuviese el nuevo freno de los trenes de cintura, podría aún detenerse a tiempo. Con ese freno, se detiene en cien metros.» Este pensamiento aflige a las dos mujeres, que secan una furtiva lágrima.

Pero el mejor visitante que yo haya visto es un gran hombre gallardo de piel morena, anchos hombros, auténtico hombretón del campo de paso en Paris entre dos monterías.

Seguramente llevaba en el fondo de su sombrero una corona con sus iniciales engarzadas. Tenía el talle embutido en una chaqueta clara, las manos cubiertas con sólidos guantes, y bajo el paño del pantalón sus salientes pantorrillas dibujaban sus músculos. Caminaba con las piernas abiertas, como hombre acostumbrado a tener un caballo entre sus muslos; su flexible bastón parecía una fusta.

Apenas dentro del cuadrado salón, recorrió las paredes con una rápida mirada. Después a grandes pasos se dirigió, con la mirada fija, hacia un cuadro que representaba dos caballos. Lo contempló durante tiempo, seriamente, profundamente, arrojando una nueva mirada a su alrededor, luego pasó a la sala siguiente.

Allí, frente a él, dos perros de caza. Se precipitó empujando a las personas; y, con la frente plegada de atención, permaneció mucho tiempo de pie contemplando la obra cinégetica. Pero dándose la vuelta, una mujer desnuda, sobre la otra pared, iluminó su cara con una feliz sonrisa; y se dirigió vivamente hacia ese tercer objeto al que le llevaba su corazón.

Y así, de sala en sala, recorrió la exposición, deteniéndose sucesivamente ante los caballos, los perros y las mujeres con el cuerpo evidenciando sus encantos; cubriéndolos con la misma atención, con un amor igual, encerrado en esta trinidad que contenía todos sus deseos, todas sus aspiraciones, todos sus sueños.

No vio ninguna otra cosa; y partió a grandes zancadas, con una cara satisfecha que parecía formular este pensamiento: «¡Es elegante desde luego, la pintura!»

XI

COSAS DEL DÍA²⁶

(Le Gaulois: 28 de diciembre de 1881)

Los periódicos parecen haber considerado ya todas las consecuencias del proceso Roustan-Rochefort. Sin embargo, hay algo en lo que no se ha pensado: es que el veredicto del jurado hace indispensable la sustitución inmediata de todo nuestro personal diplomático, al que deberá suceder un personal nuevo, educado según otros principios.

Las antiguas reglas de la habilidad internacional acaban de ser conmovidas de arriba a abajo por el juicio de algunos burgueses encargados de sondear la conducta de nuestro ministro en Túnez. Se afirma incluso que una veintena de secretarios de embajada han presentado ya su dimisión, o solicitado por telégrafo instrucciones detalladas y precisas a sus superiores.

¿Qué responder a éstos?

La cuestión es complicada.

Hasta el momento, cuando un joven quería entrar en la carrera diplomática, debía, ante todo, cumplir las siguientes condiciones:

Ser buen muchacho; noble tanto como fuese posible; rico; tener la costumbre de frecuentar los salones; saber conversar con las mujeres; y seducir, ¡oh! ¡seducir!

Lo demás importaba menos. Hacía sus prácticas en el ministerio.

²⁶ Esta crónica tan interesante en la que se ve a Maupassant tomar la defensa de nuestro ministro en Túnez, Sr. Roustan, demanda algunas aclaraciones (ver página: 103)

Allí se le enseñaba a saludar. Ese saludo de los agregados de embajadas (el mismo para todos los países), es una de las cosas más difíciles de ejecutar que hay en el mundo.

Primero se adelanta con orgullo hacia la persona a quién se dirige el saludo. Luego se detiene con un movimiento brusco, las piernas rectas, los pies juntos, el sombrero agarrado con las dos manos contra el vientre; y, de pronto, el torso entero, desde el punto en el que acaba hasta la coronilla, se baja de un solo golpe, de modo que el cuerpo forme un ángulo absolutamente recto, y que la persona saludada, si está sentada, tope su nariz contra la coronilla, calva o peluda, de la cabeza inclinada.

Se endereza enseguida fingiendo no haber visto a aquél o aquella a la que se ha honrado así, y se va con un aire de indiferencia.

Parece que no es nada, ¿verdad? Pues bien, yo conozco a pocos que ejecuten a la perfección, esta sabia inclinación.

Cuando un joven aprendiz de embajador sabe realizar absolutamente bien esta maniobra, su futuro se atisba magnífico. En una palabra, el fondo del saco de la arteria política en el extranjero es: seducir, gustar, captar. El batallón de élite de nuestros representantes se recluta exclusivamente entre los mundanos, y entre los mundanos refinados. En el momento de su marcha, el ministro de asuntos extranjeros, acercándose a su oído, les confía esas famosas instrucciones secretas de las que todo enviado ordinario o extraordinario es depositario. He aquí estas instrucciones en cuatro palabras: «Todo por las mujeres». Lo que el diplomático en ocasiones traduce por: «Todo para las mujeres».

Y en cada capital destinamos - de un modo insuficiente ciertamente, para sus funciones - a un enjambre de elegantes hombres jóvenes a quienes el embajador repite sin cesar como un viejo general alentando a sus reclutas: «¡Seduzcan, caballeros, seduzcan! Sigán las viejas tradiciones: imiten el

ejemplo de nuestro maestro, el duque de Richelieu». Y se seduce, ya lo creo, se seduce en firme. Todos los secretos de gabinete se transforman en secretos de alcoba, y viceversa. Las tradiciones de la galantería no se pierden desde luego, y Francia marcha en cabeza de las potencias en el corazón de hermosas extranjeras.

Nadie piensa en quejarse.

Ahora bien, hete aquí que uno de nuestros representantes enviados a Oriente, en uno de los puestos más difíciles, en un país donde todo el mundo es sospechoso, donde todo se paga, donde todo se compra, donde todo se hace mediante ardides, descubre, en un hallazgo genial digno del viejo Talleyrand, a esa admirable pareja Elias que todos los representantes extranjeros debieron envidiarle. Él se sirve del hombre, se sirve de la mujer siguiendo las enseñanzas recibidas, paga a uno en honores, a la otra cerrando los ojos sobre las copas de vino, que ella interpreta según el uso oriental. Cumple su misión perfectamente. El ministro está contento, el gobernador satisfecho. Nadie reclama. Un proceso tiene lugar, y unos honorables comerciantes cualesquiera que componen el jurado, condenan a nuestro representante en un juicio solemne, porque ha puesto en práctica las famosas instrucciones secretas. «Todo por la mujer.»

Enseguida todas las embajadas son presa del pánico. No hay más que rupturas, amargas lágrimas, amenazas de venganzas. Y todos los agregados, desde el primer secretario hasta el último, no se atreven incluso a dirigir el famoso saludo a una hermosa mujer, con el temor de dar lugar a la sospecha de una relación.

Esto es otro tanto más grave como que cada capital posee dos o tres Sras. Elias, unas Sras. Elias de alta cuna, que los secretarios salientes legan regularmente a los entrantes. ¿Qué va a ser de ellas, sin ellos? ¿Qué podrán saber ellos, sin ellas?

Esta situación no puede durar. Es indispensable que una circular informe exactamente a todos nuestros representantes en el extranjero acerca de las modificaciones añadidas a las instrucciones secretas por el resultado de este sonoro proceso.

Lo que queda todavía de particularmente divertido en este asunto, es la indignación del público en esta revelación de los «chanchullos tunecinos». ¡Cómo! se os muestran algunos mediocres timadores de baja estopa, y gritáis ¡escándalo! ¡Y vosotros vivís en París! Y encontráis totalmente sencillos los chanchullos parisinos de los encopetados señores de la explotación pública. Desde hace años, unos valores fantásticos suben y bajan de un modo increíble. Millares de seres, confiados e ingenuos, son arruinados por algunos aventureros. Un golpe de Bolsa, preparado, combinado, organizado como un truco de teatro, engulle muchos pequeños ahorros, hace correr mucha lágrimas, retuerce más brazos que Waterloo y que Sedan. ¡Y vosotros encontráis esto simple y natural!

¡Se habla de copas de vino! ¿Pero quién de nosotros no podría contar historias más escandalosas que la más indignante aventura revelada en este proceso? Copas de vino para lanzar especulaciones sospechosas; copas de vino para hacer aceptar unos asuntos honorables; copas de vino para hablar; copas de vino para callarse; copas de vino para todo, a propósito de todo. Nosotros vivimos bajo el reinado de la copa de vino, en el reino de la conciencia fácil, de rodillas ante el becerro de oro.

¡Oh! crédulos jurados, valientes buscadores de la honrabilidad pura; abandonad París, caballeros; id, id más lejos: no tenéis nada que hacer aquí.

Pero si él expectorara unas revelaciones sobre todo lo que sabe, sobre todo lo que sucederá, sobre todo lo que entre: todas las horas del día no serían suficientes.

¿Qué hacer? Nada. Es la corriente de la época. Las costumbres americanas han llegado hasta nosotros, eso es todo.

¡Oh! lo que me gustaría, por ejemplo, es que un financiero, en el fondo escéptico y espiritual, escribiese sus memorias, contando todo, pero todo, para servir a la historia de nuestra generación. Qué increíble museo se haría bajo este título: «Los hombres de Bolsa», o si se prefiere: «Los hombres del saco», o aún: «Los hombres de presa».

¿Por qué no? ¿Por qué las finanzas de hoy (unas ciertas finanzas, al menos) no tendrían su historia?

Esas galerías de contemporáneos, cuando están bien hechas, interesan de un modo particular, y tienen, además, la ventaja de dejar unos documentos para el futuro.

Un ejemplo acaba de ser dado que convendría seguir. En el momento preciso en el que esta vieja y anticuada costumbre del duelo retoma un nuevo vigor, un vigor de moda, periódico, violento y pasajero, el barón de Vaux, con un extraño propósito, hace aparecer una interesante serie de retratos: «Los hombres de la espada», que nos hace pasar bajo los ojos las curiosas fisonomías de todos los espadachines actuales, maestros de armas, hombres del mundo, artistas, periodistas.

Él detalla el estilo de cada uno, sus estrategias, sus costumbres, las juzga como experto conocedor.

¿Se imaginan los entresijos de las finanzas desvelados así, con los trucos, los engaños y las trampas, en las que se deja caer al pobre mundo?

(Continuación de la nota 1, página 99)

La expedición francesa contra los kroumirs no fue más que un pretexto; las verdaderas causas de la conquista son económicas y financieras. Una sorda lucha de influencias opone en efecto, en la Regencia a Italia, Inglaterra y Francia. Esta no entiende abandonar sus ventajas ini-

ciales debidas al banquero alemán de Paris Erlanger con quien el Bey había contraído una deuda de 4 millones y medio. [La cifra es de A. Chirac. Cf: *op. cit.* p. 278]. Para mantener estos intereses y algunos otros, Jules Ferry, jugando hábilmente el juego, supo engañar a una opinión pública crédula y, pasando por alto todas las protestas vehementes de Italia, [Cf: crónica anterior], las protestas matizadas pero firmes de Inglaterra, apoya a Roustan y se instala en Tunicia.

Pero la oposición era de calidad: Rochefort en las columnas de *l'Intransigeant* no había parado de denunciar los tráficos políticos y financieros de la campaña:

Cf: – 16 de mayo: «LOS RESULTADOS»: «... Es lamentable pelearnos con Inglaterra, Italia y Turquía por el simple placer de restablecer la fortuna de la Sra. X... o de doblar la del Sr. Z...».

– 27 de junio: «EL ALFILER DEL JUEGO»: «Circunstancias imposibles de prever han obligado al ejército a penetrar en Túnez, y a unos diputados – que sería lo último en que pensaban – a aceptar unas plazas de administradores de Créditos hipotecarios y de Compañías de ferrocarril de las que Mustapha ha venido, por la mayor de las casualidades, a proponer la fundación. Pero no es culpa del gabinete Ferry si, a varios cientos de leguas del trazado de Bone-Guelma, un miserable agitador pasa a fuego y sangre nuestras posesiones argelinas...»

Para invertir la situación Gambetta – Ferry ha caído el 5 de noviembre –, Rochefort tomando entonces a Roustan, denuncia los «chanchullos tunecinos» conocidos por él y se ataca a su vida privada. Es el proceso Roustan-Rochefort.

– *Intransigeant*; 4 de noviembre: «Hemos reducido la expedición tunecina a una simple estafa. Nos equivocamos... Lo veremos...que el asunto de Túnez es un robo manifiesto...»

Los Sres. Gambetta y Roustan habían formado una asociación cuyo objetivo era hacer de entrada caer al precio del papel, las obligaciones de la Deuda tunecina y recomprarlas enseguida mediante algunos peniques...»

– *Gil Blas*; 15 de diciembre. Un testigo acaba de denunciar «las grandes especulaciones en los asuntos de Túnez; ha habido especialmente dos golpes de Bolsa célebres, el golpe de Bône-Guelma [se trata de una Compañía francesa de ferrocarriles en lucha con una Compañía italiana] y el golpe de los tunecinos. El primero tuvo lugar a continuación del voto que concedía una garantía del 6% a la línea de Bône-Guelma. Un sindicato obtuvo entonces grandes beneficios. Por otro lado los fon-

dos tunecinos que habían estado muy bajos subieron después de la expedición a 485 francos [De partida: unos cincuenta francos].

– *Sr. Presidente*: ¿Tiene usted pruebas de que el Sr. Roustan ha estado mezclado directamente en esos golpes de Bolsa?

– *El testigo [Sr. de Billing]*: Lo que sé, es que él favorecía los dos asuntos de los que acabo de hablarle.

– *Sr. Presidente*: Sí, ¿pero ha abusado de su influencia en intereses financieros personales?

– *Sr. de Billing*: No sabría decirle.

El 16 de septiembre el Procurador general se dedica a confundir a Rochefort y a exculpar a Roustan.

«...El Sr. Roustan habría estado interesado en la suerte de los títulos que pesía y que provenían del robo... [65 millones]. Tal es la imputación. ¿Cómo la justifica el Sr. Rochefort? No aporta ni la sombra de una prueba».

El 17 de septiembre el veredicto de absolución para Rochefort y *l'Intransigent*, acusados de difamación, sumen a la prensa gubernamental en un cruel embarazo; la prensa de derechas está exultante:

– *L'Intransigent*: «Los jurados han emitido... el veredicto que el Parlamento no se había atrevido a emitir...».

– *La Lanterne*: «... Hay en este asunto un condenado para quien las circunstancias atenuantes no existen: el gobierno...».

– *La Verité*: El veredicto de ayer significa que, si una mayoría demasiado complaciente ha creído deber, en relación con los compromisos anteriores y actuales del Sr. Gambetta, hacer borrón y cuenta nueva sobre los orígenes de la expedición tunecina, no lo ha hecho así la justicia más elevada del país...»

– *Le Radical*: «... El que se encuentra condenado desde hoy, es el Sr. Gambetta...»

Maupassant reduce el proceso a sus justas proporciones. No disculpa los chanchullos que han presidido la campaña pero en un mundo en el que la colusión prensa-política-finanzas da el tono, esos «trapicheos tunecinos» no son ni más ni menos graves, como todos los demás trapicheos, confesos o no. En cuanto al reproche de exceso de diplomacia de nuestro ministro en Túnez, el cronista se divierte francamente y se añade a aquellos que comentan el proceso sin pasión, con buen sentido y realismo.

Cf. un artículo de Nestor [Henri Fouquier] en le *Gil Blas* del 16 de diciembre de 1881: «*Buscad a la mujer*» «... Ese secreto, es que nuestro

ministro en Túnez y quien sabe si hay que decir «nuestros ministros en Túnez»— había encontrado mucho encanto en la bella señora de Elias Metteli...

Hasta aquí resulta que el Sr. Roustan es un muy honrado hombre... Me mantengo completamente en la opinión de que la expedición, en principio y reservando los medios puestos en juego, respondía a una necesidad política tan seria como honorable. El Sr. Roustan se ha hecho el protagonista de esta causa... Por las vías y los medios, él ha tomado aquellos que la ocasión, la hierba tierna, las costumbres del país y la tradición diplomática le ofrecían... Esos medios han indignado al austero Sr. Rochefort, al austero Sr. Camille Pelletan... En cuanto a mí, yo soy menos severo...».

Y Nestor denunciando con Maupassant «...la manía de los can-cans...» este modo «de correr hacia el incidente, a lo que es despreciable y que sobre eso se lanza la curiosidad del público...».

— Cf: un artículo del *Gaulois* del 16 de diciembre de 1881: «ABSOLUCIÓN».

«... No se deberían exagerar las consecuencias de este veredicto que, comportando una desaprobación de las actuaciones del Sr. Roustan, no estableció en absoluto su participación en los «chanchullos financieros» de los que el Sr. Rochefort le acusaba, de connivencia con el Sr. Gambetta...».

XII

CARTA DESDE ÁFRICA²⁷

(*Le Gaulois*: 20 de agosto de 1881)

Djelfa, 10 de agosto.

Mi querido director,

Sé que varios periódicos argelinos han respondido con acritud a mis artículos sobre Argelia. Como me he encontrado casi siempre en camino, ninguno de esos artículos me ha caído bajo los ojos. No lo he oído más que por extranjeros, y por consiguiente me resulta muy difícil saber justamente lo que contienen.

He aquí sin embargo, eso creo, los puntos sobre los que más se me ha criticado. He escrito que el mundo arrojaba en Argelia sus aventureros. Sobre esto, un periódico local me ha respondido: «¡Aventurero usted mismo!» El argumento me ha alegrado y abierto horizontes. Como tengo la intención de añadir a mis críticas sobre Argelia la de la detestable cocina que se come en ese país, espero leer dentro de algunos días otras injurias análogas a la primera, y me estremeceré ciertamente sabiendo que yo mismo soy un mal cocinero o un detestable peluquero, si protesto contra el modo en el que se me ha cortado el pelo. En cuanto al fondo de la cues-

²⁷ Esta Carta desde África hace eco a esta otra Carta de Un Colono aparecida en el *Gaulois* del 21 de julio.

«...Los soldados... han hecho aceptar por todo el mundo... que el árabe pide ser masacrado; y se le masacra en cualquier ocasión... se le bate como a una bazofia, se le pillan, se le arruina y se le obliga a morir de hambre. El árabe pide vivir y no se rebela más que en último extremo...»

tión, manifiesto que es imposible pasar media jornada con un argelino inteligente y amante de Argelia sin oírle exaltarse con violencia, y quizás con razón, contra la oleada de aventureros extranjeros que se han arrojado sobre su país.

Que no se dice contra los españoles que pueblan toda la provincia de Orán, contra algunos italianos cuyo dinero cuesta caro a aquellos que están apurados, y contra los judíos cosmopolitas cuya exterminación por los árabes seguiría de cerca sin duda, por la de los españoles si los franceses dejasen de repente de ocupar el país.

A propósito de los alfalferos españoles masacrados, permítaseme abrir un paréntesis. Acabo de recorrer todo el país que ocupaban, y he oído hablar mucho de ellos por personas seguramente imparciales y que se desesperaban de la huida de los supervivientes. Ahora bien, he aquí mi convicción: si se les ha matado, es por su culpa más que la nuestra.

La historia nos ha enseñado como el español se comporta ordinariamente en un país conquistado: con que violencia trata a los vencidos.

Y bien, me parece evidente que los españoles han seguido en Argelia su costumbre nacional; y que no es que hayan inflingido duros tratamientos a los árabes cuyos territorios ocupaban sino que privaban de trabajo acaparando la recogida de alfalfa. Fueron las tribus en medio de las que vivían esos extranjeros quienes los han masacrado, y no los jinetes de Bou-Amama. Ahora bien, ningún francés ha sido muerto; la vía del ferrocarril que atraviesa el país no ha sido sabotada; y las personas obligadas por sus funciones de recorrer esta tierra me han afirmado que estarían mucho más seguras en medio de una tribu insurgente que en medio de uno de esos grupos de alfalferos que vivían aislados sobre las altas llanuras. ¿A quién sorprende esto? esos emigrados eran en su mayoría los deshechos de su nación. Es la regla, por otra parte; lo que rechaza un país no constituye ordinariamente lo

que mejor posee. Unos españoles establecidos en Argelia, y bien visto bajo todos los informes, no me han parecido lejos de pensar así.

De donde yo concluyo que las reivindicaciones de España, muy profundas en principio, lo son, de hecho, mucho menos.

Ahora bien, si ocurriera que los franceses, tentados por el dinero que se puede ganar en la industria de la alfalfa (en los talleres de Aïn-el-Hdjar, las mujeres están pagadas hasta cinco francos al día), si llegara ese día, digo, que unos franceses, tentados por esos beneficios, emigrasen a su vez y viniesen en masa aquí, usted entendería a los españoles dar esos gritos, pues ellos esperan, esos fugitivos, que la cuestión de la indemnización sea arreglada entre ambos países, y nosotros no tardaremos en verlos regresar en más grande número todavía que antes.

Se me reprocha, por otro lado, haber afirmado que Francia enviaba aquí a sus funcionarios inservibles. No es así, parece. Tanto mejor. Me gustaría solamente saber si ha sido así y si no, durante mucho tiempo, enviados a la colonia a buen número de autoridades de difícil colocación en la madre patria.

En el fondo sobre todo he querido testimoniar, creo, la simpatía que el árabe me ha inspirado a primera vista, y de la indignación que me ha embargado descubriendo cuales son los procedimientos que la civilización emplea hacia él.

En París no tenemos ninguna sospecha de lo que se piensa aquí.

Nos imaginamos buenamente que la aplicación del régimen civil es la inauguración de un régimen de bonanza. Es, al contrario, en la esperanza de la mayoría de los argelinos, la señal de la exterminación del árabe. Los periódicos más hostiles al sistema de las oficinas árabes publican a todo instante unos artículos con títulos como estos: «¡Más arabe-

fóbicos!» lo que equivale a este grito: «¡Vivan los arabefóbicos!» La palabra de moda es: «¡Exterminación!» el pensamiento: «¡Quítate de ahí que me pongo yo!» ¿Quién habla así? - Unos argelinos de Argel que dirigen los asuntos en la plaza del gobierno. Ellos no han visto otros árabes que los que les enceran las botas: éstos hacen de la colonización una habitación y de la cultura una túnica.

¿Han recorrido su país? - Jamás. ¿Han pasado ocho horas en un cuartel militar; luego ocho horas en una comuna, junto a un administrador civil, para aprender el modo en que los dos principios son aplicados? - Jamás. Ellos exclaman: «¡El árabe es un pueblo ingobernable, es necesario arrojarlo al desierto, matarlo o darle caza; nada de medios.»

Entonces se parte para el interior del país con las ideas que los periódicos argelinos les han inculcado. Se gana un cuartel militar y se presentan ante esos legendarios capitanes de los negociados árabes, esos feroces ogros, esos monstruos, ¡¡¡esos espoliadores!!! Se encuentran hombres encantadores, instruidos, llenos de reflexión, de dulzura y de piedad por el árabe. Ellos dicen: «Es un pueblo infantil que se gobierna con una palabra. Se hace lo que se quiere, tan solo basta saber tomarlo.» ¿Sabe usted lo que hacen esos capitanes del negociado indígena? - Defienden al árabe contra las vejaciones y las exacciones del colono.

Entonces usted dice: « Entiendo: es un papel nuevo que ellos representan para destrozarse la autoridad civil. Es una buena guerra. Vamos a ver la tienda de al lado.» Y se cae en un país gobernado por un administrador de levita. A sus preguntas, él responde: «¡Oh ! mis ideas han cambiado desde que estoy aquí. En Argel, pensaba de otro modo. Con la justicia, firmeza y la benevolencia severa, se hace lo que se quiere del árabe. Es dócil y siempre dispuesto para las faenas. Tiene algo de niño y de mujer. Es suficiente saber tomarlo.»

La estupefacción os embarga. Y se exclama: « Entonces nosotros somos terriblemente culpables. ¡Cómo! este pueblo que trata de sobrevivir con sentido, los ciudadanos no hablan nada menos que de exterminarlo y de cazarlo en el desierto, sin ocuparse del modo en que se le sustituirá.»

Él se revuelve, dice usted; pero ¿es cierto que se le expropia y que se le pagan sus tierras a una centésima parte de lo que valen?²⁸

Se revuelve - ¿Es cierto que, sin razón, incluso sin pretexto, se le toman propiedades que valen aproximadamente sesenta mil francos y se les da como compensación una renta de trescientos francos por año ?

Se les ha reconocido el derecho de recorrer sus bosques, único medio que les queda de hacer pastar su ganado cuando todas las llanuras están secas por el sol y cuando se le ha cerrado la entrada del Tell; pero ¿es cierto que la administración forestal, la más lisa y la más injusta de las administraciones argelinas, ha puesto casi la totalidad de esos bosques en defensa y hace proceso tras proceso a los pobres diablos cuyos cabras pasan los límites, límites que únicamente puede apreciar el ojo experto de los forestales?

¿Que ocurre entonces? los bosques se queman.

Ellos queman en este momento por todas partes: miles de hectáreas son devoradas, partes del país están arruinadas por el fuego. Se ha visto, de lejos, a los incendiarios. Y se grita: «¡Exterminación! » Pero, es justamente cuando se le extermina cuando se revuelve ese pueblo.

Lo que yo digo, por otra parte, quizás no es oficial por parte del negociado árabe, pero no que no lo piense y no lo diga a la primera ocasión.

²⁸ «...¿Cómo se les expropia? Se les paga 40 francos la hectárea que vale como mínimo 800 F...» Esta carta da el tono de una opinión muy original y muy audaz.

Pero en Argel, las personas sedentarias y competentes no ven más que los errores y los vicios del árabe. Repiten sin fin que es un pueblo feroz, ladrón, mentiroso, sarnoso y salvaje. Todo esto es cierto. Pero, al lado de los defectos, hay que ver las cualidades.

Yo habría tal vez cedido y aceptado finalmente la manera de ver unos fogosos argelinos, si no hubiese aprendido de golpe, por el virulento artículo de un pequeño periódico local, que se funda en este momento, en París, una sociedad protectora de los indígenas argelinos.

A la cabeza de esta sociedad, se ven los nombres de los Sres. de Lesseps, Schoelcher, Elisée Reclus, etc., etc.

Ahora bien, si los indígenas tienen tanta necesidad de ser protegidos, es entonces que se los oprime. ¿Quién los oprime? No soy yo seguramente.

Entonces es el argelino. Verdaderamente si unos hombres como los Sres. Lesseps y Elisée Reclus reconocen que hay que socorrer a ese pueblo, de igual modo que a los animales que protege la ley Grammont, es que es muy necesario venir a su socorro.

Aquí, en el interior, completamente al sur de la provincia donde me encuentro en este momento, los argelinos salidos de Argel admiten perfectamente la utilidad de esta sociedad.

He dicho igualmente que se perdía en este país la noción del derecho. Es tan cierto que no he podido impedir reírme a mi vez viendo un conductor de coche pagar a golpe de porra dos perdices compradas a un árabe. Aquí, se ha acostumbrado a la injusticia, tanto se vive en la injusticia; pero yo desafío a un francés cualquiera a no indignarse vehementemente si él pasa, como yo acabo de hacerlo, veinte días bajo la tienda, en medio de los árabes, yendo de tribu en tribu.

Y sin embargo, los negociados árabes están animados de un espíritu de justicia que me ha sorprendido enormemente; los administradores civiles están, para la mayoría, con las

mismas ideas. Pero ¿qué quiere usted? está tomada la costumbre, y Argel pasa a la rueda.

Perdón por esta larga carta. Parto para el oasis de Laghouat, y seguiré a continuación hacia el sur de la provincia de Argel y de Constantine por Aïn-Rich y Bou-Saada. Se dice que las tribus de esta parte están trabajadas y que un movimiento tendrá lugar cuando acabe el Ramadán. Le hablaría incesantemente de este país, del que no existe incluso ningún mapa y que pocos viajeros han visitado. Los oficiales de los negociados son casi los únicos que lo conocen. Es con dos oficiales con los que parto.

XIII

LA GUERRA²⁹

(*Gil Blas*: 11 de diciembre de 1883)

Se habla de guerra con China. ¿Por qué? no se sabe. Los ministros en este momento dudan, se preguntan si van a hacer matar a todo el mundo en aquellas tierras. Asesinar al mundo les es indiferente, solo les inquieta el pretexto. China, nación oriental y razonable, trata de evitar esas masacres matemáticas. Francia, nación occidental y bárbara, propone la guerra, la busca, la desea.

Cuando únicamente pienso en esa palabra, la guerra, me entra un azoramiento como si se hablara de brujería, de inquisición, de una cosa lejana, acabada, abominable, monstruosa, contra natura.

Cuando se habla de antropófagos, sonreímos con orgullo proclamando nuestra superioridad sobre esos salvajes, los auténticos salvajes. ¿Los que se baten por comer a sus vencidos o los que se baten por matar, nada más que por matar?

²⁹ Esta crónica escrita a principios de la guerra en Tonkin responde a la crónica «La guerra» aparecida en *Le Gaulois* el 10 de abril de 1881 en el momento del asunto tunecino.

En este artículo, Maupassant, profetizaba ya la extensión de las guerras colonialistas: «...Tenemos un grano infectado, Túnez. Se habría podido cauterizarlo de una vez por todas, pero no, se rasca, se rasca tanto y tan bien que deriva en una erisipela... sin contar que junto a Túnez, los kroumirs, etc..., tendremos que vengar la muerte del coronel Flatters, y que allí, nos encontraremos sin duda con otros salvajes a castigar...» Cf: al respecto las observaciones de André Billy [*Le Figaro littéraire*: 16 de mayo de 1953] respecto de esta cita reproducida en nuestro artículo de la *Revue des Sciences Humaines*: «*El Universo de Bel-Ami*» [nº de enero-marzo de 1953].

Una ciudad china nos apetece: vamos, para tomarla, a masacrar a cincuenta mil chinos y ha hacer degollar a diez mil franceses. De este modo el honor nacional (¡singular honor!) que nos impulsa a tomar una ciudad que no nos pertenece, el honor nacional que se encuentra satisfecho por el robo, por el robo de una ciudad, lo estará todavía más por la muerte de cincuenta mil chinos y de diez mil franceses.

Y aquellos que allí van a perecer son jóvenes que podrían trabajar, producir, ser útiles. Sus padres son viejos y pobres. Sus madres, que durante veinte años los han amado, adorado, como adoran las madres, aprenderán en seis meses o un año tal vez, que el hijo, el niño, el nieto educado con tanto trabajo, con tanto dinero, con tanto amor, está caído en un bosque de rosales, el pecho acribillado por las balas ¿Por qué han matado a su chico, tan buen mozo, su única esperanza, su orgullo, su vida? Ella no lo sabe. Si, ¿por qué? Porque existe en la profunda Asia una ciudad que se llama Bac-Ninh; y porque un ministro que no la conoce se divierte tomándosela a los chinos.

¡La guerra!...¡batirse! ¡degollar!...¡masacrar a los hombres!..Y nosotros tenemos, en nuestra época, conjuntamente con nuestra civilización, con el alcance de la ciencia y el grado de filosofía a donde creemos llegado el genio humano, escuelas donde se aprende a matar, a matar desde muy lejos, con perfección, mucha gente a la vez, a matar inocentes hombres, pobres diablos, cargados de familia y sin ninguna credencial. El Sr. Jules Grévy da pábulo con obstinación a los más abominables asesinos, a los descuartizadores de mujeres, a los parricidas, a los estranguladores de niños. Y he aquí que el Sr. Jules Ferry, por un capricho diplomático del que la nación se sorprende, del que se asombran los diputados, va a condenar a muerte, con corazón ligero, a algunos millares de bravos muchachos.

Y lo más asombroso es que el pueblo no se levanta contra el gobierno. ¿Qué diferencia hay pues entre las monarquías y las repúblicas? Lo sorprendente es que toda la sociedad no se rebele ante la palabra guerra.

¡Ah! Viviremos siempre bajo el peso de las viejas y odiosas costumbres, de los criminales prejuizados, de las ideas feroces de nuestros bárbaros antepasados.

¿Nadie más que Víctor Hugo se habría avergonzado y lanzado ese gran grito de liberación y de verdad?

"Hoy, la fuerza se llama violencia y comienza a ser juzgada; la guerra se convierte en algo reprobable. La civilización, bajo la denuncia del género humano, instruye el proceso y prepara el gran dossier criminal de los conquistadores y los generales. Los pueblos llegan a comprender que la magnitud de un crimen no le hace menor; que si matar es un crimen, matar mucho no puede ser una circunstancia atenuante; que si robar es una vergüenza, invadir no debería ser una gloria.

¡Ah! Proclamemos estas verdades absolutas, deshonremos la guerra!"

Un artista hábil en esta partida, un masacrador de genios, M. De Moltke, he aquí las extrañas palabras que un día respondió a los delegados de la paz, las extrañas palabras siguientes:

-La guerra es santa, de institución divina; es una de las leyes sagradas del mundo; ella salvaguarda en los hombres todo lo grande, los nobles sentimientos: el honor, el desinterés, la virtud, el valor, y les impide, en una palabra, caer en el más repulsivo materialismo.

Así, reunirse en rebaños de cuatrocientos mil hombres, caminar día y noche sin descanso, no pensar en nada ni es-

tudiar, ni nada aprender, ni leer, no ser útil a nadie, pudrirse de suciedad, dormir sobre el fango, vivir como las bestias en un continuo embrutecimiento, saquear las ciudades, quemar los pueblos, arruinar a los pueblos, después encontrar otra aglomeración de carne humana para abalanzarse encima, hacer lagos de sangre, llanuras de carne apiladas mezcladas con la tierra fangosa y enrojecida, montones de cadáveres, los brazos o las piernas arrancadas, el cerebro aplastado sin beneficio para nadie, y morir en la esquina de un campo, mientras que vuestros viejos padres, vuestra esposa y vuestros niños mueren de hambre; ¡a esto es a lo que llamamos no caer en el más espantoso materialismo!

Los hombres de la guerra son el azote del mundo. Luchamos contra la naturaleza, la ignorancia, contra los obstáculos de todo tipo, para hacer menos dura nuestra miserable vida. Unos cuantos hombres, unos benefactores, unos salvadores consumen su existencia trabajando, buscando aquello que puede ayudar, que puede socorrer, lo que puede aliviar a sus hermanos.

Van entregados intensamente a su útil tarea, acumulando los descubrimientos, engrandeciendo el espíritu humano, difundiendo la ciencia, dando a la inteligencia cada día una suma de saber nuevo, dándole cada día a su patria bienestar, satisfacción, fuerza.

La guerra llega. En seis meses, los generales han destruido veinte años de esfuerzos, de paciencia y de genio.

Esto es lo que se llama no caer en el más horrible materialismo.

Hemos visto la guerra. Hemos visto a los hombres transformarse en brutales, enloquecidos, matar por placer, por terror, bravuconería, por ostentación. Cuando el derecho ya no existe, la ley está muerta, toda noción de lo justo desaparece, nosotros hemos visto fusilar a inocentes hallados en una carretera y convertidos en sospechosos porque tenían

miedo. Hemos visto matar perros encadenados a la puerta de sus amos para probar revólveres nuevos, hemos visto ametrallar por placer vacas tumbadas en un campo, sin ninguna razón, por el mero hecho de disparar su fusil y por puro divertimento.

He aquí a lo que llamamos no caer en el más fanático materialismo.

Entrar en un país, degollar al hombre que defiende su casa porque está vestido con una blusa y no tiene un quepis sobre la cabeza, quemar las habitaciones de miserables que ya no tienen pan, destrozar unos muebles, robar otros enseres, beber el vino hallado en las bodegas, violar a las mujeres encontradas por las calles, quemar millones de francos en pólvora y, dejar detrás de sí la miseria y la ira.

He aquí a lo que llamamos no caer en el más espantoso materialismo.

¿Pues, qué han hecho los hombres de la guerra por demostrar, a pesar de todo, un poco de inteligencia? Nada. ¿Qué han inventado? Cañones y fusiles. Eso es todo.

¿El inventor de la carretilla, no ha hecho más por el hombre, con esta simple y práctica idea de ajustar una rueda a dos palos, que el inventor de las modernas fortificaciones?

¿Qué nos queda de Grecia? De los libros, de los mármoles. ¿Es grande porque ha vencido o por lo que ha producido? ¿Es la invasión de los persas quien le ha impedido caer en el más aterrador materialismo? ¿Son las invasiones de los bárbaros las que han salvado a Roma y la han regenerado? ¿Es Napoleón I el que continuó el gran movimiento intelectual comenzado por los filósofos al final del último siglo?

¡Y bien! si, puesto que los gobiernos usan así el derecho de muerte sobre los pueblos, no hay nada de insólito en que

los pueblos se acojan en ocasiones al derecho de muerte sobre los gobiernos.

Se defienden, tienen razón. Nadie tiene el derecho absoluto de gobernar a los demás. Solo se puede hacer por el bien de los que son gobernados. Cualquier gobierno tiene tanto el deber de evitar una guerra como un capitán de navío tiene el de evitar un naufragio.

Cuando un capitán ha perdido su buque, se le juzga y se le condena si es reconocido culpable de negligencia o incluso de incapacidad.

¿Por qué no calificar a los gobernantes después de cada guerra declarada? Si los pueblos comprendieran esto, si ellos mismos reprobaran a los poderes homicidas, si rechazaran el dejarse asesinar sin razón, si se valieran de sus armas contra los que se las han dado para masacrar, ese día la guerra habría muerto. Y ese día llegará.

He leído un libro soberbio y terrible del escritor belga Camille Lemonnier, y titulado *Los Osarios*. Al día siguiente de Sedan, ese novelista partió con un amigo y visitó a pie esa patria de la muerte, la región de los últimos campos de batalla. Caminó entre los fangos humanos, deslizándose sobre cerebros desparramados, vagabundeando entre las podredumbres e infecciones durante días enteros y leguas enteras. Recogió entre el barro y la sangre «esos pequeños cuadrados de papel arrugados y sucios, cartas de amigos, cartas de madres, cartas de novias, cartas de abuelos».

He aquí, entre mil, una de esas cosas que vio. No puedo citar más que en cortos fragmentos ese párrafo que me gustaría reproducir al completo:

« La iglesia de Givonne estaba llena de heridos. Sobre el umbral, mezclado con el barro, la paja pisoteada formaba un amasijo que fermentaba.

« En el momento en el que íbamos a entrar, unos enfermeros, con bata gris, salpicada de manchas rojas, arrojaban por la puerta de la entrada una especie de líquido fétido como aquel en el que chapotea el zueco de los carniceros en los mataderos.

« El hospital gemía... Unos heridos estaban atados a su camastro mediante unas cuerdas. Si se movían, unos hombres los tomaban por los hombros para impedir que se moviesen. Y algunas veces una cabeza pálida se dirigía hacia la paja y miraba con ojos de suplicio la operación del vecino.

«Se oía a unos desgraciados gritar retorciéndose, cuando el cirujano se aproximaba, y trataban de ponerse de pie para salvarse.

«Bajo la sierra, gritaban aún, con una voz sin nombre, rota y ronca, como unos despellejados: «No, no quiero, dejadme...». Este fue el de un soldado que tenía las dos piernas destrozadas.

– Discúlpeme la compañía, dijo, me han quitado los pantalones.

«Había guardado su traje, y sus piernas estaban vendadas, en unas trizas empapadas en sangre.

«El médico se puso a retirar esas vendas, pero se pegaban unas a otras, y la última se adhería a la carne viva. Se vertió agua caliente sobre el burdo vendaje, y, a medida que el agua se derramaba, el cirujano arrancaba las vendas.

– ¿Quién te ha vendado así, amigo? preguntó el cirujano.

– Fue el camarada Fifolet, mayor.

«La sierra, estrecha y larga, dejaba unas gotitas, en cada uno de sus dientes.

«Hubo allí un movimiento en el grupo. Se cayó a tierra un trozo.

– Todavía un segundo, valiente, dijo el cirujano.

« Yo pasaba mi cabeza por el hueco de los hombros y miraba al soldado.

– Vamos rápido, mayor, decía él.

«Mordía su bigote, blanco como un muerto y los ojos fuera de las órbitas. Sostenía el mismo con dos manos su pierna y aullaba por momentos con voz temblorosa un ¡hou! que nos hacía sentir la sierra en nuestra propia espalda.

– ¡ Se acabó ! dijo el cirujano quemando el segundo muñón.

– ¡Buenas noches ! dijo el soldado.

«Y se desmayó.»

Recuerdo, el relato de la última campaña de China, hecha por un valiente marinero que se reía aún con placer.

Me contó que los prisioneros eran empalados a lo largo de los caminos para divertir al soldado; las muecas tan grotescas de los sometidos a ese suplicio; las masacres ordenadas por unos oficiales superiores, para aterrorizar la región, las violaciones en esos lugares de oriente, ante los niños perdidos, y los robos a manos llenas, los pantalones atados hasta los tobillos para llevar los objetos, el pillaje regular, funcionando como un servicio público, devastando luego desde las pequeñas cabañas de todo pequeño burgués hasta el suntuoso palacio de verano.

Si nosotros vamos a la guerra contra el imperio Chino, los precios de los viejos muebles de laca y de las ricas porcelanas chinas van a bajar mucho, señores coleccionistas.

MAUFRIGNEUSE

XIV

¡BAH!³⁰

(*Le Gaulois*: 5 de julio de 1881)

¡Joseph!

– ¿Señor?

– ¡Mi lanza y mi escudo!

– ¿Cómo dice, Señor?

– Te pido mi lanza y mi escudo.

– Pero, Señor...

– Espabila, bribón, y di a mi criado que ensille mi mejor caballo de batalla. Parece que se nos ha insultado allá, en Italia, e iré, ¡pardiez! a coserles la lengua al paladar con el hierro de mi lanza, a esos *lazzaroni* deslenguados.

Tal es quizás el diálogo que muchos burgueses pacíficos han tenido con su criado tras haber leído el otro día, en ese periódico, la llamada a las armas de un periodista.

Era altisonante y fiera, esa llamada. Sonaba bien, y ha debido remover corajes dormidos. Yo incluso, en un primer momento, estaba dispuesto a pedir mi lanza y mi escudo. Me decía: «¡Ah! se nos insulta ahí; ¡ah! se grita: ¡Abajo Francia! ¡Vamos a ver, vecinos, vamos a ver!»

Y me he acostado.

El sol magnífico entraba por mi ventana abierta. Cantos de pájaros se oían en el aire límpido. El murmullo del río

³⁰ Esta crónica podría hacer alusión a Vir que, en el *Gaulois* del 29 de junio de 1881 lanzaba su «*Toque de corneta*»: «Y es porque yo tenía razones, para embocar aquí la corneta y tocar diana; y es porque hoy he hecho descolgar mi instrumento de cobre....».

El 2 de julio de 1881 en su artículo «*Les Patria*» Vir da una lección de patriotismo a Saint-Genest, redactor en el *Figaro* que había tomado partido por Italia.

que discurre ante mi puerta subía justo hasta mi cama con los ruidos vagos del campo.

Todos los libros alrededor de mi habitación reposaban sobre sus estanterías; y, sobre mi gran mesa, la novela comenzada se detenía en medio de una página blanca inacabada la víspera por la noche... Yo me dije entonces: «Pero ... ¿es que se nos ha insultado tanto como dicen ? » Tenía aún un poco de sueño, y revolviéndome, en mi cama y volviendo a cerrar los ojos, pensaba: «No, no me siento insultado.» Me estimulaba con ideas heroicas, con todos los grandes sentimientos de antaño, con el patriotismo. Decididamente, no vibraba – Me volví a dormir.

Quando desperté, razoné de nuevo:

– Tal vez soy un monstruo de la naturaleza, un sin corazón, un pordiosero. Habría que considerar la opinión de los demás.

Precisamente, a orillas del río, un caballero que parecía hecho como todo el mundo, y cuyo rostro no parecía el de un miserable, pescaba placidamente con caña. Me aproximé saludándole cortésmente:

– Perdón, caballero, si le molesto.

Él respondió:

– No se preocupe, caballero.

Entonces, envalentonado, añadí:

– ¿Se ha sentido insultado, señor?

Él, estupefacto, preguntó:

– ¿Por qué?

Entonces, con una grave voz que yo trataba de poner heroica, le exclamé en su rostro.

– Por los italianos, ¡caramba!

Él respondió suavemente:

– ¿Acaso está usted loco ? Me importan un bledo los italianos.

Entonces yo expliqué las razones, multiplicaba los períodos belicosos, buscaba los efectos, espiándole para ver si vibraba. Sí, parecía vibrar; su mirada se iluminaba, su caña temblaba en su mano; luego de repente se volvió hacia mí, el rostro inflamado, los labios temblorosos. Yo pensaba: «¡Ya está!» ¡Ah ! ¡bien, sí! Exasperado, me espetó bajo la nariz:

– ¿Va usted a dejarme en paz, con sus historias? ¡No ve usted que no pican, maldito charlatán!

No me quedaba más que retirarme. Lo que hice.

Pero, acosado por mi idea, tomé un tren para París. Sobre el bulevar, uno de mis amigos se dirigió a mí. Era precisamente lo que se llama un malas pulgas. Le pregunté:

– ¡Y bien! ¿Te dispones a partir para la guerra?

Él, sorprendido, respondió:

– ¿De qué guerra hablas ?

Yo simulé una estupefacción indignada.

– Pues de la guerra con Italia. Se nos insulta allí todos los días.

Él respondió:

– Me fijo poco en Italia. Cuando acaben de gritar, se callarán; son unos bocazas grotescos.

Lo dejé.

Veinte pasos más lejos, me encontré de frente con un ex miembro de la Comuna cuyo agudo espíritu me gustaba mucho, lo confieso. Tiene, además, un enorme talento como escritor, es un maestro. Se ha batido como un fanático por su causa; y la independencia absoluta de su pensamiento, su desprecio por las fórmulas y las creencias establecidas, le hacen incluso sospechoso a sus colegas. Yo le pregunté: «¿Y de Italia? ¿Qué piensa usted? Se declarará la guerra, ¿no es así? Ahora es inevitable». Él respondió: «¡Basta! eso es una tontería, todo eso, Túnez y lo demás!» Luego, tras un momento de reflexión, añadió: «Que ellos se batan si quieren

por esas naderías. En cuanto a mí, ¡me reservo para la guerra civil!»

La gracia de esta respuesta me divirtió, y marché, acabada mi encuesta.

Pero en el camino reflexioné sobre esta frase: «Me reservo para la guerra civil». Eso de entrada parecía monstruoso. Todas las antiguas declamaciones me volvían a la memoria: «La guerra entre conciudadanos, entre personas hablando la misma lengua, entre hermanos, es horrible». Luego, poco a poco, razonando, se cambia de parecer; se llega a descartar las regañinas filosóficas, se piensa todo solo, y se dice: «Pero tiene razón, ese hombre, mil veces razón. Una única guerra es lógica, la guerra civil. Allí al menos, sé porque luchó».

El odio verdadero es el odio de familia, los odios entre parientes, porque todos los intereses están en juego; las auténticas guerras son entre conciudadanos, por la misma razón: porque se está en lucha todos los días, a todas horas, porque todos los sentimientos humanos son removidos, la envidia, las incesantes rivalidades, etc. Es el «quítate de ahí que me pongo yo» aplicado. Sí, la guerra civil es lógica. Pero la otra, no. ¿Acaso conozco a los italianos? ¿Tenemos intereses comunes? A mí no me gustan los macarrones. ¿Que iría a hacer en su casa? Se me responde:

– Pero ellos te insultan desgraciado.

– Y bien, tanto peor para ellos. Eso demuestra que tienen tiempo que perder.

Y me acordé de dos obreros que había visto pelearse algunos días atrás.

Uno furioso, gesticulando, babeando, en medio de un grupo pacífico, gritaba al otro: – «¡Holgazán, eres un holgazán, un don nadie, un cobarde, eres un cobarde, voy a arrancarte la nariz, entiendes, holgazán!» – El otro, muy tranquilo, apoyado sobre su pala, escuchaba, y cuando su adversa-

rio vociferaba: «voy a arrancarte la nariz», se conformaba con responder con voz tranquila: «ven entonces, ven entonces » El energúmeno aullaba pero no avanzaba; luego de repente, volviéndose hacia sus compañeros, les dijo con una voz casi calmada: «Agarradme o habrá una desgracia». Como los otros no le retenían, se fue. Yo miré al insultado regresar a su tarea y pensé: «¡Qué sabio es este hombre, y digno al mismo tiempo, dueño de sí y superior! ¿Cuándo los pueblos, cuyo honor colectivo me parece algo bastante problemático, ¿tendrán esa razón y esa tranquilidad?»

Pues bien, ¡Francia acaba de tener esa tranquilidad y esa razón! Lo que siente nuestro pueblo en este momento, es más que la indiferencia por unos agitadores, es el desprecio por la misma guerra. Los grandes soplidos heroicos se han acabado: nos hemos convertido, felizmente, en hombres de razonamiento y no en hombres de arrebató. Los aires de bravura no se llevan ya, los periodos magnánimos quedan sin efecto. Cuando se nos grita: «te voy a arrancar la nariz», respondemos tranquilamente: «¡Ven entonces!» Que venga.

Y encuentro esto bueno, muy bueno. La Edad Media – por fin– está enterrada, caballeros; tanto mejor. Nunca me ha gustado ese periodo de estoque y de porte, y de imbecilidad. Los patanes blasonados, cubiertos con su armadura, me dejan en la nariz una sensación de un espantoso mal olor; y, en lugar de exaltarme sus grandes golpes de espada, pienso en la infección que debían pillar esos altos barones cuando salían de la marmita heroica en la que se habían cocido todo el día.

Nos hemos vuelto tranquilos, tanto mejor. ¿Es acaso que el ridículo chauvinismo se debilitaría? Y he aquí que, por primera vez, tengo una especie de estima por un gobierno. (No hablo de su representación, sino de la misma forma del gobierno.) ¿Es gracias a la República a lo que debemos esta sagacidad del pueblo entero? Bajo las monarquías, unos fre-

néticos alaridos salían de todas las bocas desde que la palabra "guerra" era pronunciada. Bajo la República, miramos, indiferentes, y esperamos tranquilos. ¿A qué se debe esto? No lo sé; pero confirmo un sorprendente progreso, eso es todo.

No a la guerra, no a la guerra, a menos que se nos ataque. Entonces, sabremos defendernos. Trabajemos, pensemos, busquemos. Solo existe la gloria del trabajo. La guerra es el acto de los bárbaros. El general Farre ha suprimido los tambores en la armada; suprimámoslos también en nuestros corazones. El tambor en una plaga en Francia. Nosotros luchamos por todo.

Y unos ministros vendrán que suprimirán los cañones, más tarde, más bien tarde.

En cuanto a mí, la vista de una simple esquiladora mecánica me interesa, me llega y me seduce infinitamente más que la de un regimiento que pasa, música a la cabeza y bandera al viento.

XV

LOS CONVERSADORES³¹

(Le Gaulois: 20 de enero de 1882)

Últimamente leía lo siguiente en las cartas íntimas de Berlioz que acaban de ser publicadas: «Vivo, desde mi regreso de Italia, en medio del mundo más prosaico y más duro. A pesar de mis suplicas de no hacer nada, se obstinan en hablarme sin cesar de música, arte, elevada poesía; esas personas emplean esos términos con la mayor sangre fría; se diría que hablan de vino, de mujeres, levantamientos u otras porquerías. Mi cuñado sobre todo, que es de una locuacidad espantosa, me mata. Siento que estoy aislado de todo ese mundo por mis pensamientos, por mis pasiones, por mis amores, por mis odios, por mis desprecios, por mi cabeza, por mi corazón, por todo ».

Esta violenta y gran queja podría aplicarse a todos o al menos a casi todos los salones de hoy, tan banal es la con-

³¹ Esas añoranzas del siglo XVIII, siglo del espíritu y la galantería, regresan como un leitmotiv en numerosas crónicas. Cf: – *El estilo epistolar* en *Le Gaulois* del 11 de junio de 1888.

– *La galantería: Le Gaulois* del 27 de mayo de 1884.

– *El espíritu en Francia: Le Gaulois* del 19 de junio de 1881.

Es este amor al espíritu francés que Maupassant cultivaba por sus lecturas junto a la Sra. Lecomte du Noüy [El «genio de la amistad»...Aquella a la que François, sirviente del escritor, llama «una de las guardas de corps de su señor» era su vecina de la Guillette]. A. Guérinot refiere muy justamente: «Ambos estaban interesados en el siglo XVIII. Recorrieron juntos la correspondencia de Diderot con la Srta. Volland, las cartas de la marquesa de Châtelet, de la Sra. d'Épinay, de la Sra. du Deffand, de la Srta. de Lespinasse...» [Cf: *Maupassant en Étretat* en *Mercure de France* del 1 de septiembre de 1925].

versación, corriente, odiosa, repetitiva y monótona, al alcance de cada imbécil. Eso corre, corre en los labios, en los pequeños labios de las mujeres que un gracioso pliegue hace retroceder, en los labios barbudos de los hombres que un extremo de cinta roja en el ojal parece indicar inteligencia. Eso corre sin fin, repugnante, estúpido hasta hacer llorar, sin una variante, sin un estallido, sin una agudeza, sin una fuga del espíritu.

Se habla, en efecto, de música, arte, poesía elevada. No obstante sería cien millones de veces más interesante oír a un charcutero competente hablar de morcillas, que escuchar a los correctos caballeros y a las damas del mundo de visita abrir su grifo para arrojar banalidades sobre las únicas cosas grandes y bellas que existen. ¿Cree usted que esas personas piensan lo que dicen? ¿Qué hacen el esfuerzo de descender al fondo de lo que mantienen, de profundizar en su sentido misterioso? ¡No! Repiten todo lo que es costumbre repetir sobre ese tema. Eso es todo. También declaro que es necesario un valor sobrehumano, una dosis de paciencia a toda prueba y una gran serena indiferencia hacia todo para ir hoy a esos sitios, y soportar con cara sonriente los parloteos ineptos que se oyen a propósito de todo.

Algunas casas, naturalmente, son excepciones, pero son raras, muy raras.

No pretendo evidentemente que cada uno pueda, en el primer salón al que llega, hablar de poesía con la autoridad de Victor Hugo, música con la competencia de Saint-Saëns, pintura con el saber de Bonnat; que se debe desprender, en una charla de diez minutos, el sentido filosófico del menor suceso, penetrar en ese «más allá» de la misma cosa que hace el encanto, que constituye la profunda seducción de una obra de arte, y que se amplíe hasta el infinito todo tema que se aborde. No. Es necesario saber abstenerse de tratar ligeramente las grandes cuestiones; pero más valdría, para

que los salones actuales fuesen abordables, ¡que se supiese al menos conversar !

¡Conversar! ¿Qué es eso? Conversar, señora, antaño era el arte de ser hombre o mujer del mundo; el arte de no parecer nunca aburrido, de saber decir todo con interés, de agradar con no importa qué, de seducir con todo de la nada. Hoy se habla, se cuenta, se le da vueltas, se alborota, se cotillea, no se conversa ya, no se conversa nunca. El ardiente músico que yo citaba exclamaba: «Se diría que hablan de vino, mujeres, levantamientos u otras porquerías»- Pues bien, saber conversar, es saber hablar de vino, de mujeres, levantamientos y ... otras pamplinas, sin que sea nada... de lo que dice Berlioz.

¿Como definir el vivo florecimiento de las cosas por las palabras, ese juego de raqueta con palabras flexibles, esa especie de sonrisa ligera de las ideas que debe ser la conversación? Hoy se lleva contar. Cada uno cuenta a su turno cosas personales, aburridas y largas que no interesan a ninguno de los presentes. Fíjense, sobre veinte personas que hablan, diecinueve hablan de ellas mismas, narran unos acontecimientos que les han pasado, y lo hacen lentamente, dejando el espíritu recaer tras cada palabra, el pensamiento de los oyentes bostezar entre cada frase, de tal modo que siempre se tienen ganas de decir: «Pero cállese usted, déjeme al menos soñar tranquilamente».

Y luego siempre la conversación deriva hacia las cosas banales del día o de la víspera; jamás levanta el vuelo para encaramarse sobre una idea, una simple idea, y, de allí, saltar sobre otra, luego sobre otra.

He oído a menudo a Gustave Flaubert decir (y esta observación me ha parecido de una singular y profunda veracidad): « Cuando se oye conversar a los hombres, se reconocen los espíritus superiores: son los que van sin cesar del hecho a la idea general, ampliando siempre, deduciendo una

especie de ley, no tomando nunca un suceso más que como un trampolín».

Eso es lo que hacen los filósofos, los historiadores, los moralistas. Es lo que hacían, salvando las distancias, los encantadores conversadores del siglo pasado. Desarrollaban ideas más que diversos hechos. Hoy todo son hechos diversos. Cuando se detienen, por casualidad, en un salón, el flujo de todas esas frases preparadas, de ideas recibidas y de opiniones adoptadas, es para narrar, sin comentarios espirituales de ningún tipo, alguna aventura de alcoba o de entre bastidores.

No quedan ahora más que los genios del monólogo. Estos son astutos. Comprendiendo que nadie puede replicarles, que habiendo desaparecido el arte de conversar, se han convertido en una especie de conferenciantes para cenas y veladas. Se les conoce, se les cita, se les invita. La Academia incluso cuenta con varios en su seno. Aquél opera sobre todo cara a cara, aquél prefiere la galería. Tienen sus temas preparados, sus cajones llenos de charlatanería, sus argumentos, sus trucos.

El más célebre de todos, amable hombre por otra parte, ha hecho tal especialidad de la charla sentimental a dos, hablando él solo, que sus rivales palidecen de celos. ¡Nunca, oh! ¡jamás, se dirige a los hombres! Todo para las mujeres. Para ellas, la seducción grave de su espíritu, su saber serio y dulce, toda su elocuencia. ¡Pero también como sabe agradarlas, como las seduce, como posee su alma! ¡He aquí uno que debe despreciar a Schopenhauer! ¡Y como Schopenhauer se le hubiese rendido!

¿Guapo? No, no es guapo, está bien. Todo en él está bien: su figura, su porte, su palabra, su ciencia, su posición, todo. Está casi demasiado bien; para los hombres sería mejor estando menos bien.

Para las mujeres, es el ideal. Sabe maniobrar sin dar envidia. Elige su media naranja del día, y - ¿como hace? lo ignora - enseguida están solos, en un rincón, totalmente solos, charlando. Habla bajo, muy bajo; nadie a su alrededor lo oye; permanece serio, siempre bien, apenas sonriendo; mientras que ella lo mira, bien fijamente, bien por sacudidas, manteniendo en sus labios una sonrisa radiante, la sonrisa de los dichosos. ¡Es el Donato de la palabra!

Se dice sin embargo que no es lo que se llama un conquistador; sabe hablar a las mujeres, eso es todo.

¿Por qué lo he citado? Porque cada uno, cuando se le nombra, exclama: «¡Qué conversador!» - Pues bien, no, no es un conversador; no hay más conversadores, aparte de cuatro o cinco tal vez; y aquellos del mismo modo, no encontrando nunca a nadie que les desafíe cara a cara a esta encantadora pero difícil esgrima, se convierten poco a poco en maestros del monólogo.

XVI

LAS AFRICANAS

(*L'Écho de Paris*: 15 de junio de 1889)

En esta cosmopolita ciudad en la que se ha convertido la explanada de los Inválidos desde la apertura de la Exposición, caía uno de esos golpes de sol pesado, caluroso y húmedo, que se dan entre dos chaparrones los días de tormenta; todas las construcciones heterogéneas, levantadas la una contra la otra, habitadas por razas nacidas bajo todos los cielos, daban a ese laberinto internacional el aspecto de un pequeño campo milagroso, donde un dios fantástico habría sembrado unas muestras de todos los pueblos y de todas las construcciones conocidas.

Yo recorría una especie de callejuela tortuosa donde se veían, siguiéndola, unas viviendas realizadas con maderos y habitados por pequeños hombres amarillentos y gesticulantes, otras hechas con cuerdas trenzadas, con pieles, con barro, con telas, unas cabañas llenas de negros, unas tiendas repletas de árabes. De repente una música extraña, acre y saltarina, surgida de una pequeña construcción morisca, estremeció bruscamente mi corazón bajo una ola de recuerdos que hizo pasar por mi mente claras visiones africanas.

Entré y advertí sobre una tarima, unas mujeres de aquellas tierras bailando la danza del desierto al son de una salvaje orquesta de músicos judíos y moros, en medio de los cuales un gran moabita bronceo soplabá, con unas carrillos hinchados de tritón monstruoso, la terrible rhaïta, flauta formidable, hecha de un cuerno negro que el hombre, medio loco de exaltación, balanceando la cabeza, abriendo unos enormes ojos, sin detenerse, sin descanso, sin parecer respi-

rar, sin deshinchar ni un segundo su gran boca mofletuda, llenaba interminablemente con su aliento ensordecedor.

Las mujeres se balanceaban, girando, desliziéndose golpeando los talones en las tablas de la tarima. Eran Aklita (bozo de pescado), Yamina (flor de jazmín), dos moriscas, una árabe, Houria, dos negras de Sudán, una cantante judía, Sultana, una niña de seis años, ya bailarina, y dos procedentes de los montes Ouled Nail, una de Biskra y otra de Boghar.

Todo esto produjo en mí una alegría profunda, uno de esos recuerdos que reviven una serie de imágenes, de personas, de cosas, de paisajes amados, evocados en ese pequeño rincón de feria de la gran fiesta parisina; y sobre todo reviví, con una claridad sorprendente, las dos más extrañas apariciones de bailes y de mujeres africanas, que hayan maravillado mi vista, una en Djelfa y la otra en Túnez. Debo añadir que las bailarinas venidas a Paris están casadas en su mayoría, mientras que aquellas, allá encontradas, estaban... libres.

Hacia ocho horas que marchaba a caballo a través de las llanuras, de los largos espacios pedregosos y las dunas, en compañía de dos oficiales con los que se me había autorizado a acompañar en una excursión topográfica. Al caer la tarde, ante la tienda, y luego durante los largos trayectos al paso, bajo el martirizante sol de los primeros días de agosto en el desierto, charlábamos de ese país al que comenzaba a amar no solamente con la vista, sino también con el corazón. ¡Oh! ¡qué sol!, no tan pesado como el de la regiones húmedas y tropicales que parece de una materia quemante, densa y fecunda, sino terrible, devastador y ligero, una especie de onda seca e intangible de fuego que se extiende sobre el mundo, que ha quemado todo, comido todo, no dejando ni

una hierba, ni un insecto, casi ningún animal, calcinando las piedras, desecando las fuentes, bebiendo incluso el sudor de los hombres cuya piel parece curtida por esa atmósfera de incendio.

Durante ocho días no había visto, ni sentido, ni respirado más que a Él, a ese devorador Rey del verano africano. Estábamos negros ya como árabes, delgados y fuertes, refrescados además por el aire frío de las noches que pasábamos ante las tiendas, con la cabeza envuelta en unos albornoces de los que en ocasiones yo apartaba los pliegues para mirar el cielo violeta del sur, donde los astros titilantes parecían adquirir vida propia.

Habíamos encontrado a unas tribus nómadas buscando restos de hierbas quemadas para sus rebaños hambrientos. Los campamentos, que se distinguían a lo lejos como una lepra oscura, eran las únicas manifestaciones de vida que podíamos percibir sobre la superficie del suelo, mientras que unos buitres sobrevolaban lentamente el cielo amarillo, como si estuviesen nadando, espiando el paso de los hombres que dejan carroñas tras de ellos. Ahora bien, una tarde, de pronto, nos encontramos un camino, luego unos coches, dos coches semejantes a los que se alquilan en las subprefecturas. Nos esperaban, conducidos por unos soldados que lanzaron a gran trote a los caballos para llevarnos a la ciudad.

Pues Djelfa es una ciudad, una pequeña ciudad europea, no una ciudad árabe, una pequeña ciudad que incluso tiene un pequeño río donde se pescan pequeños peces, donde se ven tiendas a lo largo de las calles, y unos tenderos moabitas o judíos, esperando al cliente al igual que en nuestra patria.

Pero de pronto, en medio de un paso estrecho encerrado entre dos líneas de casas, apareció una mujer, una Ouled Naïl, una cortesana del Sur, grande, delgada, el cuerpo arqueado, cubierto completamente bajo unas telas rojas y azules, la cabeza cubierta de una montaña inimaginable de ca-

bellos negros formando una especie de torre cuadrada, sostenida por una extraña diadema y por una ristra de medallas que serpenteaban dentro, la garganta desaparecida bajo unos collares hechos con unas piezas de veinte francos, el vientre aprisionado bajo una extraña placa de plata ingenuamente cincelada donde colgaba, al extremo de una cadena, una cerradura simbólica, los brazos cubiertos de brazaletes, los tobillos cargados de anillas.

En esta pequeña ciudad de colonos, levantada en pleno desierto, la súbita aparición de este ser deslumbrante y magnífico, cubierto de collares, con el rostro tatuado de estrellas azules, con los andares altivos como los de una reina bárbara, me sobrecogió de asombro y de admiración. Más lejos vi otra, de pie sobre el umbral de su domicilio, encuadrada por su puerta, como en un nicho de ídolo. La masa de sus caballos edificadas en monumento tocaba incluso el marco superior de la entrada; y nos miraba con ojos fijos, desdeñosos, vagamente sonriente. Ni la una ni la otra eran bellas, pero sí inexplicablemente extrañas y sobrecogedoras, bestiales y místicas, engalanadas para unos vicios primitivos de nómadas, exigentes y sencillos.

Aparecieron otras todavía. En ese pueblo franco-árabe eran más de cincuenta, pues Bou-Amama, en ese tiempo, aterrorizaba a los pequeños oasis del Oeste y había obligado a las cortesanas cubiertas de plata y oro a refugiarse en Djel-fa, centro de la tribu de los Ouled Naïl, a la que pertenecían muchas de esas mujeres.

Es una tradición en esa tribu, tradición aceptada, casi respetada por todo el mundo árabe, que las muchachas vayan a obtener en los ksours y pueblos, ofreciéndose a los hombres, la dote que necesitarán para casarse con ellas.

Tras la cena, en la mesa de los oficiales, de los que jamás olvidaré su excepcional acogida, uno de ellos me propuso ir al *Café Moro*.

Desde lejos, tres o cuatro calles antes de llegar a donde estaba emplazado este establecimiento, se oía el agudo clamor, amortiguado por las paredes de tierra, de la flauta de cuerno negro que parecía un grito feroz, ininterrumpido, misterioso. Desde luego, cuando Aissa venga, en el último día, a despertar a los muertos, hará salir de tierra los cadáveres árabes enterrados bajo las piedras del desierto, al son de la rhaika.

Nos aproximamos; unos fantasmas blancos estaban de pie ante la puerta, inmóviles bajo la ola de claridad amarilla que salía de ese lugar, e iba a golpear, al otro lado de la calle, a ese muro de calor donde unas siluetas negras estaban pegadas. Otros hombres puestos en cuclillas a lo largo de esa edificación, para no pagar la entrada, escuchaban. Hay que desechar esos cuerpos que no se perturban nunca, empujarlos y pasarles por encima y enseguida percibí, en una habitación baja, clara, desnuda y amplia, llena de humo de aceite de quinqué y de tabaco, un montón de árabes, de pie, acostados, revolcados, tal vez doscientos, no dejando en medio de ellos más que un estrecho y largo pasillo sobre el suelo desnudo donde se deslizan, una ante otra, dos mujeres que bailan, el cuerpo recto y la cabeza inmóvil. Solo el vientre se agita, se contonea, atravesado de estremecimientos, y las piernas también se mueven, sin que se adivine bajo el vestido deslumbrante y largo, el movimiento que hacen, como llevan ese torso rígido y esa cabeza seria con ese misterioso rictus, encantador, incomprensible, aderezado a veces con un golpe de talón seco que hace todavía más extraña esta danza augusta y primitiva. Los tamborines y la rhaika aceleraban su formidable estrépito, se crispaban, se retorcían, destrozaban los nervios; y uno comprendía el efecto que esta cacofonía debe producir sobre esos primitivos.

Ante los primeros árabes sentados en tierra, una línea de otras bailarinas estaba en cuclillas. Esperaban su turno para

exhibirse. Dos de ellas se levantaron al cabo de un momento, el cuerpo sonando bajo los collares de oro y plata con los que las cubrió el amor de los hombres y un pañuelo de seda azul o rojo tomado por los extremos entre sus manos y oscilando ante sus impassible rostros, encendieron, danzando también, los deseos en los corazones, a fin de recaudar una dote para el esposo.

Lo que vi en Túnez me sorprendió más todavía, aunque estuviese preparado por varios meses anteriores, en dos regresos diferentes en el interior de los países árabes, a todo lo que ellos nos pueden revelar de singular. En Túnez, no podemos penetrar ni en las costumbres, ni en las casas de los indígenas. Viven a nuestro lado, sumisos, según parece, a las leyes europeas, o más bien a la policía que gobierna la vía pública, pero libres, en sus domicilios, haciendo de todo, puesto que allí nosotros no entramos. Un prelado, que sus inmensas propiedades y grandes sumas ganadas por sus participaciones felices en los asuntos de la joven colonia, se hace llamar, Señor Mercanti, predica una cruzada contra los negros esclavos cazados como presas de caza mayor en tierras lejanas; ¿Por qué no se ocupa más de la esclavitud en Túnez, donde se compra al obrero por medio de un subterfugio muy sencillo, donde todo musulmán puede comprar a una mujer, dos mujeres, tantas mujeres como quiera, para encerrarlas en una mazmorra conyugal donde desaparecen, donde él hace lo que le place, donde la única ley que cuida verdaderamente de ellas es el gran principio de economía doméstica al que obedecen secretamente todos los propietarios de carne humana o de otra cosa?

Así pues, una tarde, un funcionario francés, muy gracioso y armado de un poder temible para los árabes, me ofreció

ver juntos todo lo que no se puede ver en Túnez durante la noche.

Debimos ser acompañados por un agente de la policía del Bey sin que, ninguna puerta, incluso la de los más viles tugurios indígenas, no se nos abriera ante nuestra presencia.

La ciudad árabe de Argel está llena de agitación nocturna. Desde que la cae la tarde, Túnez está muerto. Las pequeñas calles estrechas, tortuosas, desiguales, parecen del color de una ciudad abandonada, de la que se ha olvidado encender el gas, en ciertos lugares.

Henos aquí venidos desde muy lejos, en ese laberinto de muros blancos; y se nos hizo entrar en casa de las judías que bailaban la «danza del vientre». Esa danza es fea, falta de gracia, únicamente curiosa para los aficionados por la maestría de quién la ejecuta. Tres hermanas, tres muchachas muy parecidas hacían sus contorsiones impuras, bajo la mirada complacida de su madre, una enorme bola de grasa viva, tocada de un cucurucho de papel dorado, y mendigando para los gastos generales de la casa, después de cada crisis de trepidación de los vientres de sus hijas. En torno al salón, tres puertas entreabiertas mostraban las ropas bajas de tres habitaciones. Abrí una cuarta puerta y vi, en una cama, a una mujer acostada que me pareció bella. Se precipitaron sobre mí, madre, bailarinas, dos criados negros y un hombre que había pasado desapercibido que miraba, detrás de una cortina, agitarse para nosotros las caderas de sus hermanas. Yo iba a entrar en la habitación de su esposa legítima que estaba en cinta, de la nuera, de la cuñada de las bailarinas que intentaban, pero en vano, mezclarnos con la familia. Para hacerme perdonar esta ofensa de entrar, se me llevó a ver a una niñita de tres o cuatro años, que ya esbozaba la «danza del vientre».

Me marché de allí muy disgustado.

Con unas infinitas precauciones, se me hizo entrar a continuación en el domicilio de unas grandes cortesanas árabes. Fue necesario vigilar los extremos de las calles, parlamentar, amenizar, pues si los indígenas sabían que el *roumi*³² estaba entre ellas, serían abandonadas, deshonoradas, arruinadas: Vi allí gruesas muchachas morenas, de una belleza mediocre, en unos tugurios llenos de armarios de espejos

Pensamos en regresar al hotel cuando el agente de policía indígena nos propuso conducirnos a un antro, a un lugar de amor donde él les obligaría a abrir la puerta debido a su autoridad.

Henos aquí siguiéndole tantear por callejuelas negras inolvidables, alumbrándonos con unas linternas para no caer, tropezando cada dos por tres en unos agujeros, chocando contra las casas apoyándonos con la mano y el hombro oyendo a veces voces, ruidos de música, unos rumores de fiesta salvaje salir de las paredes, ahogadas, como lejanas, asustando tanto por el jolgorio como por el misterio. Estamos en pleno barrio del desenfreno.

Se detuvo ante una puerta; nosotros disimulamos a derecha y a izquierda mientras que el agente golpeó con los puños gritando una frase en árabe, una orden.

Una voz débil, una voz de anciana, respondió detrás de las maderas; y percibimos entonces sonidos de instrumentos y cantos chillones de mujeres árabes en las profundidades de esa guarida.

No quería abrir. El agente se enfadó, y de su garganta salieron palabras precipitadas, roncadas y violentas. Al final, la puerta se entreabrió, el hombre la empujó y entró como en una ciudad conquistada, y con un bonito gesto de vencedor, pareció decirnos: «Síguenme».

³² Término con el que los árabes denominan a los cristianos (N. del T.)

Le seguimos descendiendo tres escalones que nos llevaron a una pieza baja, donde dormían, a lo largo de las paredes, sobre unas alfombras, cuatro niños árabes, los pequeños de la casa. Una anciana, una de esas viejas indígenas que son unos paquetes de andrajos amarillentos anudados alrededor de cualquier cosa que se mueve, y de donde sale una cabeza inverosímil y tatuada de hechicera, trataba todavía de impedirnos avanzar. Pero la puerta se había vuelto a cerrar, entramos en una primera sala donde algunos hombres estaban de pie, quiénes no habían podido penetrar en la segunda, cuya abertura obstruían escuchando con un aire recogido, la extraña y agria música que allí dentro se hacía. El agente penetró el primero, hizo apartarse a los asiduos y alcanzamos una habitación estrecha, alargada, donde unos montones de árabes estaban en cuclillas sobre unas tablas, a lo largo de dos paredes blancas, hasta el fondo. Allí, sobre una gran cama francesa que tenía toda la longitud de la habitación, una pirámide de otros árabes se escalonaba, increíblemente apilados y mezclados, un montón de albornos de donde emergían cinco cabezas con turbante.

Ante ellos, al pie de la cama, sobre una banqueta dándonos la cara, detrás de un velador de caoba lleno de vasos, de botellas de cerveza, de tazas de café y de pequeñas cucharillas de estaño, cuatro mujeres sentadas cantaban una interminable y lánguida melodía del Sur, que algunos músicos judíos acompañaban con unos instrumentos.

Eran muy parecidas, como por un hechizo, a las princesas de las Mil y una Noches, y una de ellas, de quince años de edad aproximadamente, era de una belleza tan sorprendente, tan perfecta, tan rara, que iluminaba ese extravagante lugar, teniendo algo de imprevisible, de simbólico e involuible.

Tenía los cabellos recogidos por una diadema de oro que atravesaba la frente de una sien a la otra. Bajo esta barra re-

cta y metálica se abrían dos ojos enormes, de mirada fija, insensible, dos amplios ojos, negros, alineados, que separaban una nariz de ídolo cayendo sobre una pequeña boca de niña, que se abría para cantar y parecía solo vivir en ese rostro. Era una figura sin matices, de una regularidad imprevista, primitiva, y extraordinaria, hecha de líneas tan sencillas que parecían las formas naturales y únicas de ese rostro humano.

En toda figura que uno se encuentra, se podría sustituir un rasgo, un detalle por otro tomado de otra persona. En esta cara de joven árabe, no se podría cambiar nada, toda vez que ese dibujo era tan típico y perfecto. Esa frente única, esa nariz, esas mejillas de un modelo imperceptible que viene a morir en la fina punta del mentón, encuadrando, en un óvalo irreprochable de carne un poco morena, los únicos ojos, la única nariz y la única boca que puedan estar ahí; eran el ideal de una concepción de belleza absoluta de la que nuestra mirada está ansiosa, pero de la que nuestros sueños solo puede sentirse enteramente satisfechos. Al lado de ella, había otra muchachita encantadora también, excepcional, una de esas caras blancas, dulces, en las que la carne tiene aspecto de una pasta hecha con leche; escoltando a esas dos estrellas, estaban sentadas otras dos mujeres, de tipo bestial, la cabeza corta, pómulos salientes, dos prostitutas nómadas, de esos seres perdidos que las tribus siembran por el camino, usan y pierden, luego dejan un día para que alguna tropa de militares franceses las encuentre y las lleve a la ciudad.

Cantan percusionando sobre la *dorbouka* con sus manos enrojecidas por los golpes, y los músicos judíos las acompañan con pequeñas guitarras, tamborines y flautas agudas.

Todo el mundo escucha, sin hablar, sin reír nunca, con una seriedad augusta.

¿Dónde estamos? ¿En el templo de alguna religión bárbara? ¿O en una casa de putas?

¿En una casa de putas? Sí, estamos en una casa de putas, y nada del mundo me ha producido una sensación tan inesperada, tan fresca, tan coloreada como la entrada en esta larga pieza baja, donde esas muchachas emparejadas, se diría, para un culto sagrado, esperan el capricho de uno de esos hombres serios que parecen murmurar el Corán hasta en medio de las perversiones.

Se me muestra a uno, sentado ante su minúscula taza de café, los ojos elevados llenos de recogimiento. Es él quién ha retenido al ídolo; y casi todos los demás son invitados. El les ofrece unos refrescos y la música, y la vista de esas bellas muchachas hasta la hora donde les pedirá a cada uno que regrese a su casa. Y se irán saludándole con gestos majestuosos. Es hermoso, ese hombre tiene gusto, joven, grande, con una piel transparente de árabe de ciudad que tiene más clara la barba negra, reluciente, sedosa, y un poco rara sobre las mejillas.

La música cesa. Aplaudimos. Se nos imita. Estamos sentados sobre unas escalerillas, en medio de una pila de hombres. De pronto una larga mano negra me golpea sobre la espalda y una voz, una de esas voces extrañas de los indígenas tratando de hablar francés, me dice:

– Yo, no de aquí. Francés como tu.

Me vuelvo y veo a un gigante en albornoz, uno de los árabes más altos, más delgados, más huesudos que haya nunca encontrado.

– ¿De dónde eres entonces? le dije estupefacto.

– ¡De Argelia!

– ¡Ah! yo habría jurado que eras kabilio

– Sí, señor.

Reía, encantado de que yo hubiese adivinado su origen, y mostrándome a su compañero dijo:

– ¡Él también!

– ¡ Ah ! Bien...

Era un entreacto.

Las mujeres, a quiénes nadie hablaba, no se movían más que estatuas, y me puse a charlar con mis dos vecinos de Argelia, gracias al concurso del agente de policía indígena.

Supe que eran pastores, propietarios en los alrededores de Bougie, y que llevaban en los repliegues de su albornoz unas flautas de su país con las que tocaban por las noches, para distraerse. Tenían ganas sin duda de que se reconociese su talento y me mostraron dos delgadas cañas llenas de agujeros, dos verdaderas flautas cortadas por ellos a orillas de un río.

Rogué que se les dejase tocar, y todo el mundo también se portó con una cortesía perfecta.

¡Ah! la sorprendente y deliciosa sensación que se manifestó en mi corazón con las primeras notas tan ligeras, tan extrañas, tan desconocidas, tan imprevistas, de las dos pequeñas voces de esos dos tubos encontrados en el agua. Eran finas, dulces, entrecortadas, saltarinas; sonidos que volaban, que revoloteaban uno después del otro sin juntarse, sin encontrarse sin unirse nunca; un canto que se desvanecía siempre, que recomenzaba siempre, que pasaba, que flotaba a nuestro alrededor, como un soplado del alma de las hojas, del alma de los bosques, del alma de los arroyos, del alma del viento, entrado con esos dos grandes pastores de las montañas kabilias, en esa casa de putas de un arrabal de Túnez.

XVII

LEYENDO³³

(*Le Gaulois*: 9 de mayo de 1882)

No conocemos mucho más que dos novelas del siglo XVIII: *Gil Blas* y *Manon Lescaut*. Ambas han sido bautizadas como obras maestras, aunque la segunda sea a mi parecer incomparablemente superior a la primera, en el sentido de que nos informa acerca de las costumbres, la forma de vestir, la moral (?) y la manera de amar de esa época encantadora y libertina. Es la novela naturalista de ese tiempo³⁴. *Gil Blas*, por el contrario, no es en absoluto documental a pesar de su gran valor. Se sienten en ella por todas partes las convenciones del escritor, la aventura además transcurre más allá de los montes, y no se ve pulular mucha humanidad de antaño. Los admirables cuentos de Voltaire nos han enseñado mucho más. Las picardías poco literarias de Crébillon hijo y otros no nos turban incluso el espíritu, y es sobre todo por la tradición, por las memorias y la historia, por lo que nos podemos imaginar esta sociedad exquisita y corrompida, refinada, pervertida, artista hasta las uñas, graciosa y espiritual ante todo, para quién el placer era la ley exclusiva y el amor su única religión.

Ahora bien, he aquí una novelita de entonces, poco conocida, aunque reimpressa a menudo, que nos aporta, gracias a la reedición que acaba de hacer el editor Kistemaeckers,

³³ El título de la crónica es significativo e inflige un primer desmentido a aquellos que preconizan que Maupassant no leyó nada.

³⁴ El abad Prévost responde perfectamente a la idea que el escritor se hace del arte de la novela [Cf: crónica nº 23: *La evolución de la novela en el siglo XIX*].

unas inestimables y preciosas informaciones. Se titula *The-midore*, y lleva como subtítulo: «Mi historia y la de mi amante.»

¡Oh! es picante en exceso, inmoral a ultranza, espolvoreada de detalles escabrosos, pero ¡tan bellos, tan bellos! Un auténtico espejo en definitiva del desenfreno espiritual, elegante, bien nacido y bien llevado de este fin de siglo amoroso. Nuestros sacerdotes doctrinarios, esos empecinados en prohibir el baile, atiborrados de ideas graves y de preceptos pudibundos, rugirían hasta los cabellos si entreabriesen solamente ese pequeño volumen delicioso que constituye una pura... no, una impura obra maestra.

Sí, ¡una obra maestra! Y son raras las obras maestras. Todo seduce en esta maravilla de gracia descocada; y el buen talante allí discurre con una abundancia prodigiosa. Es de ese buen talante francés, que suena claro, de ese talante natural, saltarín, giratorio, impertinente, ligero, escéptico y valiente, y brota, ese talante, en un estilo exquisito y sencillo, de porte coqueto, leve y finamente malévolo. He aquí muy buena prosa de nuestro viejo país, prosa transparente que se bebe como nuestros vinos, que se escancia como ellos, y se sube a las cabezas, dejándonos alegres. Es una felicidad leer esto, una felicidad sabrosa, una voluptuosidad casi sensual de la inteligencia.

El autor, que ocultaba su nombre, era un granjero común, Godard d'Aucourt. Verdaderamente, me hubiese gustado cenar en su compañía.

¿Y el tema? se preguntarán. Casi nada: la historia de un joven elegante cuyo padre hace encerrar a la amante, Rosette, y que él llega a liberar. ¡Y tuvo razón, el feliz tunante!

Ese libro da extrañamente la sensación de ese tiempo ya lejano, y de las gentes de entonces y de sus costumbres; es toda una resurrección.³⁵

El Sr. Kistemaeckers no tiene a menudo la mano tan afortunada en sus reimpresiones.

De Bruselas aún, nos llega un muy singular relato del escritor naturalista J.-K. Huysmans. Tiene por título: *Aguas abajo*.

Ese pequeño cuento, que me seduce profundamente en su sinceridad banal y sentida, tiene el don de poner de punta los cabellos sobre la cabeza de los aficionados al sentimiento. Y he visto personas, aparte de aquellos, a su recuerdo, abatidos como accionistas de la Unión General, o bien frenéticamente furibundos. He visto gemir y he visto aullar. El dato tan modesto basta para exasperar. Es la historia de un empleado en la búsqueda de un bistec. Nada más. Un pobre diablo de hombre, preso en un ministerio, no teniendo más que treinta céntimos para dedicar a cada comida, errando de tasca en tasca, asqueado por la sosería de las salsas, la insipidez de las carnes inferiores, los dudosos senderos de la raya con mantequilla negra, y el sabor ácido de los líquidos adulterados.

Va de la mesa del anfitrión al vendedor de vino, de la orilla izquierda a la orilla derecha, volviendo desalentado a las mismas casas donde siempre encuentra los mismos platos, teniendo siempre los mismos gustos. Es, en algunas páginas, la lamentable historia de los humildes que abrazan la miseria correcta, la miseria en levita. Y este hombre es inteligente, un resignado, que no se revela más que ante la tontería clamorosa. Este Ulises de las tabernas, cuya odisea se limita a unos viajes entre unos platos donde bullen las mantequillas rancias alrededor de virutas de carne inapreciables,

es lamentable, desgarrador, desesperante, porque se nos muestra con una terrible veracidad.

Las personas con las que he hablado exclaman: «No nos mostréis las verdades odiosas; ¡no nos mostréis más que las verdades consoladoras! ¡No nos desaniméis; divertidnos!»³⁶.

Es cierto que los espíritus hechos a divertirse con la lectura de una novela del Sr. Cherbuliez³⁷ se aburrirían mortalmente con el relato de los lamentos del Sr. Folantin. Comprendo perfectamente la opinión de esas personas; pero no comprendo que nieguen a los demás el derecho de preferir infinitamente la obra de un novelista naturalista a las combinaciones de aventuras enternecedoras que imaginaría el otro escritor.

¿Admite usted, al lado de los libros que divierten, los libros que emocionan? Sí, ¿no es así? Bien, no puedo a mi vez admitir que se pueda estar emocionado por la sarta de invenciones de las novelas llamadas consoladoras. ¿Qué hay de más emocionante y más desgarrador que la verdad? ¿Y qué más de auténtico que la sencilla historia de un empleado pobre en la búsqueda de una cena pasable?

Para estar emocionado, es necesario que encuentre, en un libro, humanidad sangrante; es necesario que los personajes sean mis vecinos, mis iguales, pasando por las alegrías y

³⁶ Una vez más la disputa Maupassant-Fouquier. Este último responde el 11 de marzo: «Muy claramente, como se dice, el Sr. de Maupassant muestra un desdén trascendental por las novelas que «divierten». Qué se lo diga a Dumas. Los relatos maravillosos que han divertido a tres generaciones no son a sus ojos más que tonterías y no ha podido acabar la lectura de esos libros...» [Reproducido en *Paradojas femeninas op. cit.* p. 210 y sig.]

Ya el 14 de octubre de 1881, en Le Gaulois [Cf: Alrededor de un libro], Maupassant tomaba partido contra la literatura «inverosímil», «simpática» y «consoladora», una literatura «pastel a la crema».

³⁷ Cf también Victor CHERBULIEZ en *Gil Blas* del 1 de mayo de 1883.

los padecimientos que yo conozco, que tengan todos algo de mí, me hagan establecer, a medida que leo, una especie de comparación constante, haciendo estremecer mi corazón con recuerdos íntimos, y despierten en cada línea ecos de mi vida cotidiana. Es todo esto por lo que *La Educación Sentimental* me conmueve, y la razón de que el roquefort estropeado del Sr. Folantin hace discurrir en mi boca unos sinistros estremecimientos de vagos recuerdos.³⁸

Otros pueden apasionarse con *las aventuras del Conde de Montecristo* o con *Los tres Mosqueteros*, de los que yo nunca he podido acabar la lectura, ya que un invencible aburrimiento me asalta con esta acumulación de increíbles fantasías.

³⁸ La recíproca simpatía entre Maupassant y Huysmans jamás ha sido desmentida. Su común admiración por Flaubert y la misma inclinación al pesimismo los unió. Al igual que un secreto desdén por la obra de Zola y por los «documentos» naturalistas.

Los análisis del cronista expresan esta simpatía: no faltan, ni de finura ni de sinceridad.

Nestor-Henri Fouquier no participa de la admiración de Maupassant [Cf: La antología de crónicas publicada bajo el título *Paradojas femeninas*, París 1886, p. 210 y sig.] «... Nuestros jóvenes escritores, que son en general bastante buenos estilistas, pero piadosos observadores, se toman demasiadas molestias con este severo estudio de la verdad... Por miopía suprimen el ser moral.»

Y el escritor respondiendo sobre el tono de la ironía [Cf: *Cuestión literaria* en *Le Gaulois* del 18 de marzo de 1882] «...Cuando pretendo que el Sr. Folantin, ese triste empleado en la búsqueda de una cena pasable, es de una ingenua verdad, el redactor del *Gil Blas* me responde: «¡No! es de pura fantasía; me deja frío». Y Nestor da inmediatamente la razón probativa siguiente: «Como gracias al cielo tengo una excelente cocinera, esas angustias no me interesan del todo». Ahora bien, mi querido colega, como la mía es mucho menos buena que la suya, continuaré hasta que ella esté formada, lo que no tardará, lo espero...».

– Otra crónica excelente concerniente «*A contracorriente*» de J.K. Huysmans: *Más allá*: crónica citada [nº VIII]

¿Pues cómo poder ser conmovido con algo que no se puede creer? ¿Y cómo creer cuando todas las imposibilidades se dan? Y sin embargo apenas si no se atreverían a confesar su indiferencia por esas obras de cantero, si el inimitable maestro Balzac no hubiese escrito precisamente, respecto de los libros de Dumas padre, esta frase: «Se está verdaderamente enfadado de haber leído esto; nada queda más que el disgusto de si mismo por haber perdido el tiempo de ese modo ».

Agua Abajo, desde luego, no es recomendable para las jovencitas que quieren dormirse con un libro perfumado; a aquellas que quieren comerse un relato como se come una chocolatina, y permanecer soñadoras con un cuentecillo escrito para ellas. Pero he aquí le *Mal de amar*, de René Maizeroy³⁹, uno delicado, refinado y femenino por excelencia.

Algunos relatos cortos que contiene este volumen son joyas de gracia; otros, como *el Crucificado* se hacen enormes y terribles. Ese *Crucificado* tiene toda una historia, además. Publicado en primer lugar en un periódico, fue perseguido y condenado, y cuando se relee en el volumen, uno queda verdaderamente estupefacto de los repentinos pudores de la justicia. Se estaría tentado a creer en ese odio hacia la literatura del que hablaba tan a menudo Flaubert exasperado. Cuando una sencilla obscenidad aparece en alguna hoja inmunda, la Fiscalía cierra los ojos. Sin duda ríe; pero desde que cree ver una tendencia literaria, cabriolas de adjetivos y de sonoridades de frases, hace estragos.

³⁹ Una crítica sin hiel de periodista a periodista. Los dos hombres se conocían bien y Maupassant utilizará el personaje de cronista-empleador de negros en *Bel Ami*. ¿Maizeroy inspiró a Duroy? En cualquier caso, él practicó como *Bel Ami* la carrera militar y supo gustar a las mujeres que escribían para él.

Citemos, entre las historias más encantadoras de ese volumen, *El Matrimonio del Coronel*, *La Novela de Benoît Chanson*, *Las Damiselas del Mayor*, *La Última Revista*, *La Alborada*.

¿Pero por qué entonces ese sutil narrador que es René Maizeroy, ese manierista tan ligero, ese precioso desarticulador de palabras, ese sensitivo que parece hecho sobre todo para describir los pecados delicados de las queridas adoradas en los gabinetes, cuyo aire parece ensancharse por los sabores del amor, quiere también, con su pluma, que se decía perfumada, escribirnos sencillas y brutales historias de aldeanos? Son unos pastores a lo Watteau lo que nos describe, y que hablan demasiado su argot peculiarmente malicioso. Sus aldeanos huelen a égloga; y toda la gracia de sus frases exquisitamente contorneadas no nos da la crudeza de realidad necesaria, la clara sensación del drama campestre y violento, de esa Margot, quemando la casa del padre y todo el pueblo natal, a fin de poder reunirse con su amante.

XVIII

EL AMOR EN LOS LIBROS Y EN LA VIDA

(Gil Blas: 6 de julio de 1886)

Es en los libros, donde por lo común, adquirimos el conocimiento del amor; es en ellos dónde comenzamos a desear las emociones. Nos lo revelan poético y exaltado, o soñador y romántico como un claro de luna, y solemos conservar hasta la muerte la impresión que nos han producido en los comienzos de nuestra adolescencia. Enseguida adoptamos, en todos nuestros encuentros, en nuestras relaciones y nuestras manifestaciones de cariño, la manera de ver y de ser que hemos aprendido en nuestras primeras lecturas, sin que la experiencia de los hechos nos proporcione la noción exacta de las cosas, la apreciación precisa de las relaciones amorosas, y la desilusión que desemboca tras ellas en la realidad.

Una jovencita decía un día: «En amor, somos todos como unos inquilinos que pasan su vida cambiando de residencia sin percatarse de que llevan sus muebles y su manía de trasladarse de domicilio en domicilio.» Entonces, las obras de los poetas y de los novelistas a través de los cuales hemos amado la visión de la existencia, dejan de ordinario sobre nuestro espíritu y sobre nuestro corazón una marca imborrable. Resulta que las tendencias literarias de una época determinan casi siempre las tendencias amorosas. ¿Puede cuestionarse que Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo, no hubiese modificado extremadamente la manera de amor de su tiempo, y no hubiese tenido sobre las costumbres amorosas una influencia absoluta? ¿No fue él quién puso fin a la era de la galantería abierta por el Regente, tras el periodo de amores severos debido a los escritores del gran siglo?

¿Se negará que Lamartine, vertiendo sobre Francia su poesía sentimental y exaltada, no haya cambiado las almas hacia un amor nuevo, extático y declamatorio? Otros escritores de la misma época, Dumas con *Antony*, con sus novelas leídas como evangelios, Alfred de Vigny con *Chatterton*, Eugène Sue con *Mathilde*, Frédéric Soulié y tantos otros apóstoles de los ardores trágicos y caóticos o de los arrebatos lúgubres, de los que se muere, arrojaron los espíritus a una especie de locura pasional, de la que Musset, con sus poemas idealmente sensuales y Hugo con sus tormentas poéticas, donde el amor heroico pasaba como una borrasca, hicieron una renovación del temperamento nacional, totalmente distinto del viejo talante francés, alegre, inconstante y atrevidamente emotivo.

Es cierto que se ha amado en Francia, en la burguesía y en el mundo, según la fórmula de Rousseau, según la fórmula de Lamartine, según las fórmulas de Dumas, de Musset, etc. Es igualmente cierto que la generación, hoy madura y que fue joven hace quince o veinte años, ha amado y ama todavía, en base a la fórmula aportada por el Sr. Alexandre Dumas hijo, o por la del Sr. Octave Feuillet. Nadie, creo, coetáneo de estos dos escritores, ni después de esos dos escritores ha tenido una influencia real sobre las costumbres amorosas en Francia.

La generación literaria de hoy, en general, nos aleja del sueño apasionado por no considerar el cariño humano como un estado patológico, un trastorno normal del instinto, extendiendo su influencia sobre la naturaleza moral. También, acostumbrados a reconocer la precisa verdad en los libros que nos muestran la imagen casi exacta de la vida, quedamos infaliblemente un poco sorprendidos, cuando comprobamos en una novela nueva un poco de esta irrealidad amable tan rebuscada en nuestra infancia.

El último libro del Sr. Pierre Loti: *Pescadores de Islandia*, nos proporciona esta nota tierna, hermosa, cautivadora pero inexacta, a la que debe, por el contraste adquirido con las observaciones crueles y sin encanto a las que estamos acostumbrados, una parte de su gran éxito.

No actúo en absoluto de crítico ni pretendo dar una opinión literaria. En arte todo es admisible, estando todas las tendencias igualmente justificadas, solo el talento tiene importancia. Y el talento del Sr. Loti es muy grande, su encanto muy sutil y poderoso al mismo tiempo, su visión muy personal y muy original, su derecho de ver según su temperamento de artista permanece incuestionable; pero lo que se puede absolutamente cuestionar en él, es la exactitud de su psicología amorosa; y por eso pertenece a la escuela poética de los encantadores sentimentales.

A través de las brumas de un océano desconocido para nuestros ojos, nos muestra en primer lugar una isla de amor adorable, y vuelve a hacer con Loti y Rarahu ese poema de Paul y Virginie. Nosotros no nos hemos preguntado si la fábula era verosímil, en tanto él nos la decía tan encantadora. Él regresaba de ese país; y nosotros hemos pensado ingenuamente que se amaba así. De igual modo nos imaginamos de buen grado que se amaba antaño en nuestra patria con más vehemencia que hoy.

Luego nos cuenta, con no menos hábil deducción, los cariños de un spahi y de una jovencita negra. El soldado nos ha parecido poco concebido según el método de poetización continua; pero la mujer, la pequeña negra es tan bonita, tan exótica, tan tentadora, tan divertida, está tan artísticamente descrita que enseguida nos seduce y deslumbra.

Permaneceremos también sin recelo antes sus extraños paisajes, bellos como los horizontes entrevistos en las narraciones fantásticas, o soñados mientras dormimos.

Luego nos describe la Bretaña de «Mi Hermano Yves».

Entonces, para todo hombre que mira con ojos claros y perspicaces, surgen las dudas. Bretaña está demasiado cerca de nosotros para que no la conozcamos, para que no hayamos visto a ese paisano bretón, valiente y bueno, pero en el que el bestialismo primigenio persiste hasta tal punto que parece a menudo una especie de ser intermedio entre el animal y el hombre. Cuando se han visto esas cloacas que se denominan pueblos, esas chozas construidas en el estiércol, donde los cerdos cohabitan con los hombres, esos habitantes que van con las piernas desnudas para caminar libremente por el fango, y esas piernas de enormes muchachas llenas de porquería hasta las rodillas, cuando se ha visto a sus caballos y sentido, pasando por los caminos, el olor de sus cuerpos, uno se queda confuso ante los hermosos paisajes en la Florian, las cabañas adornadas con rosas, y las simpáticas costumbres pueblerinas que el Sr. Pierre Loti nos describe.

Nos narra hoy los amores de los marinos, y la determinación de idealizar hasta extremos inverosímiles aparece cada vez más. Ahí están en su plenitud los cariños a lo Berquin, la sentimentalidad campesina y la pasión lírico-pueblerina de la Sra. Sand.

Todo eso es muy bonito y conmovedor; pero nos gusta y nos conmueve por unos efectos literarios demasiado aparentes, demasiado obviamente falsos, por la ternura demasiado buscada, y no por la verdad... no por esa realidad dura y desgarradora que nos perturba el corazón en lugar de emocionarlo artificialmente como lo hace el Sr. Loti.

Nuestro espíritu, ávido hoy de hechos reales, permanece incrédulo, aunque sea seducido ante estas hermosas fábulas marinas. Pero, desde que se aleja de las costas por nosotros conocidas, el escritor reencuentra de repente todo su poderío de cautivadora persuasión. No conozco nada más perfectamente emotivo que esas visiones del mar, de la pesca, de la vida monótona y ruda mecida por las olas, que esas evoca-

ciones de cosas naturales que se convierten en sobrecogedoras como las apariciones fantásticas.

En «Mi Hermano Ives», recordamos al sorprendente ballenero entrevistado, una mañana, en los mares glaciales, cementerio llevando en sus vergas despojos de ballena, y tripulado por unos piratas escogidos en todos los pueblos.

El procedimiento de poetización continua de este género de libros se convierte sobre todo aparente cuando se le compara con las obras del mismo tipo escritas por hombres de un temperamento distinto. Por no hablar de los paisajes que son, en el caso del Sr. Loti, de una fidelidad relativa, más severa que sus personajes, dándonos todavía la sensación de las cosas vistas por un poeta soñador. Evitaré cuidadosamente reprocharle esta cualidad; pero si comparo su visión poética y un poco mágica con la visión admirablemente precisa, aunque poética también del pintor Fromentin que nos muestra el camino de Laghouat y el desierto, no puedo sustraerme a constatar que basta ser sincero cuando se es artista y que ninguna poetización tiene la fuerza penetrante de la verdad.

He leído con un delicioso placer *Matrimonio de Loti* y *Novela de un Spahi*; pero no consigo conocer las lejanas islas del Gran Océano o la costa occidental de África después de esas lecturas.⁴⁰

⁴⁰ A Maupassant no le gusta el estilo de Loti, «príncipe de los poetas fantásticos en prosa», sin duda [Cf: crónica nº XXIII], pero pobre psicólogo y mal observador de la vida. No hace falta más para que el escritor de *Una Vida* desdeñe al escritor de *Pescadores de Islandia* y de *Mi hermano Yves*. Las crónicas publicadas sobre esas dos novelas produjeron una gran polémica en la época. A esas «bonitas fábulas marinas» Maupassant le reprocha esencialmente su exceso de sutilidad. Y al cronista no le agradan los sutiles «del mismo modo que condena a Edmond de Goncourt «cincelador de frases sutiles», Francis Poictevin que no irá nunca a lo que se llama el gran público...» [Cf. *Batalla de Libros*; *Le*

Sin embargo, la notable novela de Robert de Bonnières sobre la India, *El Beso de Maina*, me muestra con exactitud ese fabuloso país como no me lo habían mostrado hasta ese momento los poetas mentirosos y los viajeros visionarios. Y algunos días después de esta lectura que había incrementado mi viva curiosidad por esa extraña región, el azar puso en mis manos el relato de un oficial, *La India desde un tren*, por el conde de Pontevès-Sabran, que se pasea, sin ninguna preparación poética, sin pretensiones literarias, con un ánimo alegre de buen humor un poco guasón y sin maneras militares, por la patria misteriosa de Buda.

Gaulois, 28 de octubre de 1883]; Cladel que «empuja al exceso su habilidad de estilista difícil...» [crónica nº XXI]; Paul Bourget que sigue también «Los fenómenos del alma con una seria sutileza»...[Cf. a este respecto y al conjunto de críticas dirigidas a esos escritores: *Los sutiles*; *Gil Blas* del 3 de junio de 1884].

Inverosimilmente, gusto de lo ficticio, tendencia a la ensoñación que falsea las perspectivas y los colores, «visiones poéticas y un poco mágicas», que desnaturaliza la pintura, se añaden sin embargo al dossier Loti.

Octave Mirbeau, cuyo temperamento no es muy disímil al de Maupassant, toma la defensa de Loti algunos días más tarde [Cf. artículo *del Gil Blas* de fecha 13 de julio de 1886] no sin alguna acritud e injusticia hacia el crítico.»...El Sr. de Maupassant... opone al raro y meditativo autor de *Mi hermano Yves* y de *Pescadores de Islandia*, todo un montón de escritores de ocasión y de artistas aficionados... En cuanto a P. Loti, se piensa generalmente que mejor advertido en el futuro, no se permitirá obtener éxitos de Revista y de librería...

El Sr. Loti es uno de los escritores de este tiempo que me emocionan y me motivan más. Tiene ojos de vidente y un alma de poeta...»

La alusión a los celos que Maupassant tiene de Loti será complacientemente retomada por Paul Morand [*Vida de Guy de Maupassant*, Paris 1942, p. 113] »... La gloria creciente del autor de *Ramuntcho* lo exaspera: la Grenouillère envidia al Bósforo...»

De hecho, estamos en presencia de gustos y de talentos muy distintos, de dos modos completamente opuestos de sentir y de interpretar la vida. La disputa queda abierta...

Y esos dos libros, el del novelista observador minucioso y serio y el del soldado observador superficial y alegre, me han descrito la India mejor que lo habían hecho hasta aquí todos los cantores de leyendas y de paisajes coloristas.

He dicho que el Sr. Alexandre Dumas hijo y el Sr. Octave Feuillet, con temperamentos muy distintos, son solamente los dos únicos escritores vivos que han ejercido una acción real sobre las costumbres amorosas de nuestro país.

Basta para convencerse con una ojeada sobre los escritores y sobre el mundo.

Los poetas antes determinaban una manera de amar.

No cito más que a dos: Lamartine y Musset.

¿Qué poeta de hoy puede despertar en el alma de las mujeres unas ensoñaciones tiernas o apasionadas? ¿Es tal vez el Sr. Leconte de Lisle, el admirable, impecable e impassible artista?- No.

- ¿Es quizás el Sr. Théodore de Banville, el más diestro, el más flexible de los poetas? No. ¿Es el Sr. Sully Prudhomme que sueña con ciencia escribiendo versos? No.

Busquemos entre los prosistas. ¿Es acaso Edmond de Goncourt, escultor de frases sutiles, artista complejo, maravillosamente hábil, pero observador implacable que turbará los corazones jadeantes de jovencitas y les dirá: «Así es como se ama y como se debe amar»?

¿Es Zola, genial, extrañamente poderoso y brutal, que mostrará a las mujeres inquietas y vacilantes el camino de los ideales amorosos?

¿Es Daudet, más dulce, más diestro, menos francamente cruel, pero cuya ironía aparece tras alegrías deliberadas?

Nadie, entre los que escriben hoy, puede hacer circular por el corazón de sus lectores lo que yo no sé que de tierno

que prepare y haga surgir las emociones del amor. Y se puede decir, se puede afirmar, que el amor no existe en la joven sociedad francesa.

La facultad de exaltación, madre de las apasionadas manifestaciones y de todos los entusiasmos, ha desaparecido ante las invasiones del espíritu analítico y científico. Y las mujeres, alcanzadas por contagio, más afectadas incluso que los hombres, se agitan, sufren de un mal singular, de una inquietud lacerante, que no es en el fondo, más que la incapacidad de amar.

Pero ellas pertenecen al mundo, tienen el espíritu cultivado y los ojos abiertos sobre la vida, se manifiesta en ellas este mal extraño y nuevo. Aquellas de tipo medio, de alma ingenua y corazón simple mantienen todavía, durante algunos años, viva esta llama y ese temor que se denomina amor. Las otras sienten su mal, luchan, se esfuerzan en vencerlo, y no lo consiguen, resignándose o extraviándose en raros caprichos.

Mas nada parecido a esa práctica irresistible que cantaban los poetas y que describían los novelistas, desde hace treinta o cuarenta años. No más dramas, más raptos, más de esas borracheras que toman dos seres, arrojándoles el uno sobre el otro, colmándolos de una indescriptible felicidad.

Nosotros vemos mujeres coquetas, aburridas, irritadas por no sentir nada, que se abandonan por desidia, por ociosidad, por apatía; otras que son sabias únicamente por desilusión; otras que tienden a equivocarse, que se exaltan con los recuerdos de antaño y balbucean, sin creerlas, palabras ardientes que decían sus madres.

Vemos lazos reglamentados como actas notariales, donde todo está previsto, los días, las horas, los contratiempos y hasta la ruptura a la que se llega una vez vencido el plazo. Se toma un amor como un palco en la Ópera, para que dis-

traiga dos noches por semana, que facilite las salidas, que ofrezca distracciones en invierno y en verano, y también, a menudo, para que haga más dulces las relaciones con los modistos.

Y si se oye decir, por casualidad, en el mundo, hablando de una mujer, que está locamente enamorada del Sr. X... o del Sr. T... se puede estar seguro, sin conocerla, ¡que ha pasado la cuarentena!

XIX

LAS MÁSCARAS

(Gil Blas: 5 de junio de 1883)

Leyendo el otro día una nueva novela, me planteaba la siguiente cuestión difícil de resolver: «Hasta donde llega el derecho del novelista de saltar por encima del famoso muro de la vida privada y tomar en la existencia del vecino los detalles a menudo escabrosos de los que tiene necesidad para sus novelas.»

La ley, siempre tan fácil de cambiar, prohíbe la maledicencia y la condena. Pero en el momento en el que no se nombra a nadie, en el momento que se designa al Sr. Batalla bajo el transparente sinónimo de Sr. Combate, la ley se vuelve ciega y deja hacer. El hombre designado, se reconoce o juzga útil reconocerse, no tiene más que el recurso de enviar unos testigos al escritor. El asunto se acaba por un pinchazo en el brazo, y el libro ahí queda, convirtiéndose en más claro, más peligroso, más sucio para las personas que se encuentran en su interior.

Por otro lado, los novelistas no trabajan hoy más que según los cánones de la naturaleza, tomando todos sus temas, todas sus combinaciones, todos sus pequeños detalles en la vida, no pudiendo inspirarse más que en hechos de los que son testigos. Si el azar los pone en presencia de alguna historia ridícula, de alguna situación dramática, o incluso de alguna de esas infamias que la ley no puede detener o que la opinión pública complaciente deja pasar, que tolera la moral hipócrita del mundo, ¿no tienen el derecho, casi el deber de apoderarse de ello? y no es tanto peor para aquellos de los que son desvelados de este modo los defectos grotescos, los vicios o las infamias. En general los novelistas defienden, no

sin razón su derecho de servirse de todo espectáculo humano que les pase bajo los ojos.

Pero las personas de sociedad, amenazadas de ver de este modo destrozarse las apariencias con las que se cubren tan fácilmente, gritan "infamia" y se revuelven incluso desde el momento en que reconocen en un libro, sin designar a nadie, una de las cosas un poco odiosas que se hacen todos los días pero que no se confiesan. Si se contase, si se atreviesen a contar todo lo que se sabe, todo lo que se ve, todo lo que se descubre a cada momento en la vida de todos aquellos que nos rodean, de todos aquellos que se dice, que se creen honestos, de todos aquellos que son respetados, honrados y citados, si se atreviese a contar también todo lo que hace uno mismo, las vilezas duplicadas del alma que no se confiesan, los secretos que uno tiene cara a cara con su propia honestidad, si se analizasen sinceramente nuestros pactos, nuestros razonamientos hipócritas, nuestras dudosas resoluciones, todo lo que se cocina en nuestra conciencia, se produciría tal escándalo que el escritor sería puesto en la lista hasta su muerte, tal vez incluso perseguido por ultraje a la moral.

La audacia y la conciencia literaria no llegan hasta ese extremo. Uno se limita generalmente a apoderarse de un hecho conocido, cuchicheado sino vociferado por la opinión pública; se lo arregla, se lo adorna, se lo acomoda a su modo y se le sirve en un libro sensacionalista.

¿El hombre de letras tiene o no tiene el derecho moral de hacer esto?

Bien mirado, no es más que una cuestión de matices y de delicadeza.

La vida humana, toda la vida que nos pasa ante los ojos nos pertenece como novelistas, pero no como moralistas,

como policías. Me explico. Entiendo por ello que en ningún caso nosotros tenemos el derecho de designar a nadie, incluso si tomamos en su existencia un hecho que interesa a nuestro arte. Toda persona debe ser respetada de tal modo que no se puede nunca decir: «él ha descrito a M. El mismo», incluso si se reconoce un episodio de la historia de este individuo, si se dice: «Lo que él ha contado ahí le ha pasado a M. El mismo.»

La vida nos pertenece borrando los nombres, cambiando los rostros, si bien no se les puede designar. He aquí, por ejemplo, el libro del que yo hablaba al principio, *La Última Cruzada*, del Sr. René Maizeroy. Es la historia no velada de la catástrofe financiera del último año. El hecho es público, notorio; fue sonoro, perteneciendo al novelista como todos los hechos que se someten a la opinión.

Sin embargo si Maizeroy hubiese esbozado, incluso apenas, algún perfil de los personajes que estuvieron involucrados, de cerca o de lejos en este asunto, se habría excedido en su derecho. Tuvo cuidado, al contrario, de crear una serie de personajes de fantasía, tan diferentes de los auténticos que nadie podría reconocer a uno solo y ha hecho desarrollar entre ellos la historia completa del crac, casi absolutamente como en realidad ha pasado.

El novelista no es un moralista; no tiene por misión corregir o modificar las costumbres. Su papel se limita a observar y a describir, siguiendo su temperamento, según los límites de su talento. Apuntar a alguien, es cometer un acto deshonesto, en primer lugar como artista, y a continuación como hombre. Pero tomar en cada existencia las anécdotas y las observaciones que nos interesan, y servirse de ellas en la novela, no dejando adivinar a los actores verdaderos, cambiando por así decirlo, el hecho acaecido, es hacer un acto de artista concienzudo; y nadie puede ofenderse de este proceder.

El público que se indigna tan fácilmente en ciertos casos, se muestra en otros con una curiosidad tan tonta como malsana. Tanto se le dice: «Es la historia de la Sra. A... » y se molesta. Tanto se le dice: «Es la historia de la Sra. B... » y compra. Adora el escándalo cuando no suponga que pueda afectarle a su vez, pero se indigna cuando cree poder ser igualmente afectado un día u otro.

En todas las ocasiones que aparece un nuevo libro de Goncourt, de Zola o de Daudet, se esfuerzan en levantar las máscaras con la convicción de que la obra está llena de intenciones mezquinas y pérfidas. Qué no se ha dicho sobre *La Faustin*, este elevado y enorme estudio de la comediente moderna. Para unos era Rachel, para otros era Sarha Bernhardt a quién el novelista había descrito. Nadie se dio cuenta que se trataba sencillamente de la Faustin que no es ni Sarha Bernhardt ni Rachel, que no se parece ni a la una ni a la otra, aun participando de ambas, y que es un resumen de esta y de la otra, y de muchas más, un personaje formado por todas. Cuando apareció, este invierno, esa novela tan larga y poderosa que se titula *Para alegría de las damas*, este estudio tan admirablemente completo del desarrollo de uno de esos inmensos almacenes modernos que devoran, en algunos años, todo el comercio de un barrio, el lector no tenía más que una preocupación, saber cual era aquel de los directores de los grandes bazares parisinos al que Zola había querido representar. No se podía imaginar que no había tomado aquel uno más que aquel otro, que no tuvo la intención de describir uno especialmente. Ciertas personas han incluso pretendido, negando finamente con la cabeza, que esa novela no era, en suma, más que una publicidad oculta sirviendo de preludio a la apertura de la temporada de primavera.

Los libros de Daudet constituyen unos rompecabezas para los tres cuartos de los lectores que pasan tardes discutiendo o buscando los nombres verdaderos, como se pasan tardes en ciertas familias resolviendo los enigmas y los crucigramas de los periódicos.

¿No se ha creído, no se ha dicho y repetido que el interesante estudio de la mujer de Gustave Toudouze, *La Baronesa*, no era más que la historia de otra Baronesa cuya fealdad, por lo demás, vuelve enigmática la fortuna?

Si usted va la misma tarde a dos salones, oye decir en uno: «Me gustan mucho las novelas cuyos personajes son personas conocidas.»

Pero, al lado, otros mundanos exclaman: «Los novelistas no tienen el derecho de mirar en la vida privada.»

Y he aquí porque esto es una simple cuestión de arte y de tacto. El artista tiene el derecho de ver todo, de anotar todo, de servirse de todo. Pero es necesario que las máscaras que pone sobre sus personajes, no se las puedan quitar.⁴¹

⁴¹ Cf. El *Prefacio* de *Pierre y Jean* : «...sólo diversificamos a nuestros personajes variándoles la edad, el sexo, la situación social y todas las circunstancias de la vida de nuestro yo, al que la naturaleza ha rodeado de una barrera de órganos infranqueables.

La habilidad consiste en no dejar que el lector reconozca ese yo bajo las máscaras que nos sirven para ocultarlo.»

Una veintena de crónicas no publicadas precisa este aspecto del trabajo del cronista.

XX

GUSTAVE FLAUBERT

(L'Écho de Paris: 24 de noviembre de 1890)

Ya he publicado todo lo que quería decir acerca de Gustave Flaubert como escritor⁴². Hablaré un poco del hombre. Pero como a él no le gustaban las revelaciones de ningún tipo, no cometeré indiscreciones. Quiero únicamente, en el momento en el que sus amigos ofrecen a Ruán, que fue su patria, la notable obra del Sr. Chapu⁴³, mostrar algunos rasgos característicos de su forma de ser. Conocí a Flaubert tarde, aunque su madre y mi abuela hubiesen sido amigas desde la infancia. Pero las circunstancias alejan a los amigos y separan a las familias. Lo vi dos o tres veces solamente durante mi primera juventud.

Fue después de la guerra, cuando vine a París, convertido en hombre, y fui a hacerle una visita, que resultó ser definitiva en nuestras relaciones y cuyo recuerdo ha permanecido imborrable en mí.

⁴² Esta crónica inédita no utiliza nada en efecto de los estudios y crónicas anteriores [Cf. *Gustave Flaubert en su vida íntima* en *Nouvelle Revue* del 1 de enero de 1881. *Gustave Flaubert*: dos artículos de la *Revue Bleue*: 19 de enero y 26 de enero de 1884, artículos que serán integralmente reproducidos bajo forma de *Prefacio a las cartas de Gustave Flaubert a Georges Sand*: Charpentier, París 1884]; estudios que retomaban o desarrollaban las crónicas dedicadas al culto del escritor. *Recuerdos de un año*; *Una tarde con G. Flaubert* en *Le Gaulois* del 23 de agosto de 1830, *Gustave Flaubert según sus cartas*: *Le Gaulois* del 6 de septiembre de 1880. —*Bouvard y Pécuchet*: *Le Gaulois* del 6 de abril de 1881.

⁴³ En 1890 se inauguró en el museo de Ruán un bello monumento de Chapu dedicado a la memoria de Flaubert (N. del T.)

Él ha dicho e incluso ha escrito que su amor inmoderado por las letras le había sido en parte infundido, al comienzo de su vida, por su más íntimo y querido amigo, fallecido muy joven, mi tío Alfred Le Poittevin, que fue su primer guía en esta ruta artística, y por así decirlo, el revelador del embriagador misterio de las Letras. Encuentro en su correspondencia conmigo esta frase:

«¡Ah! ¡Le Poittevin, cuántas cosas me ha hecho soñar! He conocido hombres notables de este tiempo, pero todos me han parecido pequeños a su lado.»

Él había conservado el culto, la religión de esa amistad.

Cuando me recibió me dijo, examinándome con atención: «Caramba, como se parece usted a mi pobre Alfred.» Luego dijo: «De hecho, no me sorprende, puesto que él era el hermano de su madre».

Me hizo sentar y me interrogó. Mi voz también, según parece, tenía entonaciones semejantes a la voz de mi tío; y de súbito vi los ojos de Flaubert llenos de lágrimas. Se levantó, envuelto de la cabeza a los pies en esa gran bata marrón de amplias mangas que parecía un hábito de monje, y levantando sus brazos, me dijo con voz vibrante por la emoción del pasado:

«Abráceme, muchacho, se me encoge el corazón viéndole. He creído en todo momento que oía hablar a Alfred.»

Y esa fue en realidad la causa, profunda, de su gran amistad por mí.

Desde luego yo le aporté toda su juventud desaparecida, pues, educado en una familia que casi fue la suya, le recordaba todo un modo de pensar, de sentir, incluso de expresar, unos tics del lenguaje de los que estuvo arropados en los quince primeros años de su vida.

Era para él una especie de aparición de Antaño.

Él me atrae, me ama. Fue, de entre los seres reencontrados un poco tarde en la existencia, el único por el que sentí

un profundo afecto, cuyo apego se convirtió para mí en una especie de tutela intelectual, y que tuvo sin cesar la preocupación de serme bueno, útil, de darme todo lo que podía dar de su experiencia, de su saber, de sus treinta y cinco años de trabajos, de estudios, y de embriaguez artística.

Lo repito: habiendo hablado en otras ocasiones del escritor, no quiero decir nada más. Es necesario leer a esos hombres, y no cotillear sobre ellos.

Únicamente señalaré dos rasgos de su naturaleza íntima: una vivacidad inocente de impresiones y de emociones que la vida nunca aporta; y una fidelidad de amor para los suyos, de devoción para sus amigos, de la que nunca he visto otro ejemplo.

Como le horrorizaban los burgueses (y él los definía así: cualquiera que piense vilmente) pasó entre la mayoría de sus contemporáneos como una especie de feroz misántropo que hubiese devorado de buen grado a un rentista en sus tres comidas.

Era, por el contrario, un hombre dulce, pero de palabra violenta, y muy tierno, aunque su corazón, creo yo, nunca fue profundamente tocado por una mujer. Se ha hablado mucho, especulado sobre su correspondencia publicada tras su muerte, y los lectores de las últimas cartas aparecidas lo han creído afectado de una gran pasión porque éstas estaban repletas de literatura amorosa. Él amó como muchos poetas, equivocándose sobre aquella a la que amaba. Musset hizo otro tanto; pero éste al menos, huía con Ella a Italia o a las islas españolas, añadiendo a su insuficiente pasión el decorado del viaje, y el legendario atractivo de la soledad en la lejanía. Flaubert prefería amar solo, lejos de ella, y escribirle un par de páginas de prosa, rodeado de sus libros.

Como ella le reprochaba vehementemente, en cada una de sus respuestas, el no ir nunca a verla, y de pasar de su presencia con una humillante obstinación, él le concede una

cita en Nantes, y le anuncia así, con la triunfante satisfacción de un útil deber cumplido: «Piense entonces que pasaremos juntos toda una tarde, la próxima semana»

¿No creen que si se ama a una mujer con auténtico sentimiento, se debe desear perdidamente pasar a su lado todos los instantes de su vida?

Gustave Flaubert fue dominado durante su existencia entera por una única pasión y dos amores: la pasión fue la de la Prosa francesa; uno de los amores fue su madre y el otro los libros.

Su ser entero, desde el día en el que tiene uso de razón, hasta aquel en el que le vi tendido, el cuello hinchado, muerto por el esfuerzo espantoso de su cerebro, fue presa de la Literatura, o, para ser más exacto, de la Prosa. Sus noches estaban llenas de ritmos de frases. Durante sus largas veladas en su despacho de Croisset, dónde su lámpara, iluminada hasta la mañana, servía de señal a los pescadores del Sena, él declamaba párrafos de los maestros que le gustaban; y las palabras sonoras, pasando por sus labios, bajo sus gruesos bigotes, parecían recibir allí besos. Tomaban entonaciones tiernas o vehementes, llenas de caricias y de exaltaciones de su alma. Nada, seguramente, le motivaba tanto como recitar a algunos amigos preferidos, largos pasajes de Rabelais, de Saint-Simon, de Chateaubriand o versos de Victor Hugo, que salían de su boca como caballos desbocados.

De su ilimitada admiración por los maestros de todas las lenguas, de todos los tiempos y de todos los países, nació tal vez en parte, su horrible pena en escribir y la imposibilidad en la que vivía de estar plenamente satisfecho de la concordancia misteriosa de su forma y de su pensamiento. Su ideal irrealizable provenía de un montón de recuerdos de cosas

muy bellas y muy distintas. Era épico, lírico y al mismo tiempo observador incomparable de las vulgaridades corrientes de la vida. Debió, con un esfuerzo sobrehumano, someter y humillar su gusto por la belleza plástica hasta expresar escrupulosamente todos los detalles banales y cotidianos del mundo.

Su erudición por consiguiente fue tal vez también un poco una traba para su producción. Heredero de la vieja tradición de los antiguos letrados que eran de entrada sabios, poseía una erudición prodigiosa. Aparte de su inmensa biblioteca de libros que conocía como si acabase de leerlos, conservaba una biblioteca de notas tomadas por él sobre todas las obras inimaginables, consultadas en establecimientos públicos y por todas partes donde había descubierto interesantes obras. Parecía saber por corazón esa biblioteca de notas, citaba de memoria las páginas y los párrafos donde se encontraría la información buscada, escrita por él diez años antes, pues su memoria parecía increíble. También aportaba en la ejecución de sus libros tal escrúpulo de exactitud que hacía búsquedas de ocho días para justificar a sus propios ojos un pequeño hecho, una palabra solamente. Alexandre Dumas nos lo dibujó, hablando de él durante un almuerzo: «Que sorprendente obrero, ese Flaubert, tala un bosque entero para hacer cada cajón de sus muebles.»

Tuvo necesidad, escribiendo *Bouvard y Pécuchet*, de una excepción a una ley botánica, pues afirmaba que no hay regla sin excepción, lo que sería contrario al sentido de producción de la naturaleza. Todos los botánicos de Francia fueron interrogados y permanecieron mudos. Yo leí cincuenta informes para eso. Finalmente, el profesor del Museo de historia natural descubrió la planta que él buscaba, y el delirio de alegría de Flaubert con esta noticia fue increíble.

Vivía entonces casi siempre en Croisset, en medio de sus libros, y cerca de su madre. Fue un admirable hijo, y más

tarde un tío admirable para su sobrina, hija de su hermana muerta tras el parto.

Demostró en todas las circunstancias de la vida un corazón de niño y unas formas de ogro. Estuvo incluso un poco siempre bajo la tutela de su madre, pues la Prosa francesa, a quién pertenecía completamente, no es ni una mujer de cabeza ni una directriz de existencia.

Ambos pasaban años casi enteros en Croisset, entre el Sena y la costa cubierta de árboles. Él, encerrado en su despacho, miraba como descansa el país por las ventanas. Cuando él pegaba a aquellas la gran forma de su figura de Galo, veía subir hacia Ruán los grandes vapores negros de carbón y los bonitos tres mástiles de América o de Noruega que parecían deslizarse en su jardín, arrastrados por un pequeño remolque, mosca jadeante, boqueante de humo. Cuando miraba al lado opuesto, hacia su pequeño jardín, percibía a la altura del primer piso un alargado paseo de tilos y cerca, dando sombra en los cristales, un tulipero⁴⁴ gigante, que era para él casi un amigo.

Vivía, con la Sra. Flaubert, como dos ancianos. El mostraba por ella una deferencia absoluta, casi una obediencia de niño, y un afectuoso respeto del que le era imposible no emocionarse.

Le horrorizaba el movimiento, aunque realizó algún pequeño viaje en alguna ocasión y lo hizo con alegría. Toda su existencia, todos sus placeres, casi todas sus aventuras tuvieron lugar en su cabeza. De joven tuvo grandes éxitos con las mujeres y pronto las desdeñó. Y sin embargo su corazón pa-

⁴⁴ Tulipero de Virginia (*Liriodendron tulipifera*) Árbol cónico de la familia de los magnoliáceos. (N. del T.)

recía lleno de llamada; y sin haber experimentado tal vez ninguna de esas grandes emociones ardientes de un hombre, tenía recuerdos que engrandecían con el tiempo y se volvían poderosos como todo lo que se deja tras de sí.

He aquí lo que ocurrió justo un año antes de su muerte.

Recibí de él una carta en la que me rogaba que fuese a pasar dos días y una noche a Croisset a fin de no estar solo en el cumplimiento de una penosa tarea.

Cuando me vio entrar me dijo:

– «Buenos días, mi muchacho, gracias por haber venido. Esto no será divertido. Quiero quemar todas mis antiguas cartas no clasificadas. No quiero que se lean después de mi muerte; y no quiero hacer esto solo. Pasarás la noche sobre un sillón, leerás; y cuando tengas demasiado, charlaremos un poco»

Luego me llevó a dar unas vueltas por el paseo de tilos que dominaba el valle del Sena.

Desde hacía tres años, me tuteaba, llamándome unas veces: «Mi muchacho» y más a menudo: «Mi discípulo».

Recuerdo que el día en el que fui a verle a Croisset, charlamos durante todo el paseo bajo los tilos, del Sr. Renan y del Sr. Taine, quiénes le gustaban y a quiénes admiraba mucho.

Luego cenamos ambos en el comedor de la planta baja. Fue una buena y copiosa cena. Bebió algunos vasos de viejo vino de Burdeos repitiendo: «Vamos, es necesario que me motive. No quiero ablandarme»

Al regresar al gran despacho tapizado de libros, limpió y fumo cuatro o cinco de todas las pipas de loza blanca barnizada que tanto le gustaban, y de las que su chimenea estaba cubierta, y cuyo agujero ennegrecido por el tabaco me hacían mirar por momentos sobre su mesa, en un plato de Oriente, sus innumerables plumas de oca con el plumín ennegrecido de tinta.

Luego se levantó: «Ayúdame», dijo. Pasamos a su habitación, una larga pieza estrecha contigua a su despacho. Bajo una cortina que ocultaba unas planchas cargadas de objetos, vi un gran baúl que tomamos cada uno por un lado, para llevarlo al cuarto de al lado.

Lo depositamos ante la chimenea cuyo fuego trepidaba. Lo abrió. Estaba lleno de papeles. «He aquí mi vida, dijo. Quiero guardar una parte y quemar otra. Siéntate, mi muchacho, y toma un libro. Voy a disponerme a destruir esto».

Me senté, abrí un libro, no recuerdo cual. Él había dicho: «He aquí mi vida». Un gran trozo de la historia íntima de ese gran hombre sencillo, estaba en esta gran caja de madera. Iba a retomarla en los últimos días, para acabarla por los primeros, en esa noche en la que yo estaba solo cerca de él, sintiendo mi corazón crispado como el suyo.

Las primeras cartas que encontró eran insignificantes, cartas de vivos, conocidos o no, inteligentes o mediocres. Luego abrió otras que le hicieron pensar. «Esta es de la Sra. Sand, dijo, escucha.» Me leyó bellos párrafos de filosofía y de arte, y repetía, radiante: «¡Ah! que genio de mujer». Encontró otras, de personas célebres, otras de personas consagradas de las que subrayaba las tonterías con fuertes estallidos de voz. Clasificaba mucho para guardarlas. Un vistazo sobre las siguientes le bastaba para arrojarlas al fuego con un brusco movimiento. Se inflamaban, iluminando el amplio despacho hasta en sus rincones más sombríos.

Las horas pasaban. No hablaba y leía siempre. Con las de los desaparecidos, daba largos suspiros que le hinchaban el pecho. De vez en cuando murmuraba un nombre, hacía un gesto de pesar, el gesto verdadero y desolado que se suele hacer sobre las tumbas.

«Una de mamá», dijo. Me leyó también fragmentos. Veía en sus ojos brillar unas lágrimas luego rodar sobre sus mejillas.

Después se hundió de nuevo en el cementerio de viejos conocimientos y de antiguos amigos. Leía poco esos papeles íntimos y olvidados, como si hubiese querido haber acabado él mismo, y se puso a quemarlos, a quemarlos en montones. Se hubiera dicho que a su vez estaba matando a esos muertos.

Cuatro horas habían pasado; de súbito encontró, en medio de las cartas, un paquete delgado, anudado con una estrecha cinta; y habiéndolo desenrollado lentamente, descubrió un pequeño zapato de baile de seda, y en su interior una rosa marchita enrollada en un pañuelo de mujer, totalmente amarillo en su marco de encajes. Eso tenía el aspecto del recuerdo de una noche, una misma noche, Y él besó esas tres reliquias con gemidos de dolor. Luego las quemó, y se frotó los ojos.

Llegó el día sin que hubiese acabado. Las últimas cartas eran las que había recibido en su juventud, cuando no era más que un niño, cuando todavía no era un hombre.

Luego se levantó: «Ese era, dijo, el montón que no he querido ni clasificar ni destruir. Ya está: Ve a acostarte, gracias». Entré en mi habitación, pero no dormí. El sol se levantaba iluminando el Sena. Y yo pensaba: « He aquí una vida, una gran vida, es decir: muchas cosas inútiles que se queman, el indiferente pasatiempo de cada día, algunos recuerdos destacando hechos sentidos, hombres reencontrados, ternuras íntimas de familia, y una rosa marchita, un pañuelo y un zapato de mujer». Eso es todo lo que tuvo, todo lo que ha experimentado, incluso lo que le ha gustado.

Pero en su cabeza, es esa fuerte cabeza con ojos azules, el universo entero pasaba desde el comienzo del mundo hasta nuestros días. Este hombre vio todo, este hombre, comprendió todo, sintió todo, padeció todo, de un modo exagerado, desgarrador y delicioso. Fue el ser soñador de la Biblia, el poeta griego, el soldado bárbaro, el artista del Rena-

cimiento, el mendigo y el príncipe, el mercenario Matho y el médico Bovary. Ha sido incluso también la pequeña burguesa coqueta de los tiempos modernos, como lo fue la hija de Amilcar. Fue todo eso, no en pensamiento, sino en realidad, pues el escritor que piensa como él se convierte en todo lo que siente, aunque en la noche en la que Flaubert escribió el envenenamiento de madame Bovary, fue necesario ir a buscar a un médico, pues desfallecía, envenenado por el sueño de esa muerte, con síntomas de arsénico.

Felices aquellos que han recibido de «yo no se qué» lo que nos convierte al mismo tiempo en los productores y las víctimas, esta facultad de multiplicarse de ese modo por el poder evocador y generatriz de la Idea. Ellos escapan, durante las horas exaltadas del trabajo, a la obsesión de la verdadera vida banal, mediocre y monótona; pero, después, cuando se despiertan, como podrían defenderse del desprecio y del odio artístico del que desbordaba el corazón de Flaubert para la real humanidad.⁴⁵

⁴⁵ Este artículo de Maupassant está impreso sobre la noticia del periódico relativa al discurso que Edmond de Goncourt debía pronunciar, en Ruán, con motivo de la inauguración del monumento a G. Flaubert.

XXI

PERFILES DE ESCRITORES

(*Le Gaulois*: 1 de junio de 1882)

Puesto que el reportaje está de moda, dado que se quiere saber, antes de conocer el valor de un hombre, como son sus rasgos, su talla, sus costumbres, sus maneras, ya que hay más interés en esa información que en la obra, voy a tratar de hacer a grandes rasgos, algunos rápidos retratos de escritores, indicando solamente la cualidades y tendencias de sus obras.

Pálido, bastante alto, bastante delgado, con aspecto de miope tímido, imberbe, mejillas un poco huecas, y lisas como toda carne donde la barba aún no ha crecido, con un aire soñador y dulce, casi enfermizo, Paul Bourget, con sus notables artículos de análisis literario y filosófico que han hecho conocer a los literatos desde hace tiempo, es uno de los jóvenes en los que se fundamenta la esperanza de la literatura⁴⁶.

Muy elegante sin que se le note y casi sin que se advierta, enamorado de las finuras y sutilezas, más sensible al pensamiento ingenioso que a la viva imagen, seduce hasta el éxtasis por el encanto a las mujeres, envuelto en su ligera seducción, liberado sin resistencia a su influencia moral, a la suavidad de su elocuencia y de sus gentilezas, y de sus refinamientos de espíritu aunque más que cautivado por el de-

⁴⁶ Sobre P. Bourget, cuyo amistad por Maupassant nunca ha sido desmentida: Cf también *Los sutiles*, crónica citada.

seo de su persona, sentimental y no apasionado, sobre todo delicado, con capacidad de abstracción, demoleedor de doctrinas, bizantino, creyente vago, de esta raza de creyentes por instinto a la que pertenece ese encantador, Sr. Renan, enemigo de las teorías violentas y radicales, pacífico de ideas tanto como de costumbres, tiene su gran felicidad ante la contemplación casi desinteresada de los hombres, las cosas, los pensamientos y las artes.

Artista, le gusta producir, debe preferir comprender, interpretar y demostrar, y toma los matices más finos, las intenciones más veladas, que expone con una rara claridad de lenguaje, una singular precisión de palabras, un verdadero temperamento de conversador, y con un gesto frecuente de la mano, una mano larga de dedos secos, una mano de joven profesor.

Femenino, byroniano, un poco de la familia de los desesperadamente felices de vivir, acaba de publicar una muy notable antología de versos totalmente inspirados por las mujeres, poetizado sobre todo para las mujeres, melancólico y refinado, una especie de murmullo de poesía hecha con cosas íntimas.

El amor es el tema casi constante de las piezas de amor soñador y tierno, el amor flotando en las brisas, en las auroras y en los crepúsculos.

El poeta no canta más que lo que en él pasa; escuchando a su corazón, sus tristezas, sus sutiles sufrimientos; no cuenta, como los visionarios inspirados, los espectáculos de los hombres y de los acontecimientos, con imágenes coloreadas, palabras sonoras, y esa exaltación que ponen en sus obras esos divinos intérpretes de la vida; sino que él cuenta como siente, como vibra al contacto de las ideas, de los recuerdos, de las esperanzas, de los deseos.

Y todas las mujeres le leerán y le comprenderán, y también todos los artistas.

Los poetas, aquellos que son poetas hasta la médula, que, pensando en verso como se piensa en su lengua natal, son a menudo torpes escribiendo en prosa, en elegir el ritmo huidizo de la frase, en encontrar ese giro vivo, nervioso, cambiante que es la cualidad primera de los auténticos prosistas. Tienen en general una propensión al énfasis y al periodo. Victor Hugo, ese maestro de poetas, no se sustrae a esta tendencia y un escritor dijo de él: « Su prosa me produce el efecto de un bello jinete desmontado; es grande y enorme, pero camina mal; se advierte que necesita una silla entre las piernas»

He aquí sin embargo un poeta que acaba de publicar en prosa una de las mejores obras que se hayan producido. El libro se titula *Los Monstruos Parisinos*, y el autor es Catulle Mendès.

Este libro, que ya conocen los lectores del *Gil Blas*, es la historia de las más monstruosas depravaciones de nuestra época. Extraño y verdadero, sobrecogedor, encantador, brutal en el fondo, pero tan hábil, tan velado, tan astuto, que confunde a los pudorosos y no hace rugir más que después del golpe, ese almacén de retratos es una obra de arte exquisita y singular.

Y lleva perfectamente la marca personal del poeta de intenciones misteriosas, hermano de Edgar Allan Poe y de Marivaux, complicado como persona, y cuya pluma, sea cuales sean los versos que hace, da igual lo que escriba en prosa y ligero y cambiante hasta el infinito. Esta obra es la obra de ese pobre seductor e inquietante con su cara pálida de crucificado, su barba rizada y vaporosa, sus cabellos largos y ligeros como una nube, su mirada fija donde se siente

una idea que no se logra penetrar, y su encantadora sonrisa que a veces parece peligrosa.

Se ha dicho de él que parecía un Cristo de gabinete particular; ¿no se diría más bien un Mefisto, habiendo tomado el aspecto de Cristo?

Casi cada anochecer, a la hora de la absenta, se ve pasar sobre el bulevar, del Vaudeville a la Ópera, a un joven a paso lento, un poco laso, de mejillas rosadas como las de una muchacha, apenas sombreado de un bigotito rubio y que se parece todavía a un niño. Se llama Paul Hervieu y pronto será conocido.

Diógenes El Perro, que acaba de publicar, nos muestra uno de los espíritus más curiosos, de doble filo, un poco frío, armado de una ironía seca, mordaz, que nos promete unos libros exquisitos, burlones, con esas entresijos de alegre desprecio que ponen tanta profundidad en las palabras.

Pálido y triste a ultranza, delgado como un seminarista, melenudo como un bardo y mirando la vida con ojos desesperados, juzgando todo lamentable y desolador, impregnado de melancolía alemana, de esa melancolía soñadora, poética, sentimental, de los pueblos filósofos, desorientado en la existencia, risueña, irónica y batalladora de París, Edouard Rod, uno de los familiares de Émile Zola, vaga por las calles con aires de desolación.

Grande entre los protestantes, gusta en pintar sus frías costumbres, sus sequías, sus creencias limitadas, sus aspectos predicadores. Como Ferdinand Fabre describiendo a los sacerdotes del campo, parece ser un especialista en esos disidentes católicos, y la visión tan clara, tan humana, tan precisa que da en su último libro: *Lado a lado*, nos revela un

novelista nuevo, de una naturaleza muy personal, de un talento observador y profundo.

Y he aquí ahora un nombre totalmente desconocido, Francis Pictevin. Para su libro, *El hábito del monje*, Alphonse Daudet escribió un prefacio, dichoso, decía, de presentar al público tan notable comienzo.

Ese libro pleno de observación, donde la acción desaparece para dejar lugar a unos retratos de religiosos, donde se encuentran figuras célebres, unos análisis profundamente curioso, unos cuadros de vida claustral de una sorprendente verosimilitud, es de un vivo interés, a pesar de la torpeza del autor a la hora de manejar sus personajes.

Pero penetra en ellos, y los conoce de corazón, lee su alma, abre su corazón, los explica como si hubiese sido el mismo uno de esos monjes de gran túnica blanca que pasean sus discusiones vagas, sus preocupaciones de cotillas, y sus anhelos de penitentes velados, a lo largo de los caminos del regular jardín.

Y el locutorio, las visitas, la solicitud de las mujeres del mundo para «sus Padres», todo parece visto por un hombre a quien esas cosas le son familiares.

Y el autor, ese gran muchacho tímido, rosado, de gesto turbado, de voz a menuda indecisa, de hombros un poco curvados, lleva ciertamente en su palabra, en el movimiento de sus manos, en su caminar, en toda la fisonomía de su persona algo de monacal.

Hay entre los prosistas dos grupos que pasan su tiempo en despreciarse entre sí: aquellos que trabajan casi demasia-

do su frase, y los que no la trabajan lo suficiente. Los primeros no llegan nunca a la Academia; los segundos, a menos de estar vacíos como el Odeón un día de estreno, llegan allí casi siempre. Su prosa discurre, discurre, incolora, insípida, sin mordiente de espíritu, sin sacudir el pensamiento, sin turbar los nervios. Se llama eso ser correcto. Pero la de los otros es complicada, maquinal, acribillada de intenciones, erizada de procedimientos, sembrada de matices. Todo allí es querido, meditado, preparado. Cada adjetivo tiene unos alcances y cada verbo un sonido que debe concordar con la idea que expresa. En una página, nunca dos veces la misma frase debe reproducirse, nunca dos palabras semejantes, nunca dos consonantes deben encontrarse en cien líneas de distancia, y debe existir incluso en el giro de las letras iniciales de las palabras, una cierta simetría misteriosa que concurre en la armonía del conjunto.

Uno de los más curiosos, y más originales, y de los más poderosos entre estos escritores, es seguramente Léon Cladel.

Antaño, en una notable revista, *la République des Lettres*, que dirigía Catulle Mendès, apareció una extraña novela de ese precioso juglar; título: *Ompdrailles o la Tumba de los Luchadores*. Esta obra acaba de ser publicada en volumen. Cladel allí despliega todas sus recursos de ajustador de palabras, toda la variedad de sus medios, y plasma en exceso su habilidad de estilista difícil. De un extremo al otro del volumen, unas luchas de atletas, nada más que unas luchas, y siempre diferentes, siempre enconadas, siempre referidas con nuevas expresiones, inesperadas y vigorosas. Es uno de las más enormes hazañas literarias que pueda realizar un novelista. Áspero como su frase, el autor del *Bouscassié* y del *Va descalzo*, es, en la vida, un terrible. Descendiente de una fuerte saga aldeana, parece agudo, duro y cortante como la piedra de un campo. La barba larga, los cabellos

también, la cara hueca, va por la calle a grandes zancadas, con ojos brillantes de fiera. Habla por estallidos, lanza palabras vibrantes, en las que suena su marcado acento del Midi; e, irritado a la menor contradicción, discute violentamente, tumultuosamente, como si fuese a cocear a su adversario y abatirlo de un golpe. Pero ama las letras con pasión, como no se las aman demasiado.

XXII

ARETINO⁴⁷

(*Gil Blas*: 8 de diciembre de 1885)

Las personas que no saben gran cosa, es decir el noventa por ciento de la sociedad llamada inteligente, rugen de indignación cuando se pronuncia esta única palabra, Aretino. Para ellos Aretino es una especie de marqués italiano que redactó, en treinta y dos artículos, el código de la lujuria. Se pronuncia su nombre muy bajo; se dice: «Ya sabe usted, el Tratado de Aretino.» Y uno se imagina que ese famoso tra-

⁴⁷ Esta crónica estudio de panfletario, arrivista, primer prototipo de Bel Ami se explica por el deseo de Maupassant de descubrir el personaje de sus sueños, un Panurge que relaciona la fantasía más desenfrenada con el no conformismo más estridente, el amor de la vida en su traducción más animal con la ejecución de su expresión más moderna.

Por lo demás el cronista no parece haber leído el estudio de Philaréte Chasles publicado en 1851 ni el reciente estudio de Luzio cuyo primer volumen aparece en 1883. Los documentos que ha consultado contienen errores. Es así como Tita, madre de Aretino no es una «puta», como el asunto de los sonetos licenciosos vale severas reprimendas al panfletario, el exilio para J. Romais y la prisión para Raimondi, que Miguel Angel no será nunca su amigo y que nuestro aventurero murió «mientras estaba sentado probablemente en un sillón de brazos cuando cayó de espaldas». [Cf. C. Antoniade; *Tres figuras del Renacimiento: Pietro Aretino, Guichardin, Benvenuto Cellini*, Paris 1937].

Maupassant ha analizado bien ese carácter de «condotiero» y admira secretamente «a ese genio recién llegado» que, con una audacia diabólica juega con las personas mediante chantajes y delaciones explícitas en la prensa contemporánea. Lo que admira sobre todo en esta naturaleza de excepción es el desbordamiento de «la inspiración vehemente», que es la del «poeta, soberbio por momentos, el ardiente Mathurin Régnier» y debido «al libre genio» de d'Aubigne.

[Cf. Los poetas franceses del siglo XVI: tomo XV de las Ed. de la Lib. de France, p. 17]

tado se encuentra sobre las chimeneas de las casas de desfreno y que es consultado por los viciosos de igual modo que el código Napoleón lo es por los magistrados y que revela unas cosas abominables que hacen juzgar a puerta cerrada ciertas costumbres.

Además, más sencillo todavía, imagínense que Aretino era un pintor a quién se deben pequeñas imágenes impuras que personas mal vestidas nos ofrecen, por las noches, en las calles, bajo forma de postales transparentes.

Desengañémonos de algunas de esas ingenuidades. Pietro Aretino fue simplemente un periodista, un periodista italiano del siglo XVI, un gran hombre, un escéptico admirable, un prodigioso denigrador de reyes, el más sorprendente de los aventureros, que supo desarrollar, como un maestro, todas las debilidades, todos los vicios, todas las ridiculeces de la humanidad, un genio dotado de todas las cualidades naturales que permiten a un ser hacer su carrera por todos los medios, obteniendo todos los éxitos, y ser temible, alabado y respetado al igual que un Dios, a pesar de los atrevimientos más escandalosos.

Este compatriota de Maquiavelo y de los Borgia parece ser el tipo vivo de Panurge reuniendo en él todas las bajezas y todas las astucias, pero que posee hasta tal punto el arte de utilizar esos repugnantes defectos, que impone el respeto y provoca la admiración.

He dicho que Aretino fue un periodista, tal y como lo constata el historiador Cantu, mediante el análisis de sus obras que no son, en efecto, para la mayoría, más que artículos de periódico, panfletos, escritos del día a día, polémicas de prensa, retratos. La influencia de este escritor no fue menos extensa que la de no importa qué poeta; y su renombre más grande que el del más célebre de los artistas.

Sus comienzos fueron miserables y vergonzosos.

Nacido de una puta en el hospital de Arezzo, comenzó en esta ciudad con sátiras violentas que lo hicieron detener en poco tiempo. Entonces partió, caminando, hacia Roma, donde trabajó como criado en casa de Augustin Chigi, el protector de Rafael, y pronto abandonó esa casa tras haber cometido algunas indiscreciones. Entonces se hizo capuchino, luego ladrón, después se dedicó a insultar a todo el que fuese poderoso y rico. Atacaba brutalmente, con una impudicia sin límite y una irresistible audacia. Habiendo adquirido pronto el conocimiento de los hombres, sabiendo bien que la hipocresía es casi siempre la única virtud de los más respetados, que todos tienen vicios y que todos tienen miedo del escándalo, él se dijo que desafiando todo se podía llegar a todo. Libertino en exceso, desplegando su libertinaje, se atrevía a escribir: «No sé cantar ni bailar, pero hago el amor como un asno.» Prodigando los ultrajes en un estilo arrebatado, poderoso, punzante, gustó a algunos grandes señores, que lo apadrinaron en el mundo.

Pero como sabía alabar tan bien como insultar, aduló a León X, de modo que para complacerle se presentó ante él con un bello hábito que había conseguido mediante estafa, recibiendo por ello un puñado de ducados, y conquistó del mismo modo a Julian de Médicis.

Desde entonces, su fortuna se volvió sorprendente.

Los príncipes lo llamaban, lo adulaban, le cubrían de regalos tanto por deseo de sus elogios como por terror a sus ataques.

Los obispos a su vez lo buscaban, le enviaban joyas, trajes de satén para engalanarlo, y oro para sus placeres.

Las costumbres de esta agitada y magnífica época eran tales que uno apenas puede imaginárselas hoy. De este modo Pietro Aretino, habiendo hecho dieciséis sonetos para describir dieciséis actitudes voluptuosas grabadas por Marc Antoine Raimondi, según dieciséis pinturas de Jules Romain,

obtuvo por esa obra licenciosa el favor de Clemente VII y el perdón de los dos artistas que él había comentado de ese modo.

Odiado por unos, admirado por otros, va de príncipe en príncipe, adulador, mendigo e insolente. Tanto ataca y ultraja como acaricia y halaga, pues se le paga igualmente por ambas cosas. Se libra a todos los excesos en el campamento de Jean des Bandes Noires con el que comparte la misma cama; se convierte en una especie de favorito de Francisco I que le trata con todas las deferencias posibles; Carlos V lo llama, lo sienta a su derecha, le paga una pensión; Enrique VIII le da trescientas coronas de oro, Julio III, mil coronas con la bula de caballero de San Pedro. Se acuñan medallas en su honor; una de ellas lleva la siguiente inscripción: «Los príncipes que reciben los tributos de los pueblos, pagan tributo a su servidor.» Carlos V lo trata de Divino; el pueblo lo llama «El azote de los príncipes»; los más grandes artistas quieren hacer su retrato. Escribe: «Tantos señores me rompen continuamente la cabeza con sus visitas, que mis escaleras están gastadas por el repetido roce de sus pies, como lo está el pavimento del Capitolio por las ruedas de los carros del triunfo... Me parece, a causa de ello, haberme convertido en el oráculo de la verdad, pues cada uno viene a contarme el error que ha cometido tal príncipe o tal prelado; me encuentro entonces como si fuese el secretario del Mundo; y ustedes no deberían denominarme de otro modo en las cartas que me dirigen.»

Su lengua no es menos terrible que su temible pluma; y si los presentes que se le envían no le parecen suficientes, tiene unos agradecimientos feroces. Responde al canciller de Francia que le envió una suma de oro: «No os sorprenda si

me callo. He consumido mi voz para pedir; no me queda más para agradecer.»

A Carlos V, después de una derrota, habiéndole enviado un rico collar, a fin de evitar sus burlas, Aretino le declara sopesando lentamente: «Es bien ligero para tan pesada tontería.»

Francisco I le había ofrecido un brazalete formado de lenguas entrelazadas y llevando por divisa: «Lingua ejus loquetur mendacium.»

Cuando no se le daba bastante rápido, él amenaza; si los regalos son insuficientes los rechaza: «Es cierto que conviene a aquellos que compran la gloria hacerles pagar lo que ella vale, no según su propio valor, sino según la condición de aquél a la que se la concede; pues las pobres plumas tienen grandes problemas en levantar de tierra un nombre pesado como el plomo por su falta de mérito. »

Escribe a Francisco I: «No sabe usted, señor, que no conviene al rango de Vuestra Alteza recordarle los seiscientos escudos que, del propio movimiento de vuestra real lengua dijo usted a mi enviado, deber serme pagados por vuestro embajador.»

Su gran fuerza ha sido sobre todo excitar ardientes rivalidades y odiosos celos entre los príncipes adulándolos y denigrándolos por turno, en detrimento los unos de los otros: «Es necesario hacer que las voces de mis escritos rompan el sueño de la avaricia.»

Los grandes artistas de su tiempo apreciaron además su prodigioso espíritu y su incomparable destreza. Ariosto lo sitúa entre los grandes hombres de Italia.; Tiziano hizo varias veces su retrato; Miguel Ángel se proclamaba su amigo.

Por lo demás, si su profesión de escritor da una inmensa resonancia a sus audacias y a sus escritos, su vida no es una excepción en un país y en un tiempo donde Benvenuto Cellini asesinaba a sus enemigos y a aquellos que incluso cues-

tionaban su genio, el Papa defraudaba el oro que empleaba para él, robaba sin vergüenza, violaba muchachas y se jactaba de esas acciones como de hechos sublimes, pues: «Los hombres como yo, únicos en su profesión, deben ser ajenos a las leyes.»

Era el siglo en el que los prelados romanos elevaban públicamente a sus hijos tras ellos, donde los innumerables cortesanos de los príncipes servían, se decía, «de bufones en su más tierna edad, de mujeres en su infancia, de maridos en su adolescencia, de compañeros en su juventud, de proxenetas en su vejez y de diablos en su decrepitud». El puñal y el veneno eran de uso común en las relaciones sociales como los saludos de sombrero en nuestra época. La muerte de Pietro Aretino fue verdaderamente sorprendente y digna de su vida.

Había llegado a tal estado de renombre que su retrato se encontraba colgado en todas las casas de los pobres y de los príncipes, de los prelados y de las cortesanas, en las tabernas, en los palacios y en los lugares de desenfreno público. Ferdinand de Adda, rector de la universidad de Padua, lo sitúa encima de Carlos V y de Francisco I. La ciudad de Arezzo le hizo noble y Oficial honorario. Se le llamó incluso el Quinto Evangelista.

Pues había compuesto no solamente libros de una extrema impudicia, cartas, sátiras, comedias, libelos, sino también sermones, obras piadosas, vidas de santos llenas de una profunda y oculta ironía.

Habiéndose retirado a Venecia, donde la libertad era absoluta, encontró allí a sus hermanas que llevaban en esta ciudad una vida de placer.

Cierto día, como ellas habían venido a contarle una aventura obscena de la que se jactaban, él se puso a reír tan violentamente que cayó de su silla de espaldas y se mató sobre la baldosa...

Comenzando el relato de la vida de este sorprendente hombre, he escrito el nombre de Panurge. Me parece, en efecto, que Pietro Aretino fue la absoluta personificación del personaje imaginado por Rabelais. Si se añade que Aretino, valiente por momentos como Panurge, fue también cobarde como él en otras ocasiones, pues supo respetar a los intratables, plegarse ante las amenazas de muerte de Tintoreto y de Pierre Strozzi al que había denigrado, recibió palizas que olvidó, bastonazos que perdonó «agradeciendo a Dios concederle esa fuerza», se verá que el parecido entre el panfletario italiano y el tipo de la novela francesa es absolutamente parecido.

Si se constata todavía que Aretino murió en 1556, y Rabelais en 1553, se verá que este tipo de hombre era el paradigma de las costumbres y del ambiente de aquel tiempo.

XXIII

EVOLUCIÓN DE LA NOVELA EN EL SIGLO
XIX⁴⁸

(Artículo aparecido en la *Revue de l'Exposition universelle de 1889*, 2^o vo.)

Lo que hoy se llama novela de costumbres, es una invención bastante moderna. No la haré remontar a *Dafnis y Cloe*, esa égloga poética, sobre la que se extasían los espíritus doctos y tiernos que la Antigüedad exalta, ni con *el Asno*, cuento picante, que escribió Apuleyo, ese clásico decadente.

Solamente me ocuparé, en este sucinto estudio, de la evolución de la novela moderna desde comienzos de este siglo, de lo que se llama novela de aventuras que ya procede de la Edad Media, y, nacida de los relatos de caballería, fue continuada por la Srta. de Escudéry, y más tarde modificada por Frédéric Soulié y Eugène Sue, parece haber tenido su apoteosis en ese narrador genial que fue Alexandre Dumas padre.

Todavía hoy, algunos hombres se dedican a desgranar unas historias tan inverosímiles como interminables, durante quinientas o seiscientas páginas, pero no son leídos por ninguno de aquellos a quienes apasiona, o simplemente interesa, el arte literario.

⁴⁸ Este estudio se basta a si mismo. Vale más que un simple estudio crítico; es en efecto, una síntesis de la historia de la novela en el siglo XVIII y XIX hecha por un escritor que sabe traducir sus preferencias en función de tendencias personales marcadas por el más real buen sentido y al mejor gusto.

– Un artículo indispensable para el crítico que estudie la novela de esos periodos.

Al lado de esta escuela de escritores para la diversión, que se impone raramente a la estima de los letrados, y que ha debido su triunfo a las facultades excepcionales, a la inagotable imaginación y a la elocuencia incansable de ese volcán en erupción de libros, que se llamaba Dumas, se desarrolla en nuestro país una serie de novelistas filósofos cuyos tres antepasados principales, muy distintos de talante, son: Lesage, J.-J. Rousseau y el abad Prévost.

De Lesage procede la línea de los fantásticos espirituales que, mirando al mundo desde su ventana, con unos quevedos sobre sus narices, una hoja de papel ante ellos, psicólogos optimistas, más irónicos que emotivos, nos han mostrado, con una belleza exterior de observación y con elegancia de estilo, apuestas marionetas.

Los hombres de esta escuela, artistas aristocráticos, tienen sobre todo el anhelo de hacernos visible su arte y su talento, su ironía, su delicadeza, su sensibilidad. Los dispensan con profusión, alrededor de ficticios personajes, manifiestamente imaginados, como autómatas a los que ellos animan.

De J.-J. Rousseau proviene la gran familia de los escritores novelistas-filósofos, que han puesto el arte de escribir, tal como se le comprendía antaño, al servicio de las ideas generales. Toman una tesis y la ponen en acción. Su drama no está tomado de la vida, pero sí concebido, combinado y desarrollado con vistas a demostrar la verdad o falsedad de un sistema.

Chateaubriand, virtuoso incomparable, cantor de ritmos escritos, para quién la frase expresa el pensamiento tanto por la sonoridad como por el valor de las palabras, fue el gran continuador del filósofo de Ginebra; y la Sra. Sand tiene todo el aspecto de haber sido la última hija genial de esta saga. Como en Jean-Jacques, se encuentra en ella la única preocupación de personificar unas tesis en unos individuos que son,

a lo largo de toda la acción, los abogados de oficio de las doctrinas de la escritora. Soñadores, utópicos, poetas, poco precisos y poco observadores, pero predicadores elocuentes, artistas y seductores, esos novelistas no tienen hoy demasiada representación entre nosotros.

Pero del abad Prévost nos lleva la poderosa raza de los observadores, de los psicólogos, de los realistas. Es con *Manon Lescaut* cuando nace la admirable forma de la novela moderna.

En este libro, por primera vez, el escritor dejando de ser únicamente un artista, un ingenioso exhibidor de personajes se convierte, súbitamente, sin teorías preconcebidas, por la misma fuerza de la propia naturaleza de su genio, en un sincero, un admirable evocador de seres humanos. Por primera vez recibimos la impresión profunda, emocionante, irresistible de personas parecidas a nosotros, apasionadas y llenas de verdad, que viven su vida, nuestra vida, aman y sufren como nosotros entre las páginas de un libro.

Manon Lescaut, esa inimitable obra maestra, ese prodigioso análisis de un corazón femenino, el más fino, el más exacto, el más penetrante, el más completo, el más revelador tal vez que existe, nos desvela tan desnuda, tan verdadera, tan íntimamente evocada, esa alma ligera, amante, voluble, falsa y fiel de cortesana, que al mismo tiempo nos proporciona información sobre todas las demás almas de mujer, pues todas se parecen un poco, de cerca o de lejos.

Bajo la Revolución y bajo el Imperio, la literatura pareció muerta. No puede vivir más que en épocas de calma, que son épocas de pensamiento. Durante los periodos de violencia y de brutalidad, de política, de guerra y de motines, el arte desaparece, se desvanece completamente, pues la fuerza brutal y la inteligencia no pueden dominar simultáneamente.

La resurrección fue deslumbradora. Surgió una legión de poetas, que se llamaron A. de Lamartine, A. de Vigny, A. de

Musset, Baudelaire, Victor Hugo y dos novelistas aparecieron, con quiénes se data la real evolución de la aventura imaginada a la aventura observada, o mejor a la aventura contada, como si perteneciese a la vida.

El primero de esos hombres, engrandecido durante las sacudidas de la Epopeya imperial, se llama Stendhal, y el segundo, el gigante de las letras modernas, tan enorme como Rabelais, ese padre de la literatura francesa, fue Honoré de Balzac.

Stendhal conservará sobre todo un valor de precursor, es el primitivo de la pintura de costumbres. Ese penetrante espíritu, dotado de una lucidez y de una precisión admirables, de un sentido de la vida sutil y amplio, ha hecho discurrir en sus libros una oleada de pensamientos nuevos, pero ha ignorado completamente el arte, ese misterio que diferencia absolutamente al pensador del escritor, que da a las obras un poder casi sobrehumano, que pone en ellas el encanto inexplicable de las proporciones absolutas y un soplido divino que es el alma de las palabras reunidas para un creador de frases, ha ignorado talmente al todopoderoso estilo que es la forma inseparable de la idea, y confundió el énfasis con el lenguaje artístico, resultando ser, a pesar de su genio, un novelista de segunda línea.

El mismo Balzac no se convierte en un escritor más que en las horas donde parece escribir con furia de caballo desbocado. Encuentra en esos momentos, sin buscarlo, como lo hace inútil y penosamente casi siempre, ese aire, esa precisión, que centuplican la alegría de leer.

Pero uno apenas se atreve a criticar a Balzac. ¿Un creyente se atrevería a reprochar a su dios todas las imperfecciones del universo? Balzac tiene la energía de la fecundidad desbordante, inmoderada, asombrosa de un dios, pero con los odios, las violencias, las imprudencias, las concepciones

incompletas, las desproporciones de un creador que no tiene tiempo de detenerse para buscar la perfección.

No se puede decir que fuese un observador, ni que evoque exactamente el espectáculo de la vida, como lo hicieron después de él algunos novelistas, pero estuvo dotado de una tan genial intuición y creó una humanidad completa tan verdadera, que todo el mundo creyó que era auténtica. Su admirable ficción modificó el mundo, invadió la sociedad, se impuso y pasó del sueño a la realidad. Así pues, los personajes de Balzac, que no existían ante él, parecían salir de sus libros para entrar en la vida, tan completa era la ilusión que había dado a los seres, a las pasiones y a los acontecimientos.

Sin embargo, no codificó su manera de crear como es costumbre hacer hoy. Produjo simplemente con una sorprendente abundancia y una infinita variedad.

Tras él, pronto se forma una escuela, que, basándose en que Balzac escribía mal, que no escribía del todo, erigió en regla la copia precisa de la vida. El Sr. Champfleury fue uno de los más notables de estos realistas, de los que uno de los mejores, Duranty, ha dejado una muy curiosa novela: *Le Malheur d'Henriette Gérard*.

Hasta ese momento, todos los escritores que habían tenido el afán de dar en sus libros la sensación de verdad parecían estar un poco preocupados por lo que se llamaba el arte de escribir. Se dijo incluso que para ellos el estilo era una especie de convención en la ejecución, inseparable de la convención en la concepción, y que el lenguaje pulido y artístico aportaba un aire prestado, una aire irreal a los personajes de la novela que se querían crear completamente parecidos a los de las calles.

Fue entonces cuando un joven, dotado de un temperamento lírico, alimentado de los clásicos, apasionado del arte literario, del estilo y del ritmo de las frases, al no tener otro

amor en el corazón, y armado también de un ojo admirable de observador, de ese ojo que ve al mismo tiempo los conjuntos y los detalles, las formas y los colores, y que sabe adivinar las secretas intenciones juzgando el valor plástico de los gestos y de los hechos, aportó a la historia de la literatura francesa, un libro de una despiadada exactitud y de una impecable ejecución, *Madame Bovary*.

Es a Gustave Flaubert a quien se debe el emparejamiento del estilo y de la observación modernos.

Pero la persecución de la verdad, o más bien de la verosimilitud, llevaba poco a poco, a la búsqueda apasionada de lo que hoy se llama el documento humano.

Los precursores de los realistas actuales se esforzaban en inventar imitando a la vida; los hijos se esfuerzan en reconstruir la vida misma, con piezas auténticas que toman de todos lados. Y las combinan con una increíble tenacidad. Van por todas partes, figonean, acechan, una mochila a la espalda, como los buhoneros. Resulta que sus novelas son a menudo mosaicos hechos tomados en medios distintos y cuyos orígenes, de naturaleza diversa, restan volumen a donde están reunidos el carácter de verosimilitud y homogeneidad que los autores deberían perseguir ante todo.

Los más personales novelistas contemporáneos que han aportado, en la caza y empleo del documento, el arte más sutil y el más poderoso, son seguramente los hermanos Goncourt. Dotados, además, de naturalezas extraordinariamente nerviosas, vibrantes, penetrantes, han llegado a mostrar, como un sabio que descubre un color nuevo, un matiz de la vida casi desapercibido ante ellos. Su influencia sobre la generación actual es considerable y tal vez inquietante, pues, todo discípulo, tomando los procedimientos del maestro, cae en los defectos de los que le salvarán sus magistrales cualidades.

Procediendo más o menos del mismo modo, el Sr. Zola, con una naturaleza mas fuerte, más amplia, más apasionada y menos refinada, el Sr. Daudet con una manera más recta, más ingeniosa, deliciosamente fina y tal vez menos sincera, y algunos hombres más jóvenes como los Sres. Bourget, de Bonnières, etc., etc., completan y parecen terminar el gran movimiento de la novela moderna hacia la verdad. No cito con intención al Sr. Pierre Loti, que permanece siendo el príncipe de los poetas fantásticos en prosa. Para los debutantes que aparecen hoy, en lugar de volverse hacia la vida con una curiosidad voraz, de mirarla por todas partes a su alrededor con avidez, de gozarla o de padecerla con fuerza siguiendo su temperamento, no se miran más que a si mismos, observan únicamente su alma, su corazón, sus instintos, sus cualidades o sus defectos, y proclaman que la novela definitiva no debe ser más que una autobiografía.

Pero como el mismo corazón, incluso visto bajo todas sus facetas, no proporciona temas sin fin, como el espectáculo de la misma alma, repetida en diez volúmenes, se convierte en fatalmente monótona, buscan, mediante ficticias excitaciones, por una práctica estudiada de todas las neurosis, en producir almas tremendamente extravagantes que se esfuerzan tanto en expresar por palabras excepcionalmente descriptivas, imaginadas y sutiles.

Llegamos entonces a la pintura del yo, del yo hipertrofiado por la intensa observación, del yo en que se inoculan los virus misteriosos de todas las enfermedades mentales.

Esos libros citados, si vienen como se les anuncia, ¿no serán los pequeños hijos naturales y degenerados del Adolphe de Benjamín Cosntant?

¿Esta tendencia hacia la personalidad desplegada - pues es la personalidad velada que la que da valor a toda obra, y que se llama genio o talento - esta tendencia no es acaso una prueba de la impotencia para observar, para observar la vida

dispersándose alrededor de si, como haría un pulpo con sus innumerables tentáculos?

Y esta definición, tras la cual se parapetaba Zola en la gran batalla que él ha librado por sus ideas, no será siempre verdadera, pues ella puede aplicarse a todas las producciones del arte literario y a todas las modificaciones que los tiempos aportará : una novela, es la naturaleza vista a través de un temperamento.

Este temperamento puede tener las cualidades más diversas, y modificarse según las épocas, pero tendrá más facetas, como el prisma, reflejará más aspectos de la naturaleza, más espectáculos, cosas, ideas de todo tipo y seres de toda especie, y será grande, interesante y nueva.

XXIV

LO FANTÁSTICO

(*Le Gaulois*: 7 de octubre de 1883)

Lentamente, después de veinte años, lo sobrenatural se ha ido de nuestras almas. Se ha evaporado como se evapora un perfume cuando se abre el frasco que lo contiene. Llevando el envase a las narices y aspirando mucho tiempo, mucho tiempo, se reconoce apenas una ligera fragancia. Se acabó.

Nuestros jóvenes se sorprenden de las ingenuas creencias de sus padres en algo tan ridículo e inverosímil. Jamás conocerán esa sensación de antes, la noche, el miedo al misterio, el miedo a lo sobrenatural. Apenas algunos cientos de personas todavía se empeñan en creer en las visitas de los espíritus, en las influencias de ciertos seres o ciertas cosas, en el sonambulismo lúcido, en toda la parafernalia fantasmal. Se acabó.

Nuestro pobre espíritu inquieto, impotente, limitado, asustado por cualquier efecto del que se desconocía la causa, aterrorizado por el espectáculo incesante e incomprensible del mundo, ha temblado durante siglos ante creencias extrañas e infantiles que le servían para explicar lo desconocido. Hoy parece que ha sido engañado, y busca comprender sin saber todavía. El primer paso, el gran paso está dado. Hemos rechazado lo misterioso considerándolo como simplemente inexplorado.

Dentro de veinte años, el miedo a lo irreal no existirá incluso ya en los campesinos. Parece que la Creación ha tomado otro aspecto, otra forma, otra significación que la de antaño. Nos dirigimos con toda certeza al fin de la literatura fantástica.

Esta literatura ha tenido unos periodos y unos estilos muy diversos, desde las novelas de caballerías, *las Mil y una Noches*, los poemas épicos, hasta los cuentos de hadas y las perturbadoras historias de Hoffmann y de Edgar Allan Poe.

Cuando el hombre creía sin vacilar, los escritores fantásticos no tomaban ninguna precaución para desarrollar sus sorprendentes historias. Comenzaban, de primera intención en lo imposible y allí se instalaban describiendo, sobre una infinidad de combinaciones inverosímiles, las apariciones y toda una serie de trucos espantosos para provocar el terror.

Cuando la duda hubo penetrado por fin en los espíritus, el arte se volvió más sutil. El escritor ha buscado matices, ha girado más bien alrededor de lo sobrenatural que introducirse de lleno en él. Ha encontrado unos efectos terribles rozando el límite de lo plausible, ignorando las almas errantes en el espanto. El lector indeciso no sabía más, perdía pie como en una ciénaga en la que el fondo falta en todo momento y se aferraba bruscamente a lo real para hundirse más y más todavía, y debatirse de nuevo en una confusión penosa y febril como una pesadilla.

El extraordinario poder aterrador de Hoffmann y de Edgar Allan Poe procede de esta sabia habilidad, de este modo particular de concebir lo fantástico y de perturbar lo real con hechos naturales donde quedan sin embargo algunos resquicios inexplicables y casi imposibles.⁴⁹

⁴⁹ Maupassant, por gusto tanto como por herencia, se ha volcado en la literatura fantástica. El mismo es un escritor «fantástico» de gran valor [Cf: al respecto P.G. Castex: *El cuento fantástico de Nodier a Maupassant*, ed. Corti. París 1951].

Las crónicas traducen el interés que el escritor tiene por los movimientos aportados por la psiquiatría [Cf: En los baños de mar en *Gil Blas* del 6 de septiembre de 1887], en las infinitas posibilidades que la ciencia ofrece a la literatura fantástica [Cf: *Adios misterios* en *Le Gau-*

El gran escritor ruso, fallecido recientemente, Ivan Tourgueneff, era en ocasiones, un narrador fantástico de primera magnitud.

Se encuentra, de vez en cuando, en sus libros, algunos de estos relatos misteriosos y sobrecogedores que congelan la sangre en las venas. Sin embargo en sus obras, lo sobrenatural aparece de un modo tan vago, tan disimulado que incluso apenas puede decirse que haya tenido intención de introducirlo. Contaba muchas veces esto que él había sentido, como le había afectado, haciendo emerger lo turbio de su alma, su angustia ante lo que no comprendía, y esa poderosa sensación del miedo inexplicable pasaba como un soplo desconocido procedente de otro mundo.

En su libro *Historias extrañas*, describe de un modo singular, sin palabras de efecto, sin expresiones de sorpresa, una visita hecha por él, en un pueblo, a una especie de sonámbulo idiota, que jadeaba leyendo. Narra en el cuento titulado *Toc Toc Toc*, la muerte de un imbécil, orgulloso e iluminado, con tan prodigiosa capacidad turbadora que uno se siente enfermo, nervioso y temeroso ante las páginas. En una de sus obras maestras: *Tres Encuentros*, esta sutil e imperceptible emoción de lo desconocido inexplicable, pero po-

lois del 8 de noviembre de 1881; *Un milagro*; *Gil Blas* del 9 de mayo de 1886].

– A los escritores fantásticos terroríficos como Poe y Swinburne [Cf. *Notas sobre Algernon Charles Swinburne: Echo de Paris* del 17 de marzo de 1891], Maupassant parece preferir los narradores que saben «haceros pasar estremecimientos en las venas por su único poder de evocación... sin palabras de efecto, sin expresiones de sorpresa» El tipo de esos contadores es Tourgueneff; el escritor le ha dedicado además varias crónicas.

sible, llega al punto más álgido de la belleza y de la gran literatura. El tema es simple. En tres ocasiones a un hombre, bajo unos cielos diferentes, en unas regiones alejadas las unas de las otras, en unas circunstancias muy diversas, le ha parecido oír, por casualidad, una voz de mujer que cantaba. Esta voz le invade como un hechizo. No sabe quién es ella. Nada más. Pero todo el misterio adorable del sueño, todo aquello más allá de la vida, todo el arte místico encantador que conlleva el espíritu en el culmen de la poesía, circulan por estas páginas profundas y claras, tan simples y a la vez tan complejas.

Lo que sin embargo constituyó su poder de escritor fue, dicho por él mismo con su voz un poco espesa e indecisa, que el proporcionaba al alma la más fuerte emoción.

Estaba sentado, hundido en un sillón, la cabeza pesada sobre los hombros, las manos posadas sobre los brazos del asiento, y la rodillas dobladas en ángulo recto. Sus cabellos, de un blanco deslumbrante, caían lacios de la cabeza sobre el cuello y se mezclaban con la barba blanca que le caía sobre el pecho. Sus enormes cejas blancas parecían una borla sobre sus ojos ingenuos, grandes, abiertos y encantadores. Su nariz, muy fuerte, daba a su figura un aspecto un poco grueso, atenuado apenas por la delicadez de su sonrisa y su boca. Nos miraba fijamente y hablaba con lentitud, buscando la palabra; pero siempre encontraba la idónea, o casi siempre, la única. Todo lo que decía evocaba una imagen de un modo penetrante, tomaba el espíritu como un ave de presa con sus garras. Y ponía en sus relatos un gran horizonte, eso que los pintores llaman "el aire", una larga idea infinita al mismo tiempo que una precisión minuciosa.

Un día, en casa de Gustave Flaubert, la noche ya avanzada, nos contó así la historia de un muchacho que no conocía a su padre y que lo encontró, lo volvió a perder encontrándole más tarde, sin estar seguro de que fuese él, en las

circunstancias posibles más sorprendentes, inquietantes, alucinantes, descubriéndole finalmente, ahogado sobre un arenal desierto y sin límites. Descrito todo con tal poder de terror inexplicable, que cada uno de nosotros soñó con este extraño relato.

Unos hechos muy simples tomaban a veces, en su espíritu, y por tanto en sus libros, un carácter misterioso. Nos contó una noche, después de cenar, su encuentro con una joven en un hotel, y la especie de fascinación que esta muchacha ejerció sobre él desde el primer segundo; trató incluso de hacernos comprender las causas de esta seducción, y nos habló del modo que ella tenía de abrir los ojos sin fijarlos al principio, y de dotarlos enseguida de un movimiento muy lento para mirar a la gente. Nos contaba la elevación de sus párpados, de las pupilas, las arrugas de las cejas, con una tan extraña nitidez del recuerdo que nos fascinaba casi por la evocación de estos ojos desconocidos. Y este simple detalle se convertía más inquietante en su boca que si estuviese contando una historia de terror.

El encanto exquisito de su palabra se transformaba de un modo extraño penetrando en las historias de amor. Escribió, creo, esto que hemos dicho de un modo conmovedor.

Cazaba en Rusia, y recibió la hospitalidad de unos molineros. Como la región le gustaba, resolvió quedar allí algún tiempo. Enseguida se dio cuenta que la molinera le miraba, y, tras algunos días de una galantería rústica y delicada, se hizo su amante. Era una bella muchacha rubia, limpia, fina, casada con un patán. Tenía en el corazón esa instintiva distinción de las mujeres que comprenden por intuición todos los aspectos sutiles del sentimiento, sin haber probado nunca nada.

Él nos narró su encuentro en el granero de paja, que se agitaba con un temblor continuo por la gruesa rueda siempre girando, sus besos en la cocina mientras que, inclinada ante

el fuego, hacía de cenar a los hombres, y la primera mirada que tenía para él cuando regresaba de cazar, después de un día de correrías en los altos matorrales.

Pero tuvo que irse una semana a Moscú, y le preguntó a su amiga que quería que le trajese de la ciudad. Ella no quiso nada. Él le ofreció un vestido, joyas, collares, una piel, ese gran lujo de los rusos.

Ella se negó.

Él se apenaba, desconociendo lo que se proponía. Por fin él le hizo comprender que le provocaría un gran disgusto rechazando su ofrecimiento. Entonces ella dijo:

– ¡Bien!. Tráigame un jabón.

– ¡Como, un jabón! ¿Qué jabón?

– Un jabón fino, un jabón con olor a flores, como esos de las damas de la ciudad.

Muy sorprendido, no comprendía la razón de esta extraña petición. Le preguntó:

– ¿Pero, por que quieres precisamente un jabón?

– Para lavarme las manos y que usted me las bese como hace a las damas.

Contaba esto de tal modo, este hombretón tierno y bueno, que entraban ganas de llorar.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

DE LAS OBRAS DE MAUPASSANT APARECIDAS O REPRODUCIDAS EN LOS PERIÓDICOS Y LAS REVISTAS, CON UNA LISTA DE TEXTOS INÉDITOS

Todos los investigadores saben que el tomo XV de las ediciones de la *Librairie de France* de las Obras completas de Guy de Maupassant contiene importantes precisiones bibliográficas sobre la obra del escritor y, en particular, una «Lista de obras, cuentos, relatos, novelas, viajes, versos, teatro, estudios, crónicas... clasificada siguiendo el orden de su composición y de su publicación».

Esta lista, de la que nunca se sabría señalar bastante su interés, contiene desgraciadamente un cierto número de errores u omisiones. E. D. Sullivan y F. Steegmuller se han dedicado a corregir algunos de entre ellos y a completar la lista de las crónicas reproducidas en el tomo XV de las Ediciones de la *Librairie de France*. Al mismo tiempo, André Vial, que acaba de publicar dos magistrales estudios sobre la novela de Guy de Maupassant⁵⁰ aporta algunas felices indicaciones sobre una bibliografía bastante difícil de establecer.

El presente artículo recoge esas diversas contribuciones y, en ocasiones, las completa. Nuestro objetivo es facilitar de este modo el trabajo del investigador que, para encontrar una fecha exacta, debía consultar:

1. Ediciones completas Conard (26 o 29 volúmenes. Paris 1908-1928). Cada cuento está seguido de la fecha de publicación. Pero hay algunos errores y la tabla terminal no remite al periódico a la revista de primera publicación.
2. Ediciones completas de la *Librairie de France* (Librairie Grund), el último tomo, nº XV, publicado en

⁵⁰ Tesis principal: *Guy de Maupassant y el Arte de la novela* (Libr. Nizet) Paris, 1954.

Tesis secundaria: *La génesis de Una Vida, primera novela de Guy de Maupassant* con numerosos documentos inéditos. París (ed. Les Belles Lettres 1954)

- 1938 contiene abundantes y preciosas indicaciones bibliográficas y, en particular, la lista anteriormente señalada. Cf. *Crónicas, Estudios, Correspondencia de Guy de Maupassant* (C.E.C.)
3. El Suplemento a la Bibliografía de Guy de Maupassant por Sullivan y Steegmuller, en la *Revue d'Histoire Littéraire de la France* (1949, octubre-diciembre) (II.). Este suplemento comprende:
 - una lista de crónicas de Guy de Maupassant (por periódico y por año).
 - una lista de los cuentos incorrectamente indicados u [omitidos] en C.E.C.
 4. Un artículo de complemento de Andre Vial, aparecido en el *Bulletin du Bibliophile et du Bibliothécaire* (nº 2 para 1950): «Puesta a punto» que corrige y completa el precedente trabajo.

En nuestro trabajo (1ª parte) reproduciremos pues la Lista tipo de C.E.C. con las correcciones necesarias. Haremos seguir de la mención [Sul. y St.], las referencias rectificadas por Sullivan y Steegmuller. Señalaremos, en anotaciones, los complementos aportados por Andre Vial. En lo concerniente a nuestras propias aportaciones, indicaremos los relatos y crónicas inéditas en mayúsculas, los errores de fechas y los errores de periódicos en caracteres en negrita. Por último señalaremos entre corchetes después de la primera fecha de publicación, las fechas de segunda publicación del cuento en otros periódicos (la mayoría de las veces en su suplemento literario).

En una segunda parte daremos una lista de obras de Maupassant aparecidas en un cierto número de revistas.

En una tercera parte, añadiremos a la lista de los cuentos y crónicas inéditas publicadas por Sullivan y Seegmuller, la lista precisada por A. Vial⁵¹, un cierto número de textos inéditos (cuentos, crónicas, versos, textos diversos).

⁵¹ Que indican por medio de los estudios de F. Neubert (en 1914 y 1919) sobre un cierto número de crónicas (art. cit.)

Finalmente, unas conclusiones precisarán los límites y el alcance de esta búsqueda.

En la presente traducción, se indicarán todos los títulos en español, seguido del correspondiente título original en francés.⁵²

Los colores tienen el siguiente significado:

Cuentos y relatos

Piezas teatrales

Novelas

Libros de viajes

Crónicas (El número que sigue a continuación de la crónica se corresponde con el orden en el que figuran en la página web <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>)

Correspondencia

Otros escritos diversos

Los títulos precedidos por un asterisco son añadidos al texto original, efectuados por este traductor en el año 2009.

⁵² N. del T.

1. OBRAS APARECIDAS EN LOS PERIÓDICOS

- 1875** – **La Traición de la Condesa de Rhune** (*La Trahison de la Comtesse de Rhune*) (extraída de la obra de P.Borel y “Petit Bleu”: *El Destino trágico de Guy de Maupassant*). Ed. de France, 1927).
- 1876** – **Balzac según sus Cartas** (2) (*Balzac d’après ses Lettres*) (*Nation*, 22 de noviembre).
– **Un Ensayo** (*Une Repetition*) en *Antología de Sainetes y Monólogos* (Tresse, 1879, 6ª serie). [Retomado en el Suplemento Literario de “*La Lanterne*”, 28 de febrero de 1893].
- 1877** – **Los poetas franceses del siglo XVI** (3) (*Les Poètes français du XVI^e*) (*Nation*, 17 de enero).
- 1879** – **Una Historia de Antaño** (*Histoire du Vieux Temps*. Comedia en verso. Tercer Teatro Francés (Déjazet, 19 de febrero). [Vuelto a publicar en el Suplemento Literario de “*La Lanterne*”, 27 de noviembre de 1890]
– El Papá de Simon (*Le Papa de Simon*) (*La Réforme*, 1 de diciembre)¹. [Vuelto a publicar en el Suplemento Literario de la “*Lanterne*”, 17 de marzo de 1889, y en *L’Intransigeant Illustré*, 25 de septiembre de 1890].²

¹ Fecha establecida por Artine Artinian Cf: *Notas de lenguaje moderno* (Nov. 1948). Se trata de la *Reforma política, literaria...*

² S.L.L.: Suplemento Literario de “*La Lanterne*”. – S.P.P.: Suplemento literario del “*Petit Parisien*”. – S.P.J.: Suplemento literario del “*Petit Journal*”. – S.E.P.: Suplemento ilustrado del “*l’Echo de Paris*”. – G.B.I.: “*Gil Blas Illustré*”. – E.S.: “*Echo de la Semaine*” – L.T.: “*La Lune Troyenne*”. – I.I.: “*L’Intransigeant Illustré*”. – S.L.F.: “Suplemento Literario del “*Figaro*””.

- 1880** –Las Veladas de Médan. Como fue hecho ese libro (4) (*Les Soirées de Médan. Comment ce livre a été fait*) (*Le Gaulois*, 17 de abril).
- Bola de Sebo (*Boule de Suif*) (Publicado el 16 de abril en *Las Veladas de Médan*, en la editorial Charpentier).
- Los Domingo de un Burgués de París (*Les Dimanches d'un Bourgeois de Paris*) (publicado en *el Gaulois* a partir del 31 de mayo, y cada lunes hasta el 18 de agosto).
- Étretat (5) (*Étretat*) (*Gaulois*, 20 de agosto). Firmado: Chaudron du Diable.
- Recuerdos de un Año: Una Tarde con Gustave Flaubert (6) (*Souvenir d'un An: Un Après-midi chez Gustave Flaubert*) (*Gaulois*, 23 de agosto de 1880)
- COMO SE COME UNO LA MOLLERA (*Gaulois*, 29 de agosto). [Cf. mismo cuento que “Suicidas”, *Gil Blas*, 17 de abril de 1883].
- Gustave Flaubert según sus Cartas (7) (*Gustave Flaubert d'après ses Lettres*) (*Gaulois*, 6 de septiembre).
- Los Consejos de una Abuela (*Les Conseils d'une Grand'mere*) (*Gaulois*, 13 de septiembre). (Ver. “Antaño (Jadis)”, *Gil Blas*, 30 de octubre 1883). [S.L.F. 9 de enero de 1892; G.B.I. 30 de octubre 1892]
- La Patria de Colomba (8) (*La Patrie de Colombe*) («**Gaulois**», 27 de septiembre).
- El monasterio de Corbara (9) (*Le Monastère de Corbara*) (*Gaulois*, 5 de octubre).
- Bandidos Corsos (10) (*Bandits corses*) (*Gaulois*, 12 de octubre)
- Una página inédita de la Historia (11) (*Une Page d'Histoire inédite*) (*Gaulois*, 27 de octubre).
- Magdalena-Bastilla (12) (*Gaulois*, 9 de noviembre)
- El Inventor de la Palabra Nihilismo (13) (*L'Inventeur du mot Nihilisme*) (*Gaulois*, 21 de noviembre).
- China y Japón (14) (*Chine et Japon*) (*Gaulois*, 3 de diciembre)
- El País de los Korrigans (15) (*Le Pays des Korrigans*) (*Gaulois*, 10 de diciembre).

- La Señora. Pasca (16) (*Madame Pasca*) (*Gaulois*, 19 de diciembre).
- La Lisistrata Moderna (17) (*La Lysistrata moderne*) (*Gaulois*, 30 de diciembre).

- 1881**
- La Casa Tellier (*La Maison Tellier*) (Havard, 1881).
 - *Los regalos (19) (*Les cadeaux*) (*Gaulois*, 7 de enero)
 - *La verde Eire (21) (*La verte Eirin*) (*Gaulois*, 23 de enero)
 - *El arte de romper (22) (*L'artre de rompre*) (*Gaulois*, 31 de enero)
 - *Las desconocidas (23) (*Les inconnues*) (*Gaulois*, 13 de febrero)
 - *Costumbres diarias (24) (*Les Moeurs du jour*) (*Gaulois*, 9 de marzo)
 - * Casa de artista (25) (*Maison d'artiste*) (*Gaulois*, 12 de marzo)
 - OPINIÓN PÚBLICA (*OPINION PUBLIQUE*) (*Gaulois*, 21 de marzo)¹
 - *En el Museo de Historia Natural (26) (*Au Muséum d'Histoire Naturelle*) (*Gaulois*, 23 de marzo)
 - *Enamorados y hortalizas (27) (*Amoureux et printeurs*) (*Gaulois*, 30 de marzo)
 - *Arte y artificios (28) (*Art et artifices*) (*Gaulois*, 4 de abril)
 - *Bouvard y Pécuchet (29) (*Bouvard et Pécuchet*) (*Suplemento del Gaulois*, 6 de abril)
 - *El respeto (30) (*Le respect*) (*Gaulois*, 22 de abril)
 - *Propietarios y violetas (31) (*Propriétaires et lilas*) (*Gaulois*, 29 de abril)
 - En una noche de primavera (*Par un Soir de Printemps*) (*Gaulois*, 7 de mayo).
 - *Balancines (32) (*Balançoires*) (*Gaulois*, 12 de mayo)
 - *Entusiasmo y teatralidad (33) (*Enthousiasme et caboti-*

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

- nage) (*Gaulois*, 19 de mayo)
- *El prejuicio del deshonor (34) (*Le préjugé du deshonneur*) (*Gaulois*, 26 de mayo)
- HISTORIA DE UN PERRO (*HISTOIRE D'UN CHIEN*) (*Gaulois*, 2 de junio).
- *La Escala Social (35) (*L'Échelle social*) (*Gaulois*, 9 de junio)
- *El espíritu en Francia (36) (*L'Esprit en France*) (*Gaulois*, 19 de junio)
- *Los poetas griegos contemporáneos (37) (*Les poètes grecs contemporaines*) (*Gaulois*, 23 de junio)
- *¡Viva Mustafá! (38) (*Vive, Mustapha!*) (*Gaulois*, 30 de junio)
- *¡Bah! (39) (*Zut!*) (*Gaulois*, 5 de julio)
- *Carta desde África (40) (*Lettre d'Afrique*) (*Gaulois*, 20 de agosto)
- *¡Ve a sentarte! (41) (*Va t'asseoir !*) (*Gaulois*, 8 de septiembre)
- *En torno a un libro (42) (*Autour d'un livre*) (*Gaulois*, 4 de octubre)
- *La cortesía (43) (*La politesse*) (*Gaulois*, 11 de octubre)
- Camaradería (44) (*Camaraderie*) (*Gaulois*, 25 de octubre).
- Una Respuesta (45) (*Une Réponse*) (*Gaulois*, 27 de octubre).
- *Las mujeres (46) (*Les femmes*) (*Gil Blas*, 29 de octubre)
- *El arte de gobernar (47) (*L'art de gouverner*) (*Gaulois*, 1 de noviembre)
- *Adiós misterios (48) (*Adieu, mystères*) (*Gaulois*, 8 de noviembre)
- *Políticas (49) (*Politiciennes*) (*Gil Blas*, 10 de noviembre)
- *Galantería sagrada (50) (*Galanterie Sacrée*) (*Gil Blas*, 17 de noviembre)

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

- *Un dilema (51) (*Un dilemme*) (*Gaulois*, 22 de noviembre)
- *A Fígaro (52) (*A Figaro*) (*Gil Blas*, 24 de noviembre)
- *Estiliana (53) (*Styliana*) (*Gaulois*, 29 de noviembre)
- HISTORIA CORSA (*HISTOIRE CORSE*) (*Gil Blas*, 1 de diciembre)¹
- *El duelo (54) (*Le duel*) (*Gil Blas*, 8 de diciembre)
- *Segunda Barba (55) (*Deuxième barbe*) (*Gil Blas*, 9 de diciembre)
- EL PECIO (EPAVES) (*Gaulois*, 9 de diciembre). Inédito.
- *Pensamientos libres (56) (*Pensées livres*) (*Gaulois*, 14 de diciembre)
- *La piedad (*La pitié*) (57) (*Gaulois*, 22 de diciembre)
- La prueba (*Une Épreuve*) (*Gil Blas*, 22 de diciembre) (Sull. y St.) [Cf: Una Aventura Parisina (*Une Aventure Parisienne*)].
- *Cosas del día (*Choses du jour*) (58) (*Gaulois*, 28 de diciembre)
- La Mujer de Paul (*La Femme de Paul*) (sin lugar ni fecha).

- 1882** – *Los empleados (59) (*Les employes*) (*Gaulois*, 4 de enero)
- Una Cena de Nochebuena (*Un Réveillon*) (*Gil Blas*, 5 de enero) (Sul. y St.) [I.I., 2 de abril de 1891]
 - PETICIÓN DE UN VIVIDOR A SU PESAR (*PÉTITION D'UN VIVEUR MALGRÉ LUI*) (*Gil Blas*, 12 de enero)¹
 - *Emile Zola (60) (Émile Zola) (*Gaulois*, 14 de enero)
 - El Pastel (*Le Gâteau*) (*Gil Blas*, 19 de enero) (Sull. y St.).
 - *Los conversadores (61) (*Les causeurs*) (*Gaulois*, 20 de

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

enero)

–***El adulterio** (62) (*L'adultere*) (*Gaulois*, 23 de enero)

–***¿Quién tiene la culpa?** (63) (*A qui la faute*) (*Gaulois*, 25 de enero)

– El Leño (*La Bûche*) (*Gil Blas*, 26 de enero) [*I.T.* 3 de noviembre de 1889; *I.I.* 20 de octubre de 1890; *S.E.P.* 5 de julio de 1891]

–***Las mujeres de teatro** (64) (*Las femmes de theatre*) (*Gaulois*, 1 de febrero)

Las palabras de amor (*Les Mots d'Amour*) (*Gil Blas*, 2 de febrero) (Sull. y St.). [*L.T.*, 7 de julio de 1889]

–***Las cantinelas** (65) (*Les Scies*) (*Gaulois*, 8 de febrero)

–***Focas y ballenas** (66) (*Phoques et baleines*) (*Gil Blas*, 9 de febrero)

–***El honor y el dinero** (67) (*L'honneur et l'argent*) (*Gaulois*, 14 de febrero)

– RECUERDO (*SOUVENIR*) (*Gil Blas*, 16 de febrero). Inédito.

–***Venganza de artista** (68) (*Vengeance d'artiste*) (*Gau-*

¹ Este cuento inédito es utilizado por A. Vial en su admirable tesis de Doctorado (op. cit. p 485). Cf también: «*Puesta a Punto*» Boletín citado (p. 98). André Vial señala que Maupassant “reutilizó los datos y muchas frases” de este cuento inédito en *Humilde Drama* del *Gil Blas* del 2 de octubre de 1883.

² Un cierto número de cuentos inéditos o crónicas inéditas teniendo la forma de un cuento estarán recogidas en la edición completa: *Cuentos y Relatos* de Guy de Maupassant, textos presentados, corregidos, clasificados por Albert-Marie Schmidt con la colaboración de Gérard Delaisement (Ediciones Albin Michel, 1956)

³ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

⁴ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

⁵ Andre Vial (art.cit. p. 99) hace esta observación y precisa que ese último cuento no debe ser confundido con “*l'Assassin*” (*Gil Blas* 1 de noviembre de 1887)

- lois, 20 de febrero)
- *Fin de la risa (69) (*Fin de rire*) (*Gil Blas*, 23 de febrero)
 - *Los héroes modestos (70) (*Les héros modestes*) (*Gaulois* 1 de marzo)
 - Marocca (*Marocca*) (*Gil Blas*, 2 de marzo)
 - *Leyendo (71) (*En lisant*) (*Gaulois*, 9 de marzo)
 - El Salto del Pastor (*Le Saut du Berger*) (*Gil Blas*, 9 de marzo).
 - La Cama (*Le Lit*) (*Gil Blas*, 16 de marzo)
 - *Cuestión literaria (72) (*Question littéraire*) (*Gaulois*, 18 de marzo)
 - *Las multitudes (73) (*Les foules*) (*Gaulois*, 23 de marzo)
 - Señorita Fifi (*Mademoiselle Fifi*) (*Gil Blas*, 23 de marzo) (Sull. y St.) (Versión más corta que la publicada en volumen).
 - Cosas viejas (*Vieux Objets*) (*Gil Blas*, 29 de marzo) (Sull. y St.)
 - El Ciego (*L'Aveugle*) (*Gaulois*, 31 de marzo)
 - *Comedia y Drama (74) (*Comédie et drame*) (*Gaulois*, 4 de abril)
 - Magnetismo (*Magnétisme*) (*Gil Blas*, 5 de abril)
 - *Cosas y demás (75) (*Choses et d'autres*) (*Gil Blas*, 12 de abril)
 - La Roca de los Pájaros Bobo (*La Roche aux Guillemots*) (*Gaulois*, 14 de abril) (Sull. y St.) [S.P.P. 12 de abril de 1891; S.P.J. 25 de julio de 1891]
 - Un Hijo (*Un Fils*) (*Gil Blas*, 19 de abril) (bajo el título: “Padre desconocido” (“*Père Inconnu*”)).
 - *Las amigas de Balzac (76) (*Les amies de Balzac*) (*Gaulois*, 22 de abril)
 - *Novelas (77) (*Romans*) (*Gil Blas*, 23 de abril)
 - *Conflictos divertidos (78) (*Conflits pour rire*) (*Gil Blas*, 1 de mayo)
 - *Crónica (79) (*Cronique*) (*Gaulois*, 2 de mayo)
 - De Viaje (*En Voyage*) (***Gil Blas*, 10 de mayo**) (otro relato del mismo título, *Gaulois*, 10 de mayo de 1883)

- *Georges Sand según sus cartas (80) (*Georges Sand selon ses lettres*) (*Gaulois*, 13 de mayo)
- *Notas de un demolidor (81) (*Notes d'un démolisseur*) (*Gil Blas*, 17 de mayo)
- Un Bandido Corso (*Un Bandit Corse*) (*Gil Blas*, 25 de mayo).
- ENCUENTRO (*RENCONTRE*) (*Gaulois*, 26 de mayo). Indédito¹
- *Perfiles de escritores (82) (*Profils d'écrivains*) (*Gaulois*, 1 de junio)
- La Velada (*La Veillée*) (*Gil Blas*, 7 de junio) [S.P.P. de 5 de enero de 1890]
- Sueños (*Rêves*) (*Gaulois*, 8 de junio) (Sull. y St.).
- *Crónica (83) (*Cronique*) (*Gaulois*, 14 de junio)
- OTROS TIEMPOS (*AUTRES TEMPS*) (*Gil Blas*, 14 de junio). Inédito²
- Historia Verdadera (*Histoire Vrai*) (*Gaulois*, 18 de junio).
- El Ladrón (*Le Voleur*) (*Gil Blas*, 21 de junio) [I.I. 18 de septiembre de 1890; S.P.P. 9 de noviembre de 1890]
- *Las ancianas (84) (*Les Vieilles*) (*Gaulois*, 25 de junio)
- *Respecto del divorcio (85) (*A propos du divorce*) (*Gaulois*, 27 de junio)
- Confesiones de una Mujer (*Confessions d'une Femme*) (*Gil Blas*, 28 de junio, bajo el título “El Acecho” (“*L’Affût*”))
- Claro de Luna (*Clair de Lune*) (*Gaulois*, 1 de julio) (Sull. y St.)
- Cantó un Gallo (*Un Coq chanta*) (*Gil Blas*, 5 de julio) [L.T. 10 de febrero de 1889].
- *Discurso académico (86) (*Discours Academique*) (*Gil Blas*, 18 de julio)
- *Crónica (87) (*Cronique*) (*Gaulois*, 20 de julio)
- El Niño (*L’Enfant*) (*Gaulois*, 24 de julio) otro relato del mismo título, en *Gil Blas*, 18 de septiembre de 1883.
- Respuestas a F. Sarcey y a A. Wolff a propósito de “La Srta. Fifi” (*Réponses a F. Sarcey et à A. Wolff au sujet de*

- “*M^{lle} Fifi*”), Bajo el título ***Los bajos fondos** (88) (*Les bas-fonds*) (*Gaulois*, 28 de julio)
- El Cerrojo (*Le Verrou*) (*Gil Blas*, 25 de julio) [*S.L.L.*, 4 de marzo de 1888; *L.T.* 4 de agosto de 1889; *G.B.I.*, 22 de enero de 1893].
- ***La bella Ernestina** (89) (*La belle Ernestine*) (*Gil Blas*, 1 de agosto)
- UN DRAMA VERDADERO (*UN DRAME VRAI*) (*Gaulois*, 6 de agosto)³
- Broma Normanda (*Farce Normande*) (*Gil Blas*, 8 de agosto) [*L.T.* 27 de abril de 1890: *I.I.* 16 de octubre de 1890]
- Mi Tío Sosthene (*Mon Oncle Sosthène*) (*Gil Blas*, 12 de agosto).
- ***Una mujer** (90) (*Une femme*) (*Gil Blas*, 16 de agosto)
- VIAJE DE NOVIOS (*VOYAGE DE NOCE*) (*Gaulois*, 18 de agosto)⁴
- ***Louis Bouilhet** (91) (*Louis Bouilhet*) (*Gaulois*, 21 de agosto)
- Una Pasión (*Une Passion*) (*Gil Blas*, 22 de agosto).
- ¿Loco? (*Fou?*) (*Gil Blas*, 23 de agosto)
- Correspondencia (*Correspondance*) (*Gil Blas*, 23 de agosto).
- Una Viuda (*Une Veuve*) (*Gaulois*, 1 de septiembre) [*S.L.L.* 7 de abril de 1889; *I.I.* 5 de febrero de 1891]
- ***Poetas** (92) (*Poètes*) (*Gil Blas*, 7 de septiembre)
- La Herrumbre (*La Rouille*) (*Gil Blas*, 14 de septiembre, bajo el título “Sr. de Coutelier” (“*M. de Coutelier*”)) [*L.T.* 24 de noviembre de 1889].
- La Enrejilladora (*La Rempailleuse*) (*Gaulois*, 17 de septiembre) (Sull. y St.) [*I.I.* 9 de julio de 1891]
- Una Estratagema (*Une Ruse*) (*Gil Blas*, 25 de septiembre) [*S.L.L.* 17 de agosto de 1884; *I.I.* 23 de octubre de 1890]
- Un Parricida (*Un Parricide*) (*Gaulois*, 25 de septiembre) (Sull. y St.) Vuelto a publicar íntegramente bajo el título “El Asesino” (“*L’Assassin*”) en *Gil Blas*, 19 de agosto de

1884⁵ con una variante: La conclusión del primero cuento: “Pronto pasará. Si fuésemos jurados, ¿qué haríamos de ese parricida “ se ha condensado en “¿qué se hará de ese parricida?”

- Un Viejo (*Un Vieux*) (*Gil Blas*, 26 de septiembre). Inédito (Sull. y St.)
- Pierrot (*Pierrot*) (*Gaulois*, 9 de octubre) [*I.I.* 19 de marzo de 1881; *S.I.P.J.* 27 de febrero de 1892]
- Un Normando (*Un Normand*) (*Gil Blas*, 10 de octubre) [*I.I.* de 7 de mayo de 1891]
- El Perdón (*Le Pardon*) (*Gaulois*, 16 de octubre) [*S.P.P.* de 21 de julio de 1889; *I.I.* 11 de junio de 1891].
- La Reliquia (*La Relique*) (*Gil Blas*, 17 de octubre)
- Claro de Luna (*Clair de Lune*) (*Gil Blas*, 19 de octubre) [*L.T.* 15 de julio de 1888]
- El Miedo (*La Peur*) (*Gaulois*, 23 de octubre) [*S.L.E.P.* de 20 de diciembre de 1891]
- Campesinos (*Aux Champs*) (*Gaulois*, 31 de octubre) [*I.I.* 5 de marzo de 1891; *S.I.P.J.* 20 de junio de 1891]
- Un Millón (*Un Million*) (*Gil Blas*, 2 de noviembre)
- *El hombre de letras (93) (*L’homme de lettres*) (*Gaulois*, 6 de noviembre)
- El Testamento (*Le Testament*) (*Gil Blas*, 7 de noviembre) [*S.P.P.* 22 de junio de 1890; *I.I.* 9 de octubre de 1890]
- El Lobo (*Le Loup*) (*Gaulois*, 14 de noviembre) [*I.I.* 12 de febrero de 1891]
- El Beso (*Le Baiser*) (*Gil Blas*, 14 de noviembre) (*Sull. y St.*)
- Minué (*Menuet*) (*Gaulois*, 20 de noviembre) [*I.I.* 13 de noviembre de 1890; *S.P.P.* 14 de junio de 1891; *S.I.P.J.* 4 de julio de 1891]
- Ese Cerdo de Morín (*Ce Cochon de Morin*) (*Gil Blas*, 21 de noviembre) [*G.B.I.*, 12 de marzo de 1893]
- Madame Baptiste (*Madame Baptiste*) (*Gil Blas*, 20 de noviembre) [*L.T.* 29 de septiembre de 1889; *I.I.* 11 de diciembre de 1890]
- El Inglés de Étretat (94) (*L’Anglais d’Étretat*) (*Gaulois*,

29 de noviembre)

- Mi Mujer (*Ma Femme*) (*Gil Blas*, 5 de diciembre).
- La Becada (*La Bécasse*) (*Gaulois*, 5 de diciembre (reunido en: *La folle*). Título: «**La Folle**» [*L.T.* 4 de marzo de 1888; *S.P.P.* 1 de junio de 1890; *I.I.* 2 de abril de 1891]
- La Herrumbre (*Rouerie*) (*Gil Blas*, 12 de diciembre).
- La leyenda del Monte Saint-Michel (*La légende du Mont Saint-Michel*) (*Gil Blas*, 19 de diciembre) [*S.L.L.* 25 de abril de 1889].
- Yveline Samoris (*Yveline Samoris*) (*Gaulois*, 20 de diciembre).
- Cuento de Navidad (*Conte de Noël*) (*Gaulois*, 25 de diciembre).
- Noche de Navidad (*Nuit de Noël*) (*Gil Blas*, 26 de diciembre)
- Un Golpe de Estado (*Un Coup d'État*) (Sin lugar ni fecha).

- 1883**
- El Sustituto (*Les Remplaçants*) (*Gil Blas*, 2 de enero) (Sull. Y St.) [*L.T.* 20 de octubre de 1889]
 - *Miscelánea (95) (*Pot-Pourri*) (*Gaulois*, 3 de enero)
 - *Con el ministro (96) (*Chez ministre*) (*Gil Blas*, 9 de enero)
 - A Caballo (*A Cheval*) (*Gaulois*, 14 de enero) [*I.I.* 23 de julio de 1891; *S.L.E.P.* 6 de diciembre de 1891]
 - Los Zuecos (*Les Sabots*) (*Gil Blas*, 23 de enero) (Sull. y St.) [*G.B.I.* 20 de mayo de 1891 y *L.T.* 12 de febrero de 1898]
 - El Sr. Yocasta (*Monsieur Jocaste*) (*Gil Blas*, 23 de enero)
 - Junto a un muerto (*Auprès d'un mort*) (*Gil Blas*, 30 de enero)
 - *Meditación de un burgués (97) (*Méditation d'un bourgeois*) (*Gaulois*, 31 de enero)
 - *El exilio (98) (*L'exil*) (*Gaulois*, 8 de febrero)
 - En la mar (*En mer*) (*Gil Blas*, 12 febrero) (*Gaulois*, 9 de junio de 1883; *S.I.P.J.* 21 de febrero de 1891; *I.I.*, 2 de julio de 1891)

- *Rodando (99) (*En rôdant*) (*Gaulois*, 14 de febrero)
- Un sueño (*Réveil*) (*Gil Blas*, 20 de febrero).
- *En una sesión (100) (*En séance*) (*Gil Blas*, 27 de febrero)
- *Cerámica antigua (101) (*Vieux pots*) (*Gil Blas*, 6 de marzo)
- El afeminado (*L'Homme-fille*) (*Gil Blas*, 13 de marzo.)
- La Señorita Cocotte (*Mademoiselle Cocotte*) (*Gil Blas*, 20 de marzo) ¹ [*I.I.* 16 de abril de 1891; *S.I.P.J.* 29 de agosto de 1891]
- *Lo alto y lo bajo (102) (*Le haut et le bas*) (*Gaulois*, 16 de marzo)
- *Figuras de porcelana (103) (*Bibelots*) (*Gaulois*, 22 de marzo)
- Dos amigos (*Deux amis*) (*Gaulois*, 24 de marzo) (Sul. y St.) [*I.I.* 5 de noviembre de 1891]
- Las joyas (*Les bijoux*) (*Gil Blas*, 27 de marzo) [*I.I.* 29 de octubre de 1891]
- San Antonio (*Saint-Antoine*) (*Gil Blas*, 3 de abril) [*G.B.I.* 14 de junio de 1891]
- Aparición (*L'Apparition*) (*Gaulois*, 4 de abril)
- EL CONDENADO A MUERTE (*Le condamné a mort*) (*Gil Blas*, 19 de abril) Inédito.
- La aventura de Walter Schnaffs (*L'Aventure de Walter Schnaffs*)(*Gaulois*, 11 de abril).
- Suicidas (*Suicides*) (*Gil Blas*, 17 abril) [Reanudación de «*Comme on se brûle la cervelle.*» *Gaulois*, 29 de agosto de 1880], [*S.P.P.* de 10 de agosto de 1890; *I.I.* de 30 de abril de 1891; *S.I.P.J.* de 29 de octubre de 1892]
- *Las mujeres de letras (104) (*Les femmes de lettres*) (*Gaulois*, 24 de abril)

¹ A. Vial (art. cit. p 98) precisa que *Mlle Cocotte*, cuento aparecido en el *Gil Blas* del 20 de marzo de 1883, había sido ya publicado por *le Gaulois* del 2 de junio de 1881 bajo el título *Histoire de un perro*. En realidad, este cuento es claramente distinto del precedente, al menos en su forma.

- La Reina Hortensia (*La reine Hortense*) (*Gil Blas*, 24 de abril).
- *El Sr. Victor Cherbuliez (105) (*M. Victor Cherbuliez*) (*Gil Blas*, 1 de mayo)
- *Sèvres (106) (*Sèvres*) (*Gil Blas*, 8 de mayo)
- Viajando (*En voyage*) (*Gaulois*, 10 de mayo) [otro relato con el mismo título en *Gil Blas*, 10 de mayo de 1882] [S.P.P., 6 de abril de 1890].
- UNA SORPRESA (*Gil Blas*, 15 de mayo). Inédito (Sul y St.)
- *El amor de los poetas (107) (*L'amour des poètes*) (*Gil Blas*, 22 de mayo)
- El tío Milon (*Le père Milon*) (*Gaulois*, 22 de mayo).
- El pan maldito (*Le pain maudit*) (*Gil Blas*, 29 de mayo) [I.I. 9 de abril 1891; G.B.I. 12 de febrero de 1893]
- El amigo Joseph (*L'ami Joseph*) (*Gaulois*, 3 de junio)
- *Las máscaras (108) (*Les masques*) (*Gil Blas*, 5 de junio)
- La madre de los monstruos (*La mère aux monstres*) (*Gil Blas*, 12 de junio) (Sul. y St.)
- El huérfano (*L'Orphelin*) (*Gaulois*, 15 de junio)
- *De Paris a Rouen (109) (*De Paris à Rouen*) (*Gil Blas*, 19 de junio)
- *La igualdad (110) (*L'egalité*) (*Gaulois*, 25 de junio)
- El Invernadero (*La Serre*) (*Gil Blas*, 26 de junio) (Sul y St.)
- Denis (*Denis*) (*Gaulois*, 28 de junio)
- ¿É? (*Lui?*) (*Gil Blas*, 3 de julio) [S.I.P.J., 8 de agosto de 1891]

¹ En relación con este cuento A. Vial, art. cit. (p. 90) aporta las siguientes precisiones: «El cuento que apareció en el *Gaulois* el 21 de octubre de 1883, bajo el título *l'Aveu*, está recogido en *les Contes du Jour et de la Nuit* bajo el título *la Confession*, que se puede leer en la misma antología. Además, este cuento, bajo el nuevo título (*la confesión*), que le da *les Contes du Jour et de la Nuit*, no debe ser confundido con *la confesión* del *Gil Blas* del 12 de agosto de 1884 (El *Rosier de Madame Husson*) ni con *la Confesión* del Figaro del 18 de noviembre de 1884.»

- Miss Harriet (*Miss Harriet*) (*Gaulois*, 9 de Julio, bajo el título “Miss Hastings”)
- La ventana (*La fenêtre*) (*Gil Blas*, 10 de julio) [*L.T.* 28 de octubre de 1888]
- El asno (*L’âne*) (*Gaulois*, 15 de julio, bajo el título: “Le bon jour”).
- *Pequeños viajes: En Auvergne (111) (*Petits voyages*) (*Gil Blas*, 17 de julio)
- El mal de André (*Le mal d’André*) (*Gil Blas*, 24 de julio) (Sul. y St.) [*La Lanterne* 25 de marzo de 1888; *L.T.* 28 de julio de 1898; I.I. 13 de agosto de 1891]
- A las aguas (*Aux eaux*) (*Gaulois*, 24 de julio)
- El bigote (*La Moustache*) (*Gil Blas*, 31 de julio)
- Tombouctou (*Tombouctou*) (*Galois*, 2 de agosto) [*S.L.L.* 20 de diciembre de 1885 y 6 de marzo de 1890]
- Mi tío Jules (*Mon oncle Jules*) (*Gaulois*, 7 de agosto) [*S.P.P.*, 11 de mayo de 1890]
- La rabia (*Enragée?*) (*Gil Blas*, 7 de agosto) (Sull. y St.)
- Un duelo (*Un duel*) (*Gaulois*, 14 de agosto) (Sul y St.)
- Las caricias (*Les caresses*) (*Gil Blas*, 14 de agosto)
- El hijo (*Le petit*) (*Gaulois*, 19 de agosto).
- El caso de Madame Luneau (*Le cas de madame Luneau*) (*Gil Blas*, 21 de agosto) [*L.T.*, 11 de noviembre de 1888]
- Le Creusot (*Gil Blas*, 28 de agosto)
- El amigo Patience (*L’ami Patience*) (*Gil Blas*, 4 de septiembre, bajo el título “L’ami”) (Sul y St.)
- Yvan Tourguénieff (112, 113) (*Gil Blas*, 5 y 6 de septiembre)
- La Martina (*La Martine*) (*Gil Blas*, 11 de septiembre) (Sull. y St.) [*L.T.* 20 de enero de 1889]
- El Oriente (*L’Orient*) (*Gaulois*, 13 de septiembre)
- El hijo (*L’enfant*) (*Gil Blas*, 18 de septiembre). Primera idea de “Musotte” [*Gaulois*, 11 de marzo de 1891]
- Una velada (*Une Soirée*) (*Gaulois*, 21 de septiembre) [*L.T.* 19 de mayo de 1889]
- La odisea de una moza (*L’Odyssée d’une Fille*) (*Gil Blas*, 25 de septiembre) [*L.T.*, 16 de junio de 1889]

- Humilde drama (*Humble drame*) (*Gil Blas*, 2 de octubre) (Sul y St.)
- ***Lo fantástico** (114) (*Le fantastique*) (*Gaulois*, 7 de octubre)
- La confesión de Theodule Sabot (*La confession de Théodule Sabot*) (*Gil Blas*, 9 de octubre) [L.T. 24 de junio de 1888]
- Una Vendetta (*Une vendetta*) (*Gaulois*, 14 de octubre) [S.P.P. 13 de septiembre de 1891: *Gaulois du Dimanche*: 15-16 de octubre de 1898]
- ***Las desconocidas** (115) (*Les inconnues*) (*Gil Blas*, 16 de octubre)
- La confesión (*La Confesión*) (*Gaulois*, 21 de octubre, bajo el título “L’Aveu”) (Sul. y St.)¹ [S.P.P. 10 de noviembre de 1889]
- Junto al lecho (*Au bord du lit*) (*Gil Blas*, 23 de octubre) [S.L.L. 26 de agosto de 1888]-
- ***Batalla de libros** (116) (*Bataille de livres*) (*Gaulois*, 28 de octubre)
- Antaño (*Jadis*) (*Gil Blas*, 30 de octubre) (Sul. y St.)
- Arrepentimiento (*Regret*) (*Gaulois*, 4 de noviembre) [S.P.P. 30 de octubre de 1892]
- El vengador (*Le vengeur*) (*Gil Blas*, 6 de noviembre)
- La Espera (*L’Attente*) (*Gaulois*, 11 de noviembre)
- Condecorado (*Décoré*) (*Gil Blas*, 13 de noviembre) [S.L.L. 5 de febrero de 1888; L.T. 15 de junio de 1890]
- ***A propósito del pueblo** (117) (*A propos du peuple*) (*Gaulois*, 19 de noviembre)
- El Padre (*Le père*) (*Gil Blas*, 20 de noviembre) (Sul. y St.) [otro relato del mismo título en *Gil Blas*, del 26 de julio de 1887] [I.I. 29 de mayo de 1891]
- Un cordelillo (*La ficelle*) (*Gaulois*, 25 de noviembre) [S.L.E.P. 1 de noviembre de 1891]
- ***Los audaces** (118) (*Les audacieux*) (*Gil Blas*, 27 de noviembre)
- ***Sursum Corda** (119) (*Sursum Corda*) (*Gaulois*, 3 de diciembre)

- Un Sabio (*Un sage*) (*Gil Blas*, 4 de diciembre) (Sul. y St.)
- Primera nevada (*Première Neige*) (*Gaulois* 11 de diciembre).
- ***La guerra** (120) (*La guerre*) (*Gil Blas*, 11 de diciembre)
- La modelo (*La modèle*) (*Gaulois*, 17 de diciembre)
- La broma (*La farce*) (*Gil Blas*, 18 de diciembre)
- La Mano (*La main*) (*Gaulois*, 23 de diciembre) [*S.L.L.*, 8 de noviembre de 1885; *S.I.P.J.* 21 de noviembre de 1890; *S.L.F.* 7-8 de agosto de 1897]
- ***La delicadeza** (121) (*La finesse*) (*Gil Blas*, 25 de diciembre)
- 1884** – ¡Camarero, una caña! (*Garçon, un Bock*) (*Gil Blas*, 1 de enero) (Sul. y St.)
- El viejo (*Le Vieux*) (*Gaulois*, 6 de enero)
- Carta encontrada a un ahogado (*Lettre trouvé sur un Noyé*) (*Gil Blas*, 8 de enero)
- El Bautismo (*Le Baptême*) (*Gaulois*, 14 de enero) (Otro relato del mismo título, en *Gil Blas*, 13 de enero de 1885) [*L.T.* 11 de agosto de 1889]
- ***Los tres casos** (126) (*Les trois cas*) (*Gil Blas*, 15 de enero)
- Coco (*Coco*) (*Gaulois*, 21 de enero) [*S.L.L.* 12 de febrero de 1893]
- Misti (*Misti*) (*Gil Blas*, 22 de enero)
- Un Cobarde (*Un Lâche*) (*Gaulois*, 27 de enero)
- Rose (*Rose*) (*Gil Blas*, 29 de enero)
- **Notas de un viajero** (127) (*Notes d'un voyageur*) (*Gaulois*, 4 de febrero)
- El Protector (*Le Protecteur*) (*Gil Blas*, 5 de febrero)
- El Paraguas (*Le Parapluie*) (*Gaulois*, 10 de febrero) [*I.I.* 10 de septiembre de 1891]
- Idilio (*Idylle*) (*Gil Blas*, 12 de febrero) [*S.L.L.* 30 de enero de 1887; *I.I.* 6 de noviembre de 1890]
- El collar (*La Parure*) (*Gaulois*, 17 de febrero) [*S.P.P.* 14 de noviembre de 1890; *G.B.I.* 8 de octubre de 1893]
- Una Venta (*Une vente*) (*Gil Blas*, 22 de febrero) [*I.I.* 17

- de septiembre de 1891]
- ***Charla triste** (128) (*Causerie triste*) (*Gaulois*, 25 de febrero)
 - VANOS CONSEJOS (*VAINS CONSEILS*) (*Gil Blas*, 26 de febrero)¹
 - La madre Sauvage (*La mère Sauvage*) (*Gaulois*, 3 de marzo) [*S.L.L.* 5 de septiembre de 1889, *S.P.P.*, 6 de octubre de 1889]
 - El Pordiosero (*Le Gueux*) (*Gaulois*, 9 de marzo) [*G.B.I.* 12 de enero de 1896]²
 - Reencuentro (*Rencontre*) (*Gil Blas*, 11 de marzo)
 - La Dicha (*Le Bonheur*) (*Gaulois*, 16 de marzo) [*S.P.P.* 8 de febrero de 1891]
 - Adiós (*Adieu*) (*Gil Blas*, 18 de marzo) (Sul. y St.) [*L.T.* 3 de junio de 1888; *S.P.P.* 27 de octubre de 1889]
 - RECUERDOS (*SOUVENIRS*) (*Gaulois*, 23 de marzo)
- Inédito.
- ***Los bulevares** (129) (*Les boulevards*) (*Gil Blas*, 25 de marzo)
 - Soledad (*Solitude*) (*Gaulois*, 31 de marzo) (Sul. y St.)
 - La Patrona (*La Patronne*) (*Gil Blas*, 1 de abril) [*L.T.* 25 de noviembre de 1888; *G.B.I.* 1 de enero de 1893]
 - El barrilito (*Le petit fût*) (*Gaulois*, 7 de abril) [*L.T.* 31 de marzo de 1889; *I.I.* 18 de diciembre de 1890]
 - ***Crónica** (130) (*Cronique*) (*Gaulois*, 14 de abril)
 - Châli (*Châli*) (*Gil Blas*, 15 de abril) [*S.L.L.* 20 de mayo de 1888]
 - El borracho (*L'Ivrogne*) (*Gaulois*, 20 de abril) (Sul. y St.)
 - ***La aristocracia** (131) (*L'aristocratie*) (*Figaro*, 21 de abril)

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel)..

² La serie de cuentos publicados con posteroiridad por el G.B.I. parecen finalizar en esta fecha. No hemos descubierto nada para los años 1897, 1898 y 1899.

- ***La muchacha** (132) (*La fille*) (*Gaulois*, 27 de abril)
- ***Notas de un descontento** (133) (*Notes d'un mécontent*) (*Gil Blas*, 29 de abril)
- ENFERMOS Y MÉDICOS (*MALADES ET MÉDECINS*) (*Gaulois*, 11 de mayo)¹
- La cabellera (*La Chevelure*) (*Gil Blas*, 13 de mayo)
- Lo horrible (*L'horrible*) (*Gaulois*, 18 de mayo)
- Recuerdo (*Souvenir*) (*Gil Blas*, 20 de mayo) (Sul. y St.)
- Paseo (*Promenade*) (*Gil Blas*, 27 de mayo).
- ***La Galantería** (134) (*La Galanterie*) (*Gaulois*, 27 de mayo)
- Las hermanas Rondoli (*Les soeurs Rondoli*) (En fascículos, *Echo de Paris*, del 29 de mayo al 5 de junio)
- ***Los sutiles** (135) (*Les subtils*) (*Gil Blas*, 3 de junio)
- Las ideas del coronel (*Les Idées du Colonel*) (*Gaulois*, 9 de junio) [*S.L.L.* 7 de diciembre de 1884 y 13 de abril de 1890; *S.P.P.* 27 de abril de 1890; *S.L.F.* 21 de agosto de 1895]
- ***Más allá** (136) (*Par-delà*) (*Gil Blas*, 10 de junio)
- ***El divorcio y el teatro** (137) (*Le divorce et le theatre*) (*Figaro*, 12 de junio)
- El crimen del tío Bonifacio (*Le Crime du père Boniface*) (*Gil Blas*, 24 de junio) [*L.T.* 25 de marzo de 1888; *G.B.I.*, 9 de septiembre de 1894]
- ***Sobre y bajo el agua** (138) (*Sur et sous l'eau*) (*Gaulois*, 30 de junio)
- La cama 29 (*Le lit 29*) (*Gil Blas*, 8 de julio)

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

² A. VIAL (art. cit. p. 97) destaca que la edición de la Librairie de France no reproduce el texto completo de «Souvenirs sur Louis Bouilhet» (Cf. E.E.C. p. 140) e ignora “un primer capítulo del mayor interés”... Sin duda porque ese capítulo no tienen ninguna relación con Louis Bouilhet: se trata de un comentario a «*Trois Rencontres*», obra de Tourgueneff.

- El tic (*Le tic*) (*Gaulois*, 14 de julio)
- La confesión (*L’Aveu*) (*Gil Blas*, 22 de julio) [*L.T.* 6 de mayo de 1888]
- El Miedo (*La Peur*) (*Figaro*, 25 de julio) [*S.L.F.*, enero de 1892]
- El Regreso (*Le Retour*) (*Gaulois*, 28 de julio) [*S.L.L.* 5 de octubre de 1884; *I.I.*, 3 de septiembre de 1891]
- La Tumba (*La tombe*) (*Gil Blas*, 29 de julio) (Sul. y St.)
- La Confesión (*La Confession*) (*Gil Blas*, 12 de agosto)
- **El Abandonado** (*L’Abandonné*) (*Figaro*, 15 de agosto)
- ***La luna y los poetas** (140) (*La lune et les poètes*) (*Gaulois*, 17 de agosto)
- Un parricida (*Un parricide*) (*Gil Blas*, 19 de agosto) (bajo el título “L’Asassin”).
- ***Pequeños viajes: La Cartuja de Verne** (141) (*Petits voyages*) (*Gil Blas*, 26 de agosto)
- Yvette (*Yvette*) (*Figaro*, del 29 de agosto al 9 de setiembre)
- ¿Un loco? (*Un fou?*) (*Figaro*, 1 de setiembre)
- Descubierta (*Decouverte*) (*Le Gaulois*, 4 de setiembre) (Sul. y St.)
- La Dote (*La Dot*) (*Gil Blas*, 9 de setiembre)[*G.B.I.* 30 de diciembre de 1894].
- La Pira (*Le Bûcher*) (*Figaro*, 7 de setiembre)
- ***Los retrasados** (142) (*Les attardés*) (*Gil Blas*, 16 de setiembre)
- Mohammed El Golfo (*Mohammed-Fripouille*) (*Gaulois*, 20 de setiembre).
- EL LEGADO (*LE LEGS*) (*Gil Blas*, 23 de setiembre).Inédito (Sul. y St.)
- ***Verdades fantásticas** (143) (*Verités fantaisistes*) (*Gil Blas*, 7 de octubre)
- **El Guarda** (*Le Garde*) (*Gaulois*, 8 de octubre) [*S.L.L.* 1 de febrero de 1885]
- ***El fondo del corazón** (144) (*Le fond du coeur*) (*Gil Blas*, 14 de octubre)
- Berthe (*Berthe*) (*Figaro*, 20 de octubre) [*S.I.P.:J.* 23 de

mayo de 1891; I.I. 10 de diciembre de 1891].

– Un Haragán (*Bombard*) (*Gil Blas* 28 de octubre) [*S.L.L.* 13 de enero de 1889; *L.T.* 18 de mayo de 1890].

–***Contemporáneos** (145) (*Contemporains*) (*Gil Blas*, 4 de noviembre)

– La Confesión (*La Confesión*) (*Figaro*, 10 de noviembre).

–***Caballeros de la crónica** (146) (*Messieurs de la chronique*) (*Gil Blas*, 11 de noviembre)

– La Revancha (*La Revanche*) (*Gil Blas*, 18 de noviembre).

– Tribunales rústicos (*Tribunaux rustiques*) (*Gil Blas*, 25 de noviembre) [*S.L.L.*, 3 de abril de 1889].

– **Recuerdos sobre Louis Bouilhet** (147) (*Souvenirs sur Louis Bouilhet*) (*Gaulois*, 4 de diciembre)²

–***El sentimiento y la justicia** (148) (*Le sentiment et la justice*) (*Figaro*, 8 de diciembre)

– La habitación 11 (*La chambre 11*) (*Gil Blas*, 9 de diciembre) (Sul. y St.) [*S.L.L.* 19 de febrero de 1888]

– El Armario (*L'armoire*) (*Gil Blas*, 16 de diciembre) [*L.T.* 1 de junio de 1890]

–***Las Academias** (149) (*Les Académies*) (*Gil Blas*, 22 de diciembre)

– Los prisioneros (*Les Prisonniers*) (*Gil Blas*, 30 de diciembre) [*S.P.P.* 25 de agosto de 1889].

1885 – En Venta (*A Vendre*) (*Figaro*, 5 de enero) [*S.P.P.* 8 de septiembre de 1889; I.I. 30 de julio de 1891]

– Antón (*Toine*) (*Gil Blas*, 6 de enero) [*S.L.L.*, 5 de agosto de 1888; *S.I.P.J.* 19 de marzo de 1892].

– El Bautismo (*Le Baptême*) (*Gil Blas*, 13 de enero) [*S.L.L.*, 25 de julio de 1886 y 7 de agosto de 1887; I.I. 30 de octubre de 1890].

– Mirza (*Mirza*) (*Gil Blas*, 20 de enero)¹

¹ A. VIAL (Art. cit. p. 98) lo indica como un error de [Sul. y St.]: « el cuento que publica *Le Gaulois* el 18 de junio de 1882 no lleva por título *Mirza* sino el de “*Histoire vraie*». Es en el *Gil Blas* del 20 de enero de 1885 donde ese título aparece bajo el título de *Mirza*.

- La desconocida (*L'inconnue*) (*Gil Blas*, 27 de enero) *S.L.L.*, 31 de octubre de 1886; *G.B.I.* 30 de octubre de 1891]
- Blanco y Azul (*Blanc et Bleu*) (*Gil Blas*, 3 de febrero).
- Nuestros ingleses (*Nos anglais*) (*Gil Blas*, 10 de febrero) (Sul. y St.)
- CARTA DE UN LOCO (*LETTRE D'UN FOU*) (*Gil Blas* 17 de febrero). Inédito (Sul. y St.)
- El tío Mongilet (*Le père Mongilet*) (*Gil Blas*, 24 de febrero) [*S.I.P.J.* 2 de julio de 1892]
- El medio de Roger (*Le Moyen de Roger*) (*Gil Blas*, 3 de marzo) [*L.T.* 10 de junio de 1888; *S.L.L.*, 18 de noviembre de 1888]
- ***Desprecios y respetos** (152) (*Mépris et respects*) (*Gil Blas*, 10 de marzo)
- ***Fin de temporada** (153) (*Fin de saison*) (*Gil Blas*, 17 de marzo)
- En el tren (*En Wagon*) (*Gil Blas*, 24 de marzo) [*S.L.L.* 27 de noviembre de 1887; *G.B.I.* 26 de julio de 1891].
- **Bel-Ami** (*Bel Ami*) (*Gil Blas*, en entregas desde el 6 de abril al 30 de mayo) [Sul. y St.]
- ***Filosofía-Política** (155) (*Philosophie-politique*) (*Gil Blas*, 7 de abril)
- El soldadito (*Petit Soldat*) (*Figaro*, 13 de abril) (Sul. y St.) [*S.L.L.* 21 de junio de 1885; *S.P.P.* 7 de julio de 1889; *I.I.* 14 de mayo de 1891; *G.B.I.* 7 de agosto de 1891].
- **Venecia** (156) (*Venise*) (*Gil Blas*, 5 de mayo).
- **Ischia** (157) (*Ischia*) (*Gil Blas*, 12 de mayo)
- **Sicilia y Palermo** (*La Sicile, Palerme*) (*Figaro*, 13 de mayo)
- ***La China de los poetas** (154) (*La Chine des poètes*) (*Gil Blas*, 31 de mayo)
- **Respuestas a las críticas de Bel Ami** (158) (*Reponse aux*

¹ A.VIAL (art. cit. p. 99) precisamente indica que «*Un fou*», 10 de septiembre de 1885, no debe ser confundido con «*Un fou*» (*Figaro*, 1 de septiembre de 1884) y con «*Fou?*» (*Gil Blas*, 23 de agosto de 1882).

- Critiques de Bel Ami*) (*Gil Blas*, 7 de junio).
- ***Alma mater** (159) (*Alma mater*) (*Gil Blas*, 9 de junio)
 - UNA CARTA (*UNE LETTRE*) (*Gil Blas*, 12 de junio).
Inédito.
 - Un Fracaso (*Un Echec*) (*Gil Blas*, 16 de junio) [*I.I.* 24 de septiembre de 1891].
 - ***Los Muertos ilustres** (160) (*Les grands morts*) (*Figaro*, 20 de junio)
 - Joseph (*Joseph*) (*Gil Blas*, 21 de julio) [*S.L.L.* 22 de enero de 1888]
 - ***Los niños** (161) (*Les enfants*) (*Gil Blas*, 23 de junio)
 - ***Los aficionados a artistas** (162) (*Les amateurs d'artistes*) (*Gil Blas*, 30 de junio)
 - ***Los jueces** (163) (*Les juges*) (*Gil Blas*, 7 de julio)
 - ¡Esto se acabó! (*Fini*) (*Gaulois*, **27 de julio**).
 - La horquilla (*L'Épingle*) (*Gil Blas*, 13 de agosto) [*I.I.* 8 de octubre de 1891; *S.P.P.*, 17 de enero de 1892]
 - La confidencia (*La confidence*) (*Gil Blas*, 20 de agosto) [*S.L.L.* 23 de septiembre de 1888]
 - Mis veinticinco días (*Mes Vingt-cinq Jours*) (*Gil Blas*, 25 de agosto).
 - Un loco (*Un Fou*) (*Gaulois*, **2 de septiembre**)¹
 - **Templos griegos** (*Temples grecs*) (*Gil Blas*, 8 de septiembre)
 - Imprudencia (*Imprudence*) (*Gil Blas*, 15 de septiembre) [*S.L.L.* 9 de septiembre de 1888; *G.B.I.* 28 de junio de 1891].
 - El bicho de Belhomme (*La Bête à Mait'Belhomme*) (*Gil Blas*, 22 de septiembre) [*S.L.L.* 21 de febrero de 1886; *S.L.E.P.* 18 de octubre de 1891; *I.I.*, 19 de noviembre de 1891]
 - **El azufre** (*Le Soufre*) (*Gil Blas*, 29 de septiembre)
 - Las Becadas (*Les Bécasses*) (*Gil Blas*, 20 de octubre)
 - La querida (*Ça ira*) (*Gil Blas*, 10 de noviembre) [*S.L.L.* 24 de junio de 1888].
 - Carta a un provinciano: un domingo en el desván de Edmond de Goncourt. (164) (*Lettre a un provincial: le*

- grenier des Goncourt*) (*Gil Blas*, 24 de noviembre).
- *Aretino (165) (*L'Arétin*) (*Gil Blas*, 8 de diciembre)
 - La pequeña Roque (*Le petite Roque*) (*Gil Blas*, en entregas desde el 18 al 23 de diciembre)
 - Salvada (*Sauvéé*) (*Gil Blas*, 22 de diciembre) [*S.L.L.* 8 de enero de 1888; *L.T.* 28 de abril de 1889; *G.B.I.* 26 de unio de 1892]
- 1886**
- El Pecio (*L'Epave*) (*Gaulois*, 1 de enero)
 - *Un Profeta (167) (*Un prophéte*) (*Figaro*, 1 de enero)
 - Sobre una Venus (*Sur une Vénus*) (*Gil Blas*, 12 de enero)
 - Señorita Perla (*Mademoiselle Perle*) [*Suplemento Literario del «Figaro»*, 16 de enero]¹
 - El Ermitaño (*L'Hermite*) (*Gil Blas*, 26 de enero) [*G.B.I.*, 10 de abril de 1892].
 - Algo sobre los gatos (*Sur les chats*) (*Gil Blas*, 9 de febrero.)
 - *Nuestros optimistas (168) (*Nos optimistes*) (*Figaro*, 10 de febrero)
 - Rosalie Prudent (*Rosalie Prudent*) (*Gil Blas*, 2 de marzo) [*L.T.* 25 de agosto de 1889]
 - La Señora Parisse (*Madame Parisse*) (*Gil Blas*, 16 de marzo) [*S.P.P.* 11 de agosto de 1889].
 - Julie Romain (*Julie Romain*) (*Gaulois*, 20 de marzo)
 - *A propósito de nada (169) (*A propos de rien*) (*Gil Blas*, 30 de marzo)
 - VIAJE DE SALUD (*VOYAGE DE SANTÉ*) (Suplemento dominical del *Petit Journal*, 18 de abril) (Inédito.)
 - La señal (*Le signe*) (**Gil Blas, 27 de abril**) [*S.L.L.* 22 de octubre de 1888]
 - Al Salón (170) (*Au Salon*) (*XIXeme Siècle*, 30 de abril)²

¹ C.E.C. nota: «Sin lugar, sin fecha (1885)», p. 464. La fecha y el lugar exacto parecen ser los citados.

² La Bibliografía de C.E.C., p. 452 añade: «Una colección de cinco artículos debía aparecer bajo este título en *la Librarire Illustrée*. No se conoce más que un ejemplar de las pruebas corregidas por los autores. – A.

- ***Al Salón** (170) (*Au Salon*) (*XIXeme Siècle*, 30 de abril, 2, 6, 10 y 18 de mayo) Los cinco artículos completos.
- El tío Amable (*Le père Amable*) (*Gil Blas*, 30 de abril a 4 de mayo)
- ***Un milagro** (171) (*Un Miracle*) (*Gil Blas*, 9 de mayo)
- MISERIA HUMANA (*MISERE HUMAINE*) (*Gil Blas*, 8 de junio)¹
- En el bosque (*Au Bois*) (*Gil Blas*, 22 de junio) [*S.L.L.* 22 de abril de 1888]
- DÍA FESTIVO (*JOUR DE FÊTE*) (*Gil Blas*, 20 de julio)²
- ***El amor en los libros y en la vida** (172) (*L'amour dans les livres et dans la vie*) (*Gil Blas*, 6 de julio)
- **Una familia** (*Une famille*) (*Gil Blas*, 3 de agosto de 1886).
- El Diablo (*Le diable*) (*Gaulois*, 5 de agosto) [*I.I.* 22 de octubre de 1891].
- Un caso de divorcio (*Un cas de divorce*) (*Gil Blas*, 31 de agosto).
- La cuestión del latín (*La question du latin*) (*Gaulois*, 2 de septiembre).
- **La vida de un paisajista** (173) (*La vie d'un paysagiste*) (*Gaulois*, 28 de septiembre)
- El marqués de Fumerol (*Le Marquis de Fumerol*) (*Gil Blas*, 3 de octubre) [*S.L.L.* 8 de julio de 1888; *I.I.* 3 de diciembre de 1891].
- El colono (*Le fermier*) (*Gaulois*, 11 de octubre) [*S.P.P.*]

VIAL. *Bulletin du Bibliophile*; op. cit, precisa la fecha de publicación de los otro cuatro artículos en el *XIXeme Siècle*: 2, 6, 10, 18 de mayo de 1886 (artículos no citados).

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

² Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

10 de abril de 1892]

– El Horla (*L'Horla*) (*Gil Blas*, 26 de octubre) [Por entregas en el *S.L.L.* del 7 al 21 de junio de 1891; *S.L.E.P.*, 10 de enero de 1892].

–***La torre...vigilad** (174) (*La tour...Prends garde*) (*Gil Blas*, 19 de octubre)

– El Pozo (*Le trou*) (*Gil Blas*, 9 de noviembre) [*S.L.L.* 26 de noviembre de 1886; *I.I.* 26 de marzo de 1891]

– Grito de Alarma (*Cri d'Alarme*) (*Gil Blas*, 23 de noviembre).

– Amor (*Amour*) (*Gil Blas*, 7 de diciembre) [*I.I.* 27 de agosto de 1891]

– Campanilla (*Clochette*) (*Gil Blas*, 21 de diciembre) [*S.P.P.* 9 de marzo de 1890]

– **Mont-Oriol** (*Gil Blas*, por entregas desde el 23 de diciembre de 1886 al 6 de febrero de 1887) [Por fascículos en el *S.L.L.* del 16 de abril al 31 de julio de 1890]

1887 – Amorosa (*Etrennes*) (*Gil Blas*, 7 de enero)

– La Señora Hermet (*Madame Hermet*) (*Gil Blas*, 18 de enero) (Sul. y St.) [*S.P.P.* 2 de agosto de 1896].

– Los Reyes (*Les Rois*) (*Gaulois*, 23 de enero).

–***Temblor de tierra** (175) (*Tremblement de terre*) (*Gil Blas*, 1 de marzo)

– **Pescadoras y Guerreras** (176) (*Pêcheuses et Guerrières*) (*Gil Blas*, 15 de marzo) [reutilizado para servir de prólogo a « *la Grande Bleue* » de Maizeroy, en la editorial Plon, en 1888]

– Una velada (*Une soirée*) (*Gil Blas*, 29 de marzo)

– La puerta (*La porte*) (*Gil Blas*, 3 de mayo) [*S.L.L.* 16 de diciembre de 1888; *I.I.* 20 de agosto de 1891]

– La Baronesa (*La Baronne*) (*Gil Blas*, 17 de mayo).

– La Muerta (*La Morte*) (*Gil Blas* 31 de mayo) [*S.L.L.* 12 de septiembre de 1889; *I.I.* 1 de octubre de 1891]

– La Noche (*La Nuit*) (*Gil Blas*, 14 de junio) (bajo el título: “*Cauchemar* (Pesadilla)”)

–***Ley Moral** (177) (*Loi morale*) (*Gil Blas*, 29 de junio)

–***En el aire** (178) (*En l'air*) (*Figaro*, 9 de julio)

- El Viaje del Horla (*Le Voyage du Horlà*) (*Figaro*, 16 de julio) [Aparecido bajo el título: “*de Paris à Heyst* (179)”]; este artículo volvió a aparecer en *l’Illustration* del 30 de julio de 1888 bajo el título: “*Sur les nuages* (*Sobre las nubes* (185))”].
- El Conejo (*Le Lapin*) (*Gil Blas*, 19 de julio) (Sul. y St.) [*S.L.L.* 4 de julio de 1889; *L.T.* 14 de abril de 1889]
- El padre (*Le père*) (*Gil Blas*, **26 de julio**) [*G.B.I.* 16 de abril de 1893; *S.L.L.* 20 de enero de 1889].
- ***A 8000 metros** (180) (*A 8000 mètres*) (*Figaro*, 3 de agosto)
- ***La fortuna** (181) (*La fortune*) (*Gil Blas*, 9 de agosto)
- **El libro de bitácora** (*Livre de Bord*) (**Gaulois**, 12 de agosto)
- El ordenanza (*L’ordenance*) (*Gil Blas*, 23 de agosto) [*I.I.* 4 de diciembre de 1890].
- ***En los baños de mar** (182) (*Aux bains de mer*) (*Gil Blas*, 6 de septiembre)
- Moirón (*Moiron*) (*Gil Blas*, 27 de septiembre) [*I.I.* 12 de noviembre de 1891].
- El Asesino (*L’Assassin*) (*Gil Blas*, 1 de noviembre)
- Duchoux (*Duchoux*) (*Gaulois*, 14 de noviembre) [*I.I.* 31 de diciembre de 1891]
- ***¿Nuevo escándalo?** (183) (*Nouveau scandale?*) (*Gil Blas*, 15 de noviembre)
- **COMO SE CONVERSA** (*COMMENT ON CAUSE*) (*Gil Blas*, 29 de noviembre)¹
- ***Las grandes pasiones** (184) (*Les grandes passions*) (*Le Tout-Paris*, 17 de diciembre)
- 1888** – **Estudio: La Novela** (*Etude: Le Roman*) [*S.L.F.* 7 de enero de 1888] (A. Vial).
- Las Agujas (*Les Epingles*) (*Gil Blas*, 10 de enero de 1888)¹

¹ Citada como crónica por [Sul. y St.]; de hecho tiene la forma de un relato. (Aparecerá en la edición A. Michel).

- Divorcio (*Divorce*) (*Gil Blas*, 21 de febrero)
- Nuestras cartas (*Nos lettres*) (*Gaulois*, 29 de febrero) [I.I. 25 de diciembre de 1890]
- Los veinticinco francos de la Superiora (*Les Vingt-cinq Francs de la Supérieure*) (*Gil Blas*, 28 de marzo) [G.B.I. 18 de septiembre de 1892].
- *El estilo espistolar (186) (*Le style epistolaire*) (*Gaulois*, 11 de junio)
- *Sobre las nubes (185) (*Sur les nuages*) (*La lecture*, 25 de julio)
- El ahogado (*Le Noyé*) (*Gaulois*, 16 de agosto) [*Galois dominical* 7 y 8 de agosto de 1897]
- El inválido (*L'infirme*) (*Gaulois*, 21 de octubre) [S.P.P. 18 de mayo de 1890].
- Un Retrato (*Un Portrait*) (*Gaulois*, 29 de octubre)
- *África (187) (*Afrique*) (*Gaulois*, 3 de diciembre)
- 1889** – Hautot padre e hijo (*Hautot père et fils*) (*Echo de Paris*, 5 de enero)
- Boitelle (*Boitelle*) (*Echo de Paris*, 22 de enero) [S.I.P.J. 10 de diciembre de 1892; G.B.I. 2 de abril de 1893]
- Allouma (*Allouma*) (*Echo de Paris*, del 10 al 15 de febrero)
- La Cita (*Le Rendez-vous*) (*Echo de Paris*, 23 de febrero) [*La lanterne*, 1 de agosto de 1889; G.B.I. 7 de agosto de 1892]
- La máscara (*La Masque*) (*Echo de Paris*, 10 de mayo) [S.L.L., 14 de noviembre de 1889]
- *Las africanas (188) (*Les africaines*) (*Echo de Paris*, 15 de junio)
- La Prueba (*L'Épreuve*) (*Echo de Paris*, 13 de julio) [S.L.L. 2 de febrero de 1890]

¹ En lo que se refiere a este cuento Sullivan y Steegmuller dicen: «Según la bibliografía, apareció en el *Gil Blas* del 10 de enero de 1887, pero este cuento no está ni en el *Gil Blas* ni en el *Gaulois* de esa fecha. Imposible de encontrar.» – La fecha ha sido encontrada por A. VIAL: «*Mise au pont*» Cf: Boletín citado

- Alexandre (*Alexandre*) (*Echo de Paris*, 2 de septiembre) [S.L.L. 8 de mayo de 1890].
- La dormilona (*L'Endormeuse*) (*Echo de Paris*, 16 de septiembre) [S.L.L. 15 de mayo de 1890]
- EL HOMBRE DE MARTE (*L'HOMME DE MARS*) (Suplemento literario de *la Lanterne*, 10 de octubre) Inédito.
- Peligro público (190) (*Danger Public*) (*Gaulois*, 23 de diciembre).
- 1890** – La Vida Errante (*La Vie Errante*) [Tres primeros capítulos: «Lassitude»: *Echo de Paris* **6 de enero**; «La Nuit»: **10 de enero**; «la côte italienne»: **15 y 17 de enero**] Hay que añadir: «Dernières feuilles»: *Echo de Paris*, **24 de enero**¹
- Mosca (*Mouche*) (*Echo de Paris*, 7 de febrero).
- El Olivar (*Le Champ d'Oliviers*) (Fascículos del *Figaro* del 14 al 23 de febrero) [*G.B.I.* desde el 19 al 26 de agosto, desde 2-9-16 septiembre de 1894]
- La Belleza Inútil (*L'Inutil Beauté*) (Por entregas en *Echo de Paris*, 2-7 de abril).
- ¿Quién sabe? (*Qui sait?*) (*Echo de Paris*, 6 de abril de 1890) (Sul y St.) [S.L.L., 15 de marzo de 1891]
- Un emperador (192) (*Un empereur*) (**Figaro**, **2 de julio**).
- *Gustave Flaubert (193) (*Gustave Flaubert*) (*Echo de Paris*, 24 de noviembre)
- *Flaubert y su casa (194) (*Flaubert et sa maison*) (*Suplemento del Gil Blas*, 24 de noviembre)
- 1891** – Las tumbales (*Les Tombales*) (*Gil Blas*, 9 de enero) [Sul y St.] [S.L.L. 18 de febrero de 1892]
- Notas sobre Algernon Charles Swinburne (197) (*Notes sur Algernon Charles Swinburne*) (*Echo de Paris*, 17 de marzo)²

¹ Esta cronología fue completada por Sullivan y Stegmüller (1ª parte: «*Liste des chroniques de Guy de Maupassant*») op. cit. p. 373.

² Fue este texto el que sirvió de prefacio a los «*Poemes et Ballades*» de A.C. Swinburne, traducción de Gabriel Mourey (Paris, Savine, 1891). Reproducido en C.E.C., p. 184 y siguientes.

–*Una fiesta árabe (195,196) (*Una fête arabe*) (7 y 13 de abril)

– Musotte, Drama en 3 actos, con Jacques Normand, representado en el Gymnase el 4 de marzo (Aparecido en librería en 1891) [Una escena se reproduce en el *Gaulois* del 6 de marzo de 1891] [El 11 de marzo, el *Gaulois* reprodujo el relato de donde está extraído «Musotte»: «L'Enfant» entregado al *Gaulois* el 24 de julio de 1882]

1893 – La paz de la pareja (*Le paix du ménage*) (un extracto en *l'Echo de Paris* del 7 de marzo)¹

Póstumas

– Después (*Aprés*) (sin lugar ni fecha)

– El Buhonero (*Le Colporteur*) (sin luchar ni fecha)

–*La enseñanza obligatoria (198) (*L'instruction obligatoire*) (*Le Temps*, 27 de febrero de 1927)

¹ Comedia en dos actos, representada en la Comedia Francesa el 3 de marzo (Ollendorff, marzo) C.E.C., p. 456.

II

**OBRAS APARECIDAS O REPRODUCIDAS EN
LAS REVISTAS**

ALMANACH DE PONT-A-MOUSSON

- 1875** – La mano disecada (*La Main d'ecorché*) (En el sumario se consigna como *Une main d'ecorché*), p. 35.

ANNALES POLITIQUES ET LITTÉRAIRES

- 1884** – Miss Harriet (*Miss Harriet*) 4 de mayo.
– Las Ideas del Coronel (*Les Idées du Colonel*): 14 de diciembre.
- 1885** – La Vigilia (*La Veillée*) 1 de marzo
– El Viejo (*Le Vieux*) 5 de abril
– Un Duelo (*Un Duel*) 6 de septiembre
– El Bautismo (*Le Baptême*) 13 de diciembre
- 1886** – Los prisioneros (*Les Prisonniers*) 21 de febrero
- 1887** – El Horla (*L'Horlà*) 29 de mayo, 5 y 12 de junio
– El Diablo (*Le Diable*) 7 de agosto
– Minué (*Menuet*) 29 de agosto
– Una Vendeta (*Une Vendetta*) 18 de septiembre
– La Dicha (*Le Bonheur*) 9 de octubre
- 1888** – La Mano (*La Main*) 15 de enero
– Mi tío Jules (*Mon oncle Jules*) 12 de febrero
– Dos Amigos (*Deux amis*) 18 de marzo
– Julie Romain (*Julie Romain*) 15 de abril
– El Barrilito (*Le Petit Fût*) 1 de julio
– Coco (*Coco*) 29 de julio
– Un extracto de Sobre el agua (*Sur l'eau*) 12 de agosto

- + La Evasión de Bazaine (*L'Evasion de Bazaine*) 30 de septiembre. Extracto de “**La Vida Errante**”¹
- **Emile Zola** (*Emile Zola*) 21 -28 de octubre.
- 1889** – Mohammed el Golfo (*Mohammed-Fripouille*) 20 de enero.
- De Viaje (*En Voyage*) 7 de abril
- **Fuerte como la muerte** (*Fort comme la Mort*) (fragmento) 26 de mayo.
- El hombre de Marte (*L'homme de Mars*) 30 de junio
- Tombouctou (*Tombouctou*) 22 de septiembre.
- El Collar (*La Parure*) 6 de octubre
- Una Viuda (*Une Veuve*) 27 de octubre
- **La Evolución de la Novela en el siglo XIX** (189) (*L'Evolution du Roman au XIXeme siècle*) 17 de noviembre
- 1890** – La Señorita Perla (*Mademoiselle Perle*) 26 de enero
- + Una noche en Cartago (*Un soir à Carthage*) (Extracto de “*Un soir*”) 16 de febrero.
- Un extracto de **La Vida Errante** (*La Vie Errante*) 6 de abril.
- **Una historia de antaño** (*Histoire du Vieux Temps*) 10 de agosto
- + **Una ascensión al Etna** (*Une Ascension de l'Etna*) 28 de septiembre.
- + **Alrededor de una estatua** (*Autour d'une Statue: G. Flaubert*) (Recuerdos personales) 30 de noviembre.
- 1891** – Fragmento de **Musotte** (*Musotte*) (Esc III, act. I)
- **Un Ensayo** (*Une répétition*) 8 de noviembre.
- Aparición (*Apparition*) 20 de diciembre.

¹ El signo + indica un cambio en el título en relación con el título de la primera publicación.

- 1892** + Una hora en Génova (*Une heure à Gênes*) 18 de septiembre.
- 1893** – ¿Quién sabe? (*Qui sait?*) 19 de febrero
+ Un día en Túnez (*Une Journée à Tunis*) 28 de mayo.
- 1894** – La Mano disecada (*La Main d'Ecorché*) 26 de agosto.
+ Paseo por el mar (*Promenade en Mer*) 2 de septiembre.
– Un extracto del **Alma Extranjera** (*L'Ame Étrangère*) 25 de noviembre.
- 1895** + **Sobre el agua** (Impresiones de una noche de verano) (*Sur l'eau*) 18 de agosto.
– El lobo (*Le loup*) 1 de septiembre.
+ Desde Paris a Heyst en globo (179) (Sensaciones de una travesía) (*De Paris à Heyst en Ballon*) 22 de septiembre.
- 1896** – La Aventura de Walter Schnaffs (*L'Aventure de Walter Schnaffs*) 16 de febrero¹
+ La vida en el desierto (*La vie au désert*) 17 de octubre.
- 1897** – Los Reyes (*Les rois*) 10 de enero
- 1898** – **Los jarrones rotos** (*Les Vases brisés*: “La Galanterie française”) Para el público se trata de plebiscitar una corta pieza que refleja perfectamente el talento particular del escritor.«La Galanterie française » viene antes de «Mademoiselle Fifi » y «El Viaje de Boule de Suif»
- 1899** – Boitelle (Boitelle) 19 de marzo
– Viejos Objetos (Vieux Objets) 6 de agosto.
- 1900** + Lo Horrible (L'Horrible) (un extracto de “Le Col-

¹ Esa misma semana la Revista analiza la pieza que el Teatro Libre ha extraído de “Mademoiselle Fifi”.

porteur” que acaba de aparecer con Ollendorff en febrero).

+ **Una velada artística** (Une Soirée artistique)

– El colono (Le fermier) 2 de septiembre.

+ En casa de un amigo (Chez un ami) 25 de noviembre (Capítulo de la publicación de “Los domingos de un Burgués de París”).

1901 + **Sesión pública de mujeres** (Séance publique de femmes)¹

+ La fiesta nacional de un burgués de París (La Fête Nationale d’un Bourgeois de Paris) 14 de julio.

1902 – Bajo el título: + Mis pequeños viajes (Recuerdos inéditos), la Revista recupera: I. La Pira (6 de abril). - II. Los Bandidos corsos (20 de abril).- III. **Pescadoras y guerreras** (176) (4 de mayo).- IV. **Temblor de tierra** (175) (25 de mayo).- V. Enfermos y médicos (8 de junio). -VI Día festivo (13 de julio). - VII. **La vida de un paisajista** (173) (12 de octubre)

1903 – Dos hombres célebres (Deux hommes célèbres) (Un capítulo de los “Domingos de un burgués de París”) 15 de febrero.

+ El gran viaje del Sr. Pattisot. Burgués de París (*Le grand voyage du M. Pattisot. Bourgeois de Paris*) 16 de agosto.

+ La carrera del Bandido (*La course au bandit*) [C.f.”Un bandido corso”] 18 de octubre.

1904 – La cuestión del latín (*La question du latin*) 28 de febrero.

1905 – **La luna y los poetas** (140) (*La lune et les Poètes*)

¹ Con esta nota: « La ciudadana Paule Mink... era un apóstol. Las reuniones que organizaba eran algunas veces muy tumultuosas. Guy de Maupassant se divirtió haciendo de ellas una descripción. Reproducimos esta divertida página y que le valió el rencor de las mujeres políticas»

19 de febrero.

LE BON JOURNAL

- 1885** – La Roca de los pájaros bobo (*La Roche aux Guillelots*) 26 de abril
 – Tombouctou (*Tombouctou*) 17 de mayo
 – La Dote (*La Dot*) 21 de junio.
 – Los prisioneros (*Les Prisonniers*: 15 y 22 de noviembre.
- 1886** – La Dicha (*Le Bonheur*) 7 de marzo.
 – Coco (*Coco*) 25 de abril.
 – Nuestros ingleses (*Nos anglais*) 1 de agosto.
 – El pordiosero (*Le gueux*) 26 de septiembre
 – Rose (*Rose*) 31 de octubre.
 – El borracho (*L'Ivrogne*) 5 de diciembre.
- 1887** – La confesión (*La confession*) 17 de noviembre
- 1888** – Amor (*Amour*) 29 de enero.
 – El pozo (*Le Trou*) 24 de junio
- 1891** – El miedo (*La Peur*) 19 de noviembre.

LE BULLETIN FRANÇAIS

- 1876** – Remando (*En Canot*) marzo¹. Nueva publicación bajo el título “Sur l'eau” (C.E.C.)

L'ÉCHO DE LA SEMAINE

- 1888** – Páginas olvidadas: Zola en Médan: 28 de octubre (Cf: “Los Domingos de un Burgués de París”, p. 92 y sg.).
 – Dos amigos (*Deux amis*) 11 de noviembre
 – Minué (*Menuet*) 2 de diciembre
- 1889** – Claro de Luna (*Clair de Lune*) 6 de enero (Julie

¹ En realidad el 6, el 9 o el 10 de marzo: solamente faltan esas páginas en el ejemplar de la Biblioteca Nacional.

Roubère...).

– La Aventura de Walter Schnaffs (*L'Aventure de Walter Schnaffs*) 13 de enero.

– Boitelle (*Boitelle*) 10 de febrero.

– Las Mujeres y el Espíritu en Francia (*Les Femmes et l'Esprit en France*) 17 de febrero.

– *Chez la Mort* (Ver: crónica aparecida en el *Gaulois* el 8 de mayo de 1882)

– San Antonio (*Saint-Antoine*) 24 de marzo.

– Denis (*Denis*) 30 de junio.

– Como se quema uno la mollera (*Comment on se brûle la cervelle*) [Ver: relato aparecido en el *Gaulois* el 29 de agosto de 1880: *Suicides*]

– El inválido (*L'Infirmes*) 21 de julio.

– Sobre las Nubes (185) (*Sur les nuages*) 11 de agosto (Ver: *l'Illustration* del 30 de junio de 1888).

– El asno (*L'âne*) 8 de septiembre

– El Colono (*Le Fermier*) 6 de octubre.

– La Bella Ernestina (89) (*La belle Ernestine*) 20 de octubre (Ver: crónica aparecido en el *Gil Blas* el 1 de agosto de 1882).

1890 – En el mar (*En Mer*) 12 de enero.

– En Argelia y en Tunicia (*En Algérie et en Tunisie*) 19 de enero.

– Rose (*Rose*) 23 de marzo.

– El Guarda (*Le Garde*) 20 de abril

– Las ancianas (84) (*Les Vieilles*) 4 de mayo.

– El lobo (*Le loup*) 25 de mayo.

– El ahogado (*Le noyé*) 6 de julio.

– Pesadilla (*Cauchemar*) 17 de agosto.

– El Miedo (*La Peur*) 31 de abril.

– La Muerta (*La morte*) 2 de noviembre

– La Delicadeza (121) (*La Finesse*) 7 de diciembre (Ver: crónica aparecida en el *Gil Blas* el 25 de di-

- ciembre de 1883)
- 1891** – La Reina Hortense (*La Reine Hortense*) 18 de enero.
 – El Tic (*Le Tic*) 16 de febrero.
 – El Hijo (*L'Enfant*) 15 de marzo.
 – El Hombre de Letras (*L'Homme de Lettres*) (Texto diferente del de la crónica. Ver: “Sur l'eau” pag. 105 y sg.)
 – Propietarias y Violetas (31) (*Propietaires et Lilas*): 3 de mayo: (Ver: crónica del *Gaulois*: 29 de abril de 1881)
 – Las Sirvientas (191) (*Servantes*) (bajo el título “*Gens de Paris*”) 17 de mayo (Ver: C.E.C. p. 170 y sg.)
 – Un Loco (*Un Fou*) [Había muerto un importante magistrado de un tribunal...] 20 de diciembre.
- 1892** – El Horla (*L'Horlà*) [algunas páginas] 17 de enero.
 – Temblor de tierra (175) (*Tremblement de terre*)¹ 7 de febrero.
 – Génova (*Gênes*) 18 de septiembre (Ver: “La Vida Errante” pag. 40-49)
- 1893** – Campanilla (*Clochette*) 29 de abril.

L'ILLUSTRATION

- 1888** – Sobre las nubes (201) (*Sur les nuages*) 30 de junio (Ver: “Desde Paris a Heyst” y “El Viaje del Horla”).
 – Sobre al agua (*Sur l'eau*) 21 de julio (La Revista ofrece un extracto de la obra “à paraître”).

¹ La Revista pretende que este texto, esta “carta” es “absolutamente inédita”. De hecho, es la reproducción de una crónica aparecida en el *Gil Blas* el 1 de marzo de 1887. El texto de la Revista se encuentra además cortado en los dos últimos párrafos.

1889 – Una noche (*Un Soir*) 19 y 26 de enero¹

JOURNAL POUR TOUS

1893 Un día de campo (*Une Partie de Campagne*) 19 de julio.

LES LETTRES ET LES ARTS

1886 – El Albergue (*L'Auberge*) 1 de septiembre (C.E.C)

1888 – **Sobre el agua** (*Sur l'eau*): febrero, marzo y abril.

LE MAGASIN LITTÉRAIRE

[La Revista no contiene fechas precisas y se presenta en volúmenes in-8°].

1891 – El Miedo (*La Peur*) – Minué (*Le Menuet*) – **Historia de antaño** (*Histoire du Vieux Temps*).

1892 – La enrejilladora (*La Rempailleuse*)

1893 – Pierrot (*Pierrot*) – El Paraguas (*Le Parapluie*) – Mi tío Jules (*Mon oncle Jules*).

– 17º volumen: **Sobre el agua** (*Sur l'eau*)

– 18º volumen: A Caballo (*A Cheval*).

LA MOSAÏQUE

1877 – El repartidor de agua bendita (*Le Donneur d'eau bénite*) (**septiembre**) (C.E.C.)

1878 – La boda del lugarteniente Laré (*Le Mariage du Lieutenant Laré*) (**25 de mayo**) (C.E.C.)

¹ Se trata de un cuento reproducido en las Ediciones Conard y A. Michel... Una variante:

– L'illustration [p.66]...«Trémoulin recogía, con una destreza sorprendente...»

– Otras ediciones: «... Trémoulin recogió...» (Ver: ed. A. Michel. p. 146)

– C.E.C. clasifica este cuento entre las « obras de fecha dudosa »; fecha y lugar parecen así haber sido encontrados.

– Coco, coco, coco fresco (14 de septiembre).

LE NOUVEAU DÉCAMÉRON (1887)

– Siguiendo la misma fórmula que El Decámeron, la colección está constituida por 10 volúmenes o “10 jornadas”.

– [La Reina de la sexta jornada es *Bola de Sebo*] y cada jornada contiene un relato de Maupassant. El orden es el siguiente: El Armario (*L'Armoire*) - La rabia (*Enragée*) - La Modelo (*La Modéle*) - La Ventana (*La fenêtre*) - Una venta (*Une vente*) - La Martina (*La Martine*) - La Odisea de una moza (*L'Odyssée d'une fille*) - La Revancha (*La Revanche*) - Châli (*Châli*) - Un fracaso (*Un Echec*) - La Horquilla (*L'Épingle*).

NOUVELLE BIBLIOTHÈQUE POPULAIRE

– El nº 271 de la colección [6 de noviembre de 1891] reprodujo: – El viejo (*Le vieux*) - El Collar (*La Parure*) - En el Mar (*Sur mer*) (Ver: *Sur l'Eau*, p. 1 a 33. con algunos cortes). – El Hombre de Letras (*L'Homme de Lettres*) (Texto diferente del de la crónica [Ver: “**Sobre el agua**”. p. 105 y sig.]

NOUVELLE REVUE

Cuentos y Novelas:

– En Familia (*En famille*) 15 de febrero de 1881 [t.VIII] (C.E.C.)

– El Vagabundo (*Le Vagabond*) (1 de enero de 1887) [t. XLIV] (C.E.C.)

– El Doncel de Madame Husson (*Le Rosier de Madame Husson*) 15 de junio de 1887 [t. XLVI] (C.E.C.)

– **Pierre y Jean** (*Pierre et Jean*) (1-14 de diciembre

de 1887; 1 de enero de 1888) (C.E.C)

Estudios y viajes:

- **Gustave Flaubert en la intimidad** (18) (*Gustave Flaubert dans sa vie intime*) [1 de enero de 1881], t.VIII¹
- **En Bretaña** (*En Bretagne*) 1 de enero de 1884 [t. XXVI] (C.E.C.)
- **Sicilia** (*La Sicile*) 15 de noviembre de 1886 [t. XLVII]

Diversos:

- Carta: 1 de julio de 1895²
- **Poesías inéditas**: 1 de abril de 1897
- **Escrito a los 13 años** [Yvetot, 1863]
- **Las noches de Masset** (*Les nuits de Masset*) [Etre-tat, febrero de 1870]
- **Ensoñación en la capilla** (*Réverie dans la Chapelle*) [Yvetot, 1867]

LA RÉFORME POLITIQUE, LITTÉRAIRE...

1879 – El papá de Simon (*Le papa de Simon*) 1 de diciembre.

LA RÉPUBLIQUE DES LETTRES

1876 – **En la orilla** (*Au Bord de l'Eau*) Poema [République des Lettres, 20 de marzo] (C.E.C)

¹ A.VIAL. art. cit, señala este artículo y precisa que su «sustancia ha sido utilizada por Maupassant en el estudio que dedicó a su maestro». (Ver: tomo XV de la Lib. de France). Por otro lado, el texto contenido en C.E.C. es la reproducción íntegra de dos artículos aparecidos en la Revue Bleue, convertidos en: «*Préface aux Lettres de Flaubert a G. Sand*». Charpentier, 1884.

² Esta “Carta”, inédita según parece, completa la que los Sres. Artinian y Maynial hacen figurar en la p. 186 de su *Correspondance Inédite* (Ed. Dom. Wapler, Paris), y pone de relieve la generosidad del escritor.

- **La última escapada** (*La dernière Escapade*) Poema, 24 de septiembre (C.E.C.)
- **Gustave Flaubert** (1) (22 de octubre) (C.E.C.)

REVUE BLEUE

- 1881** – Historia de una moza campesina (*Histoire d'une fille de ferme*) (26 de marzo) [Vuelto a publicar en el "Gaulois dominical" del 24 de abril] (C.E.C.)
- 1883** – **Novelistas contemporáneos** (60) (*Romanciers contemporains: Emile Zola* (10 de marzo) (C.E.C.)
 - **Al Sol** (*Au soleil*) (el 17 de noviembre: Partida (*Départ*), El Mar (*La Mer*) Argel (*Alger*), La Provincia de Orán (*La Province d'Oran*), Bou-Amana (*Bou-Amana*); el 1 de diciembre: La Kabila (*Le Kibla*), el Zare'z (*Le Zare'z*); el 15 de diciembre: el Sur (*Le Sud*); el 5 de enero de 1884: Los mozabitas (*Les Mozabites*), La colonización (*La Colonisation*), los Jefes indígenas (*les Chefs indigènes*); la Kabylia (*la Kabylie*); Bougie (*Bougie*), Constantine (*Constantine*))
- 1884** – **Gustave Flaubert** (1) (1º artículo: 19 de enero de 1884) (En C.E.C.: t. XV Lib. de France, p. 104 a 114).
 - **Gustave Flaubert** (151) (2º artículo: 26 de enero de 1884) (En C.E.C.: pag. 115 y sig.)
- 1888** – **Las mujeres y el espíritu en Francia** (21 de enero)¹

REVUE DE L'EXPOSITION UNIVERSELLE DE 1889

- Noviembre: **La Evolución de la novela en el siglo XIX** (189) (*l'Evolution du roman au XIXème siècle*) (citado por A. Vial, art. cit.¹)

¹ A. VIAL, art. cit., indica que el artículo fue recogido por Lombroso: "Souvenirs sur Maupassant" [Roma, Bocca 1905] p. 685-96

REVUE DE PARIS

- 1894** – **El alma extranjera** (*L'Ame Etrangère* (15 de noviembre)
- 1895** – **El Angelus** (*L'Angelus*) (1 de abril)
- 1921** – El Doctor Heraclius Gloss (*Le Docteur Heraclius Gloss*) (15 de noviembre y 1 de diciembre)

REVUE DES DEUX MONDES

- 1889** – **Hacia Kairouan** (*Vers Kairouan*) 1 de febrero.
- 1890** – **Nuestro Corazón** (*Notre coeur*) (15 de mayo - 1 de junio - 15 de junio).

REVUE DES REVUES

- 1896** – **Bashkirtseff (Marie) y Guy de Maupassant: Un Idilio cerebral** (cartas inéditas) (*Une Idylle cérébrale*) (1 de abril) (t.XVII)
- 1897** – **Ensoñación en la capilla** (*Rêverie dans la chapelle*) (13 de abril) (t. XXI)
- 1900** – **Última velada con mi amante** (*Dernière soirée avec ma maîtresse* (versos inéditos) (1 de junio) (t. XXXIV).
- **Últimos Versos** (*Derniers Vers*) (inéditos), 1 de julio (t. XXXIV)
- 1902** – A orillas del mar (*Au bord de la mer*) (1 julio) (t. XLII).

REVUE DU DIMANCHE

- 1882** – El Miedo (*La Peur*) 29 de octubre, 5 de noviembre.

¹ Ver también: G. DELAISEMENT: Tesis secundaria: *Maupassant chroniqueur* [Lille 1954: ejemplar dactilografiado]

REVUE ILLUSTRÉE

- 1889** – **Fuerte como la muerta** (*Fort comme la Mort*) (1 de febrero-15 de mayo)¹
- 1893** – Una escena de la “**Paz de la Pareja**” (*La Paix du Menage*) (nº 15, p. 263.)

REVUE MODERNE ET NATURALISTE

- 1879** – **Una muchacha** (*Une fille*) (1 de noviembre) [Tomada de “En la orilla” (*Au bord de l’eau*): Ver: *République des Lettres*, menos los doce últimos poemas).
- 1880** – **El Muro** (*Le Mur*) enero (C.E.C.)

REVUE POUR TOUS

- 1889** – La aventura de Walter Schnaffs (*L’Aventure de Walter Schnaffs*) 15 de noviembre.
– **En Bretaña** (*En Bretagne*) 1 y 15 de marzo-1 de abril.
– El Miedo (*La Peur*) 15 de junio.
- 1890** – El Albergue (*L’Auberge*) 19 y 26 de abril
– **Historia de antaño** (*L’Histoire du Vieux Temps*) 27 de diciembre.

LA SEMAINE POLITIQUE ET LITTÉRAIRE

- 1891** – **Una fiesta árabe** (195) (*Une fête arabe. La fête*): 19 de abril.
– El tío Mongilet (*Le Père Mongilet*) 14 de junio.
– El borracho (*L’Ivrogne*): 6 de diciembre.
- 1892** – El Pordiosero (*Le Gueux*): 3 de enero.
– El Soldadito (*Petit Soldat*) 24 de enero

¹ La novela se anunció en el número correspondiente al 1 de diciembre de 1888 bajo el título «*Vieux Jeunes*»

LA SEMAINE POPULAIRE

- 1885** – Denis (*Denis*) 4 de enero
 – Una Vendeta (*Une Vendetta*) 17 de mayo
 – El Miedo (*La Peur*) 19 de julio
 – La Mano (*La Main*) 11 de octubre.
- 1887** + Amor, recuerdo de caza (*Amour, souvenir de chasse*): 20 de febrero.
 – El paraguas (*Le Parapluie*) 27 de marzo
 – El pordiosiero (*Le Gueux*). 29 de septiembre.
- 1888** – El ladrón (*Le voleur*) 5 de febrero
 – La Señora Baptiste (*Madame Baptiste*) 25 de marzo.
 – La Herrumbre (*La Rouille*) 15 y 22 de abril.
 – La Señorita Fifi (*Mademoiselle Fifi*) 6 de mayo.
 – Marrocca (*Marrocca*) 20 y 27 de mayo.

LA VIE DE FAMILLE

- 1891** – Aparición (*Apparition*) 30 de agosto
 – La enrejilladora (*La Rempailleuse*) 25 de octubre
- 1892** – Dos amigos (*Deux amis*) 3 de abril.

LA VIE MILITAIRE ILLUSTRÉE

- 1884** – La Herencia (*L'Heritage*): **15** de marzo y **26** de abril (C.E.C.)

LA VIE MODERNE

- 1881** – Un día de campo (*Une Partie de campagne*) 2 de abril y 9 de abril¹

LA VIE POPULAIRE

- 1881** – Historia de una mozo campesina (*Histoire d'une*

¹ C.E.C. figura: [sin lugar, ni fecha]. El lugar y la fecha parecen quedar así establecidas.

fille de ferme) 15 de mayo.

– Un día de campo (*Une Partie de campagne*) 28 de agosto

– En Primavera (*Au printemps*) 9 de octubre¹

1883 – **Una Vida** (*Une Vie*) a partir del 27 de mayo hasta el 16 de septiembre.

– Dos Amigos (*Deux amis*) 8 de abril

– San Antonio (*Saint-Antoine*) 22 de julio

– En el mar (*En Mer*) 19 de agosto²

– Los zuecos (*Les sabots*) 16 de septiembre.

– Broma normanda (*Farce Normande*) 7 de octubre

– Un normando (*Un normand*) 14 de octubre.

– Ese cerdo de Morin (*Ce Cochon de Morin*) 21 de octubre.

– Pierrot (*Pierrot*) 28 de octubre

– El Miedo (*La Peur*) 4 de noviembre

– Minué (*Menuet*) 11 de noviembre

– La Loca (*La folle*) 9 de diciembre.

1884 – Campesinos (*Aux Champs*) 10 de enero

– Cantó un gallo (*Un coq chanta*) 13 de enero

– Claro de luna (*Clair de lune*) 20 de enero.

– Un Millón (*Un Million*) 10 de febrero.

– Un hijo (*Un fils*) 2 de marzo.

– La Aventura de Walter Schnaffs (*L'Aventure de Walter Schnaffs*) 13 de marzo.

– El Beso (*Le Baiser*) 10 de abril

– Miss Harriet (*Miss Harriet*) 29 de mayo.

– El Asno (*L'ane*) 19 de junio

– Arrepentimiento (*Regret*) 22 de junio.

¹ En C.E.C. p. 494: «Sin lugar, sin fecha» [1881 o anterior]. La fecha y el lugar de la primera publicación quedan de este modo establecidos.

² Este texto - así como muchos otros en la colección - está ilustrado en la primera página.

- Idilio (*L'Idylle*) 29 de junio.
- Viajando (*En voyage*) 13 de julio (... Marie Baranow)
- La Madre Sauvage (*La mère Sauvage*) 17 de julio
- El cordelillo (*La ficelle*) 24 de julio.
- Una Prueba (*Une epreuve*) 14 de agosto.
- El Bautismo (*Le Baptême*) 7 de septiembre.
- La Herencia (*L'Heritage*) a partir del 11 de septiembre hasta el 2 de octubre.
- Denis (*Denis*) 30 de octubre
- Mi tío Sosthène (*Mon oncle Sosthène*) 2 de noviembre.
- Camarero una caña (*Garçon un bock*) 23 de noviembre.
- Yvette (*Yvette*) a partir del 4 de diciembre hasta el 1 de enero de 1885
- 1885** – Mi tío Jules (*Mon oncle Jules*) 4 de enero
- El Paraguas (*Le Parapluie*) 25 de enero.
- El Caso de la Señora Luneau (*Le Cas de Madame Luneau*) 19 de febrero.
- Châli (*Châli*) 8 de marzo.
- El mal de André (*Le mal de André*) 5 de abril.
- El Collar (*La Parure*) 7 de mayo
- La Mano (*La Main*) 10 de mayo
- El pordiosero (*Le Gueux*) 17 de mayo
- El Crimen del tío Bonifacio (*Le crime au père Boniface*) 28 de mayo.
- Historia verdadera (*Histoire vraie*) 7 de junio.
- Coco (*Coco*) 28 de junio
- Adiós (*Adieu*) 16 de julio
- **Bel Ami** (*Bel Ami*) a partir del 19 de julio hasta el 11 de octubre.
- 1886** – El Sr. Parent (*Monsieur Parent*) a partir del 3 de enero.

- La Horquilla (*L'Épingle*) 25 de febrero.
- Antón (*Toine*) 7 de marzo
- Un haragán (*Bombard*) 22 de abril
- Los prisioneros (*Les prisonniers*) 6 de mayo.
- La Madre de los Monstruos (*La mère aux Monstres*) 5 de agosto
- Una Familia (*Une famille*) 5 de septiembre
- El Diablo (*Le diable*) 16 de septiembre
- Miseria Humana (*Misère Humaine*) 14 de octubre
- La Cabellera (*La Chevelure*) 28 de octubre
- El colono (*Le fermier*) 11 de noviembre
- El Horla (*L'Horlà*) 9 de diciembre.
- 1887** – La Desconocida (*L'Inconnue*) 30 de enero
- La Señora hermet (*Madame Hermet*) 20 de febrero
- **Mont-Oriol** (*Mont-Oriol*) a partir del 10 de marzo
- Una Velada (*Une soirée*) 10 de abril
- La Puerta (*La porte*) 22 de mayo
- Un Fracaso (*Un Echec*) 2 de junio
- Campanilla (*Clochette*) 7 de julio
- Joseph (*Joseph*) 14 de julio
- Salvada (*Sauvée*) 17 de julio
- El Vagabundo (*Le Vagabond*) 24 de julio.
- El Pozo (*Le trou*) 28 de julio
- La Muerta (*La Morte*) 11 de agosto
- Amor (*Amour*) 18 de agosto
- En el Bosque (*Au Bois*) 21 de agosto
- El Marqués de Fumerol (*Le Marquis de Fumerol*)
1 de septiembre
- El Albergue (*L'Auberge*) 4 de septiembre
- Los Reyes (*Les Rois*) 20 de octubre
- El Conejo (*Le Lapin*) 13 de noviembre
- La Señal (*Le Signe*) 4 de diciembre.
- 1888** – Tombouctou (*Tombouctou*) 1 de enero
- Rose (*Rose*) 19 de enero

- Recuerdo (*Souvenir*) 22 de enero
- Una Vendeta (*Une Vendetta*) 26 de enero
- El Padre (*Le père*) 2 de febrero.
- La confesión (*L'aveu*) 9 de febrero.
- La Roca de los pájaros bobo (*La Roche aux Guillelots*) 16 de febrero.
- El borracho (*L'Ivrogne*) 1 de marzo.
- El viejo (*Le vieux*) 8 de marzo.
- **Pierre y Jean** (*Pierre et Jean*): a partir del 18 de marzo.
- El pecio (*L'Epave*) 3 de mayo.
- La Señora Parisse (*Madame Parisse*) 10 de mayo.
- Rosalie Prudent (*Rosalie Prudent*) 17 de mayo.
- El ermitaño (*L'Ermite*) 31 de mayo.
- Julie Romain (*Julie Romain*) 7 de junio.
- La Habitación 11 (*La chambre 11*) 5 de julio.
- Algo sobre los gatos (*Sur les chats*) 12 de julio
- Un cobarde (*Un lâche*) 19 de julio
- La Dicha (*Le Bonheur*) 26 de julio.
- El hijo (*Le Petit*) 9 de agosto.
- Un Parricida (*Un Parricide*) 16 de agosto
- **Sobre el agua** (*Sur l'eau. Monaco*) [Ver: “El condenado a muerte”, cuento inédito: *Gil Blas*, 10 de abril de 1883]
- La Confesión (*La Confession*) 6 de septiembre
- Las joyas (*Les Bijoux*) 20 de septiembre
- El Lobo (*Le Loup*) 4 de octubre.
- El Hijo (*L'Enfant*) 21 de octubre (J. Bourdillère...)
- El Perdón (*Le Pardon*) 1 de noviembre¹

¹ En la primavera de 1884, Guy de Maupassant escribía a Catulle Mendès, Director de la «Vie Populaire»: « He aquí los relatos que puedo entregarle... Le ruego que me indique de inmediato su elección. Está claro que veré antes las pruebas. Tengo algunas correcciones que hacer

- 1889** – Boitelle (*Boitelle*) 19 de febrero
 – Los alfileres (*Les Epingles*) 11 de abril
 – La cita (*La Rendez-vous*) 18 de abril
 – Hautot padre e hijo (*Hautot père et fils*) 25 de abril
 – Duchoux (*Duchoux*) 5 de mayo
 – Allouma (*Allouma*) 23 de mayo y 26 de mayo
 – El Ordenanza (*L'Ordonnance*) 9 de junio
 – El Puerto (*Le Port*) 4 de julio
 – **Fuerte como la muerte** (*Fort comme la Mort*) 11 de agosto al 13 de octubre de 1889¹
 – La Dormilona (*L'Endormeuse*) 29 de septiembre
 – Una noche (*Un soir*) 6 y 10 de octubre.
- 1890** – La Belleza Inútil (*L'Inutile Beauté*) (22-25-29 de mayo)
 – El Olivar (*Le Champ d'Oliviers*) (5-8 de junio)
 – Los veinticinco francos de la Superiora (*Les Vingt-cinq francs de la Supérieure*) 22 de junio
 – La Máscara (*Le Masque*) 10 de abril
 – El Ahogado (*Le Noyé*) 21 de agosto

habiendo sido escritos estos cuentos muy aprisa como usted ya sabe...» [Correspondencia inédita,, recopilada y presentada por A. Artinian y E. Maynial, p. 169 y 270]

Entre los relatos indicados por Maupassant y reproducidos en la «Vie Populaire» hemos encontrado en efecto variantes que pueden pasar por correcciones: Ver.: La Roca de los pájaros bobos (8 palabras suprimidas), La mano (diferentes acentos), Una vendeta (Un pretérito perfecto transformado en imperfecto, una inversión del verbo). El collar (Una palabra suprimida y una frase entera = 12 palabras suprimidas).

Esta investigación merecería sin duda un estudio sistemático.

¹ Desde el 11 de abril se lee: «*La Vie Populaire* ha adquirido, mediante contrato, los derechos para la publicación, con exclusión de todos los demás periódicos o colecciones semanales o bisemanales la nueva novela de Guy de Maupassant “Fort comme la Mort”» No obstante la novela aparecerá en primer lugar en la *Revue Illustrée* del 1 de febrero al 15 de mayo.

- La Prueba (*L'Épreuve*) 28 de agosto
- Un Retrato (*Un Portrait*) 7 de septiembre
- **Templos griegos** (*Temples grecs*) 18 de septiembre
- **Nuestro corazón** (*Notre coeur*) 9 de octubre a 7 de diciembre.
- Un Caso de divorcio (*Un cas de divorce*) 7 de diciembre
- ¿Quién Sabe? (*Qui Sait?*) 28 de diciembre.
- 1891** – El inválido (*L'Infirmé*) 25 de enero
- La Noche (*La nuit*) 1 de marzo
- La Modelo (*La modèle*) 3 de mayo
- La Rabia (*Enragée?*) 24 de mayo
- Imprudencia (*Imprudence*) 23 de agosto
- El soldadito (*Petit Soldat*) 29 de octubre
- 1892** – **Las ancianas** (84) (*Les Vieilles*) 10 de marzo.
- Los Consejos de una Abuela (*Les Conseils d'une Grand'Mère*) 16 de octubre. [Se trata del cuento “Antaño” (*Jadis*)]
- La Señorita Perla (*Mademoiselle Perle*) 25 a 29 de diciembre.
- 1893** – Una Viuda (*Une Veuve*) 2 de abril de 1893
- **Historia de antaño** (*Histoire du Vieux Temps*) 8 de junio.

LE VOLEUR

- 1882** – **La Piedad** (57) (*La Piété*) 6 de enero (Ver: *Gaulois* del 22 de diciembre de 1881)
- El Ciego (*L'Aveugle*) 14 de abril
- En Familia (*En Famille*) 1, 8 y 15 de septiembre
- + Un drama doméstico (*Un Drame de ménage*) 6 de octubre (Se trata de “*Une Ruse*”: *Gil Blas*, 25 de septiembre de 1882)
- La Enrejilladora (*La Rempaileuse*) 20 de octubre.
- Pierrot (*Pierrot*) 10 de noviembre

- 1883** + El hijo vendido (*L'Enfant vendu*) 11 de octubre [Se trata de “*Aux Champú*” (Campesinos): *Gaulois*, 31 de octubre de 1882]
 – Mi tío Jules (*Mon oncle Jules*) 16 de agosto
 – Arrepentimiento (*Regrets*) 15 de noviembre.
- 1884** + La Vida en el desierto (*La Vie au Désert*) 20 de marzo (Un capítulo de “*Au Soleil*”)
 – El Collar (*La Parure*) 19 de junio.
 + Nuestros buenos campesinos (*Nos bons paysans*) [Se trata del “*Petit fût*” (El barrilito): *Gaulois*, 7 de abril de 1884]; 11 de septiembre.
 – El legado (*Le Legs*) 23 de octubre
- 1885** – Coco (*Coco*) 15 de enero
 – El Viejo (*Le Vieux*) 23 de abril
 – El tío Mongilet (*Le père Mongilet*) 14 de mayo
 – La agonía de un tísico (*L'Agonie d'un poitrinaire*) [Extracto de “*Bel Ami*”]; 6 de agosto.
 – ¡Esto se acabó! (*Fini*): 27 de agosto.
- 1887** – El Cordelillo (*La Ficelle*): 10 de noviembre
- 1888** – La Loca (*La Folle*) 22 de marzo
- 1889** – A propósito de la caza (*A Propos de Chasse*) 20 de junio [Se trata del cuento “*El lobo*” *Gaulois*, 14 de noviembre de 1882].
 – Boitelle (*Boitelle*); 28 de marzo.
 – La Reina Hortense (*La Reine Hortense*) 25 de julio
 – Un Golpe de Estado (*Un Coup d'Etat*) 17-24 de octubre.
- 1890** – La Señorita Perla (*Mademoiselle Perle*) 10-17 de abril.
 – Cuento de Navidad (*Conte de Noel*) 25 de noviembre.
- 1891** – El hijo (*L'Enfant*) [Ver. *Musotte*] 12 de marzo.
 – Aparición (*Apparition*) 27 de agosto
 – La enrejilladora (*La reampailleuse*) 22 de octubre

1892 – Dos amigos (*Deux Amis*) 31 de octubre.

III. – TEXTOS INÉDITOS O NO REPRODUCIDOS EN VOLÚMENES

A. CUENTOS Y RELATOS

HISTOIRE D'UN CHIEN (HISTORIA DE UN PERRO): *Gaulois*, 2 de junio de 1881 (A. Vial, quién ha señalado este cuento, subraya que Maupassant vuelve a tomarlo bajo el título “*Mademoiselle Cocotte*” en el *Gil Blas* del 10 de marzo de 1883). No obstante este cuento es claramente diferente, al menos en la forma.

SOUVENIR (RECUERDO): *Gil Blas*, 16 de febrero de 1882: Una historia de la guerra de 1870. – Diferente de “*Souvenir*” del *Gil Blas* de 20 de mayo de 1884.

RENCONTRE (RENCUENTRO): *Gaulois*, 26 de mayo de 1882. [Este cuento está señalado también por A. Vial en su tesis principal. Ver: los interesantes desarrollos que allí se incorporan, p. 485-485]

AUTRES TEMPS (TIEMPOS PASADOS): *Gil Blas*, 14 de junio de 1882: Un primer esbozo de “*Tribunaux rustiques*”: *Gil Blas*, 25 de noviembre de 1884.

UN VIEUX (UN VIEJO): *Gil Blas*, 26 de septiembre de 1882: Este cuento está citado por [Sul. y St.], con la mención: [Inédito. Solamente apareció una parte en la crónica “*Enfermos y médicos*” en el *Gaulois* del 11 de mayo de 1884]

LE CONDAMNÉ A MORT (EL CONDENADO A MUERTE): *Gil Blas*, 10 de abril de 1883: Este cuento será recogido en “*Sur l'eau*” (Ver, páginas 214 y sig.) (Menos el final que le conferirá su existencia propia como cuento).

UNE SURPRISE (UNA SORPRESA): *Gil Blas*, 15 de mayo de 1883: Este cuento es citado por [Sul. y St.], con la mención: [Inédito. Retoma y desarrolla el tema del capítulo “*Une triste hisotire*” en “Los Domingos de un Burgues de Paris”]

SOUVENIRS (RECUERDOS): *Le Gaulois*, 23 de marzo de 1884: [Bajo forma de cartas: reflexiones sobre temas queridos por Maupassant: la felicidad, la soledad, el recuerdo, el país y la casa natal].

LE LEGS (EL LEGADO): *Gil Blas*, 23 de septiembre de 1884: [Citado por Sul. y St. con la mención: «Inédito. Un episodio de “Bel Ami”» De hecho este episodio no es más que una copia exacta.»]

LETTRE D’UN FOU (CARTA DE UN LOCO): *Gil Blas*, 17 de febrero de 1885: [Citado por Sul. y St. con esta mención: “contiene un episodio incorporado más tarde en el Horla”].

Este texto contiene igualmente un desarrollo que había sido suprimido en “Bel Ami” [Ver: Variantes de la edición Cornard].

UNE LETTRE (UNA CARTA): *Gil Blas*, 12 de junio de 1885. Carta de mujer a un cronista.

VOYAGE DE SANTÉ (VIAJE DE SALUD): Suplemento dominical del *Petit Journal* del 18 de abril de 1886: Un cuento típico.

L’HOMME DE MARS (EL HOMBRE DE MARTE): Suplemento literario de *La Lanterne*, 10 de octubre de 1889¹. [Variaciones bajo forma de diálogo sobre el tema del pesimismo]

¹ En lo que concierne a estos dos últimos cuentos, las fechas de primera publicación están pendientes por descubrir.

B. RELATOS CLASIFICADOS ENTRE LAS CRÓNICAS¹

OPINION PUBLIQUE (OPINIÓN PÚBLICA): *Gaulois*, 21 de marzo: Un aspecto de la “*Comedia Humaine*”: De la mediocridad de las conversaciones y de la situación de los empleados. Tema reucurrente en Maupasant. Con un toque teatral al final.

HISTOIRE CORSE (HISTORIA CORSA): *Gil Blas*, 1 de diciembre de 1881: “Una aventura muy característica del país corso: tema clásico de la venganza.

ÉPAVES (RESTOS DEL NAUFRAFIO): *Gaulois*, 9 de diciembre de 1881. (Inédito).

PETITION D’UN VIVEUR MALGRÉ LUI (PETICIÓN DE UN VIVIDOR A SU PESAR): *Gil Blas*, 12 de enero de 1882; [Preparación de “*Une Passión*”: *Gil Blas*, 21 de junio de 1882]²

VENGEANCE D’ARTISTE (68) (VENGANZA DE ARTISTA): *Gaulois*, 20 de febrero de 1882.

UN DRAME VRAI (UN DRAMA VERDADERO) *Gaulois*, 6 de agosto de 1882.

VOYAGE DE NOCE (VIAJE DE BODAS): *Gaulois*, 18 de agosto de 1882: Evocación de temas queridos a Maupassant en relación con un “*Voyage de noce*”.

VAINS CONSEILS (VANOS CONSEJOS): *Gil Blas*, 25 de febrero de 1884; Relato bajo forma de carta: consejos sobre “*L’Art de rompre*” [Cf: “*Petition d’un viveur malgré lui*”. *Gil Blas*, 12 de enero de 1882. – “*L’Art de rompre*”. *Gaulois* 31 de enero de 1881]

¹ En este capítulo figuran un cierto número de textos impropriadamente considerados crónicas y que nunca han sido reproducidos en volúmenes.

² Ver también: “*L’Art de rompre*” (*Gaulois*, 31 de enero de 1881)

MALADES ET MEDECINS (ENFERMOS Y MÉDICOS): *Gaulois*, 11 de mayo de 1884 [Ver: “Un viejo” *Gil Blas* del 26 de septiembre de 1882 y “Mont-Oriol”].

A PROPOS DE RIEN (169) (A PROPÓSITO DE NADA): *Gil Blas*, 30 de marzo de 1886: Reflexiones pesimistas a partir del “Carnaval de Nice”.

MISERE HUMAINE (MISERIA HUMANA): *Gil Blas*, 8 de junio de 1886: Nuevas variaciones sobre el pesimismo y el disgusto de la vida [Ver: “*Sur l'eau*”, p. 109 y sig.]

JOUR DE FÊTE (DÍA FESTIVO): *Gil Blas*, 20 de julio de 1886: Una nueva confidencia sobre las destrezas del ser humano en el ámbito de una sociedad “devoradora de hombres”.

COMMENT ON CAUSE (COMO SE CONVERSA). *Gil Blas*, 29 de noviembre de 1887: De la vanidad de las conversaciones¹

C. CRÓNICAS INÉDITAS²

LA VERTE EIRIN (21) (LA VERDE EIRIN): *Gaulois*, 23 de enero de 1881.

LES MOEURS DU JOUR (24) (COSTUMBRES DIARIAS): *Gaulois*, 9 de marzo de 1881.

SUR LES HAUTS-PLATEUX (SOBRE LOS ALTAS LLANURAS): *Gaulois*, 31 de julio de 1881 [encontrada por A. Vial, art. cit.]

¹ Estos cuentos han sido censados por [Sul. y St.] pero bajo el título de “Cronicas” [art. cit. p. 370 y sig.]. Otros textos, de un género híbrido, habrían aún podido clasificarse en esta lista:

– Les Héros modestes (Los heroes modestos): *Gaulois*, 1 de marzo de 1892.

– Pot-Pourri (Poupurri): *Gaulois*, 3 de enero de 1883, etc...

² Reunimos bajo este título crónicas no recuperadas en volúmenes, es decir “inéditas” y que no han sido censadas por Sul. y St.

LA SICILE (SICILIA): Le Figaro, 22 de mayo de 1885.

En Sicilia (En Sicile [Monréale. Les Brigands]: Le Figaro, 6 de junio de 1885.

Un Miracle (171) (Un milagro): [Gil Blas, 9 de mayo de 1886 y no el 9 de marzo. Ver.: A Vial. art. cit.]

Cinq “Salons”, titulado “**Au Salon**”: 30 de abril [L.F. XV]; 2-6-10-18 de mayo de 1886 en el “XIX Siécle” (no recogidos): Ver. A. Vial art. cit.]

En l’Air (178) (En el Aire): Le Figaro, 9 de julio de 1887 [encontradas por A. Vial, art. cit.]

A 8000 mètres (180): Le Figaro, 3 de agosto de 1887 [encontradas por A. Vial, art. cit.]

Áfrique (187): Gaulois, 3 de diciembre de 1888.

MOSQUÉE ET ZAOUIA: 11 de diciembre de 1888.

TUNIS: Gaulois, 10 de enero de 1889.

PROMENADE A TRAVERS TUNIS (PASEO POR TUNEZ) Gaulois, 12 de febrero de 1889 [Estos cuatro últimos artículos a los que se añaden los dos precedentes sobre Sicilia han sido utilizados en “La Vida Errante”].

NOTES SUR ALGERNON CHARLES SWINBURNE (197): Echo de Paris, 17 de marzo de 1891.

LES AFRICAINES (188) (LAS AFRICANAS): Echo de Paris, 15 de junio de 1889.

GUSTAVE FLAUBERT (1): Echo de París, 14 de noviembre de 1890.

[Sul. y St.] anotan con fecha 9 de octubre de 1891 en el Gil Blas: “*Los poetas del amor a los 16 años*”. Nosotros hemos encontrado en el *Gil Blas Illustré* del 11 de octubre de 1891, un poema: *Los poetas del amor. A los dieciséis años*.

A TUNIS (EN TUNEZ). Gil Blas, 12 de marzo de 1893.

El tomo XV de la librairie de France reproduce 34 crónicas de Maupassant. [Sul y St.] han censado 177 crónicas nuev.

[A. Vial destaca que la mayoría de esas crónicas habían ya sido utilizadas por un crítico almen, F. Neubert, en el trans-

curso de dos importantes estudios publicados en *Zeitschrift für französische Sprache un Litteratur* en 1914 y 1919 (art. cit). Una rápida verificación nos ha permitido concluir que F. Neubert conocía al menos 150 de las crónicas de la lista publicada por Sullivan y Steegmuller].

D. POEMAS INÉDITOS (o reproducidos bajo otro título)

SONNET A MADAME XXX: *Les Annales Politiques et Littéraire*, 3 de noviembre de 1901 (Reproducido bajo el título “Sonnet”. Lib. de France, t. XIV, p. 131):

FRAGMENT INÉDIT (“pieza inacabada” y entregada al periódico por la Sra. Laure de Maupassant). *Le Gaulois* dominical, 23-24 de octubre de 1897¹ [Reproducido bajo el título “Le Moulin”, op. cit. t. XIV, p. 131]

SEIZIÈME SIÈCLE: *Annales Politiques et Littéraires*. 3 de noviembre de 1901. Es en el tomo XIV [L.F. XIV] donde se reproducen los poemas de Guy de Maupassant. Faltan numerosas fechas y lugares de primera publicación. “*Les Annales Politiques et Littéraires*” han publicado: “La dernière escapade”, 10 de febrero de 1884² [encontradas por A. Vial, art. cit.] - “Les Oies sauvages”, 20 de julio de 1884. - “Promenade à seize ans”, 19 de octubre de 1884. - “La chanson du rayon de lune”, 8 de agosto de 1886. - “L’Oiseleur”, 3 de

¹ Han sido numerosos los homenajes dedicados a Maupassant con ocasión del levantamiento de una estatua del escritor en el parque Monceau en 1897. Es de destacar un muy bonito poema de A. Seriéys: “*A la mémoire de Guy de Maupassant*” en *Annales Politiques et Littéraires*. 24 de octubre de 1897.

² Con esta mención: “Reproducción de una soberbia pieza insertada desde hace diez años en un periódico de París” [Ver. C.E.C. “*République des Lettres*”: 20 de marzo de 1876].

octubre de 1886 - “Decouverte”, 31 de mayo de 1891. - “Envoi d’amour”, 16 de julio de 1893 - “Le sommeil du Mandarin”, 12 de diciembre de 1897. - “Enfant, pourquoi pleurer”, 12 de diciembre de 1897. - “La Chanson du rayon de lune”, 24 de diciembre de 1897. - “Nuit de beige”, 31 de enero de 1897 - “Sonnet a Mme. XXX”, 3 de noviembre de 1901.

E. TEXTOS DIVERSOS (Inéditos)

MEDAILLONS FÉMININS (MEDALLONES FEMENINOS):
MADAME PASCA [Diferente de “Madame Pasca”; Gaulois,
19 de diciembre de 1880 [L.F. Tomo XV]

A consecuencia de un artículo de P. Foucher: “Libres Chroniques” en el Gil Blas del 25 de julio de 1890 y bastante duro respecto al hombre de teatro, una “Reponse” de Guy de Maupassant, 28 de julio de 1890.

FLAUBERT ET SA MAISON (FLAUBERT Y SU CASA): Suplemento del Gil Blas, 24 de noviembre de 1890 [Una noticia de Guy de Maupassant]

PENSÉES ET IMPRESSIONS (PENSAMIENTOS E IMPRESIONES): [Elección de “frases” y juicios] en “*Le journal pour tous*”, 19 de julio de 1893 y 26 de septiembre de 1894.

Dos cartas inéditas [entregadas por P. Ollendorff] al *Gaulois* dominical, 23 y 24 de octubre de 1897.

IV CONCLUSIONES

De este trabajo de investigación pueden desprenderse un cierto número de conclusiones:

1. Es especialmente destacable que muchos de los cuentos son retomados una o varias veces en los periódicos o revistas de la época. Por otra parte, esto es una práctica habitual: A Alphonse Daudet se le encuentra por todas partes, Flaubert, los Goncourt, Huysmans, Villiers de l'IsleAdam, Zola, Paul Arène, etc... son pillados in fraganti del mismo modo. Por otra parte, numerosos son los escritores que producen crónicas. Razones económicas, sin duda, pero también exigencias de una prensa de calidad en el transcurso de los años 1875-1895.
2. Las crónicas de Maupassant son muy interesantes, aunque de un valor muy desigual. Sería muy oportuno reunir las todas en volúmenes, lo que estaría muy justificado en razón del valor que su utilización aporta a los cuentos y novelas.
3. El número de cuentos cuya fecha y lugar de publicación permanecen ignorados se encuentra notablemente reducido.
4. Siendo dada la diversidad de los lugares de publicaciones de los cuentos y crónicas de Maupassant, es difícil pretender que tal trabajo pueda nunca estar terminado. Todavía quedan textos inéditos.